



LA SEDUCCIÓN
ES UN *ARTE*

FANNY RAMÍREZ



La seducción es un arte
Fanny Ramírez

Título: La seducción es un arte ©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Fanny Ramírez

Primera edición Junio, 2017

Diseño de cubierta: Fanny Ramírez ©De la imagen de la cubierta: Adobe stock.

Maquetación: Fanny Ramírez.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Índice

[Sinopsis.](#)

[Introducción.](#)

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)
[Capítulo 18.](#)
[Capítulo 19.](#)
[Capítulo 20.](#)
[Capítulo 21.](#)
[Capítulo 22.](#)
[Capítulo 23.](#)
[Capítulo 24.](#)
[Capítulo 25.](#)
[Capítulo 26.](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30. Final 1º parte](#)
[Capítulo 31. Final 2º parte.](#)
[EXTRAS](#)

Sinopsis.

Toda persona tiene que pasar por un momento trágico, un momento feliz, un momento excitante... hay gente que pasa por diferentes etapas a lo largo de su vida. Otras... que se quedan en el camino. Caminos que nacen en diferentes puntos y se cruzan u otros que viven en paralelo.

Teresa Müller está acostumbrada a tener todo lo que desea. Ser asesora de imagen en la agencia familiar *Müller Company*, le permite vivir a todas sus anchas. Con una mirada suya hace que cada hombre que mira, caiga de rodillas a sus pies. Cuenta con una familia unida y amorosa. Hace y deshace a su antojo.

Pero entonces ocurre. Su vida de ensueño se ve desestabilizada y desecha cuando una noche de frío invierno, recibe una llamada que lo cambiará todo.

Víctor Sanz, o como era más conocido: Víctor-Increíble-Sanz, jugador profesional de fútbol sí que podía decir que había tocado el cielo con los dedos.

También hay quienes dicen que la fama se le subió a la cabeza y el karma posó su mano negra sobre él. Otros... que todo ocurre por una razón. Víctor sufre una lesión que le obliga a abandonar su sueño cumplido, dejándolo con

el sabor de la victoria en los labios, cual caramelo favorito y arrancándoselo de cuajo cuando ya llegaba al cremoso centro.

Dos caminos opuestos... ¿Por qué deberían cruzarse, verdad?

Introducción.

—¿Sí? —bostecé sin poder contenerme y me dejé caer en la almohada sosteniendo el teléfono en mi oreja. No sabía qué hora era aunque tampoco hacía falta adivinar que no era ni de día aún; mi habitación se sumía en la penumbra a excepción de brillantes líneas de luz de luna que entraba desde la ventana sobre las sábanas.

—Coco, ha pasado algo... —la voz de mi hermano sonó extraña y estrangulada, como si el simple hecho de articular palabra, le fuera totalmente imposible.

Me senté en la cama, ahora haciendo resonar las alarmas dentro de mi cabeza, y retiré el pelo de mi cara que seguramente luciría demasiado desastroso por el sueño.

—Cristian, ¿qué...? —mi débil pregunta se vio interrumpida de nuevo por su voz quejumbrosa.

—Tienes que venir a casa de papá y mamá. —Soltó un suspiro tembloroso junto con un gemido frustrado haciéndome poner los vellos de punta—. Es... es Penélope, Teresa.

—¿Qué ha pasado? —mi voz se entrecortó y agarré mi garganta intentando hacer desaparecer la insoportable quemazón.

—Por favor. Ven a casa —dijo de nuevo sin contestar a mi pregunta.

—Voy para allá... —contesté finalizando la llamada y dando una patada a la colcha que me envolvía.

«Dios mío no dejes que le haya pasado nada... por favor» era lo único que rezaba en mi mente.

Sin siquiera encender la luz, me puse unos vaqueros y una camiseta cualquiera que encontré encima del sillón. Estaba segura de que sea lo que fuere que haya pasado, me iba a destrozar y aunque mi corazón me pedía a gritos atrasar el acontecimiento, mi cuerpo autómatas y mi sentido común, me hicieron correr escaleras abajo y entrar en el coche sin siquiera cerciorar si cerré la puerta al salir. En todo lo que podía pensar era en Penélope. Mi hermana.

Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas siéndome imposible aguantar más y me las aparté con furia. «No le ha pasado nada,

deja de llorar, ¡maldita sea!» me reprendí a mí misma dando un volantazo hacia la izquierda.

Pero mis lágrimas seguían cayendo y mi corazón latía salvajemente preparándose para una mala noticia. En cuanto divisé el bonito jardín de rosas de mamá, sin tener una pizca de consideración, racheé con las ruedas de mi coche y aparqué casi estampándome contra el de Cristian. Abrí la puerta y salí corriendo hacia la entrada para luego llamar incesantemente al timbre. Miré a mi alrededor, buscando algo, cualquier indicio de algo, lo que sea que me diera una respuesta o alguna pista para saber lo que sucedía. Un coche de policía, que hasta ese momento no registré, estaba estacionado justo en la acera del jardín.

Perdí toda la sangre de mi cuerpo convirtiéndome en hielo. Sentía mis piernas y brazos temblar y mi garganta cerrarse haciéndome jadear en busca de aire. De pronto la puerta se abrió, encontrándome con lo que sería el principio de mi pesadilla.

—Coco... —sollozó Cristian antes de caer de rodillas frente a mí y abrazarme por la cintura.

Un jadeo interrumpió mis palabras, fuera lo que fuese que iba a decir, mientras veía a aquel hombre arrodillado y roto; sollozando su nombre.

—¿Dónde está Penélope? —pregunté a media voz. Cristian no hacía más que llorar y no me decía nada, así que la rabia me atravesó el cuerpo junto con la cruda desesperación— ¡Dónde está mi hermana! —Chillé desgarrando mi alma en ese grito.

Cristian negó con la cabeza apretándome más a su paso. Me dolía demasiado la vista que tenía de él en el suelo, indefenso, herido... como un niño pequeño en busca de consuelo. Entonces...

—¿Dónde está Edu? —mi voz denotaba puro terror.

Por fin mi hermano levantó la cabeza y me miró con ojos rojos y lágrimas mojando toda su cara. Me tapé la boca con la mano para no soltar otro sollozo.

Mi mente trabajaba por sí sola imaginándose toda clase de cosas. Haciéndome sentir la propia muerte ahogándome con sus propias manos.

—Eduardo está bien... —solté el aire, temblorosa y con un suspiro de alivio —, un coche... —empezó a relatar con la mirada perdida y la mandíbula tensionada. Sus manos se hicieron puños agarrando mi camiseta... colisionó contra el de Eliot —tragó—, haciendo que se

precipitaran por un terraplén y volcaran. Penélope y Eliot...

Se levantó como borracho, trastabillando con sus propios pies, arrastrando los zapatos mientras soltaba sollozos. Miró al cielo como si allí entre las estrellas estuviera la solución a todo lo que estaba pasando. Un grito desgarrador salió de su garganta, derramando la rabia que sentía y haciéndome despertar del trance en el que me encontraba. Supe lo que no quería reconocer... mi hermana, había muerto. Me la habían arrebatado y nadie me la volvería a traer. Miles de preguntas y voces colisionaron en mi mente, haciéndome llevar las manos a las sienes. Desesperada empecé a negar lo que me decían.

—Mi hermana no ha muerto... ella está bien. —escuché mi voz entre la brumosa y espesa confusión—. Está de viaje con su familia. Mañana estarán aquí por la mañana. Edu me ensañará miles de fotografías y... y...

Algo me hizo reaccionar. Me zarandeaban. Y cuando mi vista se enfocó, vi la cara de mi padre justo frente a mí. Me miraba con lágrimas apenas contenidas y con la cara desfigurada por el dolor. Yo sacudí la cabeza, negándome a aceptar aquello. Intenté alejarme de él, me tenía agarrada por los brazos y necesitaba soltarme de su agarre.

—Mi hermana está bien... —susurré sintiendo como una sonrisa amarga y temblorosa curvaba mis labios. Probé el sabor de mis saladas lágrimas y volví a negar—... Ella vendrá mañana con Eduardo y Eliot y nos contarán cómo de bien se lo pasaron en el viaje —dije sin atreverme a mirarlo a la cara. Su expresión derrotada echaba por tierra mis pensamientos positivos y no podía permitirlo.

Mi padre me atrajo hacia él en un abrazo y acarició mi cabeza con cariño.

Cuando los abrazos de mi padre me daban consuelo, en ese momento hacían todo lo contrario. Solo me consolaría el ver a mi hermana sana y salva.

—Coco... —pude lograr escuchar la voz de mi progenitor, susurrar entre mi pelo—... tu hermana no va a volver, cariño. Mi niña no va a volver con nosotros —sollozó al final, viniéndose abajo en mis brazos.

—No... —me negué a aceptarlo—, ¡no! ¡Eso no es cierto, mientes! —chillé apartándome de él por fin.

Miré a Cristian el cual me miraba destrozado, desesperanzado.

Intentó agarrarme pero no lo dejé. Volví a negar todo y entré en casa,

esperando un respiro, recuperar el resuello que poco a poco se me fue arrebatando. Pero no fue eso con lo que me encontré.

Los sollozos de mi madre eran lo único que lograba escuchar junto con el pitido que se había instalado en mis oídos.

Su llanto hizo que me ahogara y parara de andar en cuanto vi la escena desde el marco de la puerta que daba a la sala. Mi madre estaba sentada en el sofá con la cara metida entre las manos. Un hombre uniformado acariciaba su mano con cariño. Era un policía.

Cada vez era más difícil engañarme a mí misma.

Mi madre levantó la cabeza y me vio. Su cara se contrajo de dolor y vino hacia mí con la intención de abrazarme. Yo, sin poder hacer otra cosa, me abalancé sobre ella y lloramos juntas. Entonces sí era una auténtica pesadilla. La mujer más fuerte del mundo, mi madre, estaba llorando a lágrima viva; sollozando y rompiéndose en mil pedazos.

Al cabo de no sé cuántas horas y de hablar con el policía que nos dio la noticia, lo despedimos en el porche. Él suspiró con pesar antes de hablar por última vez.

—Por la mañana le traerán los de servicios sociales al pequeño, señora —dijo mirando a mi madre sin quitar la mirada de lástima.

Ella asintió y dejó escapar otro sollozo más antes de entrar en casa abrazada a mi padre. Cristian agarro el brazo del policía antes de que se marchara.

—¿Cuándo nos traerán el cuerpo de mi hermana y mi cuñado? —sabía que decir aquella frase le había dolido como una apuñalada en pleno corazón.

—Por la tarde lo más seguro. Los mantendremos informados —dijo con una sonrisa afligida.

Yo me estremecí y no pude ni hablar. Mi cuerpo estaba entumecido y frío, aunque pronto el calor de Cristian me envolvió. Como si me leyera la mente.

Como si supiera cuanta falta me hacía.

—¿Por qué? —pude articular con voz temblorosa, agarrándolo con fuerza.

—Shhh... —me tranquilizó acariciando mi pelo con cariño y mimo.

—¿Por qué a ella, Cristian? No puedo creer que esto esté pasando. ¡No puedo!

Y me rompí en sollozos de nuevo abrazándolo con fuerza. Estaba

siendo egoísta, mis padres y mi hermano lo estaban pasando igual de mal que yo, incluso la familia de mi cuñado. Pero todo me daba igual... tenía derecho a llorar y a volverme loca por perder a una parte de mí. Tenía derecho a gritar y a maldecir a ese Dios que tanto quieren, y que me había robado a mi hermana.

Cristian me consoló toda la noche, hasta que el cansancio nos venció a ambos y caímos dormidos en el antiguo cuarto de Penélope.

Sentía mis ojos arder, notaba mis párpados hinchados y caídos. Mi mirada estaba fija en la placa de cemento, decorada con flores de todos los colores y con ahora la frase que más odiaba y odiaría siempre: Aquí yace Penélope Müller Alberola y Eliot Sánchez Ruíz. 19/08/2013.

Hermanos, padres e hijo os echarán de menos. El cariño y el amor de vuestras familias, permanecerá en vuestros corazones para siempre.

Mi madre lloraba desconsolada en mi hombro. No sabía cómo consolarla ya que ni yo sabía si alguien podía consolarme a mí siquiera. La familia de mi cuñado se encontraba junto a la mía, llorando la pérdida de ambos.

¿Cómo pude ser la vida tan injusta? ¿Cómo puede haber gente que de verdad se merezca ese cruel castigo y lo estuviéramos pasando nosotros? Nunca entenderé por qué me robaron a mi hermana... una persona alegre, llena de vida.

Con sueños y metas que alcanzar.

La tumba ahora cerrada y sellada hizo que dejara escapar la respiración que ni me di cuenta que estaba reteniendo. Es en ese momento cuando me obligué a apartar la mirada para ver a mi hermano. Estaba mirando el suelo, perdido en sus pensamientos. Mi madre abrazó a mi padre y de pronto me sentí sola. Mi mirada se enfocó en el coche, aparcado fuera, donde mi sobrino estaba. No quería salir, estaba enfadado con el mundo y no era para menos. Yo también lo odiaba con todas mis fuerzas.

Anduve sin darme cuenta hasta allí y cuando llegué miré a través de la ventana del asiento de atrás, hacia él. Estaba con la mirada al frente y las manos apoyadas en sus piernas. Su trajecito de color negro, lo hacía parecer más mayor y tapé mi boca para no dejar escapar un sollozo. Las lágrimas estaban a punto de desbordarse de mis ojos y no conseguía entender como aún me quedaban por derramar. El niño me miró y vi como sus preciosos ojos miel se encontraban rojos e hinchados.

Conteniendo su rabia y furia. Abrí la puerta con cuidado y moviéndome hasta el otro extremo, me dejé sentarme a su lado.

—¿Me abrazas? —le pedí con voz entrecortada. Necesitaba tanto su apoyo.

Sentir su vitalidad y alegría que siempre lo acompañaban... pero sabía que mi niño no iba a ser el mismo desde entonces.

Se mordió el labio inferior y después de pensarlo unos segundos, pareciéndome eternos, se abalanzó sobre mí para abrazarme con fuerza. Lo senté en mi regazo y lo apreté lo más que pude contra mí, para hacerle saber que estaba allí, con él y para él. No sería su madre pero lo quiero como si lo fuese.

Para mí era mi bebé, mi niño y siempre lo sería.

—¿Por qué no me fui con ellos? Quiero estar con mamá y papá... —sollozaba en mi pecho. Mi corazón se estranguló y mi garganta se cerró haciéndome imposible la acción de hablar y respirar.

Se me desgarraba el alma pensando en lo cerca que estuvo de ser así. Por suerte apenas tenía unos cuantos rasguños en su cara y un hematoma en la costilla derecha. Nada grave y eso es lo que había que agradecer. Por lo menos el destino no me lo quitó también.

Me limité a arrullarlo y a mimarlo. Sin ser capaz de alejarme de él.

Al cabo de un rato nos dirigíamos a la casa de mis padres. Cristian abrazaba a Edu mientras yo los observaba. El niño dormía en su hombro y mi hermano descansaba con la mejilla apoyada en su cabecita. Los ojos de Cristian se abrieron y me miraron, sintiendo mi mirada puesta en ellos. Alargó la mano y me agarró la mía para darme un apretón. Hacía unas horas quería cambiar mi lugar con el de Penélope, quería ser yo la que estaba enterrada en vez de ella. Y en ese momento que pensaba lo contrario me sentía enferma. Era una puta egoísta al querer estar viva y disfrutar de la vida. Pero viendo a mis padres, mi hermano y sobrino, así de destrozados... me partía el alma y solo quería protegerlos. Resguardarlos de todo mal.

Por mucho que deseaba que todo fuese un mal sueño, la realidad me golpeaba haciendo inútil cualquier intento.

Cuando llegamos, mi padre obligó a mi madre a irse a descansar. En cuanto a Cristian y a mí, solo acostamos a Edu en la cama de invitados y bajamos al salón en completo silencio. Nos sentamos muy juntos en el sofá y me descalcé para coger una postura cómoda. Cristian pasó su

brazo por mi espalda y me atrajo hacia él. Sabiendo perfectamente cuanta falta me hacía su calor.

—Intenta descansar, coco... —susurró para que no notara la vibración de su voz rota.

—Te quiero, Cristian. —mordí mi labio con fuerza y cerré los ojos dejando ir más lágrimas.

—Y yo a ti —contestó después de unos segundos.

Besó mi cabeza y nos dormimos con ganas de que pasara la tristeza... pero aunque se fuera en un tiempo, sabía que seguiría echando de menos a mi hermana; Sabía que estaría siempre esperando a verla de nuevo.

En cuanto cerré los ojos todo lo que veía era Penélope, mi querida Penélope.

—Coco ven. Ayúdame —la voz de mi hermana viene del tejado por lo que con el ceño fruncido miro hacia arriba.

—¿Qué haces, loca? Te vas a matar.

Ella se ríe y hace como la que se va a caer. Yo chillo y ella me hace callar con un gesto alarmado: abriendo exageradamente los ojos y moviendo sus manos de un lado a otro.

—¡No hagas tanto escándalo! Trae la escalera, papá la quitó. Y como no quería que supiera que estaba aquí arriba, me escondí —susurra.

Yo miro a ambos lados en busca de la gran escalera roja de metal de papá.

Está apoyada en la pared del cobertizo, suerte que papá no la guardó con llave dentro de éste. Miro de nuevo a mi hermana que ahora pretende convertirse en equilibrista, caminando al lado de la canaleta con los brazos en cruz y mirado al frente como una artista de circo.

—Penélope deja de hacerte la valiente. ¿Qué haces ahí arriba?

—Solo quería sentarme un rato y ver desde aquí, como se ve el jardín. —se encoge de hombros.

—Sí, claro. Tú no digas que es para ver al vecino que te gusta —digo con una sonrisita conocedora.

Ella me mira y se sonroja hasta las orejas. Yo me echo a reír tapándome la boca para no hacer ruido ni alertar a mis padres. Sabía de sobra que no era la primera vez que hacía aquello.

—No digas tonterías. ¿Eliot?—bufa—. Por favor... si es un friqui... es

feo y no viste bien. Se pasa todo el día leyendo y apenas habla. No me gusta lo más mínimo... y menos cuando me mira y sonrío. Tiene la sonrisa más fea que he visto en mi vida —afirma tajantemente.

Después de decir toda aquella sarta de mentiras, se sienta de nuevo y apoya la cara en sus manos. Por mucho que me quería hacer creer que no le gustaba Eliot, yo sabía que sí. Solo había que verla cada vez que lo nombraban o simplemente pasaba por nuestra calle y la saludaba con una sonrisa, que según mi hermana, era feísima. Se ponía tan colorada como un tomate.

Niego con la cabeza y voy a por la escalera. Es el doble de alta que yo, pero me las arreglo para ponerla horizontalmente y así cargarla hasta la casa. Miro a mi hermana mientras ando y veo que está mirando la casa de Eliot con una sonrisa tonta. Tiene quince años y yo diez, y no entiendo muy bien de enamoramientos cursis, como Cristian los llamaba, pero ojalá yo llegue a mirar a un chico así, algún día. Los niños de mi clase son tontos, pero mi hermana me dijo una vez que eso es porque aún son pequeños y tienen que madurar. A veces me la imagino casándose con Eliot. Y aunque ella lo niegue sé que también quiere ser su novia.

Cuando llego a ella y se da cuenta de que la he pillado mirando, se vuelve a poner roja. Le coloco la escalera con cuidado y ella la agarra para colocarla y así bajarse. Cuando está abajo me da un abrazo y besa mi cabeza.

—Gracias, coco. Te debo una.

—Sí, por lo menos un quiosco entero de chuches —digo sonriendo exageradamente.

Ella ríe y cuando mira a la derecha, su risa se va, dejando paso a su cara ruborizada. Yo miro hacia donde está mirando y allí está. Un chico con gafas, rubio y con una sonrisa “fea” partiendo su cara en dos. Los dos se observan claramente embobados.

—Le diré a mamá que te has ido a estudiar con Laura —digo haciéndola desviar la mirada del muchacho.

Ella me mira y sonrío feliz. Sus ojos brillan de extrema felicidad.

—Te quiero mucho, coco. Eres la mejor hermana del mundo.

—Te quiero también. Corre, Eliot te está esperando.

Ella me da una última sonrisa y se va junto a Eliot, que ahora podría competir con ella a cual está más rojo de los dos. Cuando cruzan la esquina, escucho la bonita risa de mi hermana por algo que él le dijo y sé que aunque lo niegue, está enamorada de él. Yo solo quiero que alguna

vez un chico me haga reír como Eliot le hace reír a mi hermana.

Capítulo 1.

Dos años después...

—Edu, ¿qué te dije de dejar los cromos desperdigados por el suelo...? —suspiro.

Los voy recogiendo uno a uno, ya que mi querido sobrino-hijo los tiene por todo el lugar, como si pareciera una alfombra. Siento la presencia de él detrás de mí mientras sigo como tonta arrodillada en el suelo.

—Lo siento —dice antes de agacharse y ayudarme.

Cuando tenemos todo recogido, le digo que se vaya a lavar las manos para empezar a comer. Él no dice nada solo asiente y hace lo que le digo. Suspiro otra vez y me meto en la cocina para preparar el almuerzo. Me la paso suspirando todo el día.

Cuando ya tengo la pasta cociéndose, pongo un cazo con tomate triturado, especias, queso parmesano y trozos de salchicha. Los pitidos y las voces del televisor me hacen dar otro suspiro cansado. Ya estamos... ese niño vive por y para el futbol. No sé qué le verá a eso de dar patadas a un balón y que te persigan un montón de tíos sudorosos y jadeantes... ladeo la cabeza con esa idea, mientras remuevo la salsa.

Bueno tal vez esa parte donde te persiguen tíos sudorosos no está nada, pero nada mal. A lo mejor me meto a futbolista.

Río por mis pensamientos y dejo a la salsa reposar fuera del fuego. A los tallarines le quedan unos cinco minutos aun, así que pongo la mesa. Solo veo el pelo castaño de Edu por encima del sofá, pero sé cómo de concentrado está: su ceño fruncido, sus ojos siguiendo la maldita pelotita de un lado a otro... Y lo más frustrante es que no hace caso de nada mientras está así de concentrado. A menos que sea con...

—Edu ¿te apetece si vamos hoy a ver al equipo local? —sé que eso llamará su atención de un momento a otro.

Su cabeza gira de golpe y me mira expectante. Mi sonrisa se hace gigante en mi rostro.

—¿Te apetece? Si no, pues podemos hacer otra...

—¡No! Está bien. ¿Podré entrenar en el campo? —interrumpe mi burda actuación.

Me encojo de hombros ante su pregunta.

—Pues no lo sé, pero supongo que una vez que acaben el partido, te dejarán jugar un rato. Quizás conozcas a algún niño allí.

Su sonrisa cae y se encoge de hombros para después volver la vista a la tele.

Suspiro y coloco la jarra de zumo con dos vasos. Vuelvo a la cocina para ver cómo está la pasta, y veo que ya está lista. Cuando lo tengo todo emplatado, lo coloco en la mesa y me acerco a mi sobrino por detrás. Lo abrazo dándole cientos de besos por toda la cara y él ríe mientras me intenta apartar.

—A comer, hombrecito —digo dándole el último beso.

—No soy un niño —dice gruñendo.

—Por eso dije hombrecito.

Le hago cosquillas y ríe. Cuando ya me arto de darle cariñitos, se levanta y nos sentamos juntos a la mesa. Comemos en silencio y Edu me dice lo buena que está la comida, yo le sonrío con cariño y le pellizco los mofletes. Ríe al ver su mueca y le dejo en paz. Cualquiera que me viera así de tonta y cariñosa, no se lo creería.

—¿Quieres que llame a Cristian para que venga con nosotros al campo? —le pregunto llevándome a la boca otro puñado de tallarines.

—Me da igual —responde encogiéndose de hombros y bebiendo zumo.

—Bueno ahora lo llamo y le cuento.

Cuando terminamos de comer, recogemos la mesa, juntos. Lavo los platos y utensilios mientras él los va secando y colocando. Mi niño y yo hacemos buen equipo. Él vuelve a sentarse en el sofá y yo llamo a Cristian para decirle sobre nuestra salida.

—Hola coco. ¿Qué pasa?

—Hola Cris, solo era para preguntarte si tienes algo que hacer esta tarde.

—Pues ahora que lo dices... puede que tenga algo, pero dime ¿de qué se trata?

—Quería llevar a Edu a ver al equipo local, y a que entrenase un poco en el campo.

—Veré lo que puedo hacer, hermanita. ¿Cómo está? —pregunta.

—Bien... está igual que siempre.

—¿Te ha contado que ha suspendido Mates?

—¡No! Este niño...

—No se lo tomes tan mal, coco... sabes que...

—Ni coco ni nada Cristian, no tiene que dejar de lado sus

estudios. Podría habernos preguntado o pedido ayuda.

Mi hermano suspira al otro lado y yo hago lo mismo.

—Bueno avísame si vienes. Sobre las cuatro saldremos. ¿Ok?

—¡Recibido, mujer de hielo!

—Ja, ja muy gracioso, tú.

—Te quiero —dice con voz melosa.

—Y yo a ti.

Odio que haga eso.

Cuando cuelgo voy para el salón preparándome para la regañina que le soltaré. Me paro frente al televisor y él se queja; pero al verme la cara, traga saliva nervioso y se sienta derecho, soltando el mando a distancia a un lado.

—¿Ha sido el tito? —se queja resoplando—. Le romperé todas las revistas de *Play boy* —murmura por lo bajini desviando la mirada al suelo.

Yo no puedo evitar reírme a carcajadas. Pero me recupero un poco y le señalo con un dedo, intentando recomponer la compostura.

—Como no acabes los deberes de aquí a las cuatro, no pienso llevarte a ninguna parte —le digo lo más serio que puedo.

El resopla y se desordena el pelo con exasperación, para luego levantarse e irse a hacer lo que le ordené.

—Buen chico —digo burlesco.

—Que no soy un perro... —se queja.

Yo vuelvo a reír sin poder remediarlo.

Que mayor se ha hecho ya... ojalá mi hermana estuviera aquí para verlo.

—¿has hecho todos los deberes? —le cuestiono entrando en el coche y cerrando la puerta.

—Sí... —contesta en tono cansado sentándose en el asiento a mi lado.

—¿Y los has hecho bien? —insisto.

—Que sí...

Es como la décima vez que se lo pregunto y aún no me creo demasiado que haya acabado todos los ejercicios en una hora. Me encojo de hombros y decido no preguntarle más, si me ha mentado que se atenga a las consecuencias.

«Tengo tooodo el fin de semana para poder vengarme. ¡Muajajajaja!»

Miro la hora en la consola del coche, las cuatro menos cinco quedando veinte minutos para que empiece el partido. Cristian llamó hace rato

diciéndome que no podía venir por lo que me tocaría estar sola con Edu. Muchas veces me pregunto por qué no acepta el puesto vacante en la agencia, pero entonces recuerdo que a él le encanta su trabajo. Es todo un manitas y ama la fontanería. No sabía yo que alguien podría amar algo así, pero supongo que es un trabajo como otro cualquiera. A veces creo que lo explotan demasiado, y las viejas y las no tan viejas, siempre lo solicitan a él para los arreglos. Cuando voy de vez en cuando a verle, hay una fila de mujeres dándole detalles de por qué tiene que ir a su casa a arreglarle cualquier cosa. Y mi hermano no es que se queje demasiado, por lo menos no con las de menos de treinta.

Llegamos al campo y mi sobrino sale del coche sin esperar si quiera a que apague el contacto. Eso me hace poner los ojos en blanco y sonreír al mismo tiempo. Veo como saca el balón del maletero, al mismo tiempo que yo salgo del coche. Automáticamente sale corriendo dirección a las gradas para coger sitio.

Me aliso la blusa blanca de tirantas, y miro mi trasero en el reflejo del coche. Mi culo está fenomenal en mis vaqueros.

—Bonita retaguardia —dice una voz masculina, haciendo que me sonroje un poco.

Me giro dispuesta a agradecerle el cumplido pero él ya está lo suficientemente lejos como para que pudiera escucharme. Se dirigía hacia el campo cargando una gran mochila negra Nike a juego con sus zapatillas de deporte. No puedo ver su pelo ya que una gorra gris le cubre la cabeza. Mi mirada barre su cuerpo atlético con deleite desde la nuca parándome en su espalda envuelta por una camiseta blanca ajustada que hace que los músculos se le marquen como si fuera una segunda piel y sigo bajando hasta su...

¡Wau! Que culo por el amor de dios... No puedo echarle más de treinta. Años quiero decir.

Carraspeo para serenarme y cuadro los hombros.

«Bien teresa, no ha pasado nada...»

Ando decidida, montada en mis sandalias de tacón beige y llego a donde está Edu sentándome a su lado. Miro la grada y apenas hay diez personas, entre ellos: madres mirando con una sonrisa hacia los niños que van a jugar y algún que otro padre haciendo fotografías.

Los niños del equipo tienen la misma edad que Edu incluso alguno de ellos v al mismo colegio. Pero aunque le insistimos Cristian y yo, no quiere

apuntarse.

Puedo jurar que se muere de ganas por estar en el lugar de uno de ellos.

Beso su frente sin que le dé tiempo a esquivarme pero para mi sorpresa, en vez de una mueca de desagrado con la cual estoy bastante familiarizada, me sonrío. Su mirada va al campo de nuevo en cuanto un silbido suena haciendo eco en todo el recinto. Yo miro también y no puedo parar a mi mandíbula cuando cae abierta. El hombre de antes está allí, en medio de la masa de niños vestidos con equitaciones negras, hablando, haciendo gestos con las manos y dando ánimos a los chicos. No sé por qué, pero me pongo atacada de los nervios. Mi corazón parece uno de esos tambores africanos para hacer rituales de sacrificio.

—¡No me lo puedo creer...! —exclama Edu emocionado haciéndome saltar en mi sitio.

—¿Qué... qué pasa? —le pregunto asustada.

—Ese es Víctor Sanz... ¡Víctor increíble Sanz! —dice como si su nombre tuviera que producirme algún ataque de nervios.

—¿Qué? ¿Quién es ese tal Víctor? —pregunto frunciendo el ceño ante tal efusividad.

El niño me agarra la cara y me hace mirar al campo. Los niños ya están corriendo, pero él me señala al hombre de voz bonita y ronca que me dijo que tenía buen culo. El mismo que hace unos segundos me cercioré de darle un buen repaso.

—¿De qué lo conoces?

La cara del tal Víctor es de actor de cine y por no hablar de lo bien que le queda el maldito chándal gris.

—Oh tita, por dios... es uno de los jugadores que más me gusta, por no decir el que más. Era delantero en *Manchester united* ¡y está aquí...! no me lo puedo creer. Se retiró del fútbol hace un año, pero aún sigue siendo el mejor jugador de todos los tiempos.—su tono soñador me hace sonreír.

Desconecto cuando Edu empieza a contarme todos sus logros y me fijo más en él. No puedo evitar imaginar cosas impuras en mi cabeza, teniéndolo a él como protagonista.

¿Pero qué me pasa? Siempre soy yo la que espero a que vengan a mí, ¿por qué ahora tengo ganas de ir y agarrarlo a la fuerza, en plan hombre de las cavernas y gritar a los cuatro vientos: éste macho, ser mío?

Víctor-increíble-Sanz, como mi Edu lo llama; se mete las manos en los bolsillos de los pantalones y mira a los niños jugar con atención,

profundizando su ceño fruncido. Está tan concentrado que da miedo. Algo le hace desviar la mirada y sus ojos se posan en mí después de barrer la grada, como si hubiera sentido el peso de mi mirada en él.

«Ay dios mío... Teresa desvía la mirada... ¡desvíala ya! ¿Pero qué haces mirándolo aún?»

Su sonrisa hace acto presencia, no una completa, una ladeada y sexy sonrisa que hace que me tiemblen las piernas incluso estando sentada. Suspiro y desvío la mirada de él, para centrarme en el juego. Aún siento la mirada de él en mí después de unos segundos, pero hago caso omiso. Trago saliva nerviosamente y me doy cuenta de que me estoy retorciendo los dedos con fuerza arrugando la blusa. Separo las manos y me las seco en el pantalón, me sudan demasiado.

«¿Tendré fiebre?»

—¡¡Gooooo!! —grita mi sobrino y los demás de la grada.

Yo me sobresalto pero sonrío a mi chico que está saltando y animando al equipo. No es la primera vez que venimos, pero puedo decir que es la primera vez que lo veo tan emocionado y feliz. Eso me alegra enormemente y solo quiero que tenga esa sonrisa gigante pegada, para siempre, en el rostro.

El partido sigue su curso y yo me obligo a no mirar a la dirección que tanto ansío. Tengo que mantener la cordura, no puedo ir por ahí de enamoradiza.

Llevo dos años sin tocar a un hombre y es en este momento que me voy dando cuenta de que me está pasando factura. No sabía que lo echaba tanto de menos hasta en este mismo instante. El sentirme viva y hermosa a través de los ojos de un hombre; Sentir una caricia en la piel, ser besada en cada centímetro de mi cuerpo. Gemir, temblar y explotar de placer...

Gimo un poco y me remuevo incómoda en el asiento de plástico.

«¡Para de una vez Teresa!»

Ahora tengo un hijo y no puedo ir de calentona por la vida. Tengo responsabilidades a parte de mi trabajo. ¿Aunque no me haría ningún daño desahogarme y así aguantar otros dos años sin nada, no?

Apoyo mi barbilla en mi puño y observo el campo. Sin poder evitarlo miro de reojo hacia el banquillo, él está de pie como antes, mirando cada jugada y niño.

Su pose en tensión me mata y me pone, a la vez. ¿Cómo puede ser tan tremendamente sexy pareciendo a la vez tan intimidante y serio?

Alguien toca mi hombro y mis ojos se quejan por tener que desviar la mirada de él. Miro al hombre a mi derecha que me da una sonrisa de dientes. Es relativamente joven, de unos treinta y pocos; pelo castaño y ojos verdes. Yo le sonrío de vuelta, no tenía otra opción de todas maneras.

—Hola, me llamo Oscar —se presenta tendiéndome la mano.

Miro sus dedos por unos segundos, dándome cuenta de la marca blanca de su anular donde claramente hace relativamente poco había un anillo de matrimonio.

Le estrecho la mano.

—Soy Teresa.

—Encantado, Teresa. Mi hijo es el número tres, el que está en el extremo derecho. ¿Vienes mucho por aquí?

Miro al campo y sin ver al niño, asiento hacia él. No me interesan los tíos casados. Así que decido hacer esto rápido y sin dolor.

—Lo siento pero no estoy interesada en follar contigo. —el semblante de Oscar se tuerce ante mi descarada declaración—. Ahora si me disculpa, quiero seguir viendo el partido. —Estoy por dejarlo en paz pero decido ir más allá, no quiero que en un futuro lo vuelva a intentar—. Además, seguro que a su esposa no le hará ninguna gracia que utilice el acompañar a su hijo para ligar.

Su cuerpo está tenso y ni hablar de la vergüenza que hace que sus mejillas ásperas se ruboricen. Me entran ganas de reír pero me aguanto, en su lugar aparto la mirada y me siento recta cruzándome de brazos y piernas.

No pasa dos segundos cuando se va dándose por vencido. Sonrío victoriosa.

El partido acaba proclamando nuestro equipo ganador por dos goles. Mi sobrino está que no cabe en sí, de gozo.

—Bien, nos vamos —anuncio.

La cara del niño se transforma y me mira diciendo que no con la cabeza y poniendo las manos juntas como si rezara.

«Es tan mono... me entran ganas de comérmelo a besos, por dios».

—Me dijiste que podría entrenar cuando acabara... por favor, tita. Además quiero ver a Víctor y decirle que es el mejor.

Me pongo nerviosa de repente y las manos me sudan otra vez. Miro a la

cara de mi sobrino que me suplica y sonrío un poco antes de asentir. ¿Cómo voy a poder decirle que no a esa cara?

—¡Bien! —dice pegando un salto y alzando el puño hacia arriba.

Yo río mientras bajamos y Edu corre hacia el banquillo donde los niños están celebrando su victoria junto a su guapo entrenador.

Me pregunto qué le habrá pasado para dejar el fútbol. No se le ve nada imperfecto en él, fácilmente puedo decir que esta esculpido por los dioses y lo hicieron perfecto. Mediante me voy acercando, más nerviosa me pongo. Edu me mira y corre hacia mí para cogerme de la mano y hacerme ir más deprisa. Los chicos se van yendo y él se queda mirándolos con una sonrisa. Ya estamos casi a su lado, cuando él siente nuestra presencia y me mira a mí antes de mirar a Edu.

—Hola —saluda a mi sobrino con una gran sonrisa, se ve que le encantan los niños.

Víctor vuelve a mirarme por décimas de segundo y es cuando me doy cuenta de que su sonrisa es un tanto forzada. El niño me mira para que hable y me empuja más cerca de él. Ahora su atención está total y exclusivamente en mí.

«¡Le tiraré todos los cromos a éste mocoso por hacerme pasar por esto!»

—Emhp... buenas tardes. Mi... amm... me preguntaba si... podría entrenar en el campo un rato —le digo a su boca.

«Soy una imbécil. Una completa imbécil».

Él me mira de arriba abajo y tengo que apretar mis muslos juntos por el cosquilleo que se instala en mi sexo.

—No creo que pueda jugar con esos bonitos zapatos, señora — señala haciendo una mueca, mirando mis pies.

—Oh... no... yo no... él. —señalo a la garrapata a mi lado.

—Ahh... —sonríe avergonzado. —No hay problema, chaval. Aún me queda una media hora aquí, en cuanto acabe os aviso, que tengo que cerrar yo.

—¡Bien! —el grito emocionado de Edu nos hace reír.

Mi sobrino sacude mi mano y lo miro. Me hace un gesto que no puedo descifrar muy bien y lo miro confundida. Tira de mí hasta poder quedar a su altura diciéndome al oído: —Pregúntale si puede darme un autógrafo.

Pienso en negarme pero viendo su cara de, “por favorcito”, me hablando como una mamá tonta y beso su cabeza antes de enfrentarme

al señor baja bragas.

—Perdón pero... ¿puede firmarle un autógrafo?

—Claro. ¿Cómo se llaman? —pregunta quitándose la gorra y cogiendo un rotulador de su mochila.

—Eduardo —no sé cómo puedo articular palabra.

Es rubio... y de un tono precioso. Tenemos casi el mismo color y ahora sus ojos están más visibles gracias a que no tiene la visera delante. El azul casi transparente de su iris hace competencia con el cielo; tan nobles a la vez que intimidantes que hace que me tiemblen las rodillas.

Puedo morir a gusto, justo en éste instante.

—¿Y usted? —me pregunta con una leve sonrisa ladeada.

Mátenme. Ahora.

—Yo... —¿Cómo coño me llamo?

—Se llama Teresa —contesta el niño por mí.

«Gracias Edu... dejaré tus cromos en paz».

—Encantado —dice antes de garabatear algo más en su gorra.

Cuando acaba, coloca la gorra en la cabeza de mi sobrino haciendo que sus ojos chispeen emocionados. Yo sonrío, viendo como tras decirle un escueto agradecimiento, se va dándole un cabezazo a su pelota. Lo veo patearla un par de veces, hasta que su voz ronca y sexy, me saca de mi ensimismamiento.

—Tengo que entrar. Os aviso cuando me vaya a marchar.

Lo miro un poco nerviosa y asiento. Estamos solos. Y recién me doy cuenta de la magnitud de la situación.

—Gracias. Y también por la gorra, no se la quitará en años... —digo riendo, intentando disipar el ambiente del calor que de repente parece envolvernos.

—De nada... —dice dándose la vuelta con su mochila al hombro, pero algo le hace parar y volverse de nuevo—, por cierto... siento mi comentario de más temprano. Pero te veía preocupada por cómo se veía tu trasero... solo quise ayudarte —su tono de voz denota diversión y perversidad.

Yo me sonrojo a más no poder. Nunca me había sonrojado de ésta manera...

—G-gracias...

Él me saluda con un asentimiento y ahora sí se va... yo me quedo en shock.

¿Pero que tiene este tío para tenerme así? Nunca me he sentido de esta manera en la vida. He salido con hombres guapos, qué digo guapos, espectaculares, pero ninguno de ellos me ha hecho sentir tan... vulnerable y gelatinosa.

¡Se acabó!

Me mentalizo que no volveré a verlo y así mi respiración vuelve a ser normal.

—Gracias por llevarme, tita —dice Edu sonriéndome y dándome un beso en la mejilla.

Casi atropello a un contenedor por la emoción de que me da un beso. Incluso me pican los ojos por las lágrimas.

—De nada, cariño. Siempre que quieras iremos y entrenarás.

—Hablando de eso... he pensado en lo que el tito y tú me dijisteis una vez.

—Ajá... —asiento y aparco frente a casa.

—Quiero apuntarme en el equipo —anuncia haciéndome detener de abrir la puerta del coche.

«¿Está hablando en serio? Mi niño quiere hacer amigos por fin... oh dios...

ahí vienen las lágrimas».

Me las aparto antes de darme la vuelta para verle.

—Eso es genial, Edu.

Él sonríe.

—Sí... y lo mejor de todo es que Víctor Sanz será mi entrenador...

Edu sale del coche cerrando la puerta tras de sí. Me quedo mirando a la nada hasta que mi cerebro reacciona.

Oh dios... oh dios mío... eso significa que lo vería a menudo... que digo a menudo, cuatro veces a la semana sin contar los partidos que habrá y tendré que asistir para verle jugar. Oh dios... esto no puede ser bueno. No puedo ver a Víctor Sanz... no me gusta cuando me mira, ni me sonríe... tiene la sonrisa más fea que he...

«No digas tonterías. ¿Eliot? Por favor... si es un friqui... es feo y no viste bien. Se pasa todo el día leyendo y apenas habla. No me gusta lo más mínimo...

y menos cuando me mira y sonríe. Tiene la sonrisa más fea que he visto en mi vida.»

El recuerdo de mi hermana diciendo exactamente esas palabras de Eliot me hace estremecer.

No... ni hablar. No me gusta ese futbolista de pacotilla. Seguro que es arrogante y un capullo que utiliza su fama para follarse a todas las tías. ¡No señor! Víctor Sanz no es nadie ni será nada en mi vida.

Y con ese pensamiento salgo del coche y entro en casa para darle la merienda a Edu. Que ése si es el hombre de mi vida. Mi hijo.

Capítulo 2

—Por enésima vez, Cristian... no voy a salir. Y menos cuando va *mira qué casualidad* un hombre que quiere conocerme. Ya sabes que no me gusta eso de las citas a ciegas.

—No seas así, coco... es el primo de Natalia.

—De todas maneras... ¿Quién es esa tal Natalia? Nunca te escuché hablar de ella.

—Es una amiga. Pero no me cambies de tema. El tipo viene y no creo que le haga mucha gracia salir de sujeta-velas.

—No es mi problema, Cristian. Además, ¿qué hago con Edu?

—Se lo dejas a mamá y papá.

Resoplo y llevo el bol de palomitas vacío a la cocina. Cris puede ser demasiado perseverante cuando se lo propone. Aunque no me puedo quejar... en eso somos iguales; tiene que ser por eso de que somos mellizos, seguramente.

—¿Coco? ¿Sigues ahí?

Resoplo de nuevo y me siento en la encimera. Me masajeo las sienes en busca de una buena excusa para hacerlo claudicar.

—Cristian...

—Por favor, coco —me interrumpe—, te juro que es un buen chico. No tienes que llegar a más con él si no quieres. Solo ven y acompáñanos.

—Está bien... pero Edu se viene.

Ahora el que resopla es él. Sabe que de cabeza tampoco me gana nadie y en esto no tiene las de ganar.

—Haz lo que quieras, Teresa. Pero si resulta que el chico te gusta no quiero que te arrepientas de llevar...

—No me arrepentiré de llevar a mi hijo Cristian —le interrumpo iracunda—, no vuelvas a insinuar una cosa así. Mientras que tenga a Edu conmigo lo

llevaré a donde vaya. —me siento realmente molesta.

—Coco no quise... hacerte sentir mal. Lo siento. También es... mi hijo de todas maneras.

—Nos vemos dentro de unas horas, Cristian. Llegaremos al restaurante a las nueve en punto.

—Lo siento de verdad, coco... perdóname.

—Hasta luego —digo cortando la llamada.

Me ha dolido de verdad lo que me ha dicho. Edu es todo menos una molestia para mí... le pueden dar por culo a todos los tíos del planeta.

Salto de la encimera al suelo y voy al salón donde mi sobrino juega a la *Play* un partido de fútbol. Sonrío al ver la gorra de su ídolo aún en su cabeza. Ya es sábado por la noche y desde ayer por la tarde solo se la ha quitado para bañarse.

Ni para dormir quería apartarse de ella. Me acerco a él y me siento a su lado, es tan parecido a ella. Tiene los ojos de su padre pero es todo Penélope en él. Las lágrimas se me agolpan en los ojos y me odio por ello. No puedo estar así cada vez que la recuerde, no podré superarlo si sigo así y eso hará que Edu tampoco lo haga.

—¿Cuándo quieres apuntarte al equipo? —pregunto ahora mirando la pantalla donde un Víctor Sanz pequeño y con un gran parecido, corre hacia la portería para marcar un gol.

El partido se para en *Pause* y miro a Edu, el cual, tiene una gran sonrisa en el rostro.

—Cuanto antes mejor. Quiero que me enseñe a hacer de todo y convertirme en el mejor como él.

Yo sonrío y me siento en modo indio en el sofá. Él suelta el mando y se pone de la misma posición quedándonos de frente.

—¿Qué le pasó? —Pregunto interesada.

—¿A Víctor? —pregunta frunciendo el ceño.

Asiento.

—Pues sufrió una rotura del ligamento cruzado interior, de la rodilla izquierda... —relató como si esa frase se le hubiera quedado grabada en la mente desde que la retrasmitiesen por la tele—, cuatro operaciones después se retiró.

Hago una mueca y siento pena por él.

—¿Y de dónde es?

—De Madrid.

De Madrid... ¿Y ha venido desde Madrid a Jaén solo para entrenar a niños?

Me quedo pensando para mis adentros un buen rato, hasta que veo que Edu se cansa de esperar una reacción de mi parte y empieza a jugar de nuevo. No sé por qué tengo tanto interés en ese hombre. No se fijaría en mí, ni en mil años luz...

bueno en mi culo sí, a él le dio un buen repaso. Sonríó al recordarlo. Me puse tan nerviosa que no podía controlar los temblores de mi cuerpo.

Entonces me acuerdo de la cena de ésta noche.

—¿Te apetece ir a cenar con el tito y unos amigos?

Él se encoje de hombros y sigue jugando. Suelta un "mierda" y se levanta haciendo movimientos exagerados haciendo que casi se meta en el juego él mismo para chutar la maldita pelotita.

—En cuanto acabes el partido te vas a la ducha y te vistes para salir.

—Vale. Le enseñaré la gorra al tito... se morirá de envidia cuando la vea.

Yo sonrío y me levanto del sofá. El ruido de silbidos y aullidos para de nuevo y mi sobrino habla.

—Por cierto... en mi gorra hay algo escrito para ti también.

Eso me hace parar y volverme hacia él. El niño deja el mando en la mesa y se acerca quitándose la gorra y tendiéndomela. Yo la agarro con recelo y miro a donde está el autógrafo.

Para Eduardo con mucho cariño.

Víctor Sanz.

Frunzo el ceño y miro al mocoso mentiroso frente a mí. Él sonrío y niega como si yo fuera estúpida.

—En el interior de la gorra.

Le doy la vuelta.

Nunca dejes de sonreír... con cariño para Teresa. Víctor Sanz.

Oh dios mío... me entran los siete males por el cuerpo y no sé ni cómo consigo sostenerme en mis pies.

—Tienes una sonrisa muy bonita, tita. Y si Víctor lo dice tienes que creerle — sentencia dándose la vuelta con su gorra ya puesta en su cabeza.

Sonríó a lo que me dice de tener una sonrisa bonita pero estoy tan en shock todavía, que no sé ni cómo llego a mi habitación. Esto no es bueno... ¿Cómo puede hacerme esto tan solo con unas palabras? No necesito esto... no ahora de todas maneras. Lo que menos me hace falta es encariñarme y mucho menos enamorarme.

Me tiro en la cama boca arriba y lo primero que se me cruza por la mente son unos ojos transparentes como el cristal y una cara seria e intimidante. De repente una ola de excitación me recorre de pies a cabeza haciéndome arquear, buscando ese cuerpo duro encima de mí. Un cuerpo duro en particular. El nombre de Víctor, está enredado en mi lengua, deseoso de salir en forma de jadeo, suspiro o gemido... incluso balbuceo incoherencias mientras me acaricio sutilmente los pechos. ¿Cómo sería sentir sus grandes manos haciéndome exactamente esto?

Seguro que me haría llegar al orgasmo con solo tocarme.

Mis manos siguen un recorrido por mi estómago, haciendo levantar la camiseta. Su cara vuelve a mi mente y ésta vez me mira con ansia y excitación.

Pidiéndome que me entregue a él... gimo al sentir como me pellizco el pezón derecho mientras mi otra mano se aventura por debajo de mis pantalones cortos de chándal. En cuando mi dedo toca mi clítoris, exploto. Tengo un maravilloso orgasmo que no me sacia del todo, si no que me deja con ganas de más... con ganas de tener sus manos de nuevo en mí... aunque sea todo una maravillosa fantasía.

—¿Edu tenías que traer la gorra?

—Sí, te dije que la llevaría para enseñársela al tito —dice subiendo a mi lado en el coche.

Suspiro y sonrío un poco mirando de reojo la dichosa gorra. Me entran ganas de quitársela y olerla por si aún huele a él. ¿Pero qué estoy diciendo? Primero me quedo tarada con tan solo su presencia, luego me toco pensando en él... ¿qué será lo próximo pedirle que se case conmigo y que me haga veinte bebés? Por dios... estoy fatal. Acabo de imaginarme un mini Víctor diciéndome mamá, dejando ver dos preciosos hoyuelos y un solo dientecito...

Sacudo la cabeza para aclararme las ideas y pongo rumbo al restaurante *Linis*.

Miro de reojo a mi sobrino y sonrío. Lleva unos pantalones vaqueros y una sudadera de béisbol gris a juego con su gorra. Ya es todo un hombrecito, mi niño.

Cuando llegamos al restaurante, Cristian acompañado de una mujer y un hombre, nos reciben en la puerta.

—Hola campeón... siento no haber podido estar ayer con vosotros.

—No pasa nada, pero te lo perdiste todo. ¿Sabes a quien conocí?

—A quién... —dice divertido y agachándose a su altura.

—A Víctor Sanz. Ex jugador del Manchester. Es el nuevo entrenador del equipo de aquí.

Cristian me mira incrédulo y yo solo asiento con una sonrisa.

—Y mira... —dice el niño quitándose la gorra y enseñándosela a su tío.

—Oh... eso es genial, enano.

Se levanta de nuevo y entonces se da cuenta de que no estamos solos los tres.

Se vuelve hacia la chica de pelo extremadamente rizado y negro. Ella se adelanta unos pasos hacia mí.

—Encantada, soy Natalia —dice acercándose y dándome dos besos.

—Igualmente, soy Teresa —digo un poco demasiado brusca.

Mi hermano hace una mueca. No me gusta conocer gente nueva... bueno no me gusta demasiado relacionarme con la gente, soy así de antisocial. El hombre se aproxima a mí, también con una sonrisa amable. Tiene un bronceado bonito pero no excesivo y unos ojos marrones cálidos y expresivos. Lo que más atractivo le da es su barba recortada en forma de candado. Eso y... que es un ropero empotrado de grande. Nunca me gustaron tan grandes pero he de reconocer que el señor misterioso-primo-de-Natalia está muy bien.

—Hola me llamo Leo. —su voz es... aguda. Como si arañaras una pizarra.

Dios mío... no me esperaba esa voz tan de... ¿niña? ¿Marica? Menuda novecita me espera.

La noche transcurre bien, menos cuando Leo me habla e intenta hacerse el galán conmigo. Si esa voz ya de por sí es odiosa y patética, cuanto más en mi oído. Cristian y Natalia hablan animadamente y meten de vez en cuando en la conversación a mi mudo Sobrino. Él solo asiento y mira de Cristian a mí como si los otros dos no estuvieran. Ojalá pudiera hacer lo mismo con Leo. Natalia es un encanto, aunque eso no significa que yo le hable como si fuera mi mejor amiga. A decir verdad nunca tuve una mejor amiga, lo más parecido que tuve a una, era mi hermana. Y ahora... ya no está.

Suspiro y me remuevo incómoda en el asiento haciendo que Leo se quite de encima de mí.

—Voy al baño —anuncio.

—Voy contigo —ataja Natalia antes de que llegue a levantarme del todo.
Oh genial... viaje al baño de chicas ¡yupi...!

Ando hacia el baño sintiendo la presencia de la chica detrás de mí. Sin esperar a si ella va a intentar hablar, me meto en un cubículo y me encierro con pestillo.

No tengo ganas de hacer pis, solo quiero tranquilidad y estar fuera de alcance del pulpo Leo. Por muy atractivo que sea el chico... no me imagino esa voz gritando cuando se corre. Creería que es una chica la que me está follando y no un hombre.

Puaj...

Me siento en el WC y apoyo mi cabeza en las manos. Quiero irme a mi casa de una vez, darle las buenas noches a Edu y quedarme dormida.

Un toque en la puerta me hace sobresaltar.

—¿Teresa? ¿Estás... bien?

Dudo en si contestar o hacerme la muerta.

—Sí, solo necesito un minuto. Ve yendo tú a la mesa, Natalia.

—Está bien...

El sonido de una puerta al cerrarse me hace respirar tranquila. Cuando ya estoy lo suficientemente calmada, salgo del pequeño cubículo y veo mi aspecto en el espejo. Hoy me decidí por lo informal, ya que para el trabajo siempre llevo trajes y faldas lápiz. Una bonita blusa blanca de tirantas de encaje adorna mi parte superior y unos leggings negros abrazan mis muslos. Miro mi trasero y sonrío encantada de lo bien que se ve.

“Bonita retaguardia”

Salgo del baño más dispuesta a irme que seguir con la cena. Quiero volver a fantasear con Víctor, quiero sentir de nuevo su mirada intimidante, y sus manos acariciándome por todos lados...

—¿Estás bien? —pregunta mi hermano preocupado en cuanto llego a la mesa.

Cuando me dispongo a contestarle, mi sobrino interviene.

—Quiero irme a casa. Estoy cansado.

Vi el cielo abierto en cuanto esa frase sale de su boca. Juro que me lo comeré a besos cuando salgamos.

—Bien —digo lo más natural posible sin querer dejar entrever la alegría que eso me provoca—. Es hora de irnos de todas maneras. Despídete

de tu tío, de Natalia y Leo.

El asiente y abraza a su tío efusivamente mientras que me despido cordialmente de los otros dos invitados. Leo me dice que quiere volver a verme, yo le digo que no, muy educadamente, o eso creo. Cuando ya estamos en la seguridad de *Peter* suelto un suspiro largo.

—No me gusta ese Leo —espetea Edu haciéndome reaccionar.

Mis alarmas internas suenan por todo el lugar y me entran ganas de salir del coche y matar al pulpo por haberle hecho lo mínimo a mi niño.

—¿Qué te hizo Edu?

Me mira con su ceño fruncido y su boca apiñada. Está enfadado.

—No paraba de tocarte y de molestarte. Y cuando te fuiste al baño, te miró el culo. No me gusta —dice ahora más serio que antes y cruzándose de brazos indignado.

«¿Podría morir más de amor por este niño?» Ríe un poco para camuflar mis lágrimas repentinas.

—A mí tampoco me gusta cariño.

—Bien... no quiero que te toque más —rebate ésta vez mirándome a los ojos.

Sus ojos brillan por la acuosidad que se acumula en ellos y su labio inferior tiembla en un claro signo de que en cualquier momento romperá a llorar. «O

no... No». Me acerco a él rápidamente y lo abrazo. Él esconde su cara en mi cuello y ahoga un pequeño sollozo.

—Shh... Cariño, no pasa nada. No volverá a tocarme. Tranquilo mi niño...

shh... vamos a casa ¿vale? Te haré un chocolate caliente antes de acostarte y me quedaré contigo un rato hasta que te duermas.

Noto que asiente y cuando sale de mi cuello se limpia la cara rápidamente para que no vea sus lágrimas. Mira hacia la ventana y se queda allí mirando el restaurante. Deseo con todas mis fuerzas que me mire y me hable pero sé que no será así. Hace meses que no veo a mi sobrino llorar. Hace meses que no se derrumba delante de mí. Y me duele en el alma que esta vez el motivo de sus lágrimas sea por mí.

Arranco el coche y conduzco en silencio. A Edu no le gusta que ponga música en el coche y por eso ya me acostumbré a conducir solo con el ruido exterior de los coches o de la gente. Sé exactamente la razón de su reticencia a escuchar música; mi hermana solía poner la radio a todo

volumen, para cantar a viva voz, la canción de turno. Él cantaba con ella y hacían competiciones a cual imitaba mejor al cantante. Mi pobre niño...

Cuando llegamos a casa entramos con el mismo silencio que en el coche pero con la única diferencia que andamos abrazados. Subimos las escaleras y entramos en su habitación. Edu se pone su pijama quedándose con su ahora inseparable gorra puesta y se acuesta en la cama dejándome espacio para que lo acompañe. Me pongo a su lado y automáticamente sus brazos me rodean y mete su cara en mi cuello.

—Te quiero —dice con voz temblorosa.

—Yo también Edu. Más que a mi vida cariño —murmuro besando su cabeza y atrayéndolo hacia mí.

Al poco rato el sueño nos vence...

—¡Estamos en casa...! —exclama mi hermana, con voz cantarina, en cuanto cruzamos el umbral de la puerta.

Cristian pasa entre nosotras y nos hace burlas antes de correr escaleras arriba para dejar su mochila en su habitación. Yo cojo carrerillas para salir tras él pero Penélope me agarra del brazo, impidiéndomelo.

—¿Podrías ser más femenina, coco? Déjalo en paz.

—Pero él...

—No.

—Penélope solo voy a...

—Que no. Tú y yo vamos a ayudar a mamá a preparar la mesa para comer. Y

si tenemos suerte veremos a mamá hacer de comer. Tenemos que aprender a ser buenas mujeres, para ser buenas esposas y madres.

—Somos pequeñas aún para pensar en eso...

—Tengo dieciséis años, coco... quiero aprender ya todas esas cosas.

—¿Quieres tener hijos? —digo haciendo una pequeña mueca de disgusto.

—Pues claro que sí, por lo menos uno. Un niño.

—¿No prefieres una niña? —le cuestiono andando hacia la cocina con ella a mi lado.

—No. Quiero un niño.

—¿Y cómo lo llamarás?

Ella se encoge de hombros y pasa a la cocina para saludar a mamá con un beso y un abrazo. Yo hago lo mismo y las dos nos ponemos a mirar cómo prepara la comida.

—¿Qué te parece Eduardo? —salto de repente sintiéndome orgullosa por servirle de ayuda a mi hermana.

Mi madre nos mira a ambas y mi hermana se pone roja como un tomate. Me mira fijamente y dice:

—Es el nombre más feo que he escuchado en mi vida —murmura por lo bajo volviendo a mirar la olla donde el caldo se cuece.

Pero pude ver como una sonrisa jugaba en sus labios...

Capítulo 3.

Hoy es domingo, y como todos los domingos me siento desganada y triste.

Solo tengo ganas de espachurrar a Edu en mis brazos y no soltarlo. Lo puedo ver cada vez que quisiera, pero no es lo mismo. No podría ir a darle un beso de buenas noches o prepararle la comida. No vería sus cromos esparcidos por el suelo ni escucharía el ruido insoportable de un videojuego de futbol. Todos los domingos la misma historia y aquí estoy yo. Acostada junto a él y abrazándolo con miedo a que se despierte. No se va hasta esta noche cuando Cris venga a por él, pero aun así, ya lo estoy echando de menos. Se mueve en mis brazos y miro su carita mientras abre poco a poco sus ojos. Sonrío y él me devuelve la sonrisa para después enroscarse, cual chimpancé, en mi costado. Yo río y empecé a hacerle cosquillas, él se revuelve y ríe sin parar hasta que él empieza a hacérmelas a mí también. Las cosquillas me matan, es mi punto débil y aunque poco lo parezca por mis risotadas a lo cerdo, lo estoy pasando realmente mal.

—Te vas... a... enterar mocoso.... —risoteo—, ¡Para Edu! —risa cerda.

El enano mientras tanto se parte el culo a mi costa. Hasta que de pronto deja de atacarme y se tumba sobre mí y me abraza fuerte. Yo intento recuperar el aliento mientras lo abrazo de vuelta. Estamos en el suelo espatarrados, y recién me voy dando cuenta de que nos caímos de la cama.

—Te olvidaste de mi chocolate... —dice apartándose de mí y ayudándome a levantar del suelo.

—Lo siento, cariño...

Él se encoge de hombros y se va de la habitación bostezando y rascándose el cachete del culo con una mano. Yo río a la vez que aguanto las ganas de llorar.

La viva imagen de su madre. Aparto las sábanas y la colcha para dejar la

cama airearse y abro las ventanas observando la vida pasar. Mi vecino saca a su perro y hago una mueca viendo como orina en el seto de la señora Berta. ¿A Edu le gustaría tener un perro? ¿O un gato? Un estremecimiento desagradable me recorre la espina dorsal al imaginarme toda mi bonita casa echa un asco. El sofá lleno de pelos o las cortinas rasgadas o meadas.

Rotundamente no.

Salgo del cuarto y me voy al mío para coger ropa limpia y ducharme. Aún llevo la ropa de anoche y aunque descansé, no es comparable con dormir con mi cómodo y corto pijama, de *Woman Secret*. Cojo un vestido blanco veraniego, mi favorito, y ropa interior de encaje del mismo color. Me ducho dándome tiempo a solas y cuando acabo, me seco y me visto con tranquilidad. Edu no desayuna en cuanto despierta, no le entra apetito tan pronto. En eso se parece a mí. Cuando estoy vestida, maquillada y calzada con unas sandalias de tacón beige, voy a la cocina a preparar algo para comer. Hago un par de tostadas para cada uno y dos vasos de leche con *Cola-Cao*. Cuando está todo puesto en la mesa, el niño se sienta en la silla y empieza a devorar su desayuno haciéndome sonreír feliz.

Comemos mientras charlamos de cosas sin importancia y cuando acabo de recoger todo, mi móvil suena. Me seco las manos en un trapo de cocina y voy a atender. Es un número desconocido por lo que mi ceño se frunce, pero de igual forma pulso el botón verde.

—¿Sí? —pregunto en tono profesional. Lo más seguro es que sea alguien del trabajo.

—¿Teresa? —la voz masculina al otro lado me es desconocida.

—Sí ¿Quién es?

—¿No me recuerdas? —Puedo sentir diversión impregnada en su pregunta—.

Voy a tener que pensar que no dejé huella en ti, coco...

¿Quién mierda es este tío? ¿Y cómo sabe que me llaman coco? Cuando voy a colgar, su voz me detiene.

—Soy Tomás. ¿Te acuerdas ahora?

Eso capta toda mi atención. Tomás. Y el único Tomás que conozco es mi exnovio. El mismo que se fue a trabajar a Estados Unidos. El mismo exnovio que me dejó después de dos meses de relación. Con el que más he durado para mi vergüenza. No estuve enamorada de él, y creo que el de mí tampoco. Pero eso no significó que no lo echara de menos en aquel

entonces. Poco tiempo después de nuestra ruptura pasó lo de mi hermana, por lo que todo pensamiento anterior a ese suceso careció de importancia para mí.

—¿Teresa? ¿Sigues ahí? —la voz de Tomás me saca de mis pensamientos y sonrío un poco.

—Sí, lo siento... hace mucho que no sé de ti...

—Dos años, incluso un poco más.

—Sí...

—Oye me enteré de... bueno, lo que pasó con tu hermana. Lo siento mucho.

Miro al techo y cierro los ojos aguantando las lágrimas. Realmente necesito ayuda... no puedo dejar ir a mi hermana y se está convirtiendo en algo enfermizo. Suspiro y le doy las gracias por su gesto.

—Bueno solo era para decirte que estoy aquí, en Jaén. Me encantaría verte.

Yo sonrío y me dejo caer en la pared de la cocina. También me gustaría verlo.

—Yo también. Pero no puedo quedar los fines de semana ni los miércoles. Y

los demás días de cinco a nueve.

—¡Wow! —ríe—, gracias por hacerme un hueco en su apretada agenda señorita Müller.

Yo río también y miro hacia el salón donde Edu ve una repetición de un partido de fútbol. Niego con la cabeza mientras ruedo los ojos. Cualquier día le escondo todos los DVD.

—¿Qué te parece si el martes me recoges a las cinco y media en mi casa? —propongo mordéndome el labio inferior nerviosa.

—Genial. Me alegro de haberte encontrado coco —murmura bajo haciéndome estremecer con esa voz que tantas veces me hizo suspirar antaño.

Me entran ganas de gemir de placer. Necesito un buen polvo... lo necesito y así podré abstenerme otro buen tiempo sin sexo. Solo necesito desahogarme y con quien mejor que con un exnovio con cara de modelo de anuncios Calvin Klein. O así espero que siga. Me despido de Tomás y me voy al salón donde Edu sigue enfrascado viendo el partido. No lleva la gorra puesta y me hace fruncir el ceño.

—¿Y tú gorra?

Él me mira de un tirón y se toca la cabeza. Sus ojos se agrandan y

empieza a buscar por todos lados. Se levanta y sale corriendo escaleras arriba. Yo me río y me dejo caer en el sofá adueñándome del mando de la tele. Cuando llega ya tiene la gorra en su cabeza y me mira fijamente.

—¿Quién era?

Eso me hace fruncir el ceño.

—¿Quién era? ¿Quién? —realmente no sé a qué se refiere.

—Estabas hablando por teléfono en la cocina —dice desviando la mirada y encogiéndose de hombros.

—Un... amigo.

Vuelve a mirarme con claros signos de enfado.

—¿Era el tonto de anoche? —pregunta con sequedad.

Yo pestañeo un par de veces y cuando sé de quién habla sonrío.

—No ,Edu, no era él. ¿Te acuerdas de Tomás?

Su mirada se desvía como pensando en ese nombre para luego encogerse de hombros y negra con la cabeza.

—Es amigo mío desde hace muchísimo tiempo, cariño. Solo quería charlar conmigo e invitarme a cenar un día.

—¿Vas a ir? — se interesado.

—Pues... sí.

Asiente y se sienta a mi lado para seguir viendo la tele en silencio. No entiendo muy bien sus cambios de humor. Ni tampoco sus celos. No lo dejaría de lado por nadie y él debería saberlo... pero no quiero agobiarlo y es mejor hablarlo con su terapeuta el miércoles.

La mañana la pasamos limpiando la casa, él me ayuda un montón con las tareas y me divierto mucho en ver su cara de concentración mientras limpia los cristales con cuidado y esmero. Para cuando llega la tarde, Edu pasa las horas en el jardín jugando con su pelota mientras yo leo un buen libro.

Pero entonces un fuerte estruendo, el ruido de cristales explotando y un claxon, hace que me levante del sofá como un resorte. Corro hacia el jardín con el corazón en la boca y la sensación de ahogo en la garganta. Edu. Edu. Edu...

todo lo que pienso es en que le ha pasado algo. Salgo por la puerta corrediza y veo a un coche gris empotrado en otro de color blanco. Los ojos se me llenan de lágrimas y mi visión se nubla.

—¡Edu! —Grito desesperada andando a toda prisa hacia el

accidente—.

¡Eduardo!

—Estoy aquí...

Miro detrás de mí y allí está, sentado en el césped abrazando a sus piernas y con la mirada puesta en la calle donde más y más gente aparecía para ver lo sucedido. Me hincó de rodillas cuando mis piernas se debilitan por el alivio. Lo abrazo con todas mis fuerzas queriendo hacer desaparecer la sensación tan desagradable que atenaza mi garganta.

—Oh dios mío... gracias a dios que estás bien...

El niño empieza a respirar deprisa y me separo asustada. Tiene los ojos cerrados y ya no abraza sus piernas si no que parece que se ha desmayado. Me asusto cuando no reacciona ante mis llamados. Está teniendo un ataque de pánico y no sé qué coño hacer ante eso.

Lo cojo en brazos y me lo llevo al interior de la casa para salir por la puerta de entrada. Agarro las llaves y el móvil con la mano libre y corro hacia el coche con mi sobrino en brazos. Lo coloco con cuidado en el asiento trasero y me pongo en marcha en cuanto estoy detrás del volante. Tengo que llevarlo al hospital, había tenido ataques antes pero el único que sabe qué hacer es Cristian.

Pongo el manos libres en cuanto marco su número.

—¿Qué pasa coco? —dice con voz cantarina.

—Es Edu... ha habido un accidente y... dos coches chocaron... Edu estaba en el jardín y... lo vio y...

—¡Teresa respira por favor! ¿Qué le pasó Edu? ¡Tranquilízate! Y dime que le pasó.

Respiro hondo antes de seguir hablando. Estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—Está teniendo un ataque de pánico, Cristian... lo llevo al hospital. Lo vio todo.

—¡Joder! —maldice haciendo un ruido de algo chocando contra algo.

—Te necesito... no sé qué hacer.

—Tranquila, haz que lo atiendan... allí sabrán qué hacer con él. Solo necesita calmarse y tomar oxígeno. Saldré para allá ahora mismo.

—Gracias.

Y colgamos. Cuando llego al hospital hacen lo que me dijo Cristian, que harían con él. Se lo llevan en una camilla hacia una de las salas y le inyectan calmante. Veo como el pecho de Edu sube y bajaba

más lentamente que antes y me relajo a la par que él. Los médicos me dicen que salga y a regañadientes, lo hago. Cuando estoy fuera, un barullo en la entrada me hace voltear la cabeza.

—Mujer, veintisiete años. Pierna rota y llega inconsciente. Hombre de treinta años entró en parada y actualmente estable; sufrió un gran golpe en la cabeza.

Las dos camillas se deslizaban con rapidez por el pasillo siendo empujadas por enfermeras y ATS. No quiero mirar, juro que no quiero mirar pero mis ojos tienen vida propia y se posan en la cara manchada de sangre de la pobre mujer inconsciente de la camilla. Me tapo la boca cuando un sollozo sale de mí al visualizar la cara de mi hermana en el lugar de esa mujer desconocida.

—Señora... ¿está bien?

La voz femenina a mi lado me hace reaccionar y la miro. Ella está de pie y yo no sé en qué momento he acabado de rodillas en el suelo. Me ayuda a levantarme con cuidado y miro a ambos lados del pasillo. No hay casi nadie allí, solo un par de enfermeros, la enfermera y yo. Me vuelve a preguntar y yo asiento sin saber cómo articular palabra. La mujer se va después de cerciorarse de que estoy bien y me quedo sola en aquel solitario pasillo. Con los ruidos de máquinas y voces lejanas. Mi móvil suena sobresaltándome. Es Cristian.

—Teresa estoy en el hospital... ¿Dónde...? —se queda callado por unos segundos—, espera ya te veo.

Y cuelga. Menos mal no tuve que hablar, dudo que pudiera hacer salir nada de mi boca. En cuanto me ve, su cara se transforma y sé que está preocupado por cual destrozada me veo. Y no es hasta que me sujeta por los brazos que noto como tiembla mi cuerpo. Me agarra de las mejillas y besa mi frente con cariño.

—Todo está bien, coco... ya verás cómo Edu sale por esa puerta en menos de media hora.

Yo niego con la cabeza y trago saliva.

—¿Dónde está Penélope? —digo sin reconocer mi propia voz—, quiero verla ahora... quiero ver que está bien.

—Coco... —me llama apenado.

Vuelvo a negar con la cabeza y la llamo. La llamo con todas mis fuerzas hasta que la energía se me va, haciéndome caer en una inmensa oscuridad.

Abro los ojos poco a poco y pestañeo para aclarar mi visión. Estoy tumbada en una cama, miro al frente donde Cristian habla con una enfermera de avanzada edad.

—Cristian. —lo llamo.

Ambos me miran y mi hermano viene hacia mí rápidamente, agarrándome la mano izquierda al instante.

—Ya pasó. Solo te desmayaste... ¿te encuentras bien? —dice acariciando mi cara.

No me acuerdo de gran cosa solo que vine al hospital a traer a...

—Edu... ¿Dónde está Edu? —me siento de golpe e intento saltar fuera de la cama pero mi hermano me lo impide.

—Edu está bien... dentro de nada saldremos de aquí los tres.

—¿Dónde está Cristian? Tengo que ver si está bien... vio un accidente de coche y se asustó. Me necesita... por favor.

—Traeré al niño, está fuera —comunica la enfermera con una dulce sonrisa.

Yo suspiro tranquila y me dejo abrazar por mi hermano.

—¿Tita?

Me separo de Cristian para poder mirar a mi niño. Le sonrío feliz al ver que está consciente y abro mis brazos para hacerle saber que quiero abrazarle. Él viene despacio hacia mí y se recuesta a mi lado.

—¿Te encuentras bien? —pregunto besando su cabeza y obligándolo a mirarme.

El me da una pequeña sonrisa y asiente. Sonrío y lo vuelvo a abrazar. Todo está bien...

Después de una hora salimos los tres del hospital y Cristian dice que me sigue hasta mi casa en su coche. Cuando llegamos ya es casi la hora de cenar...

¿Cómo ha pasado el tiempo tan rápido? No quiero separarme de Edu... no quiero pasar la noche sola. Pero sé que es lo que necesito.

Pedimos pizza y comemos los tres un poco más animados. No hablamos del tema accidente ni de lo que ocurrió. Solo comemos y nos reímos por las tonterías de mi hermano. Edu bosteza y Cristian y yo lo miramos con una sonrisa.

—Será mejor que nos vayamos ya —anuncia Cris levantándose y ayudándome a recoger todo.

—Déjalo yo lo recogeré. Edu no aguantará mucho más despierto,

además mañana tiene clases y no quiero que vaya como un zombi —digo haciéndole un poco de cosquillas.

El ríe pero un bostezo lo interrumpe de seguir riendo. Lo abrazo con fuerza y lo beso por todos lados consiguiendo sus quejas. Acompaño a mis dos hombres a la puerta y Edu se adelanta a entrar en el coche y ponerse el cinturón. Yo me quedo mirándolo como una mamá tonta con ganas de llorar por separarse de su hijo.

—Necesitas ayuda Teresa —dice Cristian de repente.

Sé a qué se refiere y sé también que tiene razón. Así que solo asiento y miro mis manos.

—Te quiero mucho. —dice al fin abrazándome y transmitiéndome su amor y apoyo.

Cuando al fin se van y cierro la puerta; el peso de la soledad cae sobre mí.

Pero antes de que la tristeza me inunde, agarro el móvil de lo alto de la mesa del salón y marco el número de mi terapeuta.

—Buenas noches Teresa... Qué de tiempo sin saber de ti. ¿Ocurre algo? —la voz de Roberto hace que me tranquilice.

—Sí, Rob, creo que necesito volver a las sesiones...

—Ven a verme el miércoles, veo que tu sobrino tiene cita con Greene. En cuanto acabes la sesión con ella te espero en mi consulta.

—Allí estaré.

—Hasta el miércoles, Teresa.

Solo espero que merezca la pena...

Capítulo 4

Obligo a mis ojos abrirse y me obligo a moverme para apagar el maldito despertador de mi móvil. Ya son las siete y no tengo la mínima gana de ir a trabajar, pero al ver que mi móvil vuelve a sonar con una llamada sé que mi padre no permitirá eso. Lo alcanzo de nuevo y descuelgo.

—Teresa hoy viene Borne de Sandycalls, quiero que derroches tu talento y le pongas la sogá para que no se escape. —dice la voz dura y fuerte de papá.

Yo sonrío un poco. Lo quiero tanto a este cabeza cuadrada...

—Está bien papá, solo te agradecería que por lo menos me dejes quitarme las legañas antes de hablarme de trabajo.

Él ríe un poco y escucho una bocina al otro lado. Maldita manía

de hablar mientras conduce.

—Papá, eres un cabezón... ¿Cuántas veces te dije que no hablaras por teléfono mientras conduces? Alemán tenías que ser...

—Sí ya... luego te veo en el trabajo. —dice haciéndome el mismo caso que siempre, o sea ser, ninguno. —Por cierto tu madre quiere que vayas a cenar algún día. Dice que solo te veo yo y que está celosa de lo que me quieres más que a ella.

Yo río ante las ocurrencias de mi madre y me siento recta en el sofá, donde dormí toda la noche por qué no tenía ganas de estar en una cama tan grande y sola. Por lo menos estando Edu aquí podía dormir con la seguridad de estar acompañada, aunque esté en la habitación de al lado.

—Dile que iré a comer hoy o mañana. Depende de si mi jefe cabeza cuadrada me da demasiado trabajo como para un año.

—Ja, ja... estás graciosa esta mañana ¿eh? Levanta el culo de la cama y dúchate. O si no tu jefe cara cuadrada te despedirá. —suspira. —te amo Coco.

El corazón se me hincha y aprieto el teléfono con fuerza en mi mejilla.

—Yo también a ti papá. Estaré en la oficina en una hora.

Nos despedimos y hago lo que mi jefe/padre me ordenó. Me ducho a la velocidad de la luz y al mismo tiempo pienso en qué ponerme. Cuando salgo enrollada en una toalla blanca y esponjosa, abro mi armario para ver qué demonios ponerme. Había pensado en coger la falda lápiz, gris y la blusa de seda blanca, pero... con Sandycalls me lo tenía que currar más. Sandycalls era una empresa donde trabajaban los mejores modelos masculinos para publicitar ropa interior. Cada mes hay problemas con sus modelos y necesitan a alguien para limpiar toda mierda que tengan en su imagen. Y yo soy esa persona. El dueño de la empresa era un hombre de unos treinta años y siempre llama exclusivamente para que me encargue de sus modelos. A decir verdad no me quejaba... eran guapos, atléticos y me alegraban la vista. Por eso no sirve una simple blusa y una falda aburrida. Tenía que causar buena impresión y así tener feliz a Martín, el dueño de Sandycalls.

Me vestí al final con un vestido/tubo azul marino, que me llegaba por encima de las rodillas. Por delante no era gran cosa, pero un escote pronunciado en la espalda hacía más sensual el conjunto. Me calcé mis zapatos negros a tiras y me maquillé profesionalmente; es decir, no tanto

como para una fiesta pero suficiente para iluminar mi cara y parecer toda una mujer de negocios. Agarré mi bolso y mi móvil y salí de casa. Echaba de menos a Edu... pensé al ver el asiento vacío del coche, a mi lado.

Conduje en silencio, ya me había acostumbrado a dejar de lado la música.
Y

cuando divisé la agencia de mi padre suspiré al ver ya aparcado el coche de Martín Borne. Salí del coche y puse mi sonrisa profesional antes de alisarme el vestido y cuadrarme de hombros. Allá voy. En cuanto entro, la gente voltea a mirarme; yo los ignoro como ya es normal y me encamino hacia el despacho de mi padre. Toco la puerta y cuando escucho que me deja pasar, entro. Martín está allí y ya tiene sus ojos repasándome de pies a cabeza y una sonrisa coqueta en su boca. Era atractivo, y tenía una gran polla... sí ya me lo tiré pero solo una vez.

Cuando me enteré de que tenía esposa, no volví a acostarme con él. Hicimos el trato de que yo no decía nada, si él seguía firmando con nosotros. Él cumplió y yo... también.

—Buenos días señor Borne, buenos días señor Müller. —sí a mi propio padre también tengo que llamarlo de usted... por lo menos, de puertas de Müller company, para adentro.

—Buenos días señorita Teresa. —dice mi padre con una cordial sonrisa.

—Buenos días. —me dice Martín a la vez que me siento en la silla a su lado.

Yo lo miro y no le sonrío. Solo le doy una mirada profesional y me cruzo de piernas para escuchar lo que me tuvieran que decir. Sabía que Borne estaba excitado justo en éste momento. Le gustaba lo rudo, y yo... lo era. Escuché cada palabra de mi padre y del señor Borne, tenía que encargarme de limpiar el nombre de uno de sus nuevos fichajes. Se llamaba Alberto Bueno. Hasta su nombre me indicaba que iba a estar para mojarlo con salsa carbonara. Cuando acabamos la reunión, salí con Martín del despacho de mi padre. En cuanto estuvimos en la calle colocó su mano en mi espalda baja y me dirigió hacia su coche. Me abrió la puerta con una sonrisa y entré sin darle siquiera las gracias.

Él se sentó en el asiento del copiloto y arrancó su mercedes, que hizo un sexy ronroneo volviendo a la vida.

—Preciosa como siempre señorita Müller.

—Mira al frente señor Borne.

Él se revolvió incómodo en su asiento y yo tuve que reprimir mi

sonrisa.

Cuando llegamos a Sandycalls esperé a que Martín me abriera la puerta y así salir con elegancia. Su mano estuvo en mi espalda en cuanto cerró su bonito coche plateado y entramos por las puertas dobles, donde mi respiración se atascó un poco, al ver todos aquellos hombres pululando por el lugar. Esto era el sueño de toda mujer heterosexual, ver a chicos jóvenes con cara de muñeco y cuerpos envidiables era un paraíso. Pero lo bueno que tengo es que sé comportarme como si ni siquiera me importara lo más mínimo. Andamos por un pasillo hasta llegar al despacho de Borne y en cuanto abrió vi a un chico de espaldas a mí, mirando por los ventanales de suelo a techo, con sus manos cruzadas en su espalda. Su pelo era castaño un poco largo pero no demasiado, un jersey fino adornaba su ancha espalda y unos pantalones vaqueros con botas marrones, completaban el impresionante hombre frente a mí. En cuanto se dio la vuelta al notar nuestra presencia frunció el ceño y barrió su mirada por mi cuerpo.

—Alberto, Esta señorita de aquí es...

—Me llamo Teresa Müller. —dije interrumpiendo a Borne y adelantándome para estrecharle la mano al señor Bueno.

Él miro mi mano antes de estrechármela un poco fuerte. La siguiente hora nos dedicamos a hablar de lo que teníamos planeado y lo que yo iba a hacer por él.

Él solo asentía y escuchaba todo lo que yo decía. Era un gilipollas, y tengo la ligera impresión que su problema era su actitud con las mujeres. En cuanto acabamos, Martín le dijo, o más bien le ordenó, a Alberto a llevarme hacia donde un taxi me esperaba. Él muy cerdo de Borne dijo que su esposa venía sin avisar y no podía moverse de allí. Me adelanté y anduve delante del chico todo el rato hasta que llegue a la calle y mi brazo quedó agarrado fuertemente para tirarme hacia atrás.

—¿tanta prisa tiene? —dice con la cara seria mirándome a los ojos.

Me acerqué a él con una sonrisa, él aún me tenía sujeta.

—Mire señor Bueno... fuera del trabajo somos desconocidos el uno para el otro. Así que suélteme y nos veremos esta tarde. —dije ahora borrando mi sonrisa y soltándome de un tirón de su agarre.

Él sonrió por primera vez y se acercó a mí desafiante.

—Me encantan las peleonas. No sabes dónde te has metido gatita.

—No meterás la cabeza en mí, muñeco. Soy demasiado para ti así

que...

vuelve a subirte la bragueta así estás más bonito.

Y con eso me alejé de él hacia el taxi, dándole un bamboleo extra a mi trasero. Lo malo de todo mi autocontrol que tanto cuido, es que de tanto tiempo sin tener sexo se estaba debilitando. Y solo hubiera hecho falta un paso más cerca de él, para caer rendida a sus pies. Me acuerdo de Tomás y me obligo a pensar que a partir del Martes mi autocontrol se volverá a poner arriba.

El taxi me deja en la empresa de mi padre y en cuanto entro por las puertas, él está hablando con su secretario. Se vuelve y me sonrío señalando hacia su despacho. Le cuento todo lo que hablamos en la oficina de Borne y que ésta tarde me vería con el señor Bueno. Él hizo una pequeña mueca, aunque se mantuvo mayormente inexpresivo. Por muy jefe mío que sea, es mi padre. Y

todo padre no ve bien que su hijita quede con un hombre que se dedica a posar para una cámara en calzoncillos. Le digo que iré a comer a casa con él y con mamá y su cara cambia un poco a una sonrisa de felicidad. Echo de menos a mis padres. Yo me voy a mi despacho y me dejo caer en mi sillón de cuero rojo para luego dedicarme a dar vueltas con ella.

Cualquiera que me viera dando vueltas en una silla como una niña pequeña se caería desmayado del susto. Estaba un poco harta de tener siempre la careta puesta delante de la gente. Pero entonces me sentiría demasiado expuesta y no quiero eso. Mi móvil suena en mi bolso y veo que es Cristian.

—¿Cómo está mi cabeza coco?

Yo río y me dejo caer en la silla, cruzándome de piernas.

—Echando de menos al mocoso. ¿cómo está?

—En el colegio lo dejé... deja de preocuparte.

Suspiré y cerré los ojos.

—¿qué haces? —pregunto al no escuchar nada de fondo.

—Estoy en el almacén, solo quería saber cómo estabas.

Una sonrisa me parte la cara en dos. Si hubiera un hombre igual que mi hermano juro que me casaría con él.

—Estoy bien Cris, solo un poco cansada. No dormí demasiado esta noche... y encima hoy tengo un nuevo cliente.

—¿a, sí? ¿Y quién es?

—Es un chico de los de Sandycalls.

—Oh... con que un macizo ¿eh...?

Yo reí y negué con la cabeza.

—Es un gilipollas.

—Y qué modelo no lo es. ¿Cuántos has conocido que no sean gilipollas y arrogantes? Necesitas una noche loca hermanita.

—Buff... no me hables de sexo Cristian.

Una fuerte carcajada sonó al otro lado y bufé otra vez.

—¿te da vergüenza coco?

—No es eso capullo... solo que no quiero hablar de sexo con mi hermano mellizo.

—Pues yo lo haré... ¿te acuerdas que te dije que una chica rubia me dijo que tenía un problema con su máquina de correr y que se la arreglara?

Oh cómo olvidarme de ella... nos reímos como posesos ese día. La rubia era tan tonta que no sabía lo que significaba un fontanero. Lo único que quería era tirarse a mi hermano con la excusa de que le arreglara lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Cómo olvidarla...? -dije con mofa.

Él rió.

—Pues hoy voy a arreglarle la máquina de correr... solo espero que se corra y mucho...

—¡oh por dios! Adiós Cristian...

Y lo único que escuché fue la risa de mi hermano antes de colgar. Esa imagen en mi cabeza era todo menos bonita. Me estremecí en mi lugar y me obligue a trabajar un poco. Solo para quitarme a mi hermano de la cabeza arreglándole la “máquina de correr a la rubia”.

—Oh cariño... por fin vienes a verme. —dice mi madre abrazándome apretujadamente.

—Hola mamá. —dije abrazándola feliz de poder oler su aroma a madre que tanta paz me daba.

Entramos seguidas de papá hacia el salón y no pude remediar mirar encima de la televisión donde una foto grande enmarcada, me hizo parar en el sitio.

Estábamos los tres, mi hermana mi hermano y yo sentados en el césped con una sonrisa y con los dedos en símbolo de paz. Cris y yo teníamos siete en, cambio Penélope ya tenía doce. Sonreí al ver mi sonrisa mellada, donde dos dientes le faltaba a mi dentadura.

Unos brazos protectores y grandes me rodearon y me dejé caer en el pecho de mi padre.

—Vamos a comer coco. —dijo besando mi frente.

Asentí y fuimos al comedor donde ya estaba puesta la mesa. Como nunca faltaba en una comida de mi madre, una gran ensalada presidía el centro de la mesa. Mi madre sirvió la comida que consistía en puré de patatas con guisantes y solomillo en salsa. El olor me hizo salivar y sentarme como una niña pequeña esperando con la lengua fuera a que el plato se pusiera en frente. Comimos la deliciosa comida de mamá mientras hablábamos de cualquier cosa que no fuera de trabajo. Mamá odiaba ese tema de conversación a menos que fuera necesario.

Estábamos con el postre cuando el timbre sonó.

—Voy yo. —anuncié comiendo una cucharada de natilla de chocolate casera de mi madre antes de levantarme a abrir.

En cuanto abrí la puerta vi a mi hermano y a mi maravilloso sobrino. Que automáticamente vino a abrazarme.

—¡tita!

Yo lo abracé con fuerza y besé su cabeza.

—¿qué hacéis aquí chicos? —pregunto revolviendo el pelo de Edu antes de irse corriendo llamando a su abuelo.

—Edu se quedará con papá y mamá ésta tarde. Mamá dice que quiere que le ayude a plantar rosas en el jardín.

—¿más? —bufé cerrando la puerta detrás de Cris.

El asintió y entramos en el comedor donde Edu comía de la natilla de mi padre. Yo reí pero Cristian bufó.

—Edu cualquiera diría que no te doy de comer. Tienes que estar rebosando.

Te has comido un plato de lentejas más grande que el mío y dos plátanos.

Él sonrió dejando ver sus dientes manchados de chocolate y mi hermano rió negando con la cabeza.

—Aunque... te entiendo mocososo... las natillas de la abuela no se pueden resistir. Hola mamá. —besó a mi madre en la mejilla. —hola papá. —saludó a mi padre con una palmada en la espalda.

Mi padre ni le hizo caso viendo con verdadera devoción a su nieto. Yo me senté en la mesa a acabar con mi deliciosa natilla pero cuando miré hacia abajo... mi natilla no estaba allí. Mis ojos se dispararon al ladrón que ahora estaba chupando mi cuchara por ambos

lados.

—¡eh tú! —señalé a mi hermano haciendo que él abriera los ojos y sonriera inocente. —mamá ¿lo viste? Me robó mi natilla, ¿puedes decirle algo? —digo realmente enfadada mirando a mi madre suplicante.

Ella mira de él a mí y viceversa y finalmente se para en mi hermano.

—Algo. —dice con una sonrisa.

Yo abro la boca de par en par. Parece mentira que siempre me hiciera eso.

Cuando éramos niños igual... estaba harta de que siempre Cristian se llevara el mejor trato y eso que éramos mellizos. Era el bebé de mamá y yo el de papá...

pero él no hacía la comida que mamá sí, por lo tanto no me servía de mucho tener a mi padre de aliado. Aunque esta vez...

—¡papá! ¿puedes decirle algo?

Miré a mi padre fijamente mientras él seguía mirando a Edu. Ni puto caso...

perfecto. Así que como toda una adulta de veintisiete años me senté en la silla y me crucé de brazos enfurruñada. Solo me faltaba hacer una pataleta y ponerme a berrear. Esa imagen me hizo un poco de gracia pero me obligué a aguantarme y mirar con odio al ladrón come-natillas.

—Toma... y Cristian si querías una natilla habérmelo pedido esa era de tu hermana. —dice mi madre colocando mi bol, de nuevo, relleno de natilla.

Yo no reprimí mi alegría y me levanté a abrazar a mi madre.

—Gracias mamá. Te quiero.

—Y yo, y yo... ahora come, que se te van a volver a adelantar.

Me senté de nuevo y comí con gusto mi natilla de chocolate.

Estaba sentada de nuevo en mi oficina esperando a que el señor Bueno le diera por aparecer. Resoplo por milésima vez y me levanto para ir al baño de mi oficina. Entro en el baño de tonos tierra y me miro al espejo por cuarta vez ésta tarde. Necesito un corte de pelo urgentemente ya casi me llega al final de la espalda justo por encima de mi culo. Y eso que es ondulado, si lo tuviera liso traspasaría esa línea. Me lo atuso para darle un poco más de volumen y hago morritos para ver cómo se ven mis labios. Me pongo un poco más de pintalabios rojo y tiro un beso al aire. Me doy la vuelta y miro mi culo... ¡genial! Se me nota todo el maldito

tanga. ¿Cómo no me di cuenta antes? Cuando me doy la vuelta de nuevo una figura en la puerta me hace dar un respingo y llevar mi mano al pecho para así hacer que mi corazón deje de latir tan rápidamente. El señor Bueno está aquí, con una sonrisa ladeada y cruzado de brazos haciéndome ver cuán grande son.

—Buenas tardes señorita Müller. —dice a la vez que se acerca a mí sigilosamente y descruzando sus fuertes brazos.

Yo me quedo en el sitio con pose indiferente. Cuando está a menos de veinte centímetros, para y su sonrisa se va.

—No tiene derecho a estar en mi baño señor Bueno, si es tan amable salga inmediatamente de aquí.

—Mmm... como me pones así de fiera, preciosa.

En cuanto me va a tocar lo esquivo y salgo del baño con la seguridad de que él me sigue. Cuando casi llego a mi silla mi brazo queda atrapado en su gran mano y me atrae hacia él.

—¿sabes que te hace falta para bajar esos humos? —dice acercándose tanto a mí que nuestras narices casi se tocan.

—¿y sabe que le hace falta a usted para dejar de ser un gilipollas? Una buena patada en el culo. —digo desafiante y apartando mi brazo de un tirón.

Él sonrío y asiente. Me siento en mi sillón y me cruzo de piernas esperando a que el señorito se dignara a sentarse en su asiento frente a mí. Así con la mesa de por medio es más fácil de frenar las ganas incontrolables que tengo de tirarlo encima de ésta y chuparle la polla como si fuera un chupa-chups. Esa idea hace que reprima un suspiro y apriete más las piernas.

—Bien señor Bueno...

—Llámame Alberto. —me corta dejándose caer en el respaldo y colocando su dedo índice cruzando su impertinente y sensual boca.

—Limitémonos a hablar profesionalmente señor Bueno, no tuteo a mis clientes... me los meriendo. —digo mirándolo directamente a los ojos.

Sé que él cree que esa frase tiene grandes significados, por eso sonrío y sus ojos brillan con excitación.

—Me encantaría ser su merienda señorita Müller.

—Lo será en cuanto empecemos a trabajar. Hará todo lo que le diga que haga... si no lo hace, se va. Así de simple.

—Siempre y cuando acabemos follando encima de esta mesa haré todo lo que me pida.

Eso hace que los bellos se me pongan de punta y que mi vagina se contraiga deliciosamente. Y no sé si por suerte o desgracia... él, lo sabe. Nos pasamos una hora hablando de lo que haríamos para limpiar su imagen y así la empresa de Sandycalls contratarlo para su firma más cara. Le digo como tiene que vivir a partir de ahora, lo que tiene que dejar de hacer y lo que tiene que hacer. Nada de discotecas y tirarse a todo coño que esté abierto ante él. Nada de llamar demasiado la atención y nada de fiestas desmadradas. Él asiente de acuerdo pero sé que no le hace ni puta gracia. Su mandíbula cada vez se aprieta más y su pose está tensa. No es agradable que te digan que tienes que vivir como un cura enclaustrado para poder trabajar. Por lo menos sin que nadie te señale por lo que eres en la calle.

Cuando terminamos me levanto de mi asiento y me aliso el vestido, que hasta ahora por tener las piernas cruzadas, lo tenía demasiado levantado. Me dirijo hacia la puerta para abrirle y así despacharlo, pero en dos segundos me encuentro entre la pared de mi oficina y el modelo. Ahogo un jadeo y me muerdo el labio inferior en su lugar.

—¿le han dicho alguna vez que desprende una sensualidad mágica, señorita Müller? —dice mirando mi boca con hambre.

—La sensualidad es un arte señor Bueno, y sí, soy toda una artista. — respondo altiva y a la vez removiéndome en el sitio.

—Un día de éstos quitaré esa ferocidad que tienes, no hay nada que no arregle un par de azotes. —dice apretando mi cintura con una mano y sacándome el labio inferior de entre los dientes, con la otra.

Se separa de mí y se va. Yo no sé si dejarme caer al suelo o ir al baño y desahogarme. Solo espero que Tomás sepa devolverme la cordialidad que tanto echo de menos en éste momento.

Capítulo 5.

—Me marcho señor Müller. -le informo a mi padre abriendo la puerta de su despacho.

Él me sonrío y me hace gestos para que entre. Hago lo que me pide y él se pone de pie.

—¿pasa algo coco? -dice acariciando mi mejilla.

—Emm... no. No señor Müller.

—Papá... ahora soy papá. Llevas todo el día distraída y nerviosa por algo.

¿es por ese modelucho de tres al cuarto, el que te tiene así?

Yo suspiro y me muerdo el labio inferior. No es por él, es porque dentro de una hora veré a Tomás después de tanto tiempo. Y no sé cómo reaccionaré, su atractivo en aquel entonces me debilitaba y parecía una gelatina a su lado. Solo espero que no haya cambiado mucho, eso fastidiaría mi plan de abstinencia por otros dos años... una palmada en la mejilla me hace reaccionar y veo a mi padre con cara de preocupación. Su ceño fruncido, que a mucha gente le da miedo, a mí me causa ternura y me entran ganas de espachurrarlo en mis brazos.

—Ves lo que te digo... estás distraída. Dime que no debo preocuparme.

—No debes preocuparte. -sonrío para tranquilizarlo. -estoy bien, solo un poco cansada, sabes que no duermo bien sin Edu en mi casa.

La sonrisa se le escapa de los labios al hablar de su nieto. Solo hay que ver el brillo de sus ojos al nombrarlo, para saber que ese mocoso tiene el corazón de éste alemán, cabeza-cuadrada y cabezón.

—Mañana lo tendrás contigo, deja que tu hermano también lo disfrute.

Eso me hace sonreír y lo abrazo apretadamente. Él me devuelve el abrazo y besa mi frente atrayéndome hacia él, por las mejillas. Ese gesto tan suyo hacia mi hermana y hacia mí de pequeñas, me hace tragar el nudo que se ha formado en mi garganta. Carraspeo y le sonrío para que no me vea cuan afectada estoy. Él asiente hacia mí y me deja marchar, no sin antes decirme cuanto me quiere.

Cierro la puerta con cuidado y suelto una exhalación para calmar mis emociones.

Salgo de Müller's Company y entro en mi Peter dirección a mi casa. Tengo menos de cuarenta minutos para ducharme y arreglarme para la ¿cita? Bueno...

lo que sea que tengo con Tomás. En cuanto llego a casa, lo hago todo a cámara súper rápida, me ducho y me seco el pelo para luego correr hacia el vestidor y elegir algo bonito para ponerme. Me decanto por algo casual pero bonito; no quiero parecer una desesperada y que se me vea a leguas que lo que quiero es follar desesperadamente, aunque eso es lo que quiera más que nada. Unas leggings negras muy ajustadas con un filo de pedrería a los lados y una camisa roja transparente donde mi sujetador negro de encaje fino se ve a través. Mis cuñas altas a tiras rojas y mi cazadora de cuero para darle al look algo más poco elegante. Mi pelo lo dejo suelto con mis ondas naturales y me esmero un poco en el maquillaje. Me

pinto los labios de rojo mate y rímel para alargar más mis pestañas. Y lista. Miro el reloj de pulsera y veo que ya son las cinco y Tomás no llegó aún. ¿Se habrá arrepentido? ¿Será muy de desesperada llamarlo? El timbre de mi casa suena sobresaltándome y el rímel sale volando de mis manos, haciendo que choque contra el espejo. Menos mal que lo cerré... si no, hubiera redecorado el baño. Pongo morritos al espejo, pongo cara seria, sonrío; me atuso el pelo y me miro el trasero. Perfecta. Bajo las escaleras cuando el timbre suena de nuevo, eso me hace rodar los ojos. Me cabrea que hagan eso ¿es que la gente no puede esperar a que me dé tiempo de bajar? Abro la puerta con una sonrisa en los labios y cuando veo al dios griego frente a mí, esa sonrisa se va; dejándome petrificada en el sitio. Su pelo moreno ahora un poco rubio por las puntas, su barba recortada, su cuerpo atlético y alto...

—¿To... Tomás? -pregunto pidiendo a todos los dioses que sea él.

Su sonrisa se ensancha y viene hacia mí para abrazarme con fuerza. Yo sigo petrificada como si medusa me hubiera convertido en piedra con su mirada. Me suelta sobre mis pies y me agarra de las mejillas y así observarme la cara de cerca. Sí, esos ojos oscuros sin duda son de Tomás Gelarti.

—Estás preciosa cómo te recordaba coco.

En dos segundos tengo sus labios pegados a los míos y no puedo reprimir el gemido que sale de todo mí ser. Sus dientes atrapan mi labio inferior y tira de él hasta soltarlo. Yo me quedo allí con los ojos cerrados y con mis manos agarradas a las suyas que aún están en mi cara.

—Respira. —me recuerda como hace dos años hacía.

Abrí los ojos pestañeando para aclarar la vista y volví en sí. Él me soltó la cara y me cogió la mano en su lugar.

—Vamos, tengo una mesa reservada en El Clarabel. -anuncia tirando de mi mano hacia la salida.

Yo asiento y agarro las llaves de la mesta del recibidor y cierro la puerta. Él me conduce hacia un flamante Audi A6 negro y me abre la puerta para que me suba en él. Cuando se pone detrás del volante agarra mi mano para darme un suave beso en los nudillos. Yo sonrío un poco y cierro las piernas sin poder evitarlo. Necesito... lo necesito a él... entre mis piernas, raspándome con su bigote y barba y aliviándome con su jugosa y suave lengua.

—Respira coco. -me vuelve a recordar con una sonrisa ladeada.

Pone en marcha su bonito coche y conduce tan elegante que me da miedo moverme por no romper la escena. Él me mira de vez en cuando y sonrío cada vez... pero no sé cuándo me gusta más... Si cuando sonrío o cuando se pone serio. Decido ponerme derecha y mirar al frente, tengo que serenarme o no seré capaz de aguantar mientras cenó con él cerca. Una mirada celeste, casi transparente, me cruza por la mente y frunzo el ceño. Pestañeo para borrar esos ojos, pero no recuerdo haber visto unos ojos así nunca.

Llegamos al restaurante y Tomás pide por los dos. Ya que yo no sé si tengo hambre si quiera, no de comida... eso seguro. Comemos a gusto hablando de cosas banales y contándonos estos dos años sin vernos. Me cuenta que es dueño de una empresa de telecomunicaciones y que viene a expandir su empresa aquí en Jaén. Le cuento de mi trabajo y familia, omitiendo a mi hermana. No quiero ponerme triste en un momento como éste, no cuando lo que quiero es tenerlo desnudo y besando mis pechos mientras lo monto salvajemente. La cena se acaba y Tomás decide pasar del postre. Me ayuda a salir de la silla y me lleva a la recepción para así pagar la cuenta y marcharnos. Me conduce al coche en un silencio apresurado. Cuando estamos en el interior no me mira, arranca y aprieta el volante con fuerza mientras conduce a no sé dónde. Pero no tardo mucho en saber la respuesta a la pregunta en mi cabeza. Lo miro y veo que su mirada no está en mi cara está barriendo mi cuerpo con una mirada lasciva y si me cabía alguna duda, su lengua sale de su boca para lamerse los labios con deliciosa lujuria. Mis pezones se endurecen al imaginarme esa lengua jugando con ellos.

—No veo el momento de tener tus muslos alrededor de mí coco...
-susurra acercándose a mi cuello y lamer todo a su paso.

Yo asiento y gimo al mismo tiempo. Es suficiente respuesta para él y sale apresuradamente del coche rodeándolo y ayudándome a salir. Me acompaña a la puerta del hotel y con un asentimiento al recepcionista subimos al ascensor. La tensión es tan grande que las paredes de éste parecen que nos atrapa cada vez más. Pero no siento miedo, ojalá fuera más pequeño el espacio y así tenerlo todavía más cerca, pero no. Decido jugar con él ya que se está haciendo el duro poniéndose en la otra punta, tan solo mirándome con su intensa mirada. Dejo caer mi cabeza en la pared espejada y subo las manos a mis pechos. Masajeo y aprieto mis pezones que con la fina tela del sujetador se notan como si estuvieran

desnudos. Gimo y hago fricción con mis piernas. Escucho la respiración acelerada y errante de mi acompañante y eso me hace más valiente a hacer mi próximo movimiento. Mi mano derecha acaricia mi costilla y mi tripa para adentrarse en mis leggings y mis bragas. Mi pubis suave y sin bello hace que mis dedos corran sin impedimento al interior de mi resbaladizo coño. Gimo al sentir mi humedad y alguien saca mi mano de allí haciéndome quejar. Tomás me mira a los ojos y parece furioso pero sé que solo es excitación lo que corre por sus venas. Levanta mi mano y chupa mis dedos, los cuales estaban dentro de mí hace apenas unos segundos. La campanilla del ascensor me da a entender que llegamos a nuestra parada y tira de mí fuera del cubículo. Antes de que mi mente reaccione me tiene apresada contra la pared y besándome con fuerza. Adelanta sus caderas para hacerme saber que lo que empuja mi barriga se lo hice yo. Me separo de sus labios y bajo mi mano para tocarlo por encima de sus pantalones azules de lino. Él gime y abre la boca para dejar escapar un suspiro silbante. Me encanta ver como por una simple caricia lo tengo a donde quiero. Abre los ojos y yo le sonrío divertida. Su mano hace algo detrás de mi espalda y un pitido suena haciendo que la puerta tras de mí se abra.

—¿quieres... tomar algo? -dice besándome cada vez, y andando sin soltarme.

Yo lo agarro del cuello de la camisa, para separarlo de mi boca y antes de que vuelva a mancillar mis labios me aparto de él.

—No quiero una copa, quiero que te desnudes y me esperes tumbado en la cama boca arriba.

El asiente y traga saliva para después hacer lo que le pedí. Lo sigo hacia la habitación y observo cada movimiento de Tomás. Es tan sexy y guapo... y va a ser todo para mí en menos de cinco minutos. Sus dedos desabotonan su camisa celeste, botón a botón con cuidado y sin mirarme. La camisa se abre cuando ya no hay más botones que abrir y su torso desnudo con nada de bello, queda al descubierto haciéndome desear pasar mi lengua entre sus pectorales. Sus pantalones caen al suelo y mis ojos se clavan en la gran erección de Tomás, que levanta sus slips casi traspasando la tela. Sus dedos agarran la cinturilla de éste y caen junto con los pantalones. Sale de la masa de ropa a sus pies y se deja caer en la cama con las piernas abiertas. Cierra los ojos e intenta calmar su errática respiración y cuando abre los ojos de nuevo, me mira. Me acerco al borde de

la cama y me quito la cazadora, la camisa y los leggings procurando darle un espectáculo visual placentero. Me acaricia con su mirada haciendo que la piel se me erice y no le hago esperar más. Agarro el condón que tenía en un bolsillo de mi bolso y se lo pongo con los labios. Tomás sisea cerrando los ojos fuertemente y sus caderas se adelantan con un espasmo involuntario. Sin siquiera quitarme la ropa interior me pongo a horcajadas y haciendo a un lado mi tanga negro, me penetro yo misma con su gran y dura polla. Gemimos al unísono y me quedo quieta con su dureza hundida en mi interior. Hace tanto que no tengo sexo que tengo que acostumbrarme a la intrusión. Pero es tan placentera la sensación que el dolor da paso a un magnífico placer. Se sienta quedando frente a mí y me hace mirarlo. Baja las copas de mi sujetador e inclina su cabeza hacia mi pecho derecho; chupa mi pezón con cuidado y mimo para contrarrestar la suavidad con un mordisco. Yo gimo y me muevo involuntariamente. Eso hace que grite casi llegando al orgasmo. Agarra mi culo para moverme despacio encima de él.

Gemimos y jadeamos de éxtasis cada vez más aceleradamente al igual que nuestros movimientos. Sus dedos se abren paso entre los dos y juegan con mi clítoris haciéndome gimotear y temblar. No tardo mucho en llegar al orgasmo y exploto con un grito gutural que hace que las paredes retumben. Él sigue moviéndome encima de él alargando mi orgasmo y me doy el placer de observar su hermosa cara. Su mandíbula apretada y su ceño fruncido buscando su placer.

Eso me hace querer correrme de nuevo. Me da la vuelta haciéndome quedar con la espalda en el colchón y coloca cada pierna en sus hombros. Me penetra fuerte parando unos segundos para volver a arremeter contra mí con fuerza. Su ritmo se acelera al igual que un nuevo orgasmo dentro de mí. Me arqueo y gimo palabras incoherentes. Su gemido entre cortado hace que me dé cuenta de que ha llegado al orgasmo y eso hace que lo haga yo a su vez. Con la respiración atascada en mi garganta, siento el peso de Tomás encima de mí y su beso en mi cuello.

—Tal y como te recordaba coco... nunca decepcionas. -susurra antes de apartarse de mí y dejarme sola en aquella enorme cama.

Entramos en el ascensor como si nada hubiera pasado en esa habitación.

Tomás es todo un caballero y no hace comentarios al respecto.

Puede resultar vacío lo que acabamos de hacer, y de un modo u otro sé que lo es. Salimos del cubículo ahora más grande que hace una hora y la mano de Tomás se posa en mi baja espalda guiándome hacia la recepción del lujoso hotel. Miro a Tomás y él me mira a la vez. Sonreímos y cuando vuelvo la vista al frente choco contra algo. Más bien alguien. Miro hacia el dueño del torso duro cubierto por una camiseta gris mojada de sudor. Y me quedo muerta en el sitio al encontrarme con los ojos transparentes que me miran con el ceño fruncido. Es él... Víctor Sanz, el futuro entrenador de mi sobrino y allí estoy yo. Con todo mi cuerpo temblando, solo por su presencia. Mi cuerpo, hace pocos minutos saciado, está más receptivo, incluso más que antes. Alguien tira de mi brazo haciendo romper el contacto visual con el rubio por un momento y me hace alejarme de su olor a almizcle y sudor que me hace salivar. ¿Qué coño tiene ese tío? Dios... acabo de tener uno de los mejores polvos de mi vida y quiero violarlo allí mismo encima de la alfombra roja a nuestros pies. Soy arrastrada por Tomás sin poder dejar de mirarlo. Él me mira también con su todavía ceño fruncido. Parece estar enfadado o... confundido, no sé cómo adivinarlo. Solo veo sus ojos cristalinos en mí. La puerta se cierra y ya no lo veo más. La brisa del exterior me hace estremecer y darme cuenta de donde estoy. Paramos junto al coche y Tomás me ayuda a subir en el asiento. Llegamos a mi casa en silencio y no sé qué decirle. Mi mente sufre un cacao mental y no me deja enlazar una palabra tras otra. Tengo la sensación de que si abro la boca, el nombre de Víctor Sanz saldría sin querer. Bajo del coche y cruzo mi jardín de rosas tan parecido al de mi madre. Ambas tenemos la misma obsesión por las rosas. Siento mi brazo entre las manos de Tomás y eso me hace sacar todo pensamiento de mis rosas y centrarme en el hombre que me ha regalado dos orgasmos. Se acerca a mí para besarme pero sin ni siquiera esperármelo yo misma me veo volviendo la cara y así haciéndolo besarme la mejilla en vez de mis labios. Cierro los ojos avergonzada por lo que acaba de pasar y no sé qué coño hacer o decir ahora. Él habla por mí.

—Sé que entre nosotros no habrá nunca nada más que... esto Teresa pero tampoco me merezco que seas así de fría conmigo. -dice mirándome dolido.

Yo suspiro y asiento.

—Lo siento... mantenemos el contacto. -digo mientras me doy la vuelta para entrar en mi casa.

Sé que tiene ganas de volverme a agarrar pero no lo hace y no sabe cuánto se lo agradezco. No me apetece su tacto en éste momento y no sé por qué. Solo sé que antes éramos dos imanes de distinto polo que se atraían con fuerza y ahora nos repelemos. Entro en mi casa y cierro tras de mí. Me dejo caer en la puerta de madera acristalada por los lados y exhalo dejando escapar toda la frustración que retenía. ¿Pero qué coño me pasa?

Capítulo 6

Me levanto de la cama con sentimientos contradictorios. Por un lado estoy feliz de tener a Edu hoy para mí y por otro lado tengo que ir al terapeuta y eso me hacía estar nerviosa... y si eso no es suficiente para tenerme la cabeza como un bombo, no he parado de soñar con ojos transparentes y pelo rubio y sedoso haciéndome cosquillas entre los dedos. Aunque siendo sincera conmigo misma, eso es lo mejor que me ha pasado ésta noche. En cuanto piso el suelo con los pies descalzos, un escalofrío me recorre la columna vertebral y no sé si es un mal presentimiento o es simplemente del contraste de frío calor. Aunque la segunda opción parezca más obvia, estamos en verano y el suelo está cubierto por una moqueta fina de color marrón, por lo que esa segunda opción parece ridícula.

Decido hacerle caso omiso al miedo que atraviesa mi cuerpo y me preparo para ir a trabajar solo hasta medio día.

Cuando llego a la oficina embutida en un traje de falda lápiz negra y blusa roja; saludo sin mucho animo a los empleados que allí trabajan y me encamino hacia donde mi padre me está esperando. En cuanto llamo y me da permiso para entrar, veo como su sonrisa se ensancha al verme.

—Llegas temprano coco... -dice mirando su reloj de pulsera.

Ahora que lo miro más detenidamente me doy cuenta de cómo han pasado los años por él. Dónde antes había una mata de pelo rubio frondoso, ahora había una calva en su coronilla y tenía el pelo casi totalmente canoso. Donde antes su cara cuadrada y sin imperfecciones brillaba de juventud y salud, ahora deja paso a unas patas de gallo y arruguitas en sus mejillas al reír.

—Sí, recuerda que hoy tengo cita con el terapeuta de Edu y me voy a medio día; tengo mucho trabajo que hacer antes de irme. -digo tragando el nudo en mi garganta al ver a mi padre tan mayor de repente.

Me hace un gesto para que entre del todo y me siento en el sillón después de cerrar la puerta.

—Me dijo Cristian que vais a apuntar a Eduardo a fútbol. -dijo con alegría.

—Así es... estaba pensando en decirle a Cristian que lo lleve mañana a hablar con el entrenador. -grazno la última parte acordándome del entrenador rubio de ojos cristalinos.

—¿te ocurre algo? -pregunta mi padre frunciendo el ceño.

—¡no! Solo que tengo trabajo que hacer... concretar una cita con el señor bueno, hablar con Borne y seguir con mis anteriores clientes. Solo eso... -le regalo una sonrisa para tranquilizarlo.

Él mira su reloj y su cara se transforma a una de negocios.

—Muy bien señorita Müller es hora de trabajar, no le pago para estar de cháchara todo el día.

Yo rio a carcajadas y me levanto para rodearle con mis brazos.

—Te quiero papá... -susurro en su oído para después besarle la mejilla con cariño.

El aprieta su cara en mi mejilla para dejarme un ratito más y me suelta al fin para devolverme el te quiero.

No sé en qué momento ni hora suena mi teléfono personal, ya que he estado tan enfrascada en mi trabajo, que se me han pasado las horas volando. Y al ver que el que me llamaba era Cristian, miré la hora asustada por haberme retrasado.

Para mi alivio solo eran la una del mediodía y aún me quedaba una hora para recoger a Edu del colegio. Así que descolgué y me dejé caer en el sillón con los ojos cerrados y el móvil en la oreja.

—Dime hermanito...

—hola coquito, solo era para decirte que no le digas nada a Edu de que mañana iremos a apuntarle a fútbol. Quiero que sea una sorpresa, he hablado ya con el entrenador y m...

Dejé de escuchar en el momento que dijo que había hablado con el entrenador. No sé qué coño me pasa con ese hombre y que mi mente se colapse solo con que me lo nombren me pone rabiosa y a la vez echa un charquito en el suelo.

—¿hola? ¿coco? Teresa... ¿sigues ahí?

—Ummm sí lo siento... solo me distraje. ¿qué me decías?

—Hablaré con papá en cuanto lo vea... te trata como una esclava

en ese trabajo.

Yo río un poco y él me vuelve a repetir lo que me dijo.

—Bueno el caso es... -se ríe y vuelve a hablar. -que ese jugador que tanto le encanta a Edu pensó que yo era tu marido... y en serio coco te juro que por poco me da un ataque de risa y me tiro en el césped a retorcerme. -y ríe de nuevo dejando claro la gracia que le hace.

Al contrario que a mí...

—¿y... qué le dijiste? -digo trémula mordiéndome el labio inferior con nerviosismo.

—Pues le dejé pensar lo que quisiera. Disfruté mucho haciéndome pasar por tu marido y después cuando te lo tires... que seguro que pasará... me haré el marido cornudo y cuando esté cagado en el sitio, me mearé de la risa en los pantalones. Tienes que darme esa satisfacción coco... -ríe sin parar entre cada frase.

—¡No me haré pasar por tu mujer Cristian! ¿pero qué te pasa por la cabeza?

Iugg... por dios somos hermanos y... puag... -digo haciendo aspavientos con las manos y arcadas.

—Ei... tampoco estoy tan mal descarada. Cualquier mujer en éste planeta estaría muriéndose de amor porque yo sea su marido.

—¡pero no tu hermana, idiota!

—Bueno, bueno... tampoco hay que ponerse así... simplemente déjame disfrutar de su cara un poco más. Juro que le quitaré de su error cuando me divierta un poco. -dice con una risita.

—De todas maneras... ¿por qué coño te crees que me lo voy a tirar? Ese Víctor Sanz no es nadie para mí... ni si quiera me... gusta. Es horroroso y preferiría tirarme a Bob esponja o a Homer Simpson, antes que a él. Y yo no le gusto a él, eso es una gran estupidez -dije tajante y levantándome del sillón agarrando mis cosas para marcharme.

—¿pero qué dices? Estás loca... además al tío se le veía interesado en saber de mi "esposa" aunque me miró con pena... no sé por qué. ¿has hablado con él? no creo que seas tan mala, pero a veces eres insoportable... el pobre se habrá creído que me tienes cogido por los huevos.

—Ja, ja... estás graciosín hoy ¿no? Además... ¿no tienes nada mejor que hacer que estar molestándome? -digo realmente irritada.

Salgo a la calle con paso ligero hacia Peter y escucho a mi queridísimo hermano partirse el culo de la risa.

—Pues ahora que lo dices... voy a arreglarle una cañería a una clienta. Dice que pierde agua en cuanto dice mi nombre. -dice con descaro y soltando un relincho como si fuera un caballo.

Eso me hace hacer una mueca de asco.

—¿qué te dije de hablar de sexo conmigo Cristian? -digo entre dientes a la vez que arranco el coche.

—Bah... eres una blandengue. ¿vas ya para el colegio?

—Sí... así que déjame conducir, no quiero tener un accidente por estar hablando guarradas con mi propio hermano.

—Más de una guarrada te haría falta a ti para quitarte esa amargura pequeña...

-dice con mofa.

Yo no me lo pienso más y le cuelgo dejándolo con su ataque de risa. ¿Es normal el hermano que tengo? ¿Todos los hermanos son así? Dios... que exasperación... salgo a la carretera y voy dirección al colegio. Cuando llego Edu me ve enseguida y viene corriendo con su mochila a cuestas y un papel en la mano. Entra en el coche con una pequeña sonrisa y me besa la mejilla para después mirar a todos lados menos para el colegio. Acaricio su cabeza y lo hago mirarme.

—Edu... -pienso si preguntarle qué le ocurre, pero al ver el miedo en sus ojos solo sonrío y decido decirle otra cosa en su lugar. -te he echado de menos mi niño.

—Yo también tita... -dice con una sonrisa y un suspiro de alivio.

Eso me hace mirar de reojo hacia la entrada del edificio y solo pido que no haya ningún niño haciéndole la vida imposible o si no, yo misma lo haría arrepentirse. Arranco el coche y me dirijo hacia mi casa. La cita con la terapeuta de Edu es a las cuatro y en cuanto acabe volveré a ver a Roberto, marido de la señora Greene. Los dos levantaron la consulta en cuanto acabaron sus carreras.

Para mí son los mejores del mundo, Roberto por ayudarme a mí y a mi familia y a Carla Greene por ayudar a mi sobrino.

A las cuatro en punto estábamos Edu y yo esperando en las salita de espera mirando por la ventana al parque que había justo en frente. Unos niños jugaban a la pelota mientras otros peleaban con espadas de juguetes y dos niñas hacían de princesas asustadas. Eso me hizo sonreír y mirar a mi sobrino.

—Señorita Müller, Edu. Podéis pasar. -dijo Greene saliendo de su

consulta a la vez que una salía con su hija agarrada de su mano y escondida detrás de ésta.

Me levanté y cuando llegué a la puerta de la consulta, noté que Edu no me seguía. Miré hacia él pero el niño estaba mirando a la niña que salía con su madre a la vez que ésta lo miraba tímida y con una sonrisa pequeña.

—Edu cariño, vamos. -lo llamé con una sonrisa.

Él se sobresaltó desviando la mirada de aquella niña rubia de su edad y se levantó para seguirme dentro del cuarto. Carla repasó todo lo que habían avanzado esos meses. Yo le conté que Edu quería apuntarse a futbol y la doctora no cabía es sí, de gozo. Incluso podía verle un poco emocionada.

—Eso es increíble Edu... harás amigos y jugarás al futbol con un entrenador profesional.

El niño no reaccionaba, estaba apoyado en la mesa, con su barbilla en sus manos y con una mirada anhelante mirando hacia la ventana. La doctora y yo nos miramos entre sí para volver a mirar al niño. Que sin duda no estaba con nosotros.

—¿Edu? ¿estás bien?

El niño dio un respingo y nos miró a ambas para después negar con la cabeza enérgicamente.

—¿no estás bien? -preguntó la doctora divertida.

—Sí... sí estoy bien. -dijo el niño ruborizándose un poco.

¿Qué le pasaba a éste niño? Carla me sonrió y negó con la cabeza para que no lo atosigara. Y si ella no está preocupada, no tendría que estarlo yo ¿no?

—¿entonces Edu? Me ha dicho tu tía que te quieres apuntar a futbol.

La sonrisa del niño iluminó la consulta entera.

—Sí, y mi entrenador será Víctor Sanz el mejor jugador de todos los tiempos.

-dijo con orgullo al nombrar a su ídolo.

—Perfecto cariño... me alegro de que quieras socializar con gente.

Su sonrisa murió un poco y desvió la mirada hacia la ventana de nuevo.

—No quiero socializar con nadie... solo quiero que Víctor me enseñe a jugar mejor y convertirme en un jugador tan bueno como él. -susurró.

—Bueno... por lo menos socializarás con él, es un gran paso y más teniendo de amigo al mejor jugador del mundo. -dijo Carla con cariño

y un guiño de complicidad.

Para la otra media hora hablamos y charlamos con Edu de todo lo que hace en el colegio y si tiene algún amigo o amiga en él. Él niega y suspira. Me mira de vez en cuando pidiéndome con la mirada que nos vayamos y me da tanta pena de mi pobre niño, que decido acabar con la cita antes de tiempo. La doctora no pone ningún impedimento y cuando salimos le pido a Edu que coja el valón del coche y se ponga a jugar en el parque un rato mientras hablo con Roberto. Él asiente de mala gana y hace lo que le digo. Pero aun así me quedo mirándolo desde la ventana con preocupación de que no le pase nada allí fuera sin mí. Alguien me toca el hombro haciéndome saltar del susto y cuando veo a Carla me tranquilizo.

—Yo me quedaré a vigilarlo, no tengo citas ahora. Ve... te está esperando mi marido en su consulta.

Asiento agradecida y ando hacia lo que será una hora de desahogo y tortura al mismo tiempo, para mí.

—Me alegro de verte Teresa, siéntate por favor. -dice el hombre pelirrojo, con cariño, para después sentarse en el sillón junto a mí.

Miro al techo en cuanto estoy tumbada en el sillón reclinable y suspiro esperando a que me ayude.

—¿qué te trae por aquí Teresa?

—Pues... no puedo dejar de llorar por mi hermana doctor. No puedo pensar en ella ni nombrarla sin que me derrumbe y eso... está afectando a mi familia y sobre todo no quiero que el niño... bueno...

—Ajá... y cuéntame, ¿suele tardarte mucho la fase de derrumbe? - murmura junto con el sonido de su pluma al escribir.

—Bueno... no tanto. Intento pensar en otra cosa.

—¿qué otra cosa piensas cuando te sucede?

—Pues si te soy sincera... en hombres. -digo más bien avergonzada por confesar eso.

—Uhhh, uhhh... -tararea Roberto mientras escribe de nuevo. - ¿en qué sentido?

—Pues... no sé... solo pienso en que un hombre me... me...

—Adelante Teresa... estamos en confianza.

—Bueno en tener sexo mayormente. Solo así me siento libre y sin presión.

—Uhhh, uhhh...

—Ya sé que eso es escurrir el bulto y que no es bueno ignorar el hecho de

que mi hermana esté... bueno de que no esté. Pero es lo que me hace olvidar, el hecho de tener a alguien que me haga aturdir mi mente con besos o caricias... no estoy diciendo que sea adicta al sexo, porque bueno desde ayer... llevaba dos años sin tener relaciones con un hombre.

—¿qué te hizo tener relaciones ayer?

—La desesperación. -solté junto a un suspiro. -pero se acabó... no pienso dejar que me toque nadie más hasta que me vuelva a...

—Teresa escúchate a ti misma... ¿crees que tu hermana querría que estuvieras así? ¿privándote de hacer tu vida? ¿De disfrutar de tu juventud?

—No quiero eso... no necesito eso. Tengo a mi sobrino ahora. No puedo ir de calentona por la vida acostándome con hombres para luego volver a ser una madre. Simplemente no puedo hacerle eso al hijo de mi hermana. -dije con la voz rota.

La cara de mi hermana me vino a la mente y eso me hizo cerrar los ojos para así verla solo a ella. Pero Roberto no me dejó —Tu hermana no está aquí Teresa... tienes que aceptarlo. Tienes que hacer tu vida y no por que tengas relaciones con hombres la vas a fallar o desatender a tu sobrino. El ser humano tiene necesidades, Teresa y tú no eres diferente. ¿qué dice tu hermano de esto?

Eso me hace reír un poco.

—Palabras textuales: hermanita necesitas un polvo para quitarte la amargura que tienes. -dije recordando cuando me dijo eso mismo una vez que vino a cenar con Edu y yo a casa.

—¿te sientes una amargada? -pregunta éste.

—Pues... siempre he dado esa impresión. Soy la bruja de hielo en el trabajo y todos achacan el necesitar un buen meneo.

—No he preguntado eso... estoy diciendo si tú te sientes una amargada.

—A veces... no me soporto ni yo. Pero sí. Me siento una amargada. Pero solo por no querer vivir una vida que a mi hermana le han arrebatado gratuitamente.

No me siento bien viviendo y disfrutando de la vida sin que ella pueda hacerlo.

No se merecía acabar así.... -sollocé. -no se merecía perderse el crecimiento de Edu o nunca poder escuchar como la llama mamá. Y sobre todo no se merece Edu crecer sin sus padres. -dije lo último susurrando y dejando caer mis lágrimas.

—Ahora eres su madre. -rebatí el doctor.

Yo negué con la cabeza.

—Nunca llegaré a ser su madre, no para él. él tiene la suya aunque no en carne y hueso. No quita que yo lo ame y le proteja como tal pero él no... él no me llamará mamá nunca.

—¿Cómo estás tan segura? -preguntó dejando de escribir.

Yo solté una risa amarga.

—No me merezco ser su madre. -dije dolida al soltar eso.

El sentimiento que tenía atascado en mi pecho no me dejaba casi ni respirar.

Ser la tutora legal no me convertía en la madre de Edu y aunque me coloque el título de vez en cuando, sé que me estoy engañando a mí misma. No merezco tener algo que no me pertenece.

—Edu te ama como a una madre Teresa... aunque no esté preparado tampoco en dejarla marchar. Tú eres su madre ahora. Y ahora sinceramente te hablaré como amigo en vez de como terapeuta. -suspiró y se sentó en el sillón reclinable para darme la cara. -he visto el brillo en los ojos de Edu al verte. E visto tu sonrisa de amor hacia él. he visto cómo le riñes por hacer una trastada en la consulta para después el niño hacerte caso y abrazarte en busca de tu perdón y tu calor. Para ese niño eres lo más importante. Y lo más importante de todo es que no solo te tiene a ti como figura materna, también tiene a Cristian como padre. Y

a sus abuelos... qué más puede pedir. Te juro que me parte el alma lo que le ocurrió a tu hermana y aunque no la conocí en persona, sé por vosotros, lo maravillosa y especial que era. No se merece lo que le pasó y eso estoy en total acuerdo contigo... pero pasado es pasado ya. No podemos volver en el tiempo para desviar el coche que chocó contra el de tu cuñado. No somos dioses.

Tenemos que seguir viviendo con lo que venga, la vida está para sufrir pero no por ello dejaremos de vivir y de querer ser feliz. Tienes que despedirte de ella y volar. Déjala ir para que tú puedas volver a ser libre.

Después de haber escuchado a Roberto no sé si me sentía bien o mal.

Simplemente estaba. Mi mente recapitulaba cada palabra que salía de su boca y me las tatuaba a fuego en la piel. Tenía que dejar ir a mi hermana para así yo poder volver a ser libre. ¿Cómo es tan fácil decirlo que hacerlo? Cómo dejar ir a una parte de ti sin sentirte vacía después.

—¿puedo dormir contigo? -dijo mi sobrino sacándome de mi estupor.

Estábamos en el sofá, acabamos de ver una película y estaba recostado en mi pecho y abrazándome todo el rato. Acaricié su pelo castaño y dibuje una sonrisa en mi boca.

—Claro cariño... no hay nada mejor que dormir con mi príncipe precioso.

Él negó con la cabeza claramente avergonzado, pero aun así no dejó de abrazarme.

—Te quiero ma... tita. -dijo en un susurro estrangulado.

Creí no oír bien pero al ver cómo temblaba en mis brazos me di cuenta de que estuvo a punto de llamarme mamá. Y no sé si sentirme feliz o mal por traicionar a mi propia hermana deseando poder escuchar alguna vez llamarme mamá.

Capítulo 7

—¡titaaaaa...! ¡tita despierta! ¡llegaremos tarde! ¡ti...taaaaaaaaaaa!

Me incorporo de la cama desorientada y con el corazón a mil por hora. Algo salta sobre mí y chilló del susto.

—¡Llegaremos tarde al colegio! -gruñe el enano gruñón saltando en la cama con ¡zapatos puestos!

—Edu baja ahora mismo de la cama. ¿Cómo se te ocurre saltar con...?

Miro el despertador de la mesilla y veo que ya son ¡las nueve menos cuarto!

—¡de puta madre! -maldigo saliendo de la cama y agarrando al mocosito para bajarlo al suelo.

—No se dicen palabrotas. -dice el gracioso soltando una risotada.

—Ha sido totalmente necesario soltar esa palabrota Edu... ahora baja y prepara la mochila. Me vestiré en cinco minutos.

Él niño se encoge de hombros y se va corriendo. Miro de nuevo el reloj y maldigo de nuevo al ver que no me daría tiempo de una ducha exprés.

—¡mierda, puta mierda, joder!

Parezco una camionera mientras digo palabrotas a diestra y siniestra, mientras agarro un vestido blanco de media manga y escote corazón. Lavo mis partes íntimas lo más rápido que puedo y me visto y maquillo en menos de diez minutos. Me miro en el espejo y hago mi ritual de hacer morritos, atusarme el pelo y mirarme el culo. ¡Lista!

Cuando llegamos al colegio ya son pasados diez minutos de las

nueve y le sonrío arrepentida a la conserje. Ella asiente con una mueca y lleva a mi sobrino a su clase. Yo corro lo máximo que me permiten mis zapatos dorados de tacón de aguja y salgo dirección a la agencia. Tengo cita con el señor bueno y a la tarde tengo que ir con Cristian a apuntar a Edu a futbol. ¡Genial! Volveré a ver al increíble Víctor... suspiro y mi labio queda atrapado entre mis dientes, muerdo hasta causarme dolor y así olvidarme de esos ojos. Y casi lo consigo, casi, hasta que mi teléfono suena con una llamada de Cristian, recordándome la hora que iremos a hablar con el entrenador. En cuanto llego a mi trabajo y saludo a mi jefe/padre me dirijo a mi despacho donde el señor Bueno ya me está esperando sentado con las piernas cruzadas y su barbilla apoyada en su puño.

—Siento el retraso señor Bueno. -digo apresurándome a dejar el bolso en la mesa de cristal y sentándome en mi silla.

Cuando lo miro está sonriéndome con cara de querer comer algo apetitoso.

—A merecido la pena la espera créeme...

—¿ha empezado a hacer lo que le aconsejé? -digo encendiendo el ordenador y haciendo caso omiso a su insinuación.

—Pues... sí. No he salido éstos días, solo para ver a mi familia y ver películas Disney con mi amiga... bueno fueron dos. -dice con una sonrisa oculta por su dedo.

Cierro los ojos y suspiro.

—¿No puede abstenerse de tener sexo durante una semana, señor Bueno?

—La pregunta es... ¿podría abstenerse usted con éste cuerpo -se señala así mismo -en un sofá viendo Disney, señorita Müller?

—Bien... vamos a ver si se le mete en el poco cerebro que tiene. ¿para qué me contrata si no le da la gana de hacer nada para pueda hacer mi trabajo?

El suspira y desvía la mirada.

—Lo siento. -dice después de unos largos segundos.

—Está perdonado. Pero procure hacer las cosas como tiene que hacerlas si de verdad quiere trabajar para Sandycalls. Y no creo que esté la vida para rechazar un puesto de trabajo ¿o sí?

El niega con la cabeza y se inclina hacia delante apoyando sus grandes brazos en mi mesa de cristal.

—Me portaré bien a partir de ahora, se lo juro. A cambio de que me acepte una invitación a cenar, en cuanto me convierta en modelo de

Sandycalls.

—Cuando lo consiga señor bueno... hablamos. -digo cogiendo el dossier con su nombre escrito. -bien... éste fin de semana es la fiesta de aniversario de Sandycalls, al contrario de sus compañeros usted irá solo. sin compañía femenina, para que me entienda. Luego de la maravillosa velada y de posar para las cámaras sonriendo como un buen muñeco de portada, irá a casa y se quedará allí. Solo.

—De acuerdo... -dice asintiendo y mirándome la cara deteniéndose en mirar detenidamente cada centímetro.

Eso me hace querer levantarme e ir al baño a ver si tengo algo en la cara.

—¿no se maquilló esta mañana?

Eso me hace ruborizar un poco. Tiene razón, lo poco que me apliqué fue un poco de rímel y un toque de gloss rosa en los labios.

—Déjeme decirle que está muy hermosa. -dice con una sonrisa sincera.

La verdad es que me está cayendo hasta bien... ¡no, Teresa!

—Volvamos al trabajo señor.

Y seguimos durante otra media hora. Él acepta cada una de mis palabras y no intenta insinuármeme por lo menos hasta que se levanta del asiento con claras intenciones.

—Está algo tensa señorita. -dice llegando por detrás y colocando sus manos en mis hombros.

Me tenso ante su contacto y por un momento sus manos me relajan pero hago todo el esfuerzo por levantarme y apartarlo de mí.

—Nos vemos la semana que viene señor, y ahora si me disculpa tengo mucho trabajo que hacer. -digo sin mirarlo y señalándole la puerta elegantemente.

No me doy cuenta hasta que es demasiado tarde cuando noto su beso en mi mejilla y su mano agarrando mi cadera fuertemente.

—Hasta la semana que viene Teresa.

Y se va dejándome con los nervios crispados y furiosa conmigo misma, por no verlo venir.

Para cuando llegan las cinco, salgo de la agencia para dirigirme al campo de futbol, donde mi hermano y sobrino están esperándome. En cuanto aparco, Edu salta entusiasmado y me señala el campo una y otra vez. Mi niño...

—Hola cariño. -saludo a Edu abrazándolo y dándole millones de besos.

—Venga deprisa... Víctor nos está esperando. -declara agarrando mi mano y la de Cristian para luego arrastrarnos hacia allí.

Saludo con una sonrisa a mi hermano y él se acerca para besarme la mejilla.

Y es en ese momento cuando el niño se para en seco y cuando miro hacia delante Víctor está debajo de las escaleras, sin camiseta dejándome ver sus increíbles músculos y su piel dorada y perfecta. Y no digo nada como le queda el pantalón corto de chándal de color gris, que lleva colgando de sus caderas, dejando al aire unos infinitos oblicuos. Mi mirada barre su cuerpo hacia su cara y sus ojos están en mí, su mirada tan intensa como siempre y su carácter serio pareciendo estar enfadado con el mundo.

—Buenas tardes Víctor. -saluda Cristian pasando su brazo sobre mis hombros posesivamente.

—Buenas tardes. -dice mirando de él hacia mí. -hola campeón. -saluda a Edu ahora con una gran sonrisa.

Aparto el brazo de mi hermano y bajo las escaleras dejándolo detrás.

Caminamos hacia el despacho del entrenador y Edu mientras, juega en el campo a chutar su balón. En cuanto nos sentamos, el teléfono de mi hermano suena y cuando mira quien es; me mira a mí y al entrenador con una mirada de disculpa.

—Tengo que atender... hablad sin mí. Ahora vengo cariño. -dice besando mi mejilla más tiempo de la cuenta.

Uff... pues sí que iba en serio eso de que iba a hacerse pasar por mi marido.

Solo me entran ganas de arrancarle las orejas a mordiscos al muy...

—Bueno... -habla el adonis frente a mí, haciéndome olvidar todos mis pensamientos y recuerdos de toda mi vida. ¿Cómo me llamo? ¿Dónde mierda vivo? -supongo que podemos empezar.

Yo me muerdo el labio inferior y asiento. Su voz es como la del duque de sin tetas no hay paraíso. El tono rasposo y ronco que te hace querer cerrar los ojos y gemir. Me pregunto si podría llegar al orgasmo tan solo con su voz diciéndome cosas obscenas al oído... sí definitivamente sería capaz. Solo tiene que ver cómo tengo mi sexo en este mismo momento. Carraspea y me ruborizo violentamente.

—¿está bien? Si es por lo que pueda contarle a su marido... no soy nadie para contarle nada señora, lo que usted haga o deje de hacer no es asunto mío. Así que puede estar tranquila. -dice en tono serio mirándome a los ojos con esos orbes transparentes.

—¿Eh? ¿perdón? -no le entendí ni una palabra.

—Olvídelo, solo tiene que rellenar este impreso y pagar la cuota cada mes.

Eso y la inscripción, más cinco euros por la tarjeta de pase. -dice entregándome unos papeles.

Dejo los papeles a un lado.

—¿Me puede explicar de que no tengo que preocuparme? -ahora sí soy la Teresa de siempre.

Hasta que el muy... se moja los labios con su lengua y ahora todo pensamiento coherente se fue a la mierda.

—Ya sabe... cuando la vi con aquel hombre en el hotel. Supongo que su marido no está al tanto de que le engaña con otro.

Eso me hace pestañear y hacer memoria. ¿Hombre? ¿Qué hom...? Una carcajada sale de mí aunque la reprimo rápidamente. Se refiere a Tomás.

—No vera... yo no... él no es mí...

—Lo siento. ¿Qué me perdí? -entra mi hermano besándome otra vez la mejilla.

Por un momento me parece ver desilusión en el semblante de Víctor, pero me digo a mi misma que es imposible. Cristian no me deja hablar y cuando acabamos de rellenar los papeles y le doy parte del dinero. Hace todo lo posible para no mirarme y no sabe cuánto me desilusiona a mí no poder sentir su mirada en mí. Aunque cuando me levanto y me bajo el vestido, ya que al estar sentada, se subió. Víctor se para a medio camino de levantarse para mirarme las piernas.

Eso me hace sonreír. Aparta la mirada rápidamente y nos acompaña hacia la puerta. Nos cuenta que mañana mismo puede venir mi sobrino a entrenar y le damos las gracias.

Algo me hace pararme a medio camino del coche y le digo a Cristian que olvidé algo en el despacho. Cuando llego en donde ahora está sentado en la mesa con la cara enterrada en sus manos llamo con los nudillos a la puerta ya abierta.

—Perdón... solo vine a decirle una cosa. -digo acercándome elegantemente, dándole un suave bamboleo a mis caderas.

Pero para mí desagrado él se tensa y se levanta para ponerse lejos de mí.

—Sí, dígame.

—Bueno solo...

—Ya le dije que no se preocupara de nada, no le diré a su marido. -dice un poco molesto.

—Sí bueno... el caso es que no es mi...

—Víctor ¿puedes venir un...?

Nos interrumpe una chica bajita de pelo negro recogido en una coleta mal hecha y portando unas gruesas gafas negras.

—Lo siento, volveré en otro momento. -se disculpa la chica.

—No, no pasa nada. La señorita ya se iba ¿no?

Eso me hace coger aire y soltarlo de golpe. No sé por qué, me ha sentado como una patada en el estómago su desplante. Por un momento creo que le gusto y otro...

Salgo de allí despidiéndome con un asentimiento y me reúno con mi hermano y mi sobrino. Cristian al verme, sonrío obscenamente. Pero al ver cómo le vuelvo la cara y camino hacia el coche, borra su sonrisa y viene detrás de mí.

—Coco... ¿qué te ocurre?

—¡nada! No me pasa nada. -digo entre dientes.

Y no sé por qué mis entrañas se encogen y mi respiración se acelera al sentir como un sollozo seguido de un torrente de lágrimas de avecinan.

—¿qué te hizo? -dice ahora molesto.

—No me hizo nada... solo... bah da igual. Soy patética y una subnormal.

¿podemos ir a comer una hamburguesa doble por favor? -digo realmente necesitando un chute de grasas en mi organismo.

—Uuu... calabazas ¿eh? -dice divertido ahora.

—Ja, ja, ja... gilipollas.

Y nos vamos de allí a un McDonald... cuando otras comen un bote gigante de helado de chocolate yo como una hamburguesa doble con kétchup y patatas fritas; con un gran baso de Coca-Cola. A la mierda todo y a la mierda Víctor-estúpido-Sanz.

Capítulo 8

Después de despedirme de Edu y Cristian y después de comerme mi deliciosa y grasienta hamburguesa con queso y patatas; me dejo caer en el sofá boca abajo y le pego puñetazos al cojín. ¿Cómo puedo ser tan estúpida? ¿Cómo me atrevo a coquetear con nadie? ¿Y por qué coño no le gusto

al estúpido jugador de pacotilla? En uno de los puñetazos, le doy al mando de la televisión y ésta se enciende como poseída. La voz está a todo volumen y una escena erótica se reproduce y yo me quiero morir. ¿Pero qué puta hora es para que pongan eso?

Recojo el mando con manos temblorosas y con los oídos taponados del retumbar de gemidos y jadeos. ¡Joder! ¿Eso le cabe ahí? Dios... me quedo como una tonta observando la escena frente a mí, nunca me dio por ver porno la verdad, pero ahora sé lo que me he perdido. Follando con una de éstas pelis de fondo sería de lo más excitantes. Veo como el chico rubio que penetra con fuerza desde atrás a una chica morena con curvas, palmea su trasero y ésta gime más fuerte. Tengo que reprimir mi propio gemido de placer al ver eso. ¿Pero qué coño estoy haciendo? Vuelvo la vista al mando e intento atinar a apretar el maldito botoncito rojo y apagar la tele, pero el mando se me escurre de entre las manos y cae al suelo haciendo que las pilas salgan disparadas. Una se mete debajo del sofá y la otra ni puta idea. ¡Genial!

—¡Su puta madre! —me arrodillo en el suelo e intento alcanzar la maldita pila pero se escurre entre los dedos y vuelve a alejarse un poco.

Cuando ya la tengo agarrada y con la boca pegada a la tela del sofá, la saco y la coloco en el mando. Voy a buscar la otra como si estuviera buscando a un gato diciendo: —minino, minino... como si ésta empiece a hacer el mínimo ruido y así yo encontrarla. Cuando ya estoy por mirar debajo del segundo aparador el timbre resuena en mi casa haciéndome enderezar de golpe. Oh dios... y yo sin poder apagar el maldito televisor. Y si pudiera desenchufarlo, pero con los muebles del salón, el enchufe está detrás y no puedo moverlos yo sola. Y para colmo el maldito televisor no tiene interruptor o un puto botoncito para apagarlo desde ahí. Miro de un lado a otro sin saber dónde meterme. ¿Y si no abro? ¿Pero y si es importante? ¿Qué coño hago si es algún vecino? Corro hacia el pasillo y cierro la puerta corrediza del salón. Me arreglo un poco el vestido y me miro en el espejo.

Estoy más roja que la bandera comunista... Me muerdo el labio nerviosa, porque aun así se escuchan los gemidos y gruñidos de los dos que están teniendo una buena sesión de sexo en mi salón. El timbre vuelve a sonar y me sobresalto y miro para la puerta. Se ve una sombra al otro lado a través del cristal opaco del lateral derecho. Por favor que sea Cristian... bueno, sin mi sobrino, claro. No quiero traumatizarlo tan

pequeño, mi niño el pobre.

Ando despacio hasta la puerta y abro con cuidado una rendija para mirar fuera. Ahogo un grito cuando veo a Tomás al otro lado. ¡De puta madre!

—Coco... ¿puedo...? —frunce el ceño y mira detrás de mí hacia el interior de la casa.

Mi cara arde como si estuviera en llamas y no sé si hacerme la muerta, sería un buen plan.

—¿estás... ocupada? Veo que tienes visita. —dice incómodo y enfadado a la vez.

—¿qué? —jadeo.

¿Visita? ¿Qué coño se cree? ¿Qué estoy haciendo una orgía en el salón? Abro la puerta de par en par y lo agarro del brazo haciéndolo pasar.

—Oye... no... no creo que a mí me vaya éste rollo Teresa.

—¿qué rollo? Solo es la tele. —digo cruzándome de brazos.

Los gemidos aumentan y se escuchan las voces extasiadas de los protagonistas: oh my god! Oh yeah... yes, yes, yes... oh fuck yeah...

—¿estás viendo porno? —su sonrisa aparece en su cara y se acerca sinuosamente a mí, haciéndome pegar la espalda en la pared del recibidor.

Esto no está bien... esto no está nada, nada... bien. Su torso se pega al mío y mi respiración aumenta de ritmo. Su mano baja sin preámbulos por mi cadera y agarra mi culo para acercarme a él. Su entrepierna hinchida se aprieta contra mi barriga haciendo que suelte un suave gemido entre los labios. Esto no está bien... miro la cara de mi ex y por un momento deseo que una cara distinta sin bello en su mandíbula, ojos cristalinos y sedoso cabello rubio, se cambie por la suya. El deseo por Víctor es tan grande que por un momento lo visualizo en el lugar de Tomás y eso me hace excitarme en dos segundos. Solo de imaginarlo así de cerca y oler la mezcla de perfume masculino y sudor me hace salivar y desear lamer cada centímetro de su cuerpo. Abro los ojos cuando la mano de Tomás se arrastra por mi muslo y sube mi vestido hasta dejarme desnuda de cintura para abajo.

—Joder... -sisea. —no llevas ropa interior...

Tomás me llevó al salón haciendo que los gemidos de la televisión se escucharan como si estuviéramos dentro de la película. Cuando llegamos junto al sofá, mi vestido salió de mi cuerpo quedándome solo con un sujetador color visón sin tirantas. Las manos de Tomás estaban por todo mi cuerpo acariciando, pellizcando y sobando cada centímetro y yo no

podía reaccionar. Esto estaba mal... todo mal. No quiero hacer esto... no quiero hacerlo con Tomás. Pero cerrando los ojos y visualizando a Víctor me dejaba llevar por las sensaciones de sus manos en mí y de su cuerpo duro y caliente rodeándome entera.

—Ahh... Víctor. —gemí al sentir sus dedos penetrándome despacio.

Las caricias pararon en seco y yo abrí los ojos para ver cómo Tomás se separaba de mí y me miraba con el ceño fruncido, confusión reflejaba su cara.

—¿me acabas de llamar Víctor? ¿Quién coño es Víctor? —dice apretando la mandíbula.

—Tomás... será mejor que te vayas. —digo vistiéndome.

Cuando me pongo el vestido miro hacia mi derecha y veo la dichosa pila junto a la mesa del comedor. Me agacho para recogerla y en cuanto se la meto al mando apago el televisor sumiendo la casa en un silencio sepulcral.

—¿qué coño te pasa? —espetó agarrándome del brazo y acercándose a él.

—¡suéltame!

—Teresa no sé qué coño te pasa conmigo, primero te comportas como si fuera un extraño para ti y ahora gimes el nombre de otro mientras que te toco...

—Lo del otro día... llevaba mucho tiempo sin estar con nadie y me sentí mal luego... -dije en un arrebato de sinceridad.

Su mano giró mi cabeza hacia él agarrándome de la barbilla.

—¿te arrepientes?

—No lo sé...

Siento sus labios en los míos, tan solo un simple roce, para después separarse completamente de mí.

—No quiero perderte Teresa... aunque no te lo creas no me olvidé de ti cuando me fui. No te voy a mentir diciéndote que estuve enamorado de ti ni que ahora lo esté... simplemente no quiero perderte. Me gustas, mucho. Y me gusta estar contigo, hablar contigo y querría poder besarte cuando me apetezca. No te estoy pidiendo una relación coco... -se acercó y abarcó mi cara con sus manos. — solo quiero verte y estar contigo cada vez que pueda. Déjame eso al menos. —sus ojos miraban los míos con suplica.

—Está bien. —suspiré.

Él sonrió feliz y besó mis labios un poco más tiempo que el anterior. Sonrió por última vez y se marchó de mi casa sin mirar atrás. Me dejé caer en

el sofá y me acurruqué entre los cojines y me puse a llorar. No sabía la razón, mis lágrimas decidieron salir por decisión propia y así me dormí. Con lágrimas corriendo por mis mejillas y con la cara de Víctor, con su expresión seria e intimidante, grabada en la retina. Esa noche soñé con él... pero no era en pasado, ni en futuro; fue más bien una ilusión, una tonta y bonita ilusión.

Llamé con los nudillos a la puerta de madera blanca y miré a Víctor que estaba a mi lado besando mi mano para darme apoyo. La puerta se abrió dejándome ver a mi hermana con una gran sonrisa y abrazándome con fuerza.

Mi mano se soltó de la de Víctor gracias a la efusividad de Penélope y cuando ésta se separó de mí; me agarró de los hombros y me miró de arriba abajo con una sonrisa.

—Estás preciosa coco... -miró a mi acompañante y su sonrisa se convirtió en una pícara y su ceja se alzó. —hola. —saludó separándose de mí y besando en la mejilla a mi acompañante.

Él le devolvió el saludo y mi hermana nos dejó pasar a su casa. En cuanto crucé el umbral mi precioso sobrino corrió hacia nosotros y saltó encima de Víctor para saludarlo con alegría.

—¡Tito...! Tengo que enseñarte el nuevo juego de la Play que me regaló papá... está súper chulo.

—Claro que sí campeón.

—Oye... ¿a mí no me saludas?-dijo pinchando su costado para hacerle reír por las cosquillas.

Él se retuerce riéndose y salta de Víctor para abrazarme a mí. Víctor Y Edu se van a la sala donde Eliot está y mi hermana y yo nos quedamos en el corredor mientras ella chismorrea.

—¿Cómo es que mi hijo llama tito a ese hombre? ¿y por qué soy la última en enterarme de que mi hermanita está con ése hombre? —dice haciéndose la enfadada.

Yo sonrío y la abrazo otra vez absorbiendo su olor e impregnándome de su calor fraternal.

—Es el entrenador de futbol de Edu... y no lo conoces porque quería esperar.

—Está para comérselo a cucharadas y cubrirlo de sirope de fresa, coco... -

silbó apreciativamente dándole un vistazo a mi hombre que ahora estaba en el sofá junto a Eliot y con Edu encima de su pierna.

Le doy una colleja a mi querida hermana que se come con los ojos a mi novio y ella se echa a reír. Me encanta su risa...

—Se ve que lo quieres y él a ti... conozco esa mirada. Y esa sonrisa. —dice acariciándome la mejilla.

—¿qué sonrisa? —bufo.

—La de él cuando te mira. —señala hacia el salón y Víctor me mira con una gran sonrisa en el rostro. —ves... a esa sonrisa me refiero.

—Es la sonrisa más fea...

—Que he visto en mi vida... -acaba la frase por mí.

Nos fundimos en un abrazo y la oigo decir en mi oído: —Te quiero mucho coco... y ese chico te cuidará en mi ausencia.

En ese momento me despierto y miro de un lado a otro. Buscando a mi hermana por cada rincón de mi casa. Un sollozo sale de mi garganta y lloro de nuevo... de alegría y de pena por volver a escuchar la voz de mi hermana y de haberla visto aunque solo fuera en sueños...

A la mañana siguiente llamo a mi padre para pedirle el día libre, no tenía fuerzas para arreglarme e ir a trabajar. Necesitaba estar con ella y solo había un lugar donde ir para sentirla conmigo lo más cerca que podía. Mi padre se preocupó y me dijo que iba a venir con mi madre a verme, yo les dije que no era nada, solo que creía estar pillando un resfriado y no me encontraba bien. Por suerte se lo creyó i no insistió más.

Aparqué el coche y miré aquellas paredes blancas de puertas abiertas. Salí del coche portando un conjunto de chándal blanco y mis gafas de sol. Anduve inconscientemente entre las calles lapidadas, con letras y flores de plástico, hasta que llegué a mi destino. La lápida de mi hermana y mi cuñado. Allí estaba ella, allí estaba mi Penélope con su mejor amigo y amor de su vida. Después de un año sin venir se me hacía extraño ver aquellas letras cursivas que dibujaban su nombre. Apoyé cada mano en la lápida y dejé caer mi mejilla en el frío mármol, dejando escapar mis lágrimas y una sonrisa. Estaba con ella ahora. Los recuerdos de cuando íbamos a la playa de vacaciones familiares aparecieron en mi mente dejándome soñar con que estaba allí de nuevo. Como siempre mi madre nos vestía iguales aunque fuéramos 5 años de diferencia una de la otra. Y aunque Cristian fuera mi mellizo, siempre me vestía como ella de pequeña.

Hasta que cumplí los ocho y quise ponerme ropa de chico. Reí ante lo escandalizada que estaba mi madre cuando me puse un pantalón de Cristian, y una de sus camisetas de los Digimon. Mi hermana cayó al suelo muerta de la risa al verla tan histérica, pero me defendió en todo momento y así convenciendo a mi madre que no era una cosa tan mala.

Al cabo de lo que parecieron horas salí de la calle donde estaba enterrada mi hermana y mi cuñado y cuando pasé el umbral del cementerio me encontré allí a mi hermano. Sonriéndome con cariño y abriendo sus brazos para recibirme. Y

me fundí en el echando de menos otros dos brazos más para completar el brazo de hermanos. Aunque muy, muy en el fondo sabía que ella estaba aquí con nosotros... dándonos su cariño donde quiera que esté. Y en ese momento dejé ir a mi hermana... dejé ir a mi querida Penélope y así descansar en paz.

—te echaré de menos cabeza coco... te amo. —es lo último que sentí escuchar a mi hermana, antes de desmayarme en los brazos de Cristian.

Capítulo 9

—Teresa... Coco... despierta cariño...

La voz de mi hermano se escuchaba con eco como si estuviera dentro de una cueva. Me removí un poco sintiéndome incómoda por la postura. Nunca dormía de lado por el simple hecho de que el brazo que quedaba debajo se me quedaba dormido. Y no sé cómo coño estoy durmiendo así, ni por qué mi hermano está molestándome. Gemí y pegué un manotazo al aire intentando golpearlo y así hacerlo desaparecer.

—Coco... estás en el hospital.

Su anuncio me hace abrir los ojos de golpe y sentarme. Miré de un lado a otro desorientada ¿y si el tonto de mi mellizo estaba diciéndome enserio que estaba en un puto hospital? Y en efecto, cuando divisé un aparato de esos que utilizan para seguir los latidos del corazón y las paredes blancas; con esos sillones celestes tan incómodos, me di cuenta de que sí. ¿Pero qué hago aquí?

—¿qué hago aquí? —digo en voz alta la pregunta en mi cabeza.

—Te desmallaste coco... salías del... cementerio y caíste en mis brazos.

Teresa...

No lo dejé acabar. Sabía que me iba a decir que buscara ayuda e incluso pensaría que estaba loca como para llevarme interna a un psiquiátrico.

—Cris... estoy bien. Simplemente quería despedirme de Penélope.

Sus ojos se abrieron con sorpresa para a continuación fruncir el ceño.

—¿D-despedirte? –tartamudeó.

Asentí y le di una sonrisa para tranquilizarlo.

—Necesitaba ser libre... despedirme del dolor que me infringía a mí misma, sin querer aceptar que mi hermana estaba muerta.

Es la primera vez que decía aquella frase sin echarme a llorar luego. Dolía, aun dolía. Pero entonces entendí que esté donde esté, siempre me amará y será mi ángel; y nunca me dejará sola.

—Teresa...

Yo sonreí y me hice a un lado en la cama. Él supo en el instante lo que le estaba pidiendo y se sentó junto a mí. Cosas de mellizos, supongo. No hacen falta palabras entre nosotros.

Mi hermano... lo quiero tanto... y pensar que por la muerte de mi hermana no lo he valorado. No valoré las noches que se llevó conmigo intentando consolarme; cuando él estaba igual de mal y roto que yo. Abracé a mi grandullón y él colocó su cabeza en mi pecho. Sentí en éste momento cuanto me echaba de menos. Como sus brazos me rodeaban con increíble fuerza como si tuviera miedo de que desapareciera en cualquier momento. Aparté una lágrima silenciosa que caía por mi mejilla y besé su cabeza con cariño.

—¿te acuerdas cuando me enseñaste a coger ranas? –solté riendo un poco al recordar la escena.

La risa de mi hermano resonó en toda la habitación.

—Me decías que querías capturarlas a todas para que ninguna de nosotras las besáramos y así no se convirtieran en príncipes. –continué. –desde que vimos la película de la princesa y el sapo, te obsesionaste con lo de que nos iríamos con un príncipe y te dejaríamos solo.

Él alzó la cabeza y vi cómo sus ojos estaban brillantes de la emoción.

—Yo quería ser vuestro único príncipe.

—Y lo eras Cristian. No sabes la de veces que me digo, que en el momento que encuentre a un hombre con tan solo la mitad que tú, me casaría con él.

—Oh... eso es una indirecta preciosa.... –ronroneó con una sonrisa

pícara.

—Uff... cállate... ¡qué asco por dios!

Y reímos a carcajadas limpias haciendo que una enfermera entrara y nos mirara con cara de susto. Pero en cuanto nos vio riendo su expresión se suavizó.

—Veo que está estupendamente señorita Müller.

—Sí. Me siento fenomenal. ¿puedo irme a casa?

—Claro... dentro de un ratito vendrá el doctor y le dará el alta. —dice un poco sonrojada echándole miradas de reojo a mi querido hermano.

Era muy bonita y joven. Esbelta y con curvas. Su pelo negro recogido en un moño apretado y sus ojos rasgados le hacían muy bonita.

Codeé a mi hermano en las costillas en cuanto ella se fue, no sin antes dedicarle una sonrisa a Cristian.

—¿viste cómo te mira? Es guapa... -digo como quien no quiere la cosa.

—¡bah! —hace un gesto con la mano para quitarle importancia. —solo quieren la misma cosa... no es que me queje, ya ves, soy un tipo guapo; con un cuerpo que más quisieran algunos y unos ojos preciosos, eso sin hablar de mi gran...

—¡shep! —le tapé la boca antes de que acabara la frase. —de-ma-si-da información HERMANO.

Bufé sonoramente y me bajé de la cama para ponerme los zapatos.

—No todas son iguales Cristian... no a todas les importa saber de primeras el tamaño de tu... pierna. —digo con una mueca de asco.

—¡oh! ¡gracias! Aunque no sería tan así, exagerada... por lo menos llegaría por...

—¡joder Cristian! ¡Deja de hablar de tu puta polla...!

Y en ese momento entra la enfermera quedándose con la boca abierta y con cara de como si hubiera visto un asesinato.

—P-perdón... solo vine... -se mordió el labio inferior. —a decirle que se puede ir cuando quiera. —terminó y se fue más colorada como un tomate y con la cabeza gacha.

—¡ea! Ya la asustaste... pobre muchacha... se creerá que haces cosas obscenas con tu propio hermano. ¿no te da vergüenza? -dice Cristian saliendo de la habitación.

Mi boca se abrió en shock mientras veía al puto rubio salir airoso.

—¡serás...! —y salí detrás de él con ganas de matarlo.

—¿Cómo supiste donde estaba?

Ya estábamos en su coche dirección a la casa de mis padres, donde estaba Edu.

—Coco... no te puedo explicar eso. Solo te llamé como veinte veces y... el único sitio que se me vino a la cabeza fue el cementerio. Y ya ves... nuestro sensor mellicil funciona siempre. —dice con una sonrisita.

Eso me hace soltar una sonrisita. Era cierto lo que decía. Aunque fuera una gilipollez para la gente, era totalmente cierto lo de ese estúpido sensor. Yo misma lo tengo también. Me acuerdo cuando una vez mi madre vino corriendo a mi habitación y me dijo a voz en cuello que no encontraban a mi hermano por ningún lado. Llamó a casa de sus amigos y ni uno sabía nada de él. No sé por qué, acabé yendo al pantano y allí estaba. Mirando el agua fijamente y con los brazos cruzados en la espalda. Solo con ver su postura sabía que algo le preocupaba. Y en efecto... el sensor volvió a funcionar. La niña que le gustaba le dijo tonto cuando se cayó jugando al fútbol. Estaba tan deprimido, que lloró y todo. Ese mismo día me dijo que nunca jamás lloraría por una mujer. Y hasta ahora que yo sepa... solo ha llorado por Penélope y por mí... sus princesas.

Llegamos a la casa de mis padres y gracias a dios Cristian no dijo nada de mi desmayo. Solo les dijo que él me buscaría y que estaba bien.

Abracé y espachurré a mi precioso niño y decidimos ir juntos a su primer día de entrenamiento con Víctor. Me acompañaron a casa y en cuanto bajé del coche me acordé del mío.

—¡mierda!

—¿qué te pasa? ¿estás bien? —corrió mi hermano hasta mí con cara de preocupación e intentándome agarrar.

—¡no...! —gemí llorisqueando como una niña chica. —mi coche está en el... -y me callé en cuanto me acordé de que Edu estaba con nosotros.

—Tranquila coco... sube a tu casa, cámbiate e iremos a por él en cuanto acabe el entrenamiento ¿vale?

Yo asentí de acuerdo y antes de correr como una loca a cambiarme me preparé un sándwich no había comido nada desde ésta mañana. Y fue solo un simple café. Como y me visto a la vez, con unos vaqueros claros desteñidos y una camiseta de tirantas rosa claro. Unas cuñas de tiras y un moño desordenado.

¡Lista! Y ya que al señor Víctor no le gusto... para qué preocuparme en cómo me iba a ver.

Bajé los escalones y cerré la casa a un tiempo record. Cristian me sonrió al igual que Edu que estaba sobre-excitado y contento por su primer día de entrenamiento.

Para cuando llegamos al campo, ya estaba el entrenador hablando con los niños. Edu corrió hacia ellos y Víctor lo saludó con una gran sonrisa y una sacudida en la cabeza.

—¿me vas a contar alguna vez que te pasó con él? —me susurra Cristian en el oído una vez que nos hemos sentado en las gradas.

Miro a sus ojos y hago una mueca.

—Simplemente soy una tonta por creer que el señorito-perfecto se podía fijar en mí. —confieso encogiéndome de hombros y mirando al campo.

—¿qué dices? Si cada vez que te ve, te observa y te come con la mirada. — dice levantando las cejas sugestivamente.

—Cristian créeme que ese de ahí... —señalo al entrenador. —no quiere tener nada que ver conmigo. Incluso me dijo que no le diría nada a “mi marido” de que le engaño con otro.

Su ceño se frunce.

—¿con quién coño me pones los cuernos? Y lo más importante... ¿por qué coño él sabe eso?

Yo suspiro y decido contárselo. Total... es mi hermano y en él más que en nadie puedo confiar.

—¿te acuerdas de Tomas?

—Ajá... tu ex de hace más de dos años el cual te abandonó para irse a trabajar a los EEUU.

—Sí Cristian... ese, Tomás. —digo con sarcasmo. —el caso es que... vino a Jaén hace unos días y... bueno... él contactó conmigo.

Él abre la boca para hablar, pero le paro.

—Déjame terminar... quedamos para cenar y una cosa llevó a la otra y acabamos en su hotel. Después de... bueno... ya sabes... en la recepción me encontré con él. —señalé de nuevo a Víctor que estaba hablando aún con los niños. —y me vio saliendo agarrada de la mano de Tomás. Tú le diste a entender que eras mi marido y él cree que me está haciendo un favor en no decirte nada de mi adulterio. —y cogí aire para luego soltarlo lentamente.

Acto seguido mi hermano se carcajeó de una manera que hasta el mismo Víctor miró a nuestra dirección, con su ceño siempre fruncido y su expresión seria e imperturbable. Como me ponía eso, por dios...

volví la vista a mi hermano cuando ya se calmó y vi cómo se quitaba las lágrimas de los ojos para luego abrazarme y besarme la cabeza con cariño.

—A eso lo llamo yo a un hombre interesado en una mujer... - susurra más bien para él que para mí.

Yo me separo de él empujando su pecho y veo cómo me sonrío.

—¿qué quieres decir?

—¿sabes lo que tienes que hacer hermanita? -cuestiona haciéndome caso omiso. -queda de nuevo con Tomás... en su hotel. Haz sufrir al jugador.

—Pero Cristian... ¿tienes cera en los oídos? ¿No me has escuchado decirte que estaba más preocupado en por si tú te enterabas, que de ligar conmigo? Creo que es gay... -suspiro derrotada al ver que eso tiene aún más sentido.

—¡bah! No digas chorradas. Solo le hace falta un incentivo para que caiga redondito a besar tus tacones coco... queda con Tomás y si lo vuelves a ver ponte cariñosa.

—No, no y no... no utilizaré a Tomás para llegar a él. -niego rotundamente y el pito de principio de partido suena haciendo que mire a mi sobrino correr con una gran sonrisa al campo. Ese es mi niño.

Cuando el partido acaba Edu celebra junto con su equipo y el entrenador, la buena jugada que han hecho. Edu mira hacia las gradas y nos hace señas para que nos acerquemos. Miro a Cristian y Este tiene una sonrisa rara en su cara. Y

sé que está tramando algo...

Cuando llegamos a donde está Edu y el entrenador, éste nos saluda cordialmente estrechándonos las manos. Sé que suena lo más cliché del mundo, pero juro por lo más sagrado, que mi piel se erizó como nunca y sentí un cosquilleo en el bajo vientre que por poco me caigo de culo en el cemento. Tardó un poco más en soltarme la mano haciendo que nuestros dedos se acariciasen en el acto de alejarse poco a poco. Eso me hizo jadear internamente y olvidarme de todo lo que nos rodeaba. Sus ojos estaban taladrando los míos y no sé si creería que yo leía mentes o algo que me miraba como si me estuviera diciendo una gran cosa. Yo tragué saliva nerviosa y noté como el brazo de Cristian rodeaba mis hombros y me atraía hacia él.

—¡ejem! -carraspeó mi hermano luciendo molesto; haciendo que nuestras miradas desconectaran.

—Em... bueno... solo quería decirles que vuestro hijo juega bastante bien y quiero que juegue para el partido que tenemos en Huelva. Sería un gran delantero.

Edu se tensó un poco en mis brazos y vi cómo alzaba la mirada hacia mí.

Miré sus ojos por un momento y volví la mirada al entrenador.

—Eso es... estupendo. —dijo Cristian dándole un apretón en el hombro a Edu.

—Bien... hasta mañana campeón. —dice al niño con una gran sonrisa.

¿Por qué coño no sonreirá más a menudo? Es una puta sonrisa de anuncio Vitaldent.

Se va, dejando un halo de su perfume detrás de él y no puedo reprimir el impulso de inspirar y dejar ese olor dentro de mi sistema, el más tiempo posible.

Edu se aparta de mis brazos y mira de mí a Cristian.

—¿por qué no le dijisteis nada? —dice con la boca apiñada y el ceño fruncido.

Cristian y yo nos miramos y volvemos la vista a Edu.

—¿el qué cariño? —pregunto nerviosa.

Sé lo que quiere decir pero solo quiero alargar el momento.

—Que yo no soy vuestro hijo... mis padres están muertos. —espeta furioso y echando a correr fuera del recinto.

Cristian sale a correr detrás de él para alcanzarlo pero yo me he quedado tan... shof... que a lo que atino es a agarrarme la cabeza y a aguantar el equilibrio. Cuando creo que veo el suelo demasiado cerca algo me sostiene y me levanta sin ningún tipo de esfuerzo. Mi pelo es retirado de mi cara y me encuentro con una cara de ojos transparentes muy preocupados.

—¿se encuentra bien? —dice con su voz cargada de preocupación.

Me doy cuenta de que estoy en sus brazos como si me llevara a cruzar el umbral después del casamiento. Eso me hace estremecer de una manera extraña.

—No... sí... sí estoy bien. Solo... me dio un poco de mareo por el calor. —tartamudeo agarrándome a sus fuertes hombros haciendo que nuestro contacto sea mayor.

Veo su cara tan cerca y sus labios tan bonitos y mojados por su saliva que lo único que quiero hacer es besarlos y morderlos. Pero eso no ocurriría

ya que me baja de sus brazos haciendo que aterrice en el suelo.

—¿quiere que llame a su marido? —dice ahora en el mismo tono serio de siempre.

—Él no es...

—Coco... tenemos que irnos. —interrumpe Cristian.

Sus manos ya no me tocan y me siento vacía, incluso me tambaleo al mirar detrás de mí.

—¿está bien? —atino a preguntar.

—Está cansado... vamos. —dice con una pequeña sonrisa y agarrando mi mano para alejarme de él.

Miro hacia atrás y en ese momento nuestras miradas conectan por segunda vez. Pero no tarda mucho en desviarla e irse. Cuando llegamos al coche Edu me mira con claro arrepentimiento.

—Edu... ¿qué tienes que decir? —cuestiona Cristian en tono duro.

Él niño mira de él a mí y asiente.

—Lo siento tita... ¿me perdonas? —dice con los ojos más brillantes que antes.

—No es nada mi niño. —le sonrío. —ven. —y abro mis brazos para que venga a abrazarme.

Y él sin rechistar viene hacia mí, entierra su cara en mi pecho y me dice que me quiere...

Capítulo 10

—No, definitivamente no. —me digo por enésima vez, mirando la pantalla de mi móvil; donde hay abierto un mensaje de mi hermano.

Cris: haz lo que te dije coco... no te quedes con las ganas de follarte al jugador. Te podrías hacer famosa y todo. ¿Te imaginas?

Resoplo sonoramente y me dejo caer en el sillón de mi oficina. Mi móvil vuelve a vibrar y por un momento, no quiero ni mirarlo. Creyendo que el cansino de mi hermano, me haya puesto alguna otra barbaridad. Pero como me carcomía la curiosidad, lo alcancé de encima de la mesa de cristal y al ver el nombre de Tomás, me quedé con la respiración atascada en los pulmones. Abrí el mensaje y leí en voz baja:

Tomás: hola Teresa... ¿te apetecería cenar ésta noche en el restaurante de mi hotel?

Al final Cristian se iba a salir con la suya y ni siquiera tuve que hacer nada.

Pero no quedaría con él para así poner "celoso", como dice mi hermano, a Víctor Sanz. Quedaría con Tomás y tendría un buen momento de sexo. Nada más... solo y llanamente sexo. Tecleé una respuesta antes de arrepentirme.

Yo: claro... estaré allí a las 21:00.

Y metí el móvil en el bolso con ganas de que no vuelvan a molestarme. Un toque en la puerta me hace saber que mi cliente ha llegado. El señor Richmond entra con una gran sonrisa y eso me hace saber que todo va justo lo planeado.

El día pasa demasiado tranquilo para mi gusto y eso me hace desesperarme hasta tal punto de querer tirarme de los pelos. Mi padre ha venido a verme por dos veces, para preguntarme como estoy. Pero como quien no quiere la cosa, me entregaba una pila de trabajo, con los que entretenerme.

Cuando dan las cuatro me levanto como un resorte y recojo mis cosas para marcharme; y gracias a dios, mi querido padre/jefe, no me hace llevarme trabajo a casa. Entiendo de que mi falta de ayer hizo que se encargara de todo él solo, pero de ahí a tenerme pegada al ordenador y leyendo y releiendo informes todo el santo día...

Resoplo por quita vez o puede que ya vaya por las 100 veces y entro en Peter haciéndolo rachear fuera del aparcamiento. Mi querido y mejor amigo Peter... él sí que no me falla nunca. Bueno... casi nunca.

En el camino a casa me da tiempo de imaginarme cómo será el encuentro entre Tomás y yo. Muerdo mi labio inferior cuando siento que me estoy excitando. Pero lo malo en todo esto es que no sé si es por Tomás en realidad o por encontrarme allí a Víctor. Solo espero no verlo... sí, ya, claro...

Me ducho y me pongo mi conjunto de braga y sujetador negro fantasía de licra y encaje. Me miro al espejo y doy media vuelta para mirar mi retaguardia.

Eso me hace pensar otra vez en Víctor... porqué siempre tiene que estar en mi mente. Me decanto por un vestido rosa palo ajustado y los zapatos negros a tiras.

Un poco de maquillaje, perfume y lista. Cuando miro el reloj, veo que son las seis y media. Resoplo y me pego mentalmente por haberme arreglado tan pronto.

Pero una idea se me cruza en la mente y decido ir a darle la sorpresa.

En cuanto llego al hotel, saludo al portero con una gran sonrisa y

pongo en marcha mi poder de seducción. Mis caderas se bambolean y mis zapatos repiquetean haciendo que el recepcionista levante la cabeza y me mire de arriba, abajo. En cuanto llego a la mesa aparto mi pelo con elegancia y sutileza y me relamo los labios para hablar. Eso capta su atención absolutamente.

—Disculpe... ¿podría decirme en que habitación está Tomás Gelarti?

—Emm... lo siento señorita... -mira mi escote y me vuelve a mirar a la cara. -

no le puedo dar esa información... -mira de un lado a otro y mira algo debajo de su mesa. -lo siento. -dice entregándome una tarjeta-llave y guiñándome un ojo.

Perfecto... y demasiado fácil. Le tiro un beso y me encamino hacia los ascensores. La tarjeta indica la habitación en la cual estuvimos la última vez y las imágenes se recrean en mi mente como una película erótica... muerdo mi labio y gimo antes de salir al pasillo. Cuando ya tengo la puerta frente a mí, coloco la oreja en la fría madera y presto atención por si escucho algo. Al no escuchar nada pienso que es porque aún estará trabajando. Mejor... así puedo esperarlo solamente con mi ropa interior. Ensarto la tarjeta en la ranura y el clic resuena haciendo que la puerta se abra. Me siento tan traviesa... como si volviera a tener diez años.

Cierro la puerta detrás de mí y ando hacia la habitación. La cama está pulcramente hecha, unas deportivas descansan en el suelo junto a ella y eso me hace fruncir el ceño. ¿Desde cuándo Tomás deja las deportivas de cualquier manera? Me encojo de hombros y empiezo a cotillear los cajones de la mesilla de noche. Slips... bóxer... tabaco... ¿tabaco? ¿Tomás fuma? Niego con la cabeza y de pronto escucho ruido detrás de mí. Me doy la vuelta y el ruido proviene del baño. ¡Oh dios! Está en el puto baño... me quito el vestido rápidamente y lo dejo en el suelo. Atuso mi pelo y me recuesto en la cama de manera sensual. Cierro los ojos en cuanto la puerta se abre y sonrío al notar sus pisadas yendo hacia mí.

Me lo imagino aún mojado y con una toalla alrededor de sus caderas... me muerdo el labio inferior y al ver que no hace ningún movimiento, abro los ojos.

Me paralizó en seco y mi corazón empieza a golpear salvajemente. Creo que me está entrando un ataque al corazón... y no se me ocurre otra cosa que...

—¡aaaaahhhhhhhhhhhhh! -chillo como una posesa agarrando las sabanas

y la colcha para taparme.

Sus ojos recorren mi pierna desnuda hasta llegar a mi cara y veo como traga saliva nerviosamente. Cuando parece que reacciona, pestañea y me mira a los ojos fijamente y con cara intimidante.

—¿qué coño hace aquí? -dice con voz un poco ronca.

—Yo... lo siento... no... -tartamudeo como una tonta y me hago una bola entre las sábanas procurando que no quede ningún trozo de piel al descubierto.

—Será mejor que se marche... no pienso ser uno más de su lista señora. -

declara dándose la vuelta para marcharse.

Me levanto en súbito y lo agarro por donde pude... o sea... la toalla que dejaba cubierta su parte inferior. La prenda queda enganchada en mis manos y mi cara queda justamente en su... ¡por el amor de cristo!

—¡Jo-der! -jadeo sin querer.

Si pudiera mirarme desde fuera me partiría de la risa. A cuatro patas en la cama con una toalla fuertemente agarrada y con mi mirada puesta en una bonita y perfecta polla en estado semi-erecto. ¡Perfecto!

—Me lo está poniendo realmente difícil señora... -susurra quitándome la toalla y volviéndose a tapar.

No puedo remediar que salga de mi garganta un sonido de protesta. Me levanto de la cama y agarro mi vestido para ponérmelo. Noto su mirada recorrerme entera y eso me hace sonreír bobaliconamente. Por lo menos no es del todo inmune a mis encantos.

—¿quieres una foto? -bromeo deslizado el vestido por mi cuerpo.

—Será mejor que se vaya... -susurra entre dientes.

Eso me hace sonreír más todavía si cabe. Me acerco poco a poco a él y levanto mi mano para posarla en su fuerte y duro pectoral. Noto como se tensa su piel debajo de mis dedos y como su respiración aumenta de ritmo, igual que sus latidos. Miro sus preciosos ojos cristalinos y me acerco más a él. Su olor a gel de baño caro y una mezcla de su olor natural, hace que mi cerebro sufra un cortocircuito momentáneo. Cuando salgo de mi trance me pierdo en sus preciosos ojos.

—sé que me deseas Víctor... sé cómo te gustaría follarme hasta dejarme sin sentido en ésta enorme cama...

Una sonrisa de suficiencia aparece en sus labios y agarra mi mano apartándola de su calor y llevándola tras mi espalda.

—Llevo dos putos años y medio sin tocar a una mujer, Teresa... cualquier mujer con tetas y culo me haría ponerme cachondo. -dice con voz amenazante.

¡Mierda!

Eso me duele... joder si me dolió. Dolió tanto que me aparté de él casi con lágrimas en los ojos. Paso por su lado empujándolo para que me dejara pasar y recojo mis cosas para marcharme de éste asqueroso lugar. ¿Dónde mierda está Tomás? ¿Y por qué el gilipollas del recepcionista, me dio la llave de éste gilipollas y no la de Tomás? Cierro la puerta de un portazo y agarro mi móvil para llamarlo. En cuanto lo desbloqueo, veo que tengo un mensaje suyo.

Tomás: coco... me cambiaron de habitación. Dile al recepcionista me llame en cuanto llegues. Quiero un lugar más íntimo donde poder hincarte el diente.

Maldigo en voz baja al ver que hace media hora que me lo envió ¡mierda!

Ando por el pasillo pisando fuerte, con rabia y con ganas de arrancarle la cabeza a alguien. Una puerta se abre a mi derecha y me hace pegar un respingo. Tomás se queda mirándome en shock hasta que una sonrisa sexy me hace ver lo contento que está de verme.

—No te dije que...

Me abalanzo sobre él y lo beso con desesperación. Necesito su cuerpo...

necesito que alivie la puta excitación que tengo por culpa del gilipollas de ojos claros. Abro la camisa de Tomás haciendo que los botones salgan disparados y pego un salto para engancharme a sus caderas. Me agarra del culo y me acerca a su erección haciéndome gemir en sus labios. Mi espalda choca con la pared y ahora es él el que me ataca sin preámbulos. Adelanta sus caderas presionando nuestros sexos juntos, haciéndonos gemir en éxtasis.

—No hay nada mejor que tenerte después de un día duro de trabajo coco... -

confiesa con voz ronca; chupando y lamiendo mi cuello.

Sus manos levantan mi vestido y me lo quita haciendo que nuestro beso se corte para luego empezar otra vez, cuando la prenda se va. Estoy desesperada por sentirlo dentro de mí... y se lo hago saber de la mejor manera que se.

—Necesito que me folles Tomás...

—Y lo haré... déjame saborearte primero.

Besa mis pechos por encima del sujetador y lame entre ellos haciendo que la piel se me erice. Se frota contra mi sexo arrancándome más gemidos y él sigue lamiendo mi canalillo y mordiendo mis pezones por encima del sujetador. Mis pies tocan el suelo y lleva sus manos a mi espalda. La prenda que cubre mis pechos cae al suelo al igual que él. Se pone de rodillas frente a mí y mete su cara en mi sexo para luego inspirar. Muerde mi pubis y jadeo. Mis ojos se cierran cuando noto sus dedos acariciar mi clítoris aún cubierto por mis bragas.

—Eres tan perfecta... quiero tenerte para mí Teresa... solo para mí.

Eso me hace abrir los ojos como platos pero antes de que diga algo, me da la vuelta y me hace apoyarme en la pared mientras desliza mis bragas por mis piernas. Suena el característico susurro de una cremallera abrirse y de la prenda cayendo al suelo. Miro hacia atrás cuando se está poniendo el condón y sin preámbulos me penetra haciéndome chillar de la sorpresa. Quiero que pare...

pero mi cuerpo me traiciona acogiéndolo con ganas... mis entrañas se encogen y mi respiración se atasca en cuanto un orgasmo me atraviesa entera. Mis piernas se debilitan y Tomás me agarra sin dejar de penetrarme. Grito por la fuerza que tiene, casi me está haciendo daño. Pero él sigue hasta que se corre y se deja caer en mi espalda, respirando quejumbrosamente; adelantando sus caderas con los últimos espasmos. Sus últimas palabras resuenan en mi cabeza haciéndome revolver el estómago. En cuanto se separa de mí, recojo el vestido del suelo y me lo pongo en silencio de espaldas a él. No tengo fuerzas ni de mirarlo a la cara.

Siento como me mira y sé que está esperando a que diga algo. Y lo haré... pero no será algo bonito para escuchar.

—Me vas a decir adiós ¿eh? -corta mis pensamientos.

Dejo de peinarme con los dedos y lo miro. Tiene una sonrisa triste en su preciosa cara y por un momento, solo unos segundos, me hace pensar diferente...

pero no... No quiero una relación. No quiero una relación con él.

—Te quiero coco... no te olvides de eso. -besa mis labios durante unos segundos y se va al baño.

Mi cabeza sufre un lapsus momentáneo y ni me doy cuenta, como mierda llegué al coche. Primero el rechazo de Víctor en mi puta cara

y no solo el rechazo ya es que me despreció como si fuera... arrggg.
Y ahora esto... y la verdad no sé lo que me duele más... si el desplante de Víctor o perder a Tomás...

pero lo que sé, es que mis lágrimas salen sin ser llamadas y un sollozo involuntario rompe el silencio del coche.

Capítulo 11.

El fin de semana llega, y en todo lo que puedo pensar es en que tendré a mi niño para mí durante tres días. Así que por esa razón cambié mi cara de seta por una y gran espléndida sonrisa. Incluso saludo a los empleados con un "buenos días". Ellos simplemente saludan con miedo y con la boca ligeramente abierta.

Hoy nada me puede aguar el día... no señor... nadie absolutamente nadie podría amargar éste maravilloso y espléndido día.

Abro la puerta de mi despacho y paro en seco al ver a dos hombres sentados de espaldas a mí, en las sillas de visita. Miro mi reloj de pulsera y miro el día.

No tenía ninguna cita hoy a ésta hora. Los hombres charlan amenamente y frunzo el ceño al ver tan familiar el perfil del rubio de espalda ancha; ataviado con una americana gris plomo. Carraspeo con fuerza y cierro la puerta para llamar la atención de los hombres. Y desee no haberlo hecho.

—Oh, buenos días señora Müller. -dijo el señor moreno con una sonrisa. -

sentimos presentarnos así sin cita previa, pero su jefe nos dijo que no tendría problema de atendernos. -y extiende la mano para que se la estrechara.

Yo no dejo de mirar al rubio de ojos cristalinos... y me doy cuenta tarde cuando el otro hombre agarra mi mano voluntariamente y la estrecha. Aparto la mirada de Víctor-capullo-Sanz y miro al hombre que tiene mi mano sujeta sin permiso. La aparto y rodeo mi mesa para sentarme. Mi mirada cruza durante unos agónicos segundos con la de él, pero decido hacerle caso omiso a su ceño fruncido y a su mirada penetrante.

—¿en qué puedo ayudarle?- le digo exclusivamente al moreno.

—Primeramente, discúlpeme por no presentarme. Soy Manuel Gala, representante de Víctor. Necesitaríamos de su ayuda. -continúa sonriéndome y mirando mi escote de vez en cuando. -nos hablaron de usted verdaderamente bien y...

—No puedo ayudarle... lo siento. -le corto su diatriba y me levanto con la intención de despacharlos.

¿Qué mierda se cree este tío, para ahora querer contratar mis servicios?

—Señora... solamente será hasta que la prensa lo deje en paz y que lo

ayude a limpiar su imagen. Le pagaremos el doble si hace falta.

Eso me hizo dar la vuelta en súbito y miré a Víctor que a su vez miraba a su representante con una ceja alzada. Yo tuve que hacer desaparecer las ganas que tenía de comérmelo a besos, por lo atractivo que estaba así.

—¿y qué tiene que limpiar? No veo a ninguna prensa a los alrededores del pabellón deportivo cuando voy a ver a mi sobrino jugar.

—Nadie sabe que entrena a niños, señora solo...

—¿tu sobrino? -pregunta Víctor a la vez, interrumpiendo al hombre.

—Sí, es mi sobrino y el de Cristian. -contesto con tono uniforme.

Su ceño se frunce más si eso es posible y veo como el representante nos mira de hito en hito como si fuera un partido de tenis.

—Cristian es mi hermano, Víctor... -confieso intentando no reír al ver su cara.

—Ya veo que os conocéis... -murmura Manuel con una expresión divertida.

—¿y por qué dijo que era tu marido? -me recrimina Víctor un poco molesto.

Eso me descoloca... no era que solo era culo y tetas... ¿qué coño le importa ahora?

—No tengo por qué contestar a eso... y además... nunca dijimos tal cosa.

Usted lo dio por hecho.

—¿a, sí? -dijo acercándose un poco a mí. - ¿y que eran todos esos abrazos y besitos en la frente? Y que eran las escenas de celos cuando me veía mirándote...

perdona que te diga pero no parecía una escena demasiado fraternal. -escupió ahora quedando muy cerca de mi rostro.

Abrí la boca para hablar y la mirada de Víctor bajó a ella. Un suspiro escapó de su nariz haciendo que su aliento me embriagara por completo y que mi mente quedara en blanco. Su olor era como una mezcla entre fruta prohibida y la droga más potente. Me sentía inestable en mis pies y tuve que agarrar la manija de la puerta que estaba a mi espalda con fuerza, para no caer.

—No pienso trabajar contigo... -digo en un hilo de voz.

Una sonrisa de suficiencia asomó en sus preciosos y regordetes labios.

—Eso... -agarró un mechón de mi pelo y lo enroscó en su dedo para luego soltarlo con suavidad. -ya lo veremos...

Y abre la otra puerta y se va. Dejo escapar la respiración que no sabía que estaba reteniendo y mi corazón vuelve a la vida... o es que yo no lo escuché en ningún momento mientras era abducida por él.

—Emmm... bueno, lo siento por eso. llamaré para concertar otra cita más privada.

Eso me hizo reaccionar y al ver su asquerosa sonrisa, mi estómago se revolvió amenazándome con vomitar del asco.

—No hará falta señor Gala... no trabajaré para ustedes. Ahora si fuera tan amable de marcharse, tengo cosas más importantes que hacer.

Me despegué de la puerta y recorrí el despacho a paso ligero hasta llegar a mi mesa. No sé cómo pude decir una frase tan larga y menos, tan coherente y bien enlazada. Mi cabeza estaba echa puré.

—Piénseselo Teresa... es una gran suma de dinero el que le ofrezco. No haga que lo personal influya en lo profesional.

—¿qué insinúa? -ladro poniéndome tensa.

—Solo digo, que si es una mujer despechada... le pido disculpas de su parte.

Aunque... -mira mi escote con asquerosa lascivia. -yo podría hacer algo al respecto.

Se acabó...

Me levanto de la silla con ganas de golpearlo y cuando llego a su altura me agarra de la muñeca antes de que mi palma impactara con su cara.

—Eres de las peleonas... no sabes lo...

—¡suéltala inmediatamente!

El tono bajo y peligroso de Víctor hace que me estremezca y que el señor Gala me soltase más rápido de lo que tardó en cogerme. La camisa del representante queda apesada en el puño de Víctor y éste lo aprieta contra la puerta haciendo un ruido sordo, al chocar la cabeza con la madera.

—Estás despedido gilipollas... ahora, lárgate de mí vista.

El moreno asiente temeroso y él lo suelta para dejarle vía libre para escapar.

Yo no sé qué hacer... si darle las gracias o llamar a seguridad para que se lo lleven.

Víctor se da la vuelta para encararme y cuando se acerca yo me alejo instintivamente.

—¿estás bien? -dice con voz dulce parando en el sitio.

—Ajá... ya puede irse señor Sanz. -mi voz suena rasposa.

Suspira de nuevo y abre la boca con la intención de hablar; pero nada sale de él. Lo vuelve a intentar y se acerca otro paso a mí.

—Lo que pasó el otro día...

—Váyase... -digo con la mayor tranquilidad que puedo manejar.

—Teresa...

—¡váyase! -tengo la sensación de que en cualquier momento romperé a llorar.

—Yo, no... -lo vuelve a intentar y se acerca más.

Ya está casi encima de mí. Y eso hace que mi autocontrol flaqueé.

—Ya le dije que no lo quiero aquí... y por lo que pasó el otro día, el recepcionista me dio la llave equivocada. Le aseguro que lo lamento mucho, créame. -ahora mis voz tiembla y noto como algo húmedo corre por mi mejilla.

—No quería herirte... solo... soy un gilipollas. Pensé que tú querías...

—No se lo voy a volver a repetir... lo quiero fuera de...

Su boca impactó contra la mía con ganas y fuerza, haciéndome callar en el acto. Me desestabilicé haciendo que se viera obligado a agarrarme para no caer al suelo. No era consciente de lo que estaba sucediendo hasta que mordió mi labio inferior y volvió a arremeter contra mis labios, besando, lamiendo y degustando. Gemí sin querer, haciendo que mi boca se abriera y su lengua entrara y ocupara cada rincón de ésta. Me levantó sin esfuerzo haciéndome sentar en la mesa y jadeé al contacto del frío cristal con mi febril piel. Poco a poco le devolví el beso con las mismas ganas haciendo que se relajara y que mis manos ocuparan el lugar que tanto ansiaban. Enredé mis dedos en su, ahora engominado, pelo rubio y metí mi labio inferior en su boca para que me lo mordiese de nuevo. Él lo hizo al mismo tiempo que agarraba mi trasero para acercarme a él. Esto no estaba pasando... me estaba besando con el que hace nada, me dijo que cualquier tía le hubiera puesto cachondo... haciéndome parecer una cualquiera. Eso hizo que la intensidad y el placer de aquel beso disminuyeran a una velocidad de vértigo. Mordí su labio inferior con fuerza haciéndolo gruñir y despegarse de mí. Eso me dio el espacio para abofetearlo con todas mis fuerzas.

Mi respiración era errática y ahogada... al igual que la suya. Se llevó la mano a la mejilla donde le golpeé y lamió la sangre de su labio. Esa imagen

me hizo cerrar las piernas deseando tener esa lengua en mí. ¡Para! Me regañé a mí misma.

—¡fuera! -grité señalando la puerta.

Y con una última mirada, Víctor Sanz salió de mi oficina.

—¿tita? ¿estás bien?

La voz de mi sobrino hizo que apartara la vista de la carretera y lo mirase. Le di una pequeña sonrisa para tranquilizarlo pero creo que más bien fue una mueca, más que una sonrisa. Suspiré y volví la vista al frente.

—Solo es estrés, cariño... mucho trabajo hoy en la oficina.

Eso me hizo recordar los labios de Víctor en los míos y mordí mi labio inferior reprimiendo un gemido.

—¿el abuelo es malo contigo? -pregunta.

—No... no es malo conmigo Edu.

—¿entonces por qué te da tanto trabajo? Si yo fuera tu jefe te trataría como una princesa.

Eso hace que un ¡ohhhh! algodónoso salga de mí y acaricié la mejilla de mi niño.

—Si tú fueras mi jefe te comería a besos.

Eso lo hace reír y negar con la cabeza al mismo tiempo. Cuando llegamos a casa lo primero que hace es encender la televisión donde un programa de deportes recién comienza. Me dejo caer en el respaldo del sofá quedando al lado de mi sobrino. Los comentaristas del programa comentan el partido anterior y cuando el nombre de Víctor Sanz es mencionado por uno de ellos, mi atención está al 100% en la pantalla donde una foto de Víctor aparece. Y escucho lo que dicen con interés: —"Todos os preguntabais hace un año, ¿dónde se metía nuestro Víctor-increíble-Sanz? Pues bien... hace unos días nos llegaron unas fotos y rumores que ponen al jugador en una situación muy poco satisfactoria para su imagen..."

—"Así es... como mi compañero dijo, Víctor lleva una mala vida desde su terrible accidente haciendo que no volviera a jugar. Aunque aún hay que contrastar los rumores para saber si son cien por ciento verídicos, podemos decir que el muchacho que una vez fue una estrella se ha convertido en hombre perdido en dios sabe qué."

—"Y ahora volvamos con el partido de ésta noche..."

Dejo de escuchar y mi cabeza sufre otro cacao mental, como es muy

normal en mí últimamente. ¿Será verdad lo que dicen? ¿Estará perdido en la mala vida?

No puedo parar a mi cerebro de pensar cosas como que a lo mejor está metido en las drogas... y si es así... no voy a permitir que un hombre así esté cerca de mi sobrino.

—Tita... ¿es verdad lo que dicen? -me pregunta mirándome con el ceño fruncido.

¿Cuándo tienes entrenamiento? -le pregunto a su vez.

—Mañana... -contesta. -a las cuatro y media.

—Bien... creo que tendré que averiguarlo yo misma cariño... pero ahora apaga la tele y vamos a comer.

El niño suspira y hace lo que le digo. Yo me quedo pensando y notando como mi cuerpo reacciona de una manera que no quiero.

Capítulo 12

Mi corazón late a una velocidad vertiginosa y todo porque dentro de una hora estaría yendo al pabellón deportivo y vería a Víctor. Sé que es para preguntarle o más bien, exigirle, que me diga en que mierdas está metido. Pero mi cuerpo responde de una manera peligrosa. No hago más que pensar en el beso que nos dimos en mi oficina, en cómo sus manos encajaron en mis caderas y como sus dedos me ardían la piel por encima de la tela de mi ropa. Cierro los ojos y me sumerjo más en la bañera haciendo que el agua, ya tibia, me calme. Un jadeo involuntario sale de mí, cuando su mirada hace acto de presencia en mi mente.

¿Cómo puede hacerme esto tan solo con una simple mirada de ojos cristalinos?

Tal era mi nerviosismo, que solo hice de comer para Edu, no tenía el menor apetito. Mis nervios ocupaban mi estómago por completo. Miro mis manos y veo que ya es suficiente remojo por hoy, mis dedos parecen tener piel de garbanzo.

Me levanto haciendo que el agua se escurra por mi cuerpo y hasta la sensación de sentir como se desliza por mi piel, hace que me imagine las manos grandes de Víctor recorriéndome entera. Apoyo mi espalda en la pared de azulejos y cierro los ojos. Los pezones se me endurecen por la sutil brisa que se filtra por la pequeña ranura de la ventana del baño. Y cuando estoy por llegar con mis dedos donde necesito, alguien llama a la puerta

haciéndome dar un respingo y resbalar cayendo en la bañera de nuevo con un fuerte golpe. Muerdo mi labio inferior con fuerza para no soltar un quejido de dolor. El culo me duele horrores por el golpe y me sujeto al borde para intentar levantarme.

—¿tita? Son las cuatro y diez... no llegaremos a tiempo.

—Ya voy Edu... solo dame un minuto y salgo. —respondí como pude.

—¡vale!

Y escucho sus pisadas desvaneciéndose poco a poco. Me fijo en el suelo empapado de agua por mi caída y con cuidado salgo de la bañera; me quejo de dolor al sentir un pinchazo agudo en el coxis. Me seco con la toalla al tiempo que ando hacia la habitación. Veo el conjunto de vestido suelto con flores de colores y hago una mueca. Quizás es demasiado alegre para ir a darle un sermón al entrenador. Miro la hora en el despertador de la mesilla de noche y veo que no tengo tiempo para debatirme en que ponerme. Cuando ya estoy vestida y maquillada, en solo siete minutos, bajo las escaleras haciendo resonar mis tacones y Edu ya me espera en la puerta de entrada, sentado en los escalones del pórtico. Sonríe en cuanto me ve y andamos hacia el coche rumbo al pabellón deportivo.

Cuando llegamos aguanto las ganas de llorar que tengo. El culo me duele horrores y estar sentada en el coche había sido un suplicio. Aparco en un espacio libre y Edu sale para coger su neceser y salir corriendo hacia el campo donde los niños hacen calentamiento. Suspiré un par de veces y me salí del coche procurando no hacer un movimiento brusco. Hice una mueca al ponerme recta y cerré la puerta del coche con la intención de ir a cantarle las cuarenta a Víctor cuanto antes. Pero no hizo falta buscarlo mucho, ya que él me adelantó por la derecha sin percatarse siquiera de mi presencia. Aligero el paso y me coloco a su lado, mis tacones resuenan por el cemento del suelo y él solo mira al frente, con sus gafas de sol tipo aviador negras y los cascos colgando de sus oídos. Una de sus zancadas eran como tres mías y no me hacía fácil el seguir su ritmo así que hice la mayor estupidez que se me ocurrió, comencé a trotar; con la mala suerte de tropezar con un obstáculo fantasma ya que no había una mierda en el suelo y caí de culo en el duro suelo cementado del parking. Alguien cayó encima de mí y aullé un chillido de dolor. Con el nuevo golpe y el peso extra hizo que el hueso de mi trasero ya lastimado crujiera.

—¡Joder! —maldice Víctor.

Abro los ojos y tengo la vista nublada por las lágrimas. Es tanto dolor el que siento que no creo que la voz me salga. Tengo un leve mareo y lo único que hago es soltar quejidos y sollozos. Las manos de Víctor apartan el pelo de mi cara y lo veo tan cerca de mí. Por un momento el maldito dolor cesa solo por oler su fragancia tan de cerca. Sus manos son calientes y suaves. Su boca se abre y sus labios se mueven. No lo escucho. ¿Me habré quedado sorda por el golpe?

¿Cómo me voy a quedar sorda por un golpe en el culo? Entonces se levantó llevándome con él. Más lágrimas corrían por mis mejillas y me colgué de su cuello metiendo mi cara en él. Oliendo más de esa embriagante fragancia. Y

poco a poco volví a oír lo que me rodeaba.

—¡Eduardo! —gritó llamando a mi sobrino.

Escuché los pasos apresurados de mi niño y preguntó qué me pasaba.

—Se dio un golpe, vamos a llevarla al hospital ven.

Saqué mi cara de mi escondite y miré como la mano de Edu quedó entre la de Víctor. Haciéndome parecer demasiado bien esa imagen. Gemí de dolor cuando me soltó en la parte trasera del coche. Y al llegarme su olor mucho más fuerte, predije que éste era su coche.

—Me duele... -sollocé.

El coche volvió a la vida y sentí la mirada de Víctor y de Edu en mí.

—¿qué te duele Teresa? —preguntó con voz grave.

—El trasero... tengo un fuerte dolor en el culo. Voy a morir... -gemí cuando en un bache me hizo zarandear.

—Ya estamos llegando ¿vale? Estate tranquila.

Mordí mi labio inferior con fuerza aguantando el dolor. Al cabo de no sé cuánto tiempo, el coche se paró y la puerta se abrió haciendo entrar una brisa que levantó mi vestido. Me importaba una buena mierda que me vieran las putas bragas. Abrí los ojos y me encontré la cara de Víctor muy cerca de la mía.

—Bonitas bragas... -susurró antes de cogerme en brazos y sacarme con cuidado del coche.

Sus manos hicieron un gran trabajo con mi vestido, ya que no se me veía ni un centímetro de mis braguitas amarillas. Y aunque no estaba como para darle demasiada importancia, me gustó ese gesto posesivo. Me resultó tan primitivo y sexy, que si no tuviera el culo como si me hubieran clavado

un hacha, le hubiera besado hasta dejarlo sin sentido. El trote que llevaba me hacía un poco de daño pero no me quejé. Su proximidad me hacía olvidar todo lo que me rodeaba.

—¡disculpe! Atiéndame por favor. Mm... mi mujer se cayó y se hizo daño en el trasero. También creo que se dio en la cabeza.

—¿es usted Víctor Sanz? -Chilló la enfermera morena a la que habló.

—Sí, ahora si es tan amable, mi mujer necesita ser atendida lo antes posible. – gruñe haciendo énfasis en el mí.

Miro su perfil y no puedo remediar que una sonrisa curve mis labios. Él me mira y me da una sonrisa de disculpa.

—Así te atenderán más rápido... -corrigió haciéndome dar cuenta de su verdadero propósito.

Mi sonrisa se marchitó y el dolor volvió. Pero me daba igual ya. Parezco una imbécil ilusionándome porque el increíble e impresionante hombre que me carga en sus brazos dijera que soy su esposa. Pareciera que tengo quince años en plena revolución de hormonas. Me recostó en una camilla que la simpatiquísima enfermera (véase mi sarcasmo), trajo para mí. Un doctor joven me sonrió y Víctor agarró el borde de mi vestido para bajármelo hasta casi romperlo. Su vista estaba en el doctor y no era demasiado amigable. Éste al percatarse de su impenetrable mirada tragó saliva y empujó mi camilla hacia algún lugar.

—¿puede dejar de mirar las piernas de mi mujer? –exige Víctor en tono brusco.

—Emmm... l-lo lamento señor... -tartamudeó el pobre señor.

—¡vale ya Víctor! –exclamo obligándolo a apartar la mirada asesina del doctor.

—Sí, cariño. –responde con una sonrisa ladeada.

Eso me hace ponerme cardíaca perdida. Siento que alguien coge mi mano haciéndome apartar la mirada de Víctor. Edu me sonrío abiertamente enseñando sus blancos dientecitos. Yo le devuelvo la sonrisa al tiempo que paramos.

—Le haremos una radiografía señora. –dice trémulo el doctor mirando de soslayo a Víctor.

—Bien. –contesto quejándome de dolor al querer incorporarme un poco.

—Tiene que quitarse todo lo que sea metal. Joyas, llaves, dinero... - enumera.

—De acuerdo.

Llevo mis manos a mi nuca con la intención de quitarme la cadena de mi hermana y él doctor se ofrece a ayudarme.

—¡eh...! Yo lo haré.

El doctor resopla pero al ver la mirada asesina de mi... "esposo" baja la mirada y se pone a quitarse pelusas imaginarias de su bata blanca.

Los dedos de Víctor acarician la zona de mi nuca, haciéndome estremecer.

Sus hábiles dedos desenganchan la cadena y la coloca en su mano con cuidado.

Y antes de que se marche lo agarro de la camiseta y lo atraigo hacia mí poniendo su oído cerca de mi boca. Hago caso omiso a su exquisito olor.

—¿a qué mierda estás jugando? —digo apretando los dientes para que nadie sepa lo que estoy diciendo.

Él se retira un poco y para descolocarme más todavía. Acerca sus labios a los míos y me da un beso. Cierro los ojos disfrutando de la presión que ejerce en mi boca y cuando se retira, suelto un suspiro. La camilla se mueve y cuando abro los ojos de nuevo veo como Víctor, agarrando la mano de Edu, me sonrío y me guiña un ojo. Las puertas se cierran y me obstaculizan la vista de ellos. Creo que estoy en shock. Mi pulso se paró o va tan rápido que ni lo escucho. El doctor y las enfermeras me hablan yo solo asiento sin apartar la vista de la puerta. Me ayudan a levantarme y a ponerme en la mesa de radiografías y me ponen de espaldas. Después de cómo diez minutos, salgo de nuevo en la camilla y me llevan a una habitación. Edu y Víctor están allí, sentados en un sillón.

—¿qué tiene? —dice Víctor levantándose y acercándose a mí y al doctor que ya sé que se llamaba Pedro.

—Bien, tiene una fractura en el coxis, y un hematoma en la cabeza. Lo único que tiene que hacer es reposar, estar en cama dos semanas y no moverse solo para lo necesario. Tendrá que ayudarla alguien a asearse y a ir al baño. Con el golpe en la cabeza puede sufrir mareos o vértigos.

—Bien... la cuidaré bien. ¿ya se puede marchar?

Eso me deja descolocada pero antes de que yo hable alguien me tapa la boca.

Es Edu. Pestañeo confusa y él solo ríe y coloca un dedo en sus labios mandándome silencio. ¿Pero qué se traen éstos dos?

En una silla de ruedas salgo del hospital y Víctor me ayuda a subir en su camioneta, robusta y grande, como él. Y cuando ya

estamos a solas los tres, suelto todo lo que he querido decir desde el momento que pisé el maldito hospital.

—¿me puedes explicar a qué vino el numerito de hace un rato?! Te recuerdo que dijiste que era tu mujer, solo y repito, solo, para que me atendieran rápido.

¿por qué asesinaste con la mirada al guapo doctor cuando me observaba? Y por qué...

—¿guapo? –bufó.

—Sí, guapo... más que tú. –¡MENTIRA! –¡y no me cortes! ¿por qué le dijiste que me cuidarías? No dejaría que me tocaras ni con un palo. Y mucho menos que me ayudes a asearme o a llevarme al baño para hacer pis. ¡eso ni de coña! – termino jadeando y quejándome de dolor de culo.

Hasta hablando me hace doler.

—Tita hazle caso al tito. –dice Edu con una risita.

Víctor lanza una carcajada y gruño en protesta, incluso me atrevo a golpearle en la cabeza al maldito rubio.

—Venga Teresa... cualquiera diría que no te gusto. –dijo mirándome por el espejo retrovisor con aires de suficiencia.

—Escúchame bien rubito de ojos bonitos... a...

—Oh... así que te gustan mis ojos. –me vuelve a interrumpir dejándome ver su fea sonrisa.

—¡no me interrumpas! –grito exasperada provocando más risas de los otros dos. –no me gustas nada, tienes la cara más fea que vi en mi vida. –gruño entre dientes antes de dejarme caer completamente en el respaldo del asiento.

Me cruzo de brazos y miro por la ventanilla. Ya estamos cerca del pabellón deportivo.

—¿sabes qué?... –pregunta después del tiempo.

Lo miro a través del espejo y suelto un suspiro exasperado.

—Me gustas más cuando estás sonriendo y callada. Enfadada pareces la niña del exorcista. –se carcajea.

Y antes de poder soltarle cuatro frescas abre la puerta del coche.

—Esperadme aquí, todos se tienen que estar preguntando por qué no di el entrenamiento hoy. Os llevaré a casa y le diré a Maddy que lleve tu coche.

—¿quién coño es Maddy? –pregunto en un clarísimo ataque de celos.

—Tranquila cariño... -sonríe. -tú eres la única mujer de mi vida. –y

se va, después de guiñarme un ojo.

Mi boca se abre haciéndome desencajar la mandíbula.

—Tita... cierra la boca, te entrarán moscas. —se ríe el enano cómplice.

—Edu, nos vamos.

Su sonrisa se esfuma y se preocupa.

—Víctor dijo...

—Me importa tres pepinos y un kiwi, lo que diga Víctor. Tú y yo nos vamos a casa. Solos.

Abro la puerta corrediza de la camioneta y salgo con cuidado de no hacer movimientos bruscos. No tengo ni pajolera idea de si aguantaré conducir hasta mi casa. Pero no pienso estar ni un nanosegundo más, cerca de ese hipócrita.

¿Cómo puede gustarme un tonto como él?

Suelto un gruñido cuando el dolor me atraviesa entera y avanzo unos pasos más, hasta mi coche. Ya casi estoy en él, cuando soy agarrada y cargada por alguien. Intento patear pero el dolor me hace parar de golpe y chillar.

—¡eres una inconsciente, cabezota y terca mujer! ¿es que no puedes hacer lo que se te dice por una maldita vez? —exclama con su voz ruda que hace que me ponga caliente.

Sí... me puso como una moto. Y me odio tanto por ello... me daría de golpes hasta quedar muerta. Y como loca que estaba, agarro su cara y la atraigo hacia mi boca. Estampándole un beso apasionado y necesitado. Haciendo que se pare de golpe y me corresponda con mordidas y con lametones. Cuando el beso se acaba levanto mi mano y le arreo un guantazo con todas mis ganas, haciéndole volver la cara por el impacto.

—¡eso por gritarme! —le doy otra bofetada. —y eso... ¡por qué sí! —jadeo por el esfuerzo y veo cómo me mira con esa cara de enfadado que me gusta tanto.

Cuando cada vez queda menos distancia entre nuestras bocas, una voz femenina hace que paremos el acercamiento.

—¿qué coche tengo que llevar?

Miro a la chica con gafas de pasta y me acuerdo que es la misma que nos interrumpió aquella vez.

—Es ese de allí Maddy, ven detrás de mí y te traigo en mi coche a la vuelta. —contesta llevándome hacia su coche otra vez, donde por cierto mi sobrino aún sigue montado.

El camino hasta mi hogar es de lo más incómodo y silencioso. Solo se escuchaba a Edu hacer pedorretas con la boca y a Víctor dar golpecitos en el volante con los dedos. Divisé mi casa y en cuanto aparcé en frente, abrí la puerta para salir yo sola. Pero la puerta de Víctor se abrió más rápido y ya lo tenía agachado y agarrándome por la espalda y por debajo de las rodillas.

—Puedo andar dos pasos ¿lo sabes no? —bufo molesta.

—Me gusta cargarte... -sonríe sin mirarme.

Resoplo y oculto mi sonrisa en su cuello.

—Hueles tan bien... -susurro casi inconsciente.

—Tú también. —susurra de vuelta, besando mi hombro descubierto haciendo erizar mi piel.

Víctor entra en mi casa por primera vez, seguido de Edu quien le guía hasta mi habitación. No sé por qué me siento muy cansada. Mis párpados se cierran por mucho que me obligue a abrirlos. Supongo que será la medicación que me dieron para el dolor que hace efecto al rato. Lo que sé es que aunque me quise quejar, el calor que emanaba de él me dejó.

—Descansa cariño...

Capítulo 13

Me siento aturdida no logro enfocar la escena frente a mí, solo escucho voces.

Pestañeo para aclarar mi visión y la cara de mi hermana tumbada en una camilla de hospital aparece haciéndome jadear de la impresión y querer gritar a todo pulmón. Miro a mi alrededor y lo veo todo oscuro. La nada me rodea y me entra claustrofobia. Me agobio y miro por todas partes sin dar una explicación a lo que estoy viendo o sintiendo. Me ahogo, siento una opresión en el pecho que me hace hiperventilar y ni siquiera siento oxígeno llenar mis pulmones. Un quejido me hace mirar de nuevo a mi hermana. Está con los ojos muy abiertos, ensangrentados y brillantes. Mueve la boca con la intención de hablar. Dice algo pero no la escucho y me acerco.

—Edu... aléjate... -susurra mirando al techo de la habitación.

Sus lágrimas mojan su cara y cierra los ojos. Un pitido insoportable rompe el silencio y grito tapándome los oídos.

Me incorporo sobresaltada y siento como algo húmedo corre por mis

mejillas.

Son lágrimas. Todo ha sido un sueño. Un maldito y asqueroso sueño. Quito las sábanas de un movimiento brusco y me abanico intentando quitar el calor y el sofoco que tengo. Miro a mi alrededor, mi habitación, mi casa. Todo está bien...

no es un maldito hospital. El reloj del despertador me indica que son las nueve de la noche. No sé lo que ha pasado, solo recuerdo que...

—Ahh... —me quejo de dolor en cuanto me pongo de pie.

Ya me acuerdo de todo... Víctor, hospital, Edu...

—¡Edu! —lo llamo. — ¡Eduardo!

No hay respuesta. Empiezo a coger aire desesperadamente agarrándome a las paredes y andando lo más rápido que el dolor me permite. Bajo las escaleras con cuidado y llamo a mi sobrino una, dos, tres veces y no consigo respuesta.

—¡oh dios mío! Que no me lo hayan raptado... -susurro aguantando las ganas de llorar.

Entro en la sala y no hay nadie, vacía e iluminada. La televisión está encendida donde un partido de futbol se reproduce. Busco en la cocina y en el garaje. Ni rastro de él.

—¡Edu...!

Y en el momento que llego al pasillo junto la escalera, la puerta de entrada se abre y entra un Víctor cantando a todo pulmón junto con mi Sobrino que cuelga de su espalda. Yo me quedo allí parada, con los ojos abiertos y la mandíbula desencajada. Víctor en cuanto me ve, baja al niño y me da una leve sonrisa de disculpa.

—¡tita...! —me llama mi niño y viene contento a darme un beso con cuidado de no hacerme daño.

El niño se va a la sala y nos quedamos a solas. Miro su mano derecha donde aguanta una bolsa con algo que huele delicioso.

—¿estás bien?

—¿por qué coño no me has avisado que te llevabas al niño? —hago caso omiso a su pregunta. — ¡casi me da un puto infarto al no encontrarle por toda la maldita casa!

—Teresa... lo siento.

Se acerca a mí hasta estar a pocos centímetros de distancia.

—No soy muy buen cocinero, Edu tenía hambre y tú estabas descansando. No quería despertarte por salir solo unos veinte minutos para

recoger la comida.

Y en ese momento me doy cuenta que no puedo enfadarme con él. Gracias a él, mi niño está sano y salvo y yo... también.

—G-gracias... -tartamudeo tragando el nudo de emociones.

Él sonrío un poco y me agarra de la barbilla alzándome los labios hasta poder darme un dulce beso. Me derrito, soy como mantequilla en una sartén ardiendo.

Y no puedo hacer otra cosa que quedarme como un pasmarote mientras que sus regordetes y húmedos labios se posan en los míos de la forma más inocente y perfecta. Se separa de mí y nos miramos a los ojos. Cuando momento antes eran de un color transparentes, ahora están más celestes y sus pupilas dilatadas.

Aguanto la respiración cuando besa mi frente durante unos segundos de deliciosa agonía.

—Vamos a comer... ¿te gusta la comida china?

—Mm... pues... no la probé nunca. —contesto al salir de mi trance idiota en el que estaba gracias a sus besos.

Él sonrío y me ayuda a andar hacia la sala y sentarme en el sofá. O más bien tumbarme ya que por cabezonería tenía que estar tumbada para así no agravar la lesión. Veo como Edu ayuda a Víctor con una gran sonrisa y colocan cada recipiente de cartón y utensilios para empezar a comer. Víctor hace gracias, para que el niño se ría consiguiendo que yo lo haga también, y por ende, me muera más de amor por la escena frente a mí. Una voz en el televisor anuncia un gol haciendo que los dos miren la televisión embobados para después lanzar un grito de victoria y chocar los cinco. Víctor me mira y veo como sus mejillas se ruborizan un poco.

—Lo siento. —modula con sus deliciosos labios.

Yo niego con la cabeza y le sonrío para hacerle saber que no importa que grite ni se entusiasme. Me encanta verlo así en vez con su permanente expresión de mala leche.

—¡ejem! —carraspea Edu colocándose un paño de cocina en el ante brazo y poniéndose recto. —tenemos lollitos de plimavela, aloz tles delicias, sushi y fideos chinos. ¿Qué desea la señolita? —imita el acento chino.

Yo río al ver como Víctor con los dedos, rasga los ojos del niño haciéndolo parecer un chino de verdad y éste sonrío a boca cerrada. Cuando ya la risa remite, carraspeo y contesto.

—Pues me apetecería probar de todo un poco señor... tengo un hambre que me comería un caballo entero.

El niño asiente y Víctor me sonrío pícaramente. Eso hace que sienta calor en las mejillas y desvíe la mirada de él. He dicho un caballo... no que me lo comería a él. Aunque no estaría nada mal...

Entre los dos me sirven en un plato un poco de cada cosa y me entregan unos palillos con los que "supuestamente" comería. Veo como Edu intenta comer arroz con los palillos pero come más la mesa y el suelo, que él. Víctor sin embargo come con bastante maña, haciendo que los alimentos entren en su boca, sin ningún tipo de problema. Miro mis palillos con recelo e intento coger un trozo de rollito con la mala suerte que se escurre y va a parar al plato de Víctor.

Éste me mira y ríe.

—Gracias... me encantan los rollitos. —dice al mismo tiempo que agarra el trozo y lo engulle.

Me enfurruño como una niña pequeña e intento comer arroz, pero solo consigo coger uno, por lo que veo, no voy a comer una mierda así.

—¡joder! —maldigo arrepintiéndome en el acto de mi mala palabra.

—No se dicen palabrotas... —me regañan los dos a la vez.

Veo como Edu desiste y deja los palillos a un lado para comer con las manos.

Se chupa los dedos con cada porción de arroz que se lleva a la boca y me muero de envidia. No quedaría bien que yo, Teresa Müller, comiera con los dedos como una pordiosera.

—Me rindo... voy a por un tenedor. —anuncio apartando el plato de mi regazo y sujetándome al respaldo del sofá para levantarme.

Pero antes de hacerlo una fuerte y gran mano, me hace volver a mi posición sentada y niega con el dedo haciéndome saber que no me moveré del sitio.

—No puedo comer nada con ese invento ridículo... —señalo a los palillos.

—Te enseñaré. —dice antes de sentarse en el suelo junto a mí. —mira coge los palillos así.

Coloca sus dedos de forma que los palillos quedan entre abiertos y bien sujetos. Yo después de un resoplido lo intento a su par. Él baja sus palillos hacia mi plato y agarra una buena porción de arroz llevándomelo a la boca para que lo coma. Lo miro recelosa a los ojos y acepto gustosa el bocado. Está delicioso. Y

se lo hago saber con un débil gemido de placer.

Abro los ojos y él observa mis labios, como ido. Sonrío.

—¿así lo hago bien? —digo para que vuelva a la tierra.

Él parpadea confuso durante unos segundos y mira mis manos. Asiente.

—Sí... ahora intenta... -carraspea. —intenta agarrar el trozo de rollito con firmeza pero sin apretar demasiado.

Hago lo que me dice y con cuidado alzo el trozo hasta mi boca. Sus ojos no dejan de mirar mi boca mientras como, así que decido hacerlo mucho más entretenido. Lamo mi labio inferior para luego mordérmelo un poco. Aguanta la respiración y la suelta poco a poco intentando volver en sí.

—Bien... ya sabes cómo hacerlo. —anuncia tragando duro y volviendo a donde estaba sentado anteriormente.

Cuando acabo de comer, después de la magistral clase de Víctor de cómo utilizar los palillos, entre los dos recogen todo, tratándome como una reina. — Podría acostumbrarme a esto. Cuando está todo limpio y recogido Edu se sienta en el sillón con la idea de ver más televisión.

—Eh... muchachote... -le llama la atención Víctor. —a la cama, mañana tienes clases.

—Jooo.... —se queja haciendo un puchero exagerado. —solo un ratito más.

—Como quieras... mañana no te enseñaré mi regate, porque estarás cansado de no haber dormido las horas pertinentes. —se encoge de hombros y se sienta en el otro sillón.

El niño se queda mirándolo unos segundos hasta que se levanta y viene hacia mí dándome un beso.

—Buenas noches tita... me voy a la cama. —dice con una sonrisa y acariciándome el pelo con cariño.

Yo le sonrío y lo abrazo espachurrándolo en mis brazos. Besa a Víctor y éste se lo devuelve junto con un saludo entre ellos. Miramos como mi pequeño sube las escaleras bostezando y cuando desaparece nos miramos a la vez.

—¿puedes traer mi cartera que está en aquel bolso por favor? — musito desviando la mirada de sus penetrantes ojos.

Él hace lo que le digo y me entrega el bolso completo. Saco la cartera y abro el billetero.

—¿Cuánto es? —pregunto sacando un billete de veinte euros.

—¿qué?

Lo miro. Está con el ceño fruncido y parece molesto.

—Es lo menos que puedo hacer después de que hayas cuidado de Edu y de mí hoy... -contesto tendiéndole el billete.

—Puedes quedarte tu dinero, no lo quiero. Ni mucho menos te pediría nada a cambio, por hacer algo así.

Agarra el billete de mis dedos junto con el bolso y la cartera devolviendo todo a su sitio. Se sienta en el sillón y se acerca con él hasta quedar muy cerca de mí.

—¿te drogas? -pregunto de la nada acordándome de la conversación que teníamos pendiente.

Eso hace que se tense y que desvíe su mirada hacia un punto fijo en el suelo.

Su mandíbula apretada me da a entender que he dado en el clavo y un pinchazo de desilusión me atraviesa dejándome rota por dentro.

—No quiero volver a verte cerca de mí, ni de Edu. -murmuro mirando su perfil.

Mi contestación hace que me mire con cara de susto.

—Teresa no...

—¿Qué? ¿me vas a decir que es solo una vez a la semana? ¿tres? Vi en las noticias como decían que llevabas una mala vida desde que te retiraste. Y justo antes de ver eso, vienes con tu representante a pedirme ayuda para limpiar tu imagen. Primero que nada te diré algo... no pienso trabajar con un drogadicto mientras que éste, está rodeado de niños cada día.

—¡no! Te equivocas... -dice con expresión dolida.

Se levanta exasperado y se pasa las manos por el pelo desesperado.

—No me drogo... no desde hace un año y medio de todas maneras. -contesta soltando un suspiro y frotándose los ojos con una mano. -estuve en un centro de desintoxicación, hace más de un año y siete meses que no pruebo nada, excepto el tabaco y la cerveza. -me mira y puedo ver sus ojos brillosos. -soy un lisiado de mierda que no sirve para nada... lo mejor que me pasó fue entrar a trabajar como entrenador en el pabellón de aquí. Mi representante... -hace una mueca de asco al nombrarlo. -pensó que me vendría bien contratar a alguien para que la prensa deje de decir mierdas sobre mí. Y nos hablaron de tu agencia. No supe que eras tú hasta que te vi entrar por la puerta.

Se sienta de nuevo en el sillón apoyando sus codos en sus muslos y su barbilla en su puño.

—De alguna manera no fui cuidadoso en aquel entonces y me vieron un par de veces... -suspira y deja de mirarme. —...drogándome en bares y en la calle.

Tirándome a tías en sitios públicos y no me importaba una mierda. Me sentía un inservible y por eso me daba igual todo. Ahora solo quiero que me dejen en paz... -susurra la última parte tapándose los ojos con las manos con fuerza.

Siento como el corazón se me contrae y la garganta se me cierra.

—Sé que no volveré a jugar... y es lo que menos me interesa ahora. Solo quiero vivir tranquilo como una persona normal y dedicarme a entrenar a los chicos. Para ellos soy... -aparta las manos y sonrío. Lágrimas se acumulan en sus ojos. —un ídolo, un súper héroe. Como la prensa sepa dónde estoy, arruinarán lo poco que he conseguido. Inventarán cualquier pretexto para pisotearme. Cogerán cualquier cosa y la estirarán como un maldito chicle, hasta dar con una buena exclusiva.

Se levanta y se seca la cara con el antebrazo. Agarra su sudadera de lo alto del sillón y sin mirarme dice:

—Será mejor que me marche... siento todo esto.

Me incorporo y me levanto haciendo que el dolor me traspase, pero antes de que se fuera agarro su mano y lo detengo. Me mira y cuando ve mi cara de dolor me ayuda a sentarme.

—Te ayudaré... -susurro mirándolo a sus ojos empañados cuando estoy sentada.

Víctor cierra los ojos en alivio y agarra mis mejillas acercándose a mi cara.

Lo tengo tan cerca...

—Gracias... —susurra.

Sus labios se acercan a los míos y no hay cosa que desee más que besar...

Ding, dong...

El timbre suena interrumpiendo éste momento tan maravilloso.

—¿voy a abrir? Puede ser importante.

No tengo más remedio que asentir y me da una última sonrisa antes de ir a abrir la dichosa puerta a quien dichoso sea. Me recuesto más cómoda en el sofá y escucho como Víctor habla con alguien. Las pisadas resuenan cada vez más cerca y cuando miro hacia la entrada de la sala la respiración se me atora.

—Tomás...

Capítulo 14.

—Tomás...

Es todo lo que pude decir cuando lo vi. La garganta se me atoró al verlo parado allí mirándome. Al igual que Víctor. Los dos me miraban como esperando una explicación de mi parte.

—Teresa... ¿podemos... hablar? —rompe el silencio Tomás. —a solas. — agrega mirando de soslayo a Víctor.

—Yo ya me iba. ¿necesitas que te traiga algo? —dice sin mirarme agarrando su sudadera y su móvil de la mesa.

—No tienes por qué irte... -hablo sin pensar.

Él me mira.

—Yo creo que sí. Espero que te recuperes pronto. —me da un beso en la frente quedándose unos segundos respirando hondo y se va dándole un suave golpe con el hombro al de Tomás.

La puerta se cierra más fuerte de lo normal y pego un respingo. Tomás me sigue observando con su ceño fruncido.

—¿Era ese Víctor Sanz... o estoy loco y veo visiones?

—Sí, era él.

—¿y qué hacía aquí?

—¿qué haces aquí Tomás? —pregunto haciéndole ningún caso.

Me intento incorporar y cierro los ojos y la mandíbula con fuerza aguantando el dolor. Gracias a dios, con los calmantes no me duele tanto como antes.

—¿qué te ocurre Teresa? —dice alarmado acercándose a mí y agarrándome del brazo ayudándome.

—Me caí y me hice una fisura en el coxis. Nada que un reposo no pueda arreglar. Y ahora dime. ¿qué haces aquí?

—Vine a verte...

—Sabes que hoy estoy con Edu.

—¿también le dijiste eso al futbolista? —espeta molesto.

—Eso no te incumbe, y para tu información fue él el que cuidó de Edu mientras yo estaba en el hospital. —gruño mirándolo a los ojos.

Él empezó a recapacitar y asintió.

—Lo siento. ¿puedo ayudarte en algo? —dice mirando de un lado a otro buscando algo que hacer.

—Solo ayudarme a levantarme para acompañarte a la puerta. Estoy cansada y quiero dormir.

Captó la indirecta y asintió. Quería que se fuera y en su lugar volviera Víctor, pero sabía que eso era imposible. Víctor no volvería. ¿Y para qué de todas maneras?

Tomás me ayudó a levantarme con cuidado y cuando estuve a su altura, inclinó su cabeza y posó sus labios en los míos. Cómo es que un beso que antes te hacía derretirte ahora te da reparo. Cómo es que antes solo sentir la presencia de Tomás hacían que mis piernas se debilitaran y ahora solo quisieran correr lejos. Cómo es posible que mientras bese a éste hombre, el único pensamiento que tenga es Víctor. Y con todas esas preguntas en la cabeza me separé de su boca y lo separé de mí haciendo palanca con mis manos en su pecho. Él me miró dolido y yo no pude hacer otra cosa que volverle la cara para no mirarlo a los ojos.

—Por lo menos seamos amigos... —agarró mi barbilla con dos dedos y me hizo mirarlo. —¿por favor?

—Está bien...

Él sonrió contento y me abrazó haciendo que me quejase un poco.

—Oh, lo siento. Bueno... me voy. ¿quieres que te ayude a subir a tu habitación?

—No. Subiré con cuidado. Además tengo que cerrar con llave.

—Vale.

Cuando se fue pude respirar con normalidad. Definitivamente estaba obsesionada con Víctor.

Una semana después...

—Me rindo... no sé qué ponerme.

Resoplo sonoramente mientras tiro otro vestido a la cama descartándolo. Hoy es la fiesta de presentación del equipo de fútbol de Edu. Y tengo que ir elegante.

Y no encuentro un maldito vestido que quede bien en mi cuerpo. Nunca me sentí tan estresada en mi vida. Y todo por querer estar espléndida para el futbolista de ojos cristalinos. Pensar en él y en su mirada, me hizo ponerme más nerviosa de lo que estaba y tenía ganas de llorar en un rincón abrazando mis rodillas. ¿Pero qué me pasa?

Descarto un mono negro y lo tiro a la montaña de ropa. Me agacho para coger un par de zapatos de tacón negro y sonrío al ver que ya no me duele ni

un poco el trasero. Estoy casi recuperada y todo gracias a los cuidados de mi familia. Que sería sin ellos. Y por supuesto de mi precioso sobrino, que recogía la casa él solito y me decía que estuviera tranquila que él se ocupaba de todo.

Sonrío.

Un toque en la puerta me hace volver a la realidad, y por ende también vuelve mi nerviosismo. Una cabecita castaña con cara de pillo se dejó ver por la rendija de la puerta.

—Estoy listo. —anunció entrando del todo y dejándome ver lo guapo que está.

Abro la boca impresionada y le digo que se acerque haciéndole un gesto con la mano. Él lo hace y veo que se sonroja un poco. Lleva puesto un pantalón de pinza azul marino y una camisa celeste de manga larga; haciéndolo parecer un hombrecito. Mi labio tembló y me tapé la boca con la mano.

—Estás guapísimo cariño.

Él sonrió y vino a abrazarme. Besé su cabeza y tragué saliva para que el nudo de emociones se fuera. Cuando se separó de mi abrazo miro a la montaña de ropa y rió.

—¿no sabes lo que te vas a poner? —acertó a decir.

Yo reí y negué con la cabeza.

—Pues no...

—Bien, te ayudaré. —puso su puño en su barbilla y frunció el ceño mirando lo poco que quedaba en mi vestidor.

Separó las prendas una por una, hasta se metió dentro del armario. Al cabo de unos minutos salió con una prenda cubierta por un plástico protector.

—Éste. —alzó el vestido.

Quitó el plástico que lo cubría y vi qué vestido era. Lo tenía olvidado en el fondo del armario y ni siquiera me acordaba que lo tenía. Era negro de cuello barco y entubado. Era elegante y sencillo a la vez. Sonreí y besé a mi sobrino antes de correr a la ducha.

—¡de nada! —chilló al mismo tiempo que cerraba la puerta del baño.

—¡Gracias precioso! —respondí de vuelta.

Me bañé en diez minutos, y gracias. Porque tuve que depilarme y darme un buen baño de gel con olor a jazmín. Salí enroscada en una toalla y otra más pequeña a modo de turbante. Mi sobrino ya no estaba pero si me dejó junto con el vestido un collar grande de cadena dorada y gotas de

cristal a modo de decoración; junto con una pulsera a juego.

El pelo me lo dejé ondulado tal como era y me vestí con una gran sonrisa en la cara. Cuando ya estaba lista me miré en el espejo y me veía perfecta. Aunque esté mal que yo lo diga. Me veía guapa.

La puerta se abrió y mi sobrino abrió la boca de la impresión al verme.

—Pareces... estás... -pestañeó y corrió fuera de la habitación dejándome descolocada.

A los pocos segundos apareció con la cámara de fotos en las manos apuntándome directamente.

—¿qué haces? Para... -reí tapando el objetivo.

—Por favor... solo una foto. Estás muy guapa tita.

Suspiré en cansancio y posé para él. Algunas sonriendo y otras haciendo muecas divertidas. Edu no paraba de reír y de hacerse fotos conmigo. Para cuando salimos ya era la hora de estar allí. Llegaríamos tarde y mi sobrino estaba que no cabía en sí de nervios. Miraba el reloj de mi muñeca a cada rato o en cada curva que cogía con el coche y yo solo reía y le decía que solo pasaron segundos desde la última vez que lo miró.

—¿Crees que Víctor dará un discurso? —comentó mirándome.

—Pues no lo sé. Solo es una presentación y bueno supongo que dirá unas palabras a todos los padres.

—¿sabes...?

—Dime.

—Me dijo que no te dijera nada pero... no me gusta mentirte.

Eso me hizo fruncir el ceño y mirarlo.

—Víctor trajo comida y me ayudó a recoger la casa mientras estabas acostada.

Mi boca se abrió y por poco me como a un coche que estaba parado en el semáforo en rojo.

—¡¿qué?! ¿Pero no me dijiste que fue Cristian y los abuelos?

Él agachó su cabeza arrepentido y me odié a mí misma por chillarle. Suspiré y acaricié su pelo.

—Lo siento.

—Él me dijo que no te lo dijera... yo solo...

—No pasa nada. Solo no me mientas de nuevo ¿vale?

Le sonreí y él me miró con ojos brillantes.

—Y... ¿él hizo aquellos canelones que comí el lunes? —dije mordiéndome el labio inferior.

Él sonrió enseñando los dientes.

—Sí, le dije que te encantaban y él los hizo.

No pude reprimir la sonrisa que partió mi cara en dos. Incluso me permití soñar imaginándome a Víctor preparando unos canelones para mí.

Llegamos a la fiesta, la cual se celebraba en un bonito restaurante con pista de baile y todo. En la puerta nos topamos con dos de sus compañeros acompañados de sus padres y los saludé educadamente mientras Edu solo asentía a modo de saludo. Miré mi móvil por si tenía alguna llamada de Cristian ya que me dijo que me avisaría si venía al final o no. Pero no tenía nada. Me encogí de hombros mentalmente y entré en el restaurante agarrando a Edu de la mano. La decoración era acorde con la ocasión, con globos en forma de balón de fútbol colgando del techo y canapés, dulces y demás, con el mismo motivo. Una música pegadiza y lenta sonaba de los parlantes y algunos niños estaban jugando o trasteando como buenos niños que son. Los padres charlaban en un lado y a otro y los camareros llevaban bandejas con aperitivos, refrescos o cerveza. Yo agarré una cerveza antes de que el camarero se fuera volando a por más y vi como mi sobrino iba detrás de uno para pedirle un aperitivo. Sonreí mientras el camarero advertía de su presencia y le entregó un canapé con una sonrisa. El niño goloso se lo comió de un bocado y se entretuvo comiendo más de la mesa de al lado, donde una gran diversidad de golosinas se encontraba.

Alguien tocó mi hombro y me volví con una sonrisa esperanzada por que fuera Víctor, pero la sonrisa se me fue de un plumazo al ver quien era.

—Hola... -saludó el hombre casado que intentó ligar conmigo en aquella ocasión.

—Hola. -le devolví el saludo antes de darme la vuelta y darle así la espalda.

Pero él no desistió y se colocó frente a mí.

—Está preciosa. -declara mirándome de arriba abajo.

—Gracias, ahora si me disculpa... -y ando hacia dónde está mi sobrino.

Pero su agarre en mi brazo me hace parar en el sitio antes de alcanzar mi objetivo. Se estaba ganando una buena patada en las pelotas.

—¿por qué eres tan arisca? Solo quiero charlar un rato...

—¿no tiene una esposa la cual molestar? Déjeme tranquila. -espeto quitando mi brazo de su agarre.

—Te equivocas... ya no estoy casado. Estoy libre como un pajarillo. —y una sonrisa conocedora curva sus labios.

Me entraron nauseas.

—Me alegro por usted. —dije más bien por educación que por otra cosa.

—No me has entendido preciosa. —se acerca y me vuelve a agarrar ésta vez más fuerte. —ahora nada me retiene de poder follarte. —declara con voz ronca y susurrante cerca de mi cara.

—¡suélteme! —exclamo entre dientes.

—¿alguien te ha dicho que contra más peleona eres, más sexy te pones?

—¿algún problema Oscar?

Esa voz... su voz...

Oscar me suelta como si mi piel le quemase las manos y se arregla la corbata borgoña antes de mirar hacia él.

—Todo perfecto entrenador. —me da una última mirada y se va.

Dejándonos solos.

—¿estás bien?

Se acerca y yo inclino la cabeza hacia atrás siendo incapaz de soltar su mirada.

—S-sí. —recuerdo cómo hablar. —gracias.

—Si vuelve a decirte algo, dímelo ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza.

—Discúlpame, tengo que... —señala detrás de mí.

Asiento mientras que mi cabeza le grita ¡no! ¡No te vayas! Pero él lo hace y se va no sin antes mirar sobre su hombro y regalarme una espléndida, blanca, preciosa y deliciosa...sonrisa.

La cena empieza y comemos con ganas la deliciosa comida, que consistía en un aperitivo de marisco y embutido; de primero un salmorejo; de segundo carrillada de cerdo con papas guisadas (que estaba para chuparse los dedos); y de postre tres trozos de diferentes tartas. Una de queso, otra de tres chocolates y la última de helado de frutillas. Edu y yo parecíamos que no habíamos comido nunca y nos sonreíamos cada vez que venía un plato nuevo con algo delicioso.

Cuando ya estaba todo retirado, escuché un ruido proveniente del escenario.

Víctor golpeaba el micrófono y probaba si se escuchaba. Mordí mi labio mientras recorría su cuerpo vestido con un pantalón de pinza, negro; una camisa blanca y una corbata roja. Estaba para comérselo y chuparlo

como un helado.

Madre mía, acababa de comer y estaba pensando en comida.

—Bueno, antes que nada gracias por haber venido. La razón por la que estamos hoy aquí es para presentar a mi grandioso equipo y felicitarles por las victorias y por las no victorias. No hace falta ganar partidos para ser mejor, muchas veces perder te hace aprender y poner más empeño en mejorar. Es lo que les hago ver a los chicos cada día que entrenamos o jugamos. Yo no fui el que era solo ganando. Montones de partidos sin jugar, sin marcar. Todo se consigue con esfuerzo y dedicación. Y para ello pondré todo de mi parte.

Saca un papel del bolsillo y lo abre con una sonrisa jugándole en los labios.

—Llamaré a cada uno de mis jugadores y se pondrán a cada lado mío y cuando termine de nombrarlos quiero que les deis un fuerte aplauso, por que como he dicho, son unos campeones.

Carraspea y lee:

—Jorge López, Luís Ramírez, Antonio Martínez, José Manuel Velázquez, Pedro Montoya, José Luís Vidal, Eduardo Sánchez... -mi sobrino saltó de la silla y anduvo con una sonrisa orgullosa igualándola a la que Víctor le dio. —Oscar Martín, Federico Pérez...

Y así hasta llamar a veinticuatro niños a cual más feliz. Nos levantamos los familiares aplaudiendo y vitoreando a nuestros campeones y no voy a negar que tuve que coger un papel y disimuladamente secarme las lágrimas. Era tal la emoción que sentía y el orgullo, que aunque suene egoísta quería gritar que ese niño, era mi hijo. Mi campeón.

Al cabo de una hora, todo era un caos de gente bailando y niños correteando y jugando entre ellos. Yo bailaba también, sola, sin importarme que la gente me mirara. No me importaba ser la única que vino sin acompañante. Y se los demostré bailando y pasándomelo como nunca. Alcé la vista en el mismo momento que vi a Víctor entrar detrás de la cortina del escenario. Anduve rápidamente con ganas de jugar con él y hacer lo que tantas ganas tenía. Besarlo.

El lugar estaba oscuro, vi su figura en la oscuridad y su voz hablando con alguien. Supuse que era por teléfono ya que no había nadie más. Miré a ambos lados antes de entrar y pude escuchar su despedida un poco hosca al del otro lado del teléfono. Cuando estaba a pocos pasos

de él su colonia me inundó y un calor subió por mi cuerpo. Él sabía que yo estaba allí. No hablaba solo se quedó parado mirando mi figura en la oscuridad como yo la suya. Alcé mi mano hasta tocar su torso sobre su fina camisa y el calor de su cuerpo traspasó mis dedos.

Calentándome entera. Su mano atrapó mi muñeca y me atrajo hacia él en un ágil movimiento. Su pecho tocó el mío y su respiración movía mi flequillo.

—¿por qué me lo pones tan difícil? —susurró al mismo tiempo que agarraba mis mejillas y posaba su boca en mi frente. -¿por qué te empeñas en perseguirme hasta en mis sueños? ¿por qué eres tan irresistible? Me seduces, me embrujas... -

besó mi nariz y bajó hasta mi boca quedándose a pocos milímetros sin llegar a tocarme. -¿por qué es tan difícil resistirse a tus labios?

Ahugué un gemido cuando su boca se estrelló contra la mía haciendo que trastabille con mis pies y que él me sujetara con fuerza para no caer al suelo. La oscuridad no era impedimento para imaginarme como lucía en este momento.

Solo con tocarlo con mis manos, sentir su barba en mis dedos; era bastante para verlo.

Su brazo rodeaba mi cintura, mientras que con la otra mano, acunaba mi rostro para no perder la conexión de nuestras bocas. Su lengua juguetona y sensual jugaba con la mía, torpe y sin gracia. Era tal el embotamiento, que ni besar sabía. Se separó de mi boca dejando el suficiente espacio para respirar el uno del otro. Jadeábamos en busca del oxígeno mutuo y he de decir que desde éste mismo instante me hice adicta a su respiración. Creía que si se apartaba, me moriría ahogada.

—No puedo seguir con esto... no te mereces a un lisiado como yo en tu vida.

Y antes de reaccionar y transferir esa frase a mi cerebro, se fue dejándome vacía y sola. Ahogada.

Capítulo 15.

Busco desesperada entre los armarios y no encuentro una mierda. Estoy que me como a bocaditos a alguien y lo más próximo que tengo es la madera de los muebles. Cierro la despensa después de coger el aceite y los condimentos haciendo que algunos botecitos se caigan al suelo y se

esparza todo un lio de especias por el suelo.

—¡puta mierda! –maldigo mientras recojo los botes del suelo y abro la despensa en busca de más.

Ya recogeré el estropicio luego.

Cierro la despensa demasiado fuerte por quinta vez y eso llama la atención del dueño de ésta casa y de los muebles a los que estoy maltratando.

—¿se puede saber que te hizo mi cocina? Llevo escuchando golpes y porrazos desde hace media hora.

Le lanzo una mirada envenenada y sigo con lo mío haciéndole caso omiso a mi mellizo que me mira con cara de querer matarme.

—Si quieres que te haga el cordero, más vale que te calles y me dejes hacer. – digo con rabia sacando la carne del papel de estraza donde viene envuelto.

—¡oh genial! Y de paso me rompes la jodida casa. Tienes a Edu aterrorizado en el salón ¿se puede saber que te ocurre?

Eso me hace parar con el cuchillo en el aire y lo dejo caer en la tabla de cortar carne. Desde que llegué anoche de la fiesta estoy irascible, rabiosa, antipática y perra. Y todo por lo que el señor increíble me dijo después de besarme. Estoy enfadada, cabreada histérica con él. No sé qué le llevó a despreciarse tanto hasta tal punto de llamarse lisiado. Ni siquiera se le nota una leve cojera cuando anda, solo cuando acelera el paso puede que se le note una levísima inclinación sobre su pierna derecha pero nada más.

—Teresa... ¿puedes responderme? –interrumpe Cristian mis pensamientos.

—Lo siento. –susurro cerrando los ojos arrepentida de verdad.

—¿Qué lo sientes? No, señorita... no quiero un lo siento. Quiero una puñetera explicación de por qué mi hermana, parece una loca desquiciada maltratando a mis muebles y poniéndome la cocina echa una mierda. Siempre fuiste demasiado escrupulosa con la limpieza cocinando, así que esto me parece una cosa anti-natural en ti, coco...

—Solo... tengo un mal día.

—Pues me lo hubieras dicho y no te hago cocinarme nada. Me apetecía comer cordero y por eso te pedí que me lo prepararas. No quería hacer trabajar a mamá, y sabes que el tuyo sabe mejor que el de ella. Aunque si se lo dices te mato. –amenazó señalándome con el dedo.

Eso me hizo sonreír y mirar el desastre que había formado a mí alrededor. No solo especias adornaban el bonito suelo de parqué, sino que

también había cazuelas, cazos y demás utensilios desperdigados.

Suspiré y sin poder evitarlo mi labio inferior tembló y antes de que si quiera me saliese un sollozo Cristian me atrajo hacia él y me protegió en sus brazos.

—Ayer por la noche... -hipé. —Vítor y yo nos besamos.

Mi hermano se retiró un poco lo suficiente para mirarme a la cara. Sonrió enseñando sus dientes.

—Eso es genial... pero no entiendo a qué viene tanto drama.

—Él... -me separé de sus brazos y me abracé a mí misma. —me dijo que no podíamos seguir con lo que sea que empezamos. Dijo algo como que no me merezco a un lisiado como él.

Cris hizo una mueca.

—¿tanto es lo que tiene?

—No... ni se le nota siquiera. Cojea un poco pero solo cuando anda deprisa y aun así solo es un poco.

—Pues díselo. Hazle ver que no es así.

—¿y si no quiere escucharme?

Me sonrió y alzó las cejas.

—Sabrás como captar su atención, estoy seguro.

—Eres un cochino. —le reprendo dándole un golpe suave en el brazo.

—Bueno ahora que estás más tranquila y mansa. Quiero mi cordero. — señala hacia la carne. — Ah por cierto... ¿desde cuándo usas tantos condimentos para hacer el cordero?

—Pues... bueno... solo necesita sal. Supongo que sería del cabreo que se me olvidó la receta.

Él negó riéndose y se fue a su salón donde Edu estaba, supuse, viendo la televisión.

Tenía que ver a Víctor y hacerle ver que no es ningún lisiado y que me vuelve loca tal y como está. No estoy diciendo que quiera una relación con él... no, nada de eso...

Mordí mi labio inferior nerviosa y me puse a salcinar la carne mientras pensaba en cómo sería estar con un hombre como Víctor. Tenerlo cada mañana al despertar, al acostarme. Acariciar su cuerpo a mi gusto y disfrutando de sus manos siempre que quiera. Besarle hasta cansarme.

Un gemido salió sin querer de mi boca y me dejé hacer en la encimera dándome cuenta de la inestabilidad de mis piernas al pensar tan solo en besarle.

Es tan embriagante sentirlo así de cerca, tan perfecta la sincronía de nuestros labios cuando están juntos.

Me pongo a cocinar con menos cabreo ahora y preparo el cordero en silencio y en completa tranquilidad. Cuando ya lo tengo sazonado y metido en el horno agarro mi móvil y hago la llamada que me hará perder la cabeza tan solo de escuchar su voz. Un tono y mi corazón se acelera, dos tonos y mi mano vuela a mi pecho como si así pudiera hacerlo parar de ritmo. Y al tercer todo su saludo ronco y serio hace que cierre los ojos y que un escalofrío recorra mi cuerpo de pies a cabeza.

—¿V-Víctor? —digo con voz ahogada.

Contrólate Teresa... contrólate.

—Sí, ¿Teresa eres tú?

—Sí, la misma soy, Teresa me llamo, creo. Sí. —no sé qué mierda he dicho.

Escucho como se ríe un poco y con un carraspeo vuelve a hablarme.

—¿qué deseas?

A ti...

—A... -sacudo mi cabeza para quitar mis pensamientos calenturientos y contesto. —era para concretar una cita, sí, eso. Una cita en mi despacho mañana a las diez.

—Oh... vale. Allí estaré. —contesta con voz amenazante y terriblemente sexy.

No sé por qué pero creo que su afirmación esconde miles de promesas.

—Bien... hasta mañana Víctor.

—Hasta mañana Teresa.

Y cuelgo antes de que alguna tontería se me escape y me deje en ridículo.

Como algún suspiro o cualquier cosa cursi que mi tonto corazón me haga decir.

Cristian

—Hmmm... —me chupo los dedos en cuanto acabo de comer el último trozo de cordero. —esto estaba delicioso coco.

Ella sonrío y mira a Edu que también se chupa los dedos imitándome.

—Edu coge una servilleta... -le reprende.

El niño resopla y lo hace a regañadientes.

—Cristian podrías comportarte como un adulto. —me reprende ésta vez a

mí.

Tenía razón. Y por eso asiento y me limpio los dedos y la boca como todo un hombre.

—¿mejor mamá?

Eso hace que Edu ría por lo bajini. Aguanto la risa y cuando Teresa no está mirando le guiño un ojo a mi sobrino. Él me lo devuelve cómplice. Me tiene enamorado éste pequeñajo.

—Bueno, voy a limpiar todo esto y nos vamos a casa. —anuncia mi cabeza coco, mirando a un ceñudo Edu.

—¿no nos podemos quedar con el tito hasta la merienda?

—No, porque después de la merienda querrás cenar y así hasta mañana.

Además tengo una sorpresa para ésta noche. —sonríe exageradamente hacia él haciéndome reír.

Él niño aplaude feliz y yo me levanto para irme al sofá, Edu me sigue. Pero ambos paramos en seco al escuchar a la sargento.

—¡Alto! ¿dónde creéis que vais?

Nos damos la vuelta a la vez y mi mirada baja a su pie que sube y baja en advertencia. Trago saliva y Edu y yo nos miramos.

—Será mejor... -empiezo.

—Qué le ayudemos... -termina él.

—Exacto. —acata mi hermana con una sonrisa triunfante.

Ayudamos a fregar los platos y demás utensilios, mientras ella barre la sala y recoge. Edu seca mientras yo enjuago y así hasta terminar. Mi coco viene y besa la cabeza de Edu con cariño haciendo que éste se queje y ría a la vez. Aunque ella no lo vea es una madre maravillosa. Tiene a mi sobrino entre algodones; lo cuida, mimra y riñe como toda una madre experta. Le tengo tanta envidia a veces.

Ella se llevó la peor parte cuando Penélope murió. En vez de ser mi melliza parecía la de ella, ya que no se separaban nunca. Aún recuerdo cuando Penélope se metía en un líos y Coco se echaba las culpas, para que ella no fuera castigada por papá. Y como papá era como era... y más listo que el hambre, siempre conseguía sacarle la verdad y al final Penélope acarrea con las consecuencias de sus actos. Aunque coco también se llevaba la regañina y un castigo por tajarla. La echaba tanto de menos.

—Eiii... ¿en qué piensas para tener esa cara de tristeza? —susurró

mi coco acariciando mi nuca.

Le sonreí para tranquilizarla y besé su mejilla antes de coger un paño y secarme las manos.

—¿hablaste con el futbolista? —pregunto para hacerla olvidar el tema.

Sus mejillas se tornan de rubor y sonrío para mis adentros.

—Sí. Quedé con él mañana en mi oficina.

—Oh perfecto... aunque no creo que sea buena idea dar rienda suelta a vuestra pasión, justo al lado de nuestro papá gruñón.

Su ceño se frunce y su boca se apiña en enfado. Lo que ella cree que da miedo, a mí me da risa, al ver su cara tan adorable.

—Gilipollas. —suelta a la vez que me pega una colleja.

—No se dicen palabrotas... -le riño pasando por su lado y yendo al sofá donde mi sobrino está viendo los dibujos animados.

Al cabo de un rato mi hermana anuncia que ya era hora de irse y después de hacer cosquillas al mocoso y besar a mi hermana, se van. Dejándome... solo. Es lo que más odio cuando Edu se va de mi casa. La soledad.

Siempre recurro a compañía femenina pero luego me doy cuenta de que me siento vacío de nuevo, en cuanto se van. Así que... es la misma mierda al final. Siempre me quedo solo.

Hago zapping entre los canales y no hay nada que realmente merezca la pena.

Aunque tampoco soy mucho de ver la televisión, la verdad. Lo que realmente me entretiene es arreglar o desmontar algo para luego volverlo a montarlo. Creo que por eso me encanta tanto mi trabajo. Siempre hay alguna cañería, grifo o tubería que arreglar.

Me levanto del sofá y subo las escaleras hacia mi habitación y me digo por enésima vez que necesito muebles. No es por dinero, sino más bien, ganas. Soy un holgazán para lo que a compras se refiere. No me gusta estar encerrado en una tienda mirando millones de cosas iguales y tener que escoger una.

Saco ropa limpia y me voy al baño principal a ducharme, es otra cosa que me encanta. Si por mí fuera estaría todo el santo día metido debajo de la ducha. O si no, una piscina o la playa. Me quedo las horas muertas en remojo y cuando salgo, mi piel parece la de un viejo arrugado.

Cuando ya estoy bien limpio después de creo... una hora metido en la ducha, salgo con una toalla enrollada a mi cintura. Solo me da tiempo de ponerme los calzoncillos y unas bermudas marrones, cuando alguien llama al

timbre. La hora de mi despertador da las cinco y cinco minutos. Bajo las escaleras de dos en dos y abro la puerta encontrándome a una chica con el pelo desordenado en un moño alto sujetado por un lápiz; Unas gafas demasiado grandes ocupan su bonita cara, unos vaqueros ceñidos y una camiseta azul pálido hacen el conjunto.

Ella se queda mirándome fijamente y repasa mi torso desnudo con pericia y me siento por primera vez, nervioso ante su mirada.

—¿querías algo? —pregunto haciendo que pegara un respingo.

Su cara se torna roja y de pronto su semblante cambia a una de enfado.

—Pues sí. ¿es tuyo el coche que está aparcado en mi placa? —pregunta señalando sobre su hombro.

Se cruza de brazos haciéndome dar cuenta de su gran delantera. ¡Vaya!

—¡ejem! —carraspea dando un golpecito con su pié a modo de desesperación.

Miro detrás de ella y mi coche está aparcado bien, donde siempre. Y nunca tuve ningún problema. Salgo pasando por su lado y veo que está justo en frente de la placa de cochera, de la casa de al lado. La cual hasta que yo sé, estaba vacía y en venta desde hace siglos.

—¿desde cuándo vives ahí? —pregunto a la pequeñaja.

—Desde ayer... y no puedo sacar mi coche teniendo al tuyo justo detrás. Así que si eres tan amable, lo quitas inmediatamente. Llego tarde a mi nuevo trabajo.

—anuncia andando a toda prisa moviendo sus menudos brazos a la vez que daba los pasos exageradamente hacia su casa.

No sé por qué, una sonrisa idiota aparece en mi rostro.

—¡Encantado de conocerte a ti también pequeñaja! —alzo la voz para que ella se entere.

Su figura se para en seco antes de llegar a su puerta y se da la vuelta encarándome. Su cara está enrojecida por la ira.

—Yo a ti, ni un poquito. —grita de vuelta.

Entra en su casa dando un fuerte portazo y yo me río a carcajadas mientras voy a apartar mi coche de su placa.

—Maldita pequeñaja cuatro ojos... -susurro sonriendo y sin poder quitar su cara de mi mente.

Capítulo 16.

El despertador suena como loco haciéndome incorporarme de golpe

y mirar de un lado a otro asustada y desorientada. Definitivamente necesito un despertador más silencioso o por lo menos, que no me asuste cuando suene.

Aparto las sábanas y colcha de mi cuerpo y salgo de la cama quitándome el pijama en el camino que ando hacia el baño. Bostezo sonoramente antes de mirarme al espejo y reírme de mí misma. Tengo cara de dormida y parece que he metido los dedos en el enchufe. Mi pelo está de cualquier manera menos bien, o sea, parece una maraña de pelo rubio con las puntas en diferentes direcciones.

Suspiro y me quito las braguitas antes de meterme en la ducha y abrir el agua fría. Pego un respingo pero me ayuda a despertarme del todo. Poco a poco va cogiendo temperatura y me relajo tanto que hasta suelto un gemido de placer.

Lavo mi cuerpo minuciosamente y aclaro la mascarilla de mi pelo. Tengo que estar estupenda para hoy. Veré a Víctor y eso significa poner en marcha mi plan de seducirlo.

No voy a parar hasta tenerlo para mí.

Cuando ya estoy limpia y oliendo rico, salgo de la ducha y me seco dándome mi tiempo. Menos mal que me he levantado temprano que si no, no me daría tiempo de acicalarme como es debido. Y más hoy, que tengo que llevar a Edu al colegio. Técnicamente no me tocaba, pero mi hermano no podía llevarlo. Así que por eso, se quedó anoche aquí. Y yo feliz de la vida.

Busco en mi armario y me decanto por un conjunto de falda lápiz y americana, azul marino; una blusa blanca de seda y cuello de pico; y un collar de flores de color celeste con cadena dorada. Listo el conjunto y los zapatos, me visto sonriente y emocionada al imaginarme la cara que pondrá al verme.

Siempre he sabido que menos es más, no hace falta ponerse a enseñar carne para así volver loco a un hombre. Simplemente es saber cómo sacar partido a tus curvas y realzarlas con ropa que te siente bien. Eso les hará imaginarse que hay debajo de esa ropa y con más ganas de quitártela. Me maquillo con un poco de sellador, polvos, rímel, colorete y delineador. Nada exagerado tampoco quiero parecer que voy a una boda y no a una entrevista de trabajo. Bueno...

“técnicamente hablando” obvio que quiero que me coma con la mirada y si puede ser... con otra cosa.

Río por mis pensamientos y hago mi ritual de siempre mirándome el trasero en el espejo. Las faldas lápiz lo bueno que tiene es que aunque te tapa hasta las rodillas, no deja nada a la imaginación. Cada curva se marca y por lo tanto más sexy te hace.

Salgo del baño y recojo la habitación. Escucho movimiento en el cuarto de al lado y sonrío al imaginarme a mi niño levantándose con carita de sueño y con los ojos cerrados aún, mientras se viste para el cole. No tarda mucho cuando unos golpecitos suenan en mi puerta.

—Adelante.

La puerta se abre y veo a mi pitufo sonriéndome y con los ojos casi pegados por el sueño. Cuando va a hablar un bostezo lo interrumpe haciéndome reír y bostezar igual que él. Siempre me pasa eso, veo a alguien bostezar y lo hago yo también.

—Te lo pegué... -se burla señalándome.

—Buenos días, príncipe mío.

—Buenos días tita.

—Lávate la cara y los dientes mocosillo o llegaremos tarde.

Él asiente y vuelve a bostezar y sí, yo también.

Desayunamos ambos un tazón de cereales de chocolate y cogemos nuestras respectivas cosas: Él su mochila y yo mi maletín y bolso. Montamos en Peter y arranco, el motor hace el intento pero se para haciendo que mi cara deje de tener color.

—No, no no.... No, Peter... no me hagas esto bonito... -lo intento de nuevo y se vuelve a parar después de unos segundos. -venga por dios...

Ésta vez se queda arrancado y chillo en alegría. Me digo a mí misma que tengo que llevarlo al taller ésta tarde y pongo rumbo al colegio de Edu. Edu me cuenta que ésta semana tiene examen de Lenguaje y está deseando que llegue. A mi niño le encanta la literatura y si es la poesía más todavía. Me recita el poema que saldrá en el examen y yo me quedo impresionada al escucharlo. Recita el poema con sutileza y precisión. No se equivoca en una palabra y cuando acaba, ya estoy como una mamá llorica, aguantándome los sollozos. Me despido de él con un abrazo y lo saludo mientras anda junto con los otros niños y niñas.

Suspiro cuando desaparece de mi vista y giro la llave para arrancar el coche de nuevo.

—¡joder! -el coche se queda muerto después de unos segundos.

Por mucho que lo intenté por veinte veces, no arrancaba ni para

atrás. Cogí mi móvil y llamé a mi padre. A éste paso llegaría tarde y por ende dejaría esperando a Víctor. A los dos tonos descuelga.

—Hola mi coco... -responde con su voz ruda y gruesa.

—Hola papá... ¿puedes mandar a tu chofer a por mí? Ya que no lo utilizas nunca me vendría bien ahora mismo...

—¿qué te ha pasado? –dice con gravedad.

—No pasa nada... tranquilo. Solo es Peter, me ha dejado tirada en el colegio de Edu. Y tengo cita a las diez y ya son las nueve y media.

—¿y por qué no me has llamado antes? Eres una testaruda y cabezona... - me reprende.

—Mira quien fue a hablar... el que no hace caso a nadie y hace lo que le da la gana.

Escucho su sonrisa al otro lado.

—Está bien, Daniel irá por ti.

—Perfecto papá. Te quiero.

—Yo también coco.

Cuelgo y le doy a la palanquita que sube el capó de Peter.

—Tranquilo chico... solo quiero ver lo que tienes debajo de los pantalones. – le hablo al coche.

No tengo ni puñetera idea de arreglar coches, pero aun así, investigo por si veo algo raro. Y no sé si era normal, pero de una especie de botella blanca de plástico sale una especie de aceite mojando los cables. Me agacho hasta poder ver debajo en el suelo y veo una gran mancha negra.

—¡genial! ¿Así que me has salido Gay no Peter? Estás perdiendo aceite... y yo creyendo que eras todo un macho...

Río de nuevo por mis ocurrencias y bajo el capó para apoyarme en él, mientras viene el chofer de mi padre. Y la verdad... no sé para qué lo tiene. El pobre Daniel se habrá extrañado cuando papá le hubiera mandado a llamar.

Cuando ya son menos cuarto decido llamar a Víctor, se me había ocurrido una idea y así mataba dos pájaros de un tiro.

—¿sí? Dime Teresa.

Cuando mi cuerpo reacciona ante su voz acariciando mi nombre, me obligo a recomponerme y respiro dos o tres veces antes de contestar.

—¿aún te hospedas en el hotel? –me muerdo el labio inferior cuando recuerdo aquella vez que lo vi como dios lo trajo al mundo.

—Emm... sí. ¿por qué?

—Nada, solo que se me ocurrió irte a buscar con el chofer de mi padre. Me he quedado tirada y por eso pensé en ir a recogerte e ir los dos juntos a la agencia.

¿te parece bien? —recé interiormente para que dijera que...

—Claro. —contestó sacándome de mis rezos. —te espero fuera del hotel.

—Estupendo. —carraspeo. —dentro de poco estaré allí.

—Aquí te espero.

Y cuelga. Ya podía respirar con normalidad. Entonces una idea loca pasa por mi mente desechándola casi al momento. ¿Me estaré enamorando?

Un claxon me sobresalta y miro a mi izquierda donde está el Mercedes negro de mi padre. Saludo a Daniel con una sonrisa y él me la devuelve. Es un hombre de unos cuarenta años, atractivo para su edad y de pelo negro con canas en las patillas. Es extremadamente simpático y dicharachero. De todo hacía un chiste.

Me monté en el asiento de atrás y Daniel bajó el separador de cristal opaco, para hablarme.

—Buenos días rubita. —saludó con una gran sonrisa. —menos mal que me das un poco de trabajo.

Bufo y río.

—No hay de que... ¿podrías llevarme al Hotel Osiris?

—Claro.

El coche se pone en marcha y me despido de mi Peter con la mirada. Tendré que llamar a la grúa para que lo lleven al taller. Pobrecito mi Pete.

—¿y qué le pasó a tu coche? —curioseosa Dani cogiendo la rotonda a la derecha.

—Pues que el pobre me ha salido maricón.

Eso hace que se carcajeé y niegue con la cabeza.

—¿pierde aceite eh?

Asiento y le sonrío a través del espejo.

—¿y cómo te van los amoríos, niña?

Eso me pone nerviosa aunque me recuerdo quien es Dani y me digo que es de completa confianza. Es como un tío para mí.

—Pues... bien. Nada serio, Dani.

—Eso me suena a mentira, Rubia.

—Bueno... a lo mejor esté intentando algo más. Aunque no creo que sea así.

—¿y eso por qué?

—Eres un chismoso, cotilla y marujón.

Se rió y me volvió a mirar a través del espejo.

—Solo me preocupas rubita, en la empresa no es que seas muy agradable y por lo que tu hermano me dice, necesitas a un buen hombre que te quite la amargura que tienes.

—Voy a matar a ese lengua larga. —murmuro acordándome de las muelas de mi hermano.

—Bueno, bueno... no es para tanto. Si quieres puedo decirle a Miguel...

—¡no! No vuelvas con esas, Daniel Villalobos que te conozco. No quiero tener citas con tu hijo.

—Tampoco es tan feo, descarada...

—No es eso... -alargo la o y ruedo los ojos. —no quiero tener citas eso es todo. Solo quiero seguir con mi vida tal y como está. Y si resulta que puedo llegar a algo más con... bueno. Da igual. Ya veré. — desisto en explicar nada más y me dejo caer en el respaldo del asiento.

Miro por la ventanilla y ya veo que estamos muy cerca del hotel. En cuanto aparca diviso al hombre se mis sueños y realidades. Con su porte engalanado con un traje de dos piezas color azul marino, camisa blanca y corbata celeste. ¿Pero qué...? Miro mi ropa y para sorpresa la mía vamos casi idénticamente vestidos.

—Como si os hubierais puesto de acuerdo, rubia. —comenta Daniel mirándome a mí y a Víctor.

Hago caso omiso a su comentario y abro la puerta para hacerle saber que estoy aquí. Él me ve y anda con elegancia hacia el coche. Puedo ver también como esconde una tímida sonrisa en sus gruesos y jugosos labios. Como me gustaría morderlos...

—Buenos días -saluda a Daniel con un asentimiento cuando se sienta a mi lado. —buenos días Teresa. —exhala mirándome fijamente con esos ojos cristal.

Muerdo mi labio, nerviosa y eso hace que su mirada deje mis ojos, para fijarse en esa parte de mi cuerpo. Bésame, bésame... pido con la mente.

Él se acerca pero cuando cierro los ojos y pongo morros para recibirlo, su beso no llega. En cambio noto como algo me rodea y un clic me hace abrir los ojos. Me ha puesto el cinturón.

—Tienes que ir segura... -me reprocha con voz grave.

—L-lo siento. —murmuro.

—¿dónde rubia? —Daniel rompe el silencio y la conexión de nuestras miradas.

—A la agencia por favor. —respondo con voz ahogada.

—Tienes confianza con tu chofer por lo que veo. —susurra inclinándose hacia mí.

Asiento y me pongo más derecha ya que estaba inclinada hacia él. No me juzguéis... ¿sabéis lo que es estar en un sitio tan reducido con éste pedazo de tío? Las hormonas se me disparan y mi cuerpo reacciona como si fuera un imán.

—Parece que vamos vestidos iguales... estás muy guapa -dice de la nada haciéndome mirarlo.

Estaba paseando su mirada por mi cuerpo y juro que noté como si me acariciara. Y ya no aguantando más, pulsé el botón que nos separaba de Daniel y en cuanto se cierra, mi cinturón se desabrocha y yo me abalanzo sobre él, sentándome a horcajadas. Aprieto mis labios contra los suyos disfrutando de su cercanía y embriagante esencia varonil. Jadea en cuanto aprieto mi pelvis contra la suya y agarra mi trasero para que no me mueva de allí. Muerdo su labio superior y él saca su lengua para que yo me la coma a gusto. Su sabor a café me vuelve loca y nunca amé más el café que en este momento. Gimo cuando me besa con ganas y decisión queriéndome robar el alma con su beso. Yo me dejo hacer y lo que yo había empezado, ahora él lleva las riendas y me devora a conciencia, mientras sus grandes manos acarician cada parte de mi cuerpo con suma delicadeza. Pareciera como si tocara una muñeca de cristal, con miedo a romperme si me aprieta demasiado. Es tan maravilloso y desesperante a la vez, que no hago más que gemir y pedir más, entre jadeos.

—Para... —me pide antes de volver a besarme y mover mi pelvis hacia la suya de nuevo.

No sé si me lo estaba diciendo a mí o a él mismo. Lo que sé es que no quiere parar de verdad, ni yo tampoco. Noto su polla preparada y dura debajo de mí y siento que voy a explotar de solo sentirlo así. Me muevo en busca de alivio pero sus manos me paran al tercer vaivén.

—Tenemos... que parar. —susurra con sus labios a centímetros de los míos.

—No quiero... te necesito Víctor... -confieso mirando a esas preciosas orbes de color celeste intenso.

Veo como sus ojos se humedecen y gruñe antes de esconder su

cara en el hueco de mi cuello. Niega con la cabeza y besa mi piel a la vez que sigue negando. Parece como si estuviera luchando consigo mismo. ¿Será que no le gusto en realidad? ¿Sería verdad que cualquier tía con tetas y culo le haría ponerse así?

Esos pensamientos me hacen ponerme fría de repente y deseosa de salir de su agarre para ponerme a mil metros de él.

—No me acordaba de que cualquier tía con tetas te haría ponerte duro... -

susurro con una risa amarga. —menuda estúpida soy.

Me levanto y me deshago de sus brazos para ponerme en mi sitio. Pero al cabo de dos segundos, vuelve a remeter contra mis labios haciendo que me tumbe en el asiento trasero con él encima. Me besa con rabia y fuerza haciendo que me queje de dolor y placer al mismo tiempo. Sus manos suben por dentro de mi blusa y acaricia mi pecho por encima del sujetador. Gimo y me arqueo cuando pellizca mi pezón.

—No digas eso, nunca más... -gruñe para luego besarme otra vez. —fui un gilipollas... eres más que eso, incluso demasiado para mí. —besa mi barbilla ahora con más calma, mientras masajea mi pecho. —no merezco a alguien como tú... -susurra lamiendo mi canalillo.

Jadeo.

—Teresa... —interrumpe Daniel mediante el altavoz de la puerta.

Eso hace que dé un respingo y que Víctor se aparte un poco de mí.

—Llevamos como media hora en la puerta de la agencia. —se ríe y corta la comunicación.

—¡mierda! —maldigo al mismo tiempo que me recoloco la ropa y me atuso el pelo lo mejor que puedo.

Miro a Víctor que me observa con cara seria y anhelante.

—¿por qué te empeñas en decir que no me mereces? —mi voz suena pequeña y tengo la sensación de que romperé a llorar en cualquier momento.

—Porque es la verdad. —responde como si fuera lo más obvio. —¿qué vida te daría un ex futbolista, desintoxicado de drogas y con una puta cojera? Dime Teresa... ¿qué te parecería que te señalaran por la calle diciendo...? Mira ahí va la mujer de un puto cojo drogadicto. —se recochinea con amargura.

—¿eres imbécil? —chillo perdiendo la compostura. —¿Cómo te atreves a llamarte así? No eres drogadicto Víctor, tú mismo dijiste que te curaste. Me...

—¡pero nadie sabe cuánto puedo tardar en volver a caer! —espeta interrumpiéndome.

—Pues déjate ayudar... -mi voz se rompe.

—No llores. —me pide recuperando la compostura.

Abro la puerta del coche y salgo a toda prisa. Él me sigue y entro en mi despacho azotando la puerta esperando que se cierre con un fuerte porrazo que nunca llegó.

—Teresa... —me llama.

Sus manos tocan mis hombros y yo me zafo de él.

—Tenemos trabajo que hacer. —trago saliva y me siento en mi silla sin poder mirarlo a la cara.

A la mierda mi plan de seducirlo.

Capítulo 17.

No podía concentrarme una mierda con su intensa mirada puesta en mí. Yo hablaba con voz monótona mientras le decía lo que tenía que hacer. Él no hacía más que interrumpirme e intentar tocarme. Cosa que no consentí en ningún momento, ya que si dejaba que tan siquiera me rozara, se acabó el cabreo, se acabó el mal humor y daría la bienvenida a la Teresa tonta y enamoradiza que me convertía junto a él. Y si ya de por sí era difícil sucumbir a su voz suplicante, encima su olor masculino envolvía cada metro cuadrado de ésta, mi humilde oficina. Por ende, mis hormonas estaban más que revolucionadas.

—Hay una fiesta benéfica llamada “día del Río” en apoyo para las familias sin hogar. Tendrás que buscarte una acompañante y que se haga pasar por tu novia, por lo menos por un tiempo. Luego...

—¿qué? —interrumpe obligándome a mirarlo. —no voy a obligar a nadie para que sea mi novia. ¿Para qué de todas maneras tengo que buscarme una? Puedo ir yo solo. —dijo con su mirada fría como el hielo.

A mí lejos de darme miedo o respeto, me excitó tanto que tuve miedo de humedecer mi silla. Me removí en mi asiento y carraspeé para aclarar mi repentina ronquera.

—Tienes que hacerle ver a la prensa de que estás estupendamente y buscando una familia. Todos creen que estás desaparecido del mundo, metiéndote dios sabe qué en el cuerpo; Mientras te pudres en la miseria de no poder volver al campo. A los ojos de los demás tienes que dar una cara feliz y completamente recuperada. —desvié la mirada

de sus ojos y miré mis manos temblorosas, que estaban entrelazadas en mi regazo. —por eso tienes que buscarte a alguien que se haga pasar por tu novia. Una muchacha que aparente ser buena persona y aspirante a madre. No vale ninguna puta de tres al cuarto. —espeto con amargura.

No me gustaba nada la idea de verlo besuquearse con nadie. Pero después de mucho pensarlo es lo único que le haría salir del punto de mira y así hacer la vida tranquila que él dijo que quería. Solo así sería feliz. Solo así... dejaría de auto-discriminarse y por ende... darnos una oportunidad. Eso si la supuesta novia falsa no logra captar su atención. En ese caso... sería yo la que estaría perdida en la miseria —No puedo hacer esto. —dice cruzándose de brazos.

—Víctor... -carraspeo. —señor Sanz si quiere que de verdad trabaje con usted tendrá que hacerme caso en lo que le diga.

—No quiero nadie a mi lado, haciéndose pasar por mi novia si solo hace horas que sé su nombre. No quiero tener que besar a la fuerza a ninguna desconocida solo para que los medios dejen de ponerme verde.

—Bueno pues lo seré yo. —suelto de la nada.

Me callo de golpe al procesar lo que dijo mi boca sin siquiera pedir permiso.

Trago saliva ante su mirada de pura incredulidad.

—¿qué? ¿Por qué harías algo así?

—Em... bueno... así no tendrías la excusa de haberla conocido hace unas horas ¿no? Es decir... me conoces, y tengo un sobrino al que quiero como un hijo. Podría ser capaz de comportarme como una novia amorosa si así puedo hacer que te dejen en paz. —me encojo de hombros y desvío la mirada de sus ojos mirando un punto fijo en la pared. —no quiero quitarle el sueño de entrenar con su ídolo a mi niño. Y que tú dejaras de hacerlo solo significaría que él volviera a estar cabizbajo y triste. —tragué las inminentes lágrimas en cuanto noté como la garganta se me cerraba. —solo será cuando la luz roja de una cámara de televisión o un micrófono esté encendido. Conseguiremos lo que ambos queremos... tú te quitarás de encima a la prensa y yo que mi sobrino sea feliz.

Ante su mutismo no tuve más remedio que mirarlo y ver qué estaba pensando. Luego de una eternidad abrió su sensual boca para hablar.

—Significa que tendré que besarte, agarrarte de la mano y sonreírte como un loco enamorado... -comenta. Yo asiento. —no quiero hacer eso... -dice al

fin.

Eso me deja fría y más tiesa que un palo en mi silla. Cuando voy a contestarle él vuelve a interrumpirme.

—Me acostumbraría demasiado pronto a tenerte como mía. —dijo levantándose y yéndose al ventanal detrás de mí.

Se frotó la nuca con ambas manos y se dejó caer en el cristal pegando las palmas en él.

—¿Sabes lo que sería besarte y que me miraras como si estuvieras loca por mí y en cuanto se apaguen las malditas cámaras, no me volvieras a mirar así?

Me levanté y llegué hacia él deseando decirle que yo también desearía ser suya como él dice. Y que quizá esa loca mirada de enamorada, no sería del todo una mentira.

Me posicioné en el hueco entre él y el cristal atrapándome yo misma con sus brazos a cada lado de mi cabeza. Lo tenía tan cerca...

—Puedo ser tuya si me dejasas... -susurro acercándome haciéndole ver mis claras intenciones.

—Teresa... —pide en un susurro ahogado mientras cierra los ojos a la espera de recibir mis labios.

—Víctor... —lo menciono de vuelta tocando por fin sus gruesos y dulces labios.

Un toque en la puerta hace que Víctor se separe de mí y que yo me quede con la respiración errática y apoyada en el frío cristal en busca de apoyo.

La puerta se abre al mismo tiempo que Víctor se sienta en la silla y yo intento reponerme de lo que hace unos segundos antes.

El señor Bueno entra en mi despacho.

—Oh perdón preciosa... no sabía que estabas ocupada.

No sé por qué miro durante unos segundos la reacción de Víctor. Que no hace más que mirar un punto fijo, y muy interesante para él, de mi mesa.

—¿Qué desea señor Bueno?

Su sonrisa de anuncio se dilata y me hace ver que algo le tiene extremadamente contento.

—Vengo a por lo que me prometiste. —contesta adelantando unos pasos más, hasta ponerse justo frente a mí y al lado de Víctor sentado en la silla.

—¿qué promesa? —doy un paso atrás.

—Pues me prometiste que si entraba a trabajar en Sandycalls vendrías a una cita conmigo... -sonríe más y da otros dos pasos hacia mí, solo

nos separan escasos centímetros. -... pues te presento al nuevo modelo de ropa interior Sandycalls, Alberto Bueno para servirle en lo que a usted... -me mira de arriba abajo y ladea su sonrisa. -guste.

—Yo no le prometí nada...

—Oh sí que lo hiciste... así que no hay más que hablar. -se aleja de mí unos pasos con la intención de irse pero se da la vuelta antes de hacerlo. -o si lo prefieres... podríamos ya sabes... estrenar esa magnífica mesa, preciosa. -me guiña un ojo y se da la vuelta para marcharse. -te recojo a las cinco, mañana. -vocifera al mismo tiempo que cierra la puerta sin esperar mi contestación.

Aprieto mis puños y mi mandíbula y no puedo reprimir el gruñido que sale de mí, de pura frustración. ¿Pero qué coño se cree el mierda modelucho éste?

—Será mejor que me...

Pero la puerta se vuelve a abrir interrumpiendo las palabras de Víctor. Un sonriente Tomás entra en mi oficina con una bolsa de papel en una mano y un café en la otra. ¿Pero esto que es, el día de acosar a Teresa?

—Oh, perdón coco. Vine a traerte un desayuno tardío, ya que me dijeron hace una hora que no habías llegado aún. -su mirada se posa en Víctor y su sonrisa se va un poco.

—Tomás... —comienzo a hablar cuando mi padre irrumpe también en mi oficina.

—Hombre, Tomás... cuanto tiempo muchacho. -saluda a Tomás con un caluroso abrazo. —¿Dónde te metes? -pregunta a la vez que me da una mirada a mí y a Víctor. - ¿qué te...? -pero su cabeza vuelve a girarse para mirar a Víctor con los ojos muy abiertos y brillantes, como si hubiera visto al mismísimo dios.

-no puede ser... mi nieto tenía razón.

Mi padre se alejó de un Tomás descolocado y se acercó a Víctor haciéndolo levantarse para estrecharle la mano con fuerza. Mi padre al igual que Cristian y Edu son fanáticos del fútbol y Víctor Sanz es una leyenda para ellos.

Miro la escena como si no estuviera presente y hasta Tomás se enzarza en una conversación animada con ellos. Y antes de que nadie se dé cuenta, voy al baño de mi oficina y me encierro allí, a respirar y tranquilizarme.

En un momento estoy besando a Víctor, que aparece Bueno y lo

estropea reclamando una supuesta cita prometida; luego Tomás, con un desayuno que de seguro era mi preferido entra como si se hubiera comido un arcoíris y luego viene mi padre y empiezan a hablar de futbol como si nada. Como si yo no estuviera en pleno ataque de nervios. Parecería que se hubieran puesto de acuerdo todos para venir a verme. Ya lo que me faltaba es que también apareciera cualquier ex novio mío del instituto.

Mojé mis manos en el lavabo y froté mi nuca para refrescarme. Inspiré tres o cuatro veces antes de prepararme para salir. Abrí la puerta con miedo a encontrarme cualquier cosa, pero lo que vi, no me lo esperaba para nada.

Víctor hacía un regate magistral con una bola echa de papel, mientras que los otros dos babeaban por su destreza. Hasta yo misma no apartaba la mirada de la pelotita siendo manipulada por sus pies. Cuando acabó su espectáculo, mi padre y Tomás aplaudieron y Víctor solo les dio una tímida sonrisa antes de percatarse de mi presencia; borrando todo signo de alegría.

—Bueno coco... -habló mi padre un poco avergonzado por lo que acababa de pasar. —te dejo trabajar, Tomás vienes conmigo. Quiero que me cuentes como está tu familia. —éste asintió y mi padre volvió a mirar a Víctor con total admiración. —me alegro haberte conocido Víctor, mi nieto no para de hablar de ti.

—Igualmente señor Müller, me alegró mucho conocerlo.

—Oh por dios... llámame Edmund. —sonrió mi padre a la vez que me lanzaba una mirada que no supe descifrar. —luego nos vemos coco.

Y se fue llevándose consigo a Tomás, que no dejó de mirarme hasta que la puerta se cerró tras de mi padre.

—¿crees que a Tomás le hará gracia que andes haciendo de novia enamorada, con otro? —dijo molesto.

— Solo somos...

—Sí ya... amigos. —soltó una risotada irónica. —no me follo a mis amigas, ni tampoco las trato como él te trata a ti.

—¿pero qué te pasa? —espeto con rabia acercándome a él amenazante.

—Pasa que dos segundos antes me decías que querías ser mía y luego aparece el pinta monas ese del modelo y resulta que le prometiste una cita. Luego viene Tomás, con el cual te he visto muchas veces si no saliendo del hotel, estando en tu casa. ¿qué crees que me pasa Teresa? —se acerca hasta casi no existir distancia entre nosotros. —no soy ningún muñeco al cual

utilizar a tu antojo.

—N-no quiero utilizarte. —miro sus ojos transparentes y me tengo que apoyar en él para no caer. —Tomás solo es un amigo ahora... y Alberto solo oyó lo que quiso escuchar, nunca le prometí esa maldita cita.

—¿y por qué no le dejaste claro que no ibas a ir? —espeta con un gruñido agarrándome de la cintura pegándome por completo a él.

Jadeo y cierro los ojos por unos segundos, habiéndome quedado como inconsciente y que un cortocircuito desconectara mi cuerpo por décimas de segundo.

—N-no... no me... dejó hablar. —acabé de enlazar la maldita frase que se me atascaba en la garganta. —no iré a esa cita. —le aclaré.

Mordí mi labio inferior y miré sus ojos.

—No aguanto más... -susurró.

No sabía a qué se refería con eso. Por un momento tuve miedo de que me dijera que no aguantaba más con la situación y se iría para nunca volver a verlo.

Pero antes de que mi cabeza pensara en ninguna cosa más, él me aclaró qué era a lo que no podía aguantar más.

Estrelló su boca contra la mía.

Gemí y antes de trastabillar como siempre con mis inservibles pies, él me agarró por los muslos haciéndome rodear mis piernas en torno a sus caderas.

Podía notar cada centímetro de él, pegado a mí. Todo lo que podía hacer yo, era recibirlo de buena gana y dejarme hacer como una muñeca de trapo. Su lengua azotaba la mía, acariciando cada recoveco de mi boca. Sus manos agarraban mis muslos con fuerza y no sabía si era para no dejarme caer o por la pasión del momento. El caso era que mañana tendría sus manos marcadas en mi piel y a mí me importaba tres pimientos y medio, por tal de tenerlo así como una hora más.

Pero para mala suerte la mía, se separó de mi boca mordiendo mi labio inferior con delicadeza y apoyó su frente en la mía. Respirando de mí y yo de él.

Ese elixir que me mantenía viva en ese momento.

—Lo haremos como dices... -comentó escondiéndose en el hueco de mi cuello. —iremos a la fiesta benéfica. Pero por favor... no hagas que me enamore de ti...

Capítulo 18.

Bajo del coche de mi padre, ya que mi querido Peter, está aún en el taller y me aliso el conjunto de falda lápiz negra y blusa blanca. Daniel me regala una sonrisa y yo se la devuelvo.

—Gracias Daniel, que pases un buen día. —digo adiós con la mano mientras entro en la agencia.

Nada más entrar el silencio se hace. Saludo con un asentimiento a cada uno de los trabajadores que me encuentro en mi camino y toco la puerta del despacho de mi padre con la intención de darle los buenos días.

—Buenos días jefe.

—Buenos días señorita. Está radiante ésta mañana. —sonríe abiertamente.

—Gracias jefe. Pero no lo diga demasiado fuerte, pensarán que está usted ligando conmigo. —le guiño un ojo y él se ríe.

—Más quisieras, mocosa.

Reímos a carcajadas y le tiro un beso volado que él me devuelve junto con una sonrisa feliz. Ando hacia mi despacho para concertar mi cita de la tarde y me preparo un café mientras espero a que el señor Bueno aparezca. No es que tenga ganas de que me dé la chepa de nuevo con eso de salir a una cita, si no para decirle en toda su cara donde se puede meter sus intentos de galantería.

Solo tengo ojos para un hombre, y ese hombre no está en mi liga. Por mucho que lo intente no lograré nada de él a excepción de besos robados y caricias apresuradas.

No hagas que me enamore de ti.

Esa frase lleva rondando por mi cabeza desde que me lo dijo y salió de mi oficina como alma que lleva el diablo. No pude siquiera deleitarme una vez más con el sabor de sus labios ni con su olor puramente atrayente que destilaba por cada poro de su perfecto y esculpido cuerpo. Aún tengo el recuerdo vívido de su espléndida desnudez dándome la razón en pensar que fue creado para la perdición de una mujer. Ese torso duro y perfecto, dándole una sensación de picor a mis manos deseosas de contacto. Sus abdominales no excesivamente marcados pero lo suficiente para querer pasar mi lengua y lamerlo como si fuera un helado con sabor a Víctor. Sin contar con su magnífica y potente sexo que aún en estado semi-erecto era enorme y apetecible.

Gimo y me muerdo el labio inferior deseando con todas mis

fuerzas ser su dueña. Quiero que sea mío, de tal manera que me volveré loca si no lo consigo.

Suspiro y dejo a un lado los sueños imposibles. ¿Cómo puede tan siquiera pensar que yo podría enamorarlo? En todo caso sería yo la que caería en picado no él.

Yo sería la tonta enamoradiza que besaría sus pisadas suplicando una pizca de su atención. Lo bueno es que el fin de semana completo es la fiesta benéfica lo cual puedo darme el gusto de besarlo y de tocarlo las veces que quiera y él no podrá hacer nada solo seguirme y dejarme hacer. Ya que tenemos que dar la imagen de una pareja enamorada.

Sorbo a sorbo me acabo mi café y mordisqueo unas cuantas galletas que mi buena secretaria dejó para mí. Estaban deliciosas y no pude remediar gemir mientras las devoraba con fervor. Ésta mañana me levanté con bastante apetito y después de haberme comido un gran tazón de cereales de Edu, aún tenía hambre.

Suele pasarme cuando estoy con mi periodo. Hay quien tiene dolores de ovarios, fatigas, mareos... a mí me da por comer... comer hasta quedarme como una gordita feliz, tirada en el sofá sin poder moverme. Aunque después, cuando paso por la báscula, insulto y maldigo como un camionero al ver que he engordado una barbaridad en tan solo una semana.

Miro el reloj y me digo que ya es hora de trabajar un poco, no tardará en llegar Alberto y quiero tener todo terminado antes de ponerme en modo dama de hielo hasta que se canse de mí y se vaya a flirtear con otra.

No sé cuánto tiempo estoy enfrascada en mi trabajo, hago llamadas, atiendo al teléfono, concierdo citas, me atiborro de galletitas ya que mi hambre es atroz... el caso es que cuando miro el reloj, ya es casi la hora de irme a comer. Y

no ha habido señales de vida del señor Bueno. Cosa que me hace aliviarme y a la vez preocuparme. ¿Le habrá pasado algo? Descarto esa idea de mi cabeza y pienso que de seguro habrá conocido a una modelo de piernas largas, que lo habrá engatusado. Total, ya es todo un modelo de firma, famoso.

El móvil me suena y lo atiendo con voz monótona como llevo haciendo toda la mañana.

—Agencia Müller, le atiende Teresa Müller ¿en qué puedo ayudarle?

—¡wau! ¿Te han dicho lo sexy que pareces hablando así, hermanita?

—Ja, ja... no te hagas el gracioso ¿qué quieres?

—¿recuerdas el día que es hoy?

Frunzo el ceño y dejo el bolígrafo en la mesa poniendo toda la atención en la llamada.

—Pues... no. ¿qué pasa hoy?

—Pues pasa que es el cumpleaños de mamá...

—¿q-qué? Pero si es en... -miro el calendario en mi mesa y un círculo rojo pintado con rotulador, señala el día de hoy. —mierda...

—Sí, mierda. Papá me dijo que se llevaría a mamá a una de esas obras de teatro al aire libre. Mientras Tú, Edu y yo preparamos la sorpresa en casa. ¿te parece bien?

—Oh sí genial. ¿tengo que comprar algo?

—Pues sí, faltan los refrescos y dulces. De la decoración y los aperitivos me encargaré yo.

—Vale.

—A las seis y media será cuando salgan y volverán una hora después.

—¿solo tenemos una hora?

—Sí. Así que más nos vale organizarnos bien.

—Está bien. ¿y Edu? ¿Qué dice?

—Él está deseando que llegue coco... no te preocupes.

Suspiro en alivio y me despido de Cristian con la promesa de llegar a tiempo.

¿Cómo me había olvidado de una cosa tan importante como el cumpleaños de mi mamá? Soy una malísima hija. Y encima no tengo un mísero regalo que darle.

Me levanto de la silla como un resorte y agarro mi bolso antes de salir pitando de mi oficina. Paso por la de mi padre para decirle que salgo un poco antes para comprar unas cosas y salgo pitando de la agencia. Daniel estaba hablando con el gerente del hotel de al lado y le silbo como buenamente puedo para que me vea.

Él voltea a verme y le hago señas para hacerle saber que tiene que hacerme de chofer. Él sonrío a su acompañante y trota hacia mí con una sonrisa.

—Hola de nuevo rubia. ¿Dónde? —pregunta abriéndome la puerta de detrás.

—A la joyería más cercana.

—Ohh... ¿vas a comprar un anillo de compromiso o algo así?

Yo rio ante sus ocurrencias y niego con la cabeza. Él arranca y pone en marcha el bonito mercedes de mi padre.

—Eso es para hombres de todas maneras.

—De eso nada monada. —se mofa. —mi ex mujer me pidió matrimonio con un anillo de compromiso muy bonito, por cierto. Así que no solo es de hombres.

—Bueno, pero no es el caso. Si llega el momento en el que yo me ponga en una rodilla y le pida a mi futuro esposo casamiento, lo sabrás el primero.

—¡genial! Espero con ansias ese momento, ya te estás haciendo mayor rubia.

—se carcajea y yo le doy una mirada asesina.

— Solo voy a comprarle algo a mi mamá, Daniel.

—¿y por qué algo de joyería? ¿Le gustan las joyas?

—Bueno... ¿y a quien no? —me intento excusar con una sonrisa avergonzada.

—¿no sería mejor algo más... personal? Bueno, es solo una opinión de un simple chófer. No me hagas caso.

—¿y en qué estabas pensando?

—Pues no sé rubita, no conozco tanto a tu mamá. Pero las madres son especiales y aunque una joya puede resultar un regalo bonito, no es tan especial como puede ser un gran cartel diciéndole Te quiero, por ejemplo.

—No creo que eso sea...

—No te estoy diciendo que le hagas un cartel Teresa. Solo que busques algo especial y que sepas que de verdad hará sonreír a tu madre.

Suspiro y me dejo caer en el asiento del coche mientras miro por la ventanilla.

—A ella le encantan los mercadillos. —murmuro sin decírselo a nadie en especial. —nos llevaba a mis hermanos y a mí y siempre se quedaba embobada viendo todos aquellos pañuelos de colores y sombreros raros. —río recordando aquellos momentos de excesiva felicidad. —nos hacíamos fotos probándonos todo tipo de complementos y mamá reía sin parar. Ella decía que no hace falta grandes cosas, ni lujos para ser felices. Todo lo que tenías que hacer era detenerte a mirar las cosas y darte cuenta de que un simple pañuelo de dos euros, servía hasta para hacerte un bonito vestido veraniego.

El coche se paró haciéndome zarandear y salir de mi sueño.

—Llegamos. —anunció Daniel con una sonrisa enorme cruzando su rostro. Miré por la ventanilla y lo que vi me hizo aguantar las ganas de llorar. Hacía dos años que no venía a uno de éstos. Desde que mi hermana murió no hemos vuelto a venir.

—E-esto no es... -mordí mi labio inferior.

—Ve y cómprale un lindo pañuelo a tu madre.

Y con lágrimas en los ojos salí del coche y entré en aquel bullicioso y alegre mercadillo.

—¿estás bien?

Por la cara de preocupación de mi hermano, puedo imaginarme en qué estado se encontraba mi cara. Aunque la sonrisa permanecía en mi rostro, sabía que tendría los ojos rojos de llorar y eso para Cristian no pasa desapercibido. Nuestra conexión hace que sepamos tan solo con mirarnos, si algo va mal o bien.

—Sí, tranquilo. Le compre un regalo a mamá. —digo enseñándole el paquete en mis manos.

—¿seguro que estás bien?

Yo suspiro y entro en la casa sabiendo que Cristian no lo dejará pasar. Es tan cabezota o más, que yo.

—¿y Edu?

—Está dibujando en el jardín, el arco de rosas de mamá.

Eso me hace sonreír. Me muevo nerviosa al sentir su mirada inquisitiva en mí.

—Fui a un mercadillo a comprar el regalo de mamá.

Su cara de sorpresa me da a entender que recuerda cuando íbamos todos juntos. Una sonrisa triste se instala en su cara y se da la vuelta para mirar la foto que preside la sala. Abrazo a mi robusto hermano y beso su hombro antes de posar mi cabeza en él y mirar la foto también.

—Un pañuelo... -murmura.

—Sí... un pañuelo de colores largo y suave.

—Le encantará.

Sonrío.

—Eso espero.

Entre Cristian y yo preparamos la decoración de la casa antes de que llegaran mis padres. Edu ensimismado en su obra maestra tan solo paró para decirme hola y besar mi mejilla, antes de volver a dibujar en su blog.

Y he de decir que le estaba quedando genial.

Colgamos un cartel de feliz cumpleaños, donde globos de colores colgaban de él, dándole un toque festivo a la sala. La mesa ya preparada y lista con aperitivos y refrescos era casi devorada por mí, por lo que Cristian tenía que rellenar los platos. A éste paso engordaré veinte kilos en una semana.

—¡cómo comes, cabeza coco! Explotarás como sigas así, por no hablar de que el futbolista te confundirá con una albóndiga.

Lo miré mal dejando una bolita de queso a medio camino de mi boca.

—No me hace ninguna gracia. —espeto molesta antes de lanzar la bolita a mi boca y comérmela.

—¡tita, tito! ¡acabé!

Edu viene corriendo del jardín con una gran sonrisa y es tanto su entusiasmo que se me pega y empiezo a dar palmaditas como una mamá tonta y orgullosa.

—Oh Edu, es precioso. A la abu le encantará y lo enmarcará en la pared para así poder verlo todos los días.

—¿en serio lo crees? —dice el niño emocionado y feliz.

—Seguro enano, ahora ve y envuélvelo ya mismo estarán aquí. —le dice Cristian revolviéndole el pelo.

El niño sale escopeteado escaleras arriba.

—¿Viene alguien más? —pregunto dándome la vuelta para encararlo.

—Sí, creo que papá invitó a tu querido Tomás.

Mi boca se abre y pestañeo sin procesar muy bien lo que mi hermano acababa de decir.

—¿qué has dicho?

—Ya me escuchaste... dije qué...

—¡ya te oí! Solo que no sé por qué lo invitó...

—Y no es el único que viene. —sonríe de lado y mueve las cejas sugestivamente.

—Oh, oh...

Muerdo mi labio inferior esperando a que mi mellizo me dijera de una vez quien venía.

—Víctor... Sanz.

La respiración se me atora como cada vez que dicen su nombre en mi presencia y como gracia divina el timbre suena y doy un respingo asustada.

—Cristian ¿por qué coño invitaste a...?

—No fui yo coco... -dice andando de espaldas a la puerta. —fue nuestro querido padre.

Me lanza una última sonrisa y abre la puerta dejando paso a la razón, de mis sueños eróticos y a mi ex razón, de mis antiguos sueños eróticos. Tomás tan sonriente como siempre, entra ensanchando más su sonrisa patentada hacia mí, y me alza cogiéndome por la cintura haciéndome soltar un gritito. Besa mi mejilla más tiempo de la cuenta.

—Hola mi coco. —saluda una vez que me deja en el suelo.

Le sonrío a boca cerrada y no puedo remediar mirar a su espalda donde el hombre de ojos fríos y cristalinos, mira la nuca de Tomás como si fuera a degollarlo en cualquier momento. Su porte masculino e informal me hace suspirar de placer. Ponga lo que se ponga está irresistiblemente apuesto. Lleva unos vaqueros ceñidos colgando de sus caderas y una camiseta de manga corta color blanco. Solo de ver sus brazos desnudos hace que mi bajo vientre se apriete y por ende, mi sexo se humedezca deseoso de él. No sé cuando salgo de mi aturullamiento, solo siento como se acerca y lo siguiente que siento son sus labios en mi frente y su mano agarrando mi nuca y cuello. Cierro los ojos disfrutando de su contacto lo más que puedo y cuando me suelta casi me caigo al suelo, necesitando que me sostenga de nuevo.

—Hola Teresa. —dice con su voz dura y con una pizca de sexo.

Todo él grita sexo, sensualidad... y estar con las hormonas disparatadas no ayuda nada. Otra cosa que me pasa cuando estoy en mis días, es que estoy más caliente que una perra en celo. Y lo que más deseaba en ese momento era agarrarlo y hacerlo mío, encima de la mesa dándome igual los presentes allí.

Salgo de mi embotellamiento y parpadeo encontrándome una pequeña sonrisa en su boca.

—H-hola. —mi voz suena ronca por lo que carraspeo y me separo de él lo suficiente como para no caer en su embrujo de nuevo.

—Emm... bueno. Tomad asiento, ya mismo vendrán mis padres. — comenta Cristian carraspeando e intentando disipar el ambiente cargado y tenso.

—Traigo vino. —habla Tomás enseñando una caja donde un vino, bastante caro, se encuentra guardado.

—No tenías por qué... -sonríe Cristian mirando con claro

enamoramiento hacia la botella.

Yo no es que sea muy amante del vino, pero mi hermano... ese es otro cantar.

El vino y las mujeres le pierden y si son las dos cosas juntas, entonces puede morir a gusto.

Y no sé por qué, pero me daba a mí, que Tomás intentaba ganarse a mi hermano....

—Yo también traje algo. —comenta Víctor cuando Tomás se va con Cristian para dejar la botella a buen recaudo en la cocina.

—No tenías por qué molestarte. —sonríó como una boba viendo como alza su mano derecha dejándome ver una caja del tamaño de su palma donde claramente se lee una firma cara, de joyería.

Mi boca se abre y cuando voy a hablar el me acalla con sus dedos. Mis labios hormiguean por el tacto se sus dedos y tengo que reprimir el fuerte impulso de sacar mi lengua y lamerlos, cual helado.

—Solo es un regalo. —dice acercándose un poco más a mí.

Sus dedos aún están en mis labios, aunque ésta vez acariciándolos con suavidad. Sus ojos siguen la caricia y se acerca otro poco más.

—Eres tan preciosa...

—Coco... me dijo tu hermano que...

Víctor se separa de mí y yo miro a Tomás luego de tomarme unos segundos para aclarar mi mente colapsada. Él mira a Víctor con claro signo de molestia.

Carraspeo y los ojos de Tomás vuelan a mí, suavizando su semblante.

—Cristian me comentó de que tuviste problemas con tu coche...

—Sí, se ha vuelto gay de repente.

Tomás ríe de mi chiste y yo lo acompaño con una pequeña risita. El momento tenso ha pasado.

—Teresa mamá y papá están a punto de llegar. Papá me ha llamado diciéndome que ya vienen de camino.

Ruedo los ojos.

—Puñetero alemán cabezón. No aprenderá a no hablar por teléfono en el coche hasta que le pase algo.

—¡Víctoooooor! —chilla mi Edu bajando las escaleras de dos en dos hasta llegar frente a su ídolo que lo mira con una gran sonrisa.

—Hola campeón, me gusta tu camiseta. —señala la prenda azul con el escudo del antiguo equipo de Víctor.

—Sí, y no sabes lo mejor... mira.

El niño se da la vuelta y deja ver el nombre de Víctor y el dorsal 1, plasmado en ella.

—¡wau!

El niño le sonríe antes de ir a la mesa para picotear entre los aperitivos. Mi mirada vuelve a Víctor y mi corazón se aprieta al ver el dolor y el anhelo en sus ojos transparentes. Me acerco con la intención de hacerle ver que todo está bien, pero la puerta de entrada se abre y entra mi padre seguido de mi madre.

—¡sorpresa! –gritamos todos juntos.

Mi mamá pestañea en confusión pero una gran sonrisa surca sus labios cuando ve la decoración de la casa.

—¡abu...! ¡feliz cumple! –felicitaba mi niño abrazando apretadamente a su abuela.

Río bajo y disimuladamente me enjugo las lágrimas que rasan mis ojos. Mi madre saluda a los chicos con agradecimiento por haber venido y tengo que decir que mi madre es demasiado obvia en cuanto ve a Víctor. No pierde la oportunidad de besar y coquetear con él ganándose bufidos por parte de su alemán. Víctor sonríe y la alaga en todo y ella encantada de la vida y más roja que un tomate le enseña cada foto enmarcada de mi niñez y de mis hermanos.

Me alegra de que mi madre pueda hablar de mi hermana sin que se muera en el intento. Lo que yo hace poco no podía decir lo mismo.

Tomás que no es tonto, se acerca a mi progenitor para entablar conversación con él. Me lo parece a mí... ¿o está intentando ganarse también a mi padre? Y

puedo ver una clara mirada competitiva hacia Víctor, que sigue con su brazo enlazado al de mi madre mientras hablan animadamente.

Yo estoy... comiendo. Comiendo mis preciadas bolitas de queso junto a mi sobrino.

—Te voy a ganar. –declara el mocoso metiéndose un puñado de bolitas en la boca.

—De eso nada enano. –yo más educadamente me meto una detrás de otra hasta que mi boca no da más de sí.

Edu ríe y me señala con clara diversión en sus ojos.

—Pareces un pez globo... -ríe y cuando me trago la masa de bolitas me abalanzo sobre él y le hago cosquillas.

—Coco, ayúdame a traer la tarta. —demanda mi hermano.

Dejo de hacerle cosquillas a mi sobrino y después de besar su cabeza voy a la cocina detrás de Cristian. La tarta igual que todos los años es de nata y fresa, la favorita de mamá; también una foto familiar hecha de papel gelatina, donde todos aparecemos juntos, la adorna. Una vela con el número cincuenta corona la tarta y la enciendo antes de que Cristian y yo la agarremos y la transportemos a la sala.

—Cumpleaños feliz... —cantamos Cristian y yo causando el silencio y la sonrisa de mamá. —cumpleaños feliz, te deseamos mami, cumpleaños feliz...

Un curo de aplausos inunda la sala y mi madre con lágrimas en los ojos mirando la foto, cierra sus ojos, pide su deseo y sopla la vela.

—¡hora de los regalos! —vocifera Edu haciendo el avión por todo el salón.

Mi madre ríe y como hace siempre mete un dedo en la nata y se lo mete en la boca degustándola.

—luego de comer la tarta Edu. —le regaña mi padre relamiéndose los labios goloso de comer su pedazo de pastel.

Mi niño suelta un resoplido pero en cuanto tiene su trozo de tarta, sonrío y se lo come como si no hubiera un mañana. Todos comemos el delicioso dulce y yo como no podía ser de otra forma me lo comía con ganas pareciendo una muerta de hambre.

—Teresa come despacio, hija. —me reprende mi madre. —vaya apetito tienes hoy, ¿tienes algo que contarme? —su ceja se alza y me atraganto con el bocado de pastel y toso como una loca.

Tomás me da golpecitos en la espalda con cariño, hasta que ya no tengo miedo de morirme ahogada. Miro a mi madre que aún sigue mirándome con cara extraña.

—¿no estarás embarazada? —dice con los ojos bien abiertos y con la mano puesta en su pecho.

El silencio reina la casa y todos me miran. Todos y cada uno de los presentes me observa como si me hubiera salido otra cabeza. Carraspeo para aclarar mi voz.

—Sí mamá... soy como la Virgen María. Anoche vino el espíritu santo y me preñó. —bufo y me limpio la boca con una servilleta de papel.

—¡por dios Teresa! Cuida tu lenguaje.

—Mamá... —suspiro y me masajeo la sien, se me había quitado hasta el hambre. —no estoy embarazada, ni planeo estarlo en breve. —un coro

de suspiros aliviados me dan a entender de que se alegran por esa decisión.

Más tarde, mi madre abre los regalos y con cada uno, llora de felicidad. Y

más cuando llega al mío y ve el pañuelo. Yo que no soy de piedra lloro junto a ella. Víctor le regaló un broche precioso con tres piedras de cristal de colores; Una azul, una roja y una rosa. Cosa que le viene de perlas para abrochar el pañuelo a modo de vestido. Mi papá le regaló un ramo de flores como todos los años, tocando éste año, margaritas de distintos colores y tamaños. El dibujo de Edu le encantó y se lo comió a besos. Cristian le dio un sobre que le pidió que lo leyera a solas y Tomás le trajo unos lindos pendientes de perlas.

Observo durante unos segundos la foto de mis hermanos y yo y sonrío dándole las gracias a Penélope. Que aunque no esté con nosotros, hoy más que nunca ha estado presente en el corazón de mamá.

Miro la gran espalda de Víctor dentro de mi pequeña y antigua habitación. Es tan cliché esta escena que quiero rodar los ojos. Pero ahora que me está pasando a mí, puedo sentir lo vergonzoso que puede llegar a ser. Él observa con detenimiento cada cosa, cada foto, diploma, libro de la habitación y no ha dicho ni una palabra aún. Cosa que me martiriza y como consecuencia dentro de poco me quedaré sin uñas, por el nerviosismo.

—¿tuviste una buena... cita? —pregunta de la nada mirándome solo unos segundos antes de seguir a lo suyo.

Pestañeo en confusión y pude ver como su pregunta le producía un poco de gracia simulada.

—¿perdón? ¿qué cita?

Se encoge de hombros y se sienta en mi pequeña cama de colcha con estampado de flores. Veo que está aguantándose la risa, mordiéndose su gordito labio inferior. No sabía disimular demasiado bien.

—Creo recordar que... tenías una cita hoy.

Entrecierro los ojos hacia él y me acerco hasta quedar justo en frente, a dos pasos de él.

—creo saber que te refieres al señor Bueno. —adivino cruzándome de brazos.

—Sí, efectivamente. —sonríe a boca cerrada aguantándose la risa.

¿Pero qué le pasa?

—¿por qué tengo la sensación de que te vas a echar a reír dentro de nada?

—Emmm... ¿yo? Que va... -hace un gesto para quitarle importancia y posa sus manos en mis caderas atrayéndome hacia él un paso más.

Me pierdo en sus ojos por unos segundos y mi piel quema a través de mi ropa por sus manos.

—Yo creo que sí... -me posiciona entre sus piernas y desciende sus manos hasta llegar a la altura de mi trasero. —Víctor...

—¿alguien te ha dicho que hoy estás verdaderamente guapa? —sonríe.

Yo no puedo evitar sonreírle de vuelta y me atrevo a colocar mis manos a cada lado de su cuello.

—¿qué le hiciste? —pregunto dejando salir la pregunta de mi cabeza.

—No le hice nada. —ríe y posa su frente en mi barriga haciéndome aguantar la respiración. —solo... le di un pequeño susto. —confiesa a la vez que inclina la cabeza hacia atrás dándome un beso en la barriga.

—¿Qué hiciste qué? —mi voz suena jadeante cosa que no puedo remediar ya que su toque está haciendo verdaderos estragos en mí. —Víctor para y dime.

—¿quieres que pare? —susurra llevando sus manos más abajo acariciando mis piernas hasta subir de nuevo, pero por dentro de mi falda.

—Víctor... -gimo y me muerdo el labio inferior aguantándome las ganas de abalanzarme sobre él.

—¿Cómo puede ser que la única mujer a la que quiera tocar así, sea a ti? ¿por qué es solo tu olor el que me hace enloquecer? ¿dime por qué me estás haciendo esto?

—Puedo reprocharte eso mismo a ti también. —murmuro acercándome más a él inconscientemente.

—Quiero tocarte...

—Hazlo... -pido con la voz ronca notando como sus manos se adentran más por dentro de mi falda.

—Quiero saborearte...

—Por favor...

La falda está justo debajo de mi trasero un poco más y me deja en ropa interior.

—Quiero besarte justo aquí. —y besa mi pubis por encima de la tela de mi tanga negro, el cual está ya al descubierto.

Gimo con fuerza y me acerco a su boca para que lo vuelva a hacer. Él no me hace esperar y reparte besos por doquier; arrancándome gemidos y jadeos de placer.

Entonces lo recuerdo. Estoy con la puta regla y no podríamos llegar a nada más. ¡Jodida mierda!

—Víctor, para... -agarro su pelo e intento separarlo sin mucha gana ya que está haciendo maravillas tan solo sentirlo allí. —para por favor.

—¡te ha dicho que pares cabrón!

Y antes que me diera cuenta, Tomás separa a Víctor de mí, de un empujón y se lía a golpes con él, encima de mi cama.

—¡Tomás, no!

Capítulo 19.

Lo que a continuación pasó, fue un auténtico caos. Víctor se defendía de los golpes que Tomás intentaba darle y éste no paraba de insultarlo y lanzar puñetazos a diestro y siniestro. La lámpara de la mesilla de noche, hace tiempo quedó hecha añicos en el suelo; al igual que una fotografía enmarcada.

Gracias a mis gritos, Cristian subió alarmado y en cuanto vio la escena enganchó a Tomás de la camisa y lo separó de un Víctor furioso que echaba fuego por los ojos.

—¡te dijo que pararas gilipollas! —gruñó Tomás revolviéndose en los brazos de mi hermano.

—¡Tomás para! No lo decía en serio... -confesé.

Él me miró confundido.

—No quería que parara en realidad, solo... -masajeé mi sien y solté un suspiro tembloroso.

Mis manos temblaban incontroladas pasé tanto miedo viendo cómo se pegaban.

—Teresa... -me llamó Cristian.

Alcé la cabeza para mirarlo.

—¿quieres que saque a alguno de los dos o a los dos? —pregunta aun sosteniendo a Tomás, que seguía mirándome como si me hubiera salido otra cabeza.

—Quiero hablar con Víctor. —respondo apartando la mirada de Tomás.

La puerta se cerró tras de ellos y miré a Víctor sentado a los pies de la cama con la cara entre sus manos. Llegué hacia él y acaricié su pelo deseando de nuevo su contacto.

—Lo siento Teresa. —dijo al fin después de unos agónicos minutos de silencio. —siento no haber parado cuando me lo dijiste.

—Víctor... ya dije que no quería parar, en realidad solo... no podíamos llegar a nada más por el simple hecho de que... bueno... -me sonrojé furiosamente.

¿Desde cuándo me daba vergüenza decir que estaba con la regla?

Víctor me miró y vi cómo se formaba un morado debajo de su ojo izquierdo.

—¿por el simple hecho de qué? —me instó a seguir.

—Estoy con... -suspiré. —el periodo. —cerré los ojos fuertemente sin querer ver su reacción.

Aun siendo una cosa tan absurda, me moría de vergüenza. Siento si cercanía en toda su altura. Y un cosquilleo en los labios me hace abrir los ojos para verlo muy cerca de mí. Tan cerca que su aliento choca contra mi nariz y labios. Él sonrío haciéndome perder la poca cordura que me queda.

—Así que si no estuvieras con la regla me hubieras dejado seguir... -susurró lamiendo mi labio superior.

—Sí... -murmuro cerrando los ojos inconscientemente.

—¿hasta dónde me habrías dejado llegar, Teresa? —su voz se torna un poco ronca y su respiración se acelera al tiempo que se acerca más a mi cuerpo.

—A todo... -mi voz de pito le da a entender cuál afectada estoy por él y a él parece divertirlo.

—¿a todo? —pregunta lamiendo mi labio inferior y mordiéndomelo después.

Siento morir. Juro que si no me estuviera agarrando, caería en redondo en el suelo y me quedaría como si fuera un charco inservible. Mis manos curiosas suben de su pecho a su nuca y lo agarro del pelo para acercarlo más a mí. Él se resiste con una sonrisa burlona jugando en sus gruesos y bonitos labios. Sus manos que están en mis caderas hacen que me dé la vuelta rápidamente pegando mi espalda a su torso. Aparta mi pelo a un lado y jadeo al sentir su boca donde mi pulso palpita furioso. Sus dedos acarician mis cortillas, provocándome la piel de gallina, por las cosquillas. Cuando roza el contorno de mis pechos gimo sin poder reprimirme por más tiempo. Las putas hormonas están revolucionadas y deseosas de contacto. Y él parece que quiere complacerlas.

Besa mi cuello dejando un camino húmedo para luego soplar y hacerme estremecer de pies a cabeza. Gimo su nombre pegándome a él.

Siento su sonrisa en la piel de mi clavícula y acaricio su pelo sedoso con mi mano derecha, incitándolo a seguir.

—Me estás matando... -susurro casi en un sollozo necesitado.

—¿quieres que pare?

—¡no! —respondo agarrándolo del cuello y enredando mis dedos en sus hebras rubias.

Su risa llena la habitación y me da la vuelta de nuevo para abrazarme. Inspiro su olor y su calor por lo que parecen horas. Hasta que él siente que ya es suficiente y me suelta.

—Teresa... no quiero hacerte daño. —dice ahora más serio y alejándose un poco de mí. —no puedo darte más que esto... -se señala así mismo con una mueca de asco.

—¿y te crees que es poco? —pregunto sintiendo como la furia y la impotencia bulle de mí. -¿te crees que tenerte no sería lo más maravilloso para mí? ¡deja el drama por el amor de dios! —grito exasperada.

Él me mira con el ceño fruncido y niega con la cabeza.

—Haremos lo de la fiesta benéfica... luego solo nos veremos cuando tengas que ver a Edu entrenar.

—¿me estás diciendo que se acabó? —pregunto con miedo a su respuesta.

—Nunca hubo...

—¿nada? —lo interrumpo al borde de las lágrimas. -¿nunca hubo nada? ¿es eso lo que querías decir?

—Teresa...

—Ni teresa ni pollas en vinagre. Estoy harta de tus desplantes y de tus menosprecios hacia ti. Estoy harta que seas un puto bipolar, que dos minutos antes, estaba besándome y tocándome como si su vida dependiera de ello. Estoy harta de que digas una cosa y tus ojos digan todo lo contrario. ¿Quién coño te crees para decidir por mí, sí quiero o no, estar contigo? ¿eh? —lo empujo haciéndolo sentarse en mi cama. Mis lágrimas corren por mis mejillas. —eres el hombre más frustrante que he conocido en mi vida... y para colmo eres el único que ha podido volverme el mundo patas arriba y el único que me hecho sentir algo que no creí que existía para mí.

Sus manos intentan tocarme, pero con un paso atrás, le doy a entender que ahora mismo no quería su toque; aunque mi cuerpo lo deseara con todas sus fuerzas. No podía dejar hacerlo de nuevo, no podía dejar que me tocara y que sintiera su calor, para luego

arrebatármelo.

—Si de verdad lo que me has dicho, es lo que quieres, genial. —me aparto las lágrimas con furia y veo como su rostro se contrae de dolor. —no me mires así...

ahora vete. Nos veremos en la fiesta y tranquilo... sabré hacer mi papel de loca enamorada. Total... es lo que soy. Una estúpida y gilipollas que se está enamorando de ti.

Se levanta y anda hacia mí y lo empujo con furia alejándolo de mí.

—¡vete joder! —sollozo con los dientes apretados. —no quiero que me toques y que después salgas corriendo de nuevo.

—Sabía que tarde o temprano esto pasaría. —murmura mirando un punto fijo en el suelo.

—¿el qué? ¿Qué me enamorara de ti? ¿pues sabes qué? —me miró con ojos brillantes. —era inevitable... desde que te vi, supe que eras mi puta perdición, pero al contrario que tú, no huyo. Afronto las cosas de cara. No te doy para luego quitarte. —señalo la puerta y Víctor coge aire para hablar. —no quiero que me digas más excusas, vete de mi casa.

Y con esas últimas palabras se va dejándome llorando a mares y hecha un ovillo en el suelo.

Los días pasan y doy gracias que es entre semana y no tengo a mi sobrino conmigo. No quería que me viera así, echa un desastre y llorando por los rincones. No me di cuenta hasta el día del cumpleaños de mamá, la magnitud de mis sentimientos por Víctor. Cada día es peor por qué sé que se acerca la fiesta benéfica donde lo veré y haré como si fuera su novia.

¿Por qué mierda se me ocurrió tal cosa? Esto sí que era puro masoquismo y lo demás tontería...

Mañana es el día. Es el día donde inevitablemente estaré continuamente pegada a él. Y lo más patético es que me llenaba de alegría poder besarlo las veces que quiera aunque sea solo por un día. Besar, tocarlo y tenerlo como si fuera mío y yo suya...

Y me puse a llorar de nuevo, mientras cortaba cebollas para el almuerzo.

Víctor

El despertador suena. No he podido dormir en toda la maldita noche y llevo mirando el techo de la habitación, por horas. Dentro de hora y

media estaré recogiendo a Teresa para ir a la dichosa fiesta benéfica, donde la prensa estará, gracias a una llamada “anónima” informándoles de que el increíble Víctor Sanz estará allí junto con su novia. Llevaba un año sin dar señales de vida, apenas hablé con mi familia solo para informarles de que estoy bien y que los echaba de menos. A menos eso era verdad... echaba de menos hablar con mi madre por las noches, sentado en el porche del jardín; echaba de menos a mi padre, aunque éste casi ni hablaba, por su enfermedad. Los echaba de menos terriblemente.

Me levanté de la cama y miré a mi alrededor. Sigo hospedándome en el hotel, ya parece como mi casa, pero aun así quiero mi propio hogar. No es que no tenga dinero para costearme una buena casa, la verdad es que estaba bastante bien económicamente... por lo menos ahora, que no tengo los malos hábitos de antes.

Muchas veces me he preguntado si volveré a caer en ese agujero donde me costó tanto salir... no es que lo pasara mal tampoco. Lo tenía todo y más. Me sentía libre, feliz y excesivamente animado a cada hora. Pero no podía ni mirarles a la cara a mis padres. Y menos cuando mi madre me decía: —¿qué ejemplo le estás dando a los niños que te ven como su ídolo? ¿qué pensará la gente que te admira? Te estás destrozando la vida Víc... y nos estás arrastrando a todos contigo.

Después de ese día me juré a mí mismo que no volvería a probar un gramo.

Fue duro, meses en los que ni comía pensando en saciar mi ansiedad con cualquier estupefaciente. En los que casi ni hablaba con los demás internos.

Meses de vergüenza y de llanto pensando en mis padres. Porque no solo caes tú... caen los que te quieren, contigo.

Revuelvo mi pelo exasperado y con la ansiedad extendiéndose por mi cuerpo.

Por esta razón no quería involucrarme con ella. Por esta razón no quería formar parte de la vida de Edu. ¿Quién querría a alguien que tiene ataques de ansiedad repentinos, por pensar en drogarse de nuevo? Aunque muy bien sé, que no sería capaz de volver a hacerlo. Solo ver una aguja hace que mi corazón lata dolorosamente y el sudor perle mi piel tan solo de imaginármelo. No quiero volver a caer, pero si resulta ser el caso... no quiero a nadie a mi lado al que pueda arrastrar. Y desde luego no quiero que esa persona sea Teresa. Esa mujer que sin quererlo me ha calado

hasta los huesos. Toda ella seduce sin siquiera ser consciente de ello. Su cuerpo, su boca, sus ojos... todo de ella me llama hasta convertirme en un ser inservible, en un títere, manejado por ella a su antojo.

Me ducho queriendo mentalizarme en lo que hoy ocurrirá. No quiero enamorarme de ella más de lo que estoy. No sé cuándo mierda ocurrió o si es solo obsesión. Lo que sé es que no consigo sacármela de la cabeza y no consigo borrar las huellas que deja en mí. Cada beso o caricia fue tatuado en mi piel. Y

hoy se sumarán más a la lista.

—era inevitable... desde que te vi, supe que eras mi puta perdición, pero al contrario que tú, no huyo. Afronto las cosas de cara. No te doy para luego quitarte.

Sus palabras me hieren más de lo que quiero admitir. Me dijo que estaba enamorada de mí y yo simplemente me quedé callado como un imbécil asustado.

Tiene razón en todo lo que me dijo. Huyo de esto... no puedo afrontar una cosa, que en cierto modo, no sé si se me escapará de las manos. Estuve a punto de perder a mis padres, mi casa, mis cosas... todo por un maldito vicio que sin saberlo se volvió necesidad. No quería enamorarme de nadie, para luego perderlo. Y sé que tener a Teresa para luego perderla sería mi fin.

Me visto con un polo de color celeste y unos vaqueros desgastados junto con mis botas. Estaremos en el río por lo que hará calor y el terreno será fangoso.

Agarro mi móvil y las llaves de mi coche y me voy a buscar a Teresa. En cuanto estoy dentro de mi coche, me coloco mis gafas de sol y una gorra roja, para no captar la atención de la gente y pongo en marcha el coche. En cuanto llego a su casa aparco y me quedo unos minutos preparándome y asimilando lo que ocurrirá a partir de ahora. Cuando ya estoy lo suficientemente preparado, salgo y llamo a la puerta esperando a que la rubia que ocupa mis sueños salga y me haga morir solo con mirarme.

La puerta se abre y ya mi corazón parece que deja de latir esperando impaciente a verla.

—Buenos días. —saluda monótonamente sin siquiera mirarme, cerrando tras de sí y caminando hacia mi coche.

Me quedo parado observando cómo se va sin poder remediar una gran desilusión. Lleva su pelo recogido en un moño desordenado que

le hace ver sexy, a la vez que adorable y tierna. Unos vaqueros ceñidos a su perfecta figura curvilínea y una camisa blanca con flores azules.

Está tan preciosa...

Ando hacia el coche y me siento en mi asiento. De repente la tensión es palpable entre nosotros mi sangre fluye hirviendo por mis venas. Mi deseo incrementa en cuanto percibo su aroma envolverme, como una dulce tortura.

—Buenos días... -contesto a su saludo solo para decir algo.

Ella no me mira, sigue mirando al frente mientras yo arranco y nos vamos. El silencio me estaba matando y sabiendo que eran tres cuartos de hora de viaje, me ponía más ansioso e histérico.

—¿Cómo está Edu? -pregunto algo que me parece un tema neutral.

—Bien, lo viste ayer ¿no? -contesta con voz fría apoyando un codo en el marco de la ventanilla y dejando caer la frente en su puño.

—Sí. Cierto. -digo suspirando. -estás muy guapa.

—Aún no estamos delante de las cámaras Víctor, puedes ahorrarte las palabras cariñosas en cuanto estemos en frente de una.

Aprieto el volante fuertemente. Me estaba poniendo de los nervios su actitud seca. Y no sabía cuánto quería besarla hasta dejarla inconsciente y así quitarle esa sequedad a las malas.

—¿ahora resulta que no podré decirte que estás guapa?

—Sí. -responde ella con voz firme.

—¿puedes dejar la tontería? Me estoy cansando.

Una risa despectiva sale de su boca y niega con la cabeza aun mirando hacia la carretera.

—Yo también estoy cansada de la tuya.

Esa es su respuesta y la última frase que compartimos hasta llegar a la fiesta del río.

Cientos de personas andan animada de aquí para allá comiendo helado o disfrutando en los juegos que allí pusieron. Aparqué en un lugar poco apartado por si teníamos que huir en algún momento y apagué el coche. Nunca se sabe lo que puede pasar. Y allí estaban. Periodistas de todos los canales esperaban por la exclusiva y me entraron ganas de vomitar por tener que enfrentarlos.

—Bueno. -dice Teresa. -que empiece el show mi amor. -sonríe y se acerca a mí decidida.

Reacciono tarde cuando sus labios se presionan sobre los míos y su

mano agarra mi nuca para atraerme más hacia ella. Abro su boca con ayuda de mi lengua y empiezo a saborear cada rincón de su cavidad bucal con ansia.

Entonces hace palanca con sus manos en mi pecho y el beso se rompe.

Dejándonos jadeantes y necesitados el uno por el otro.

—Vámonos. Ya tienen la primera foto. —murmura esquivando mi mirada de nuevo.

Pestañeo confuso y miro al frente donde fotógrafos, periodistas y cámaras de televisión nos observan extasiados y felices por haber conseguido su portada. Mi mandíbula se apretó con furia, no por la prensa, si no por cómo me sentí al saber que ese beso ha sido falso y que solo lo hizo cuando las cámaras nos grababan.

No podía imaginarme como sería el resto del día. Si ahora me sentía como una mierda, luego sería un auténtico desecho humano y con el puto corazón roto.

Capítulo 20.

Víctor

La mano de Teresa se entrelazó con la mía en cuanto entramos en el recinto cerrado por vallas. Sentía cada mirada puesta en mí y no me hacía fácil actuar normal. Hace tanto tiempo que no causo éste efecto, de estrella del Rock, que me siento como un león enjaulado deseando correr lejos de todo. Un apretón en mi mano derecha me hizo desviar la mirada hacia Teresa, que me miraba con una gran sonrisa falsa. Todo lo que la quería y ahora la odiaba profundamente.

—¿quieres sacarte el maldito palo del culo y sonreír? se supone que somos una pareja feliz y enamorada que viene a una fiesta benéfica a ayudar a las familias. Pareces como si fuéramos camino a nuestra ejecución. —murmura entre dientes sin dejar de sonreír falsa y exageradamente.

—Tú no sé, pero yo me siento así. Muerto.

Su sonrisa cayó un poco, pero se recompuso en seguida, cuando su radar captó algo frente a nosotros. Un chico de pelo castaño, aproximadamente de la edad de Edu, me miraba con una gran sonrisa y ojos brillantes. No pude evitar sonreír.

—eres Víctor Sanz ¿verdad? —pregunta con emoción.

—Sí, soy yo. —le sonrío y le revuelvo el pelo haciéndolo reír.

—¿quieres participar en el partido de fútbol?

Me tenso en cuanto me dice eso. No juego desde que me lesioné y no creía posible que mi pierna me dejara siquiera correr más de tres minutos.

—Lo siento cariño —habló Teresa poniéndose en cuclillas a la altura del pequeño. —Víctor no podrá jugar por un tiempo, se cayó montando la piscina en casa y ya sabes... —el niño rió junto con Teresa. —no se lo digas pero... es un poco torpe. —susurra la última parte lo suficientemente alto para que yo también lo escuche.

El niño suelta una risilla y me mira con diversión.

—¿Podrías ser el árbitro? —probó ésta vez con cara de cachorrito. —no habrá agua en el suelo para que resbales... —se mofa haciéndonos reír a mí y a Teresa.

—Está bien, seré vuestro árbitro. ¿a qué hora será ese gran partido?

—¡bien! —celebró el niño lanzando un puño al aire. —será después de almorzar.

—De acuerdo.

El niño se fue corriendo para contarles a sus amigos y yo miré a Teresa con una sonrisa agradecida.

—Gracias.

Ella solo me sonrió un poco y tiró de mí para seguir andando. Nos topamos con dos periodistas los cuales me preguntaron las mismas cosas. ¿Quién es ésta mujer? ¿Es su novia? ¿Cómo es que se conocieron? ¿Dónde se ha metido éste último año? Teresa se comportó como toda una novia enamorada y yo no pude más que sonreír y disfrutar de su cercanía, aunque ésta, fuera falsa. Saludamos a cada familia que allí se encontraba disfrutando de un buen día de campo. Sus historias eran realmente conmovedoras y fue imposible para mí, no ayudar. Y

tuve que tragar el nudo de emociones que se me formaba en la garganta al ver a esas personas agradeciéndome por ayudarles. Personas que han perdido sus casas y que ahora viven ilegalmente junto con sus hijos, con miedo a que alguien los eche a patadas cualquier día. Gente que no tiene para comer ni para comprar medicinas, para cuando enferman. Bebés, que beben leche rebajada en agua, por no poderles comprar una mísera caja de leche.

Teresa no era tan dura a la hora de retener sus sentimientos. Cada historia que contaban, hacía que ella llorara y abrazara a cada miembro de la familia dándoles apoyo. Y yo pude notar como me enamoraba de ella un

poquito más.

Era tan adorable y maternal. La imagen de ella llevando mi bebé en su vientre, me hizo aguantar la respiración. Nunca tuve esos pensamientos con nadie. Nadie supo sacar ese lado de mí. Tampoco es que me dejara demasiado, ya que aunque me muera de vergüenza decirlo, era un asqueroso mujeriego que jugaba con las mujeres buscando su propio beneficio. Saciarse.

—Víctor... -me llamó Teresa.

Desvié la mirada de la tirolina que montaron de árbol a árbol y la miré.

—¿qué?

—Nos están grabando. —dijo mordiéndose el labio inferior.

Me dispuse a mirar donde estaba la cámara, pero sus manos acunaron mi rostro y me acercó a ella hasta que nuestros labios quedaron pegados. Me apoyé en el árbol tras de mí, arrastrándola conmigo. Sus manos se enredaron en mi pelo acariciando mi cuero cabelludo para luego arañarlo y atraerme más hacia su boca. Gemí haciendo que mi gemido se perdiera en su boca y la abracé fuertemente no queriendo dejarla ir.

Era tan maravilloso sentir su cuerpo pegado al mío.

Cómo voy a poder separarme de ella ahora, si siento que si me suelta, caería muerto en el suelo. No sé si son locuras mías o no, pero lo que sé, es sus besos son adictivos y contra más la beso más quiero besarla. Así hasta que nuestros labios se cansen y estén tan hinchados que casi no pueda hablar.

Su lengua entra en mi boca aumentando la pasión y me olvido de todo. Me olvido del mundo y de lo que nos rodea y solo me concentro en ella. En sus manos delicadas que ahora acarician mi torso pellizcando mi ropa para atraerme hacia ella más aún. Queriendo meterme en su interior. Y yo como adicto a ella me dejo guiar. El beso se torna febril y mi cuerpo arde. Mi sexo se siente dolorido empujando contra los vaqueros y jadeo cuando pega su pelvis a la mía haciendo fricción. Estoy a punto de tirarla al suelo y hacerle el amor, cuando se separa de mis labios, permitiéndonos coger aire desesperadamente. Sus pestañas revolotean hasta que abre los ojos y puedo ver sus pupilas dilatadas por la excitación, sus labios húmedos e hinchados y sus mejillas arreboladas haciéndola la cosa más hermosa que pueda haber en este mundo.

Recargo mi frente en la suya y cierro los ojos respirando de ella. Su olor está en mí y no tengo fuerzas para dejarla ir.

—A esto le tenía miedo... -susurro más para mí que para ella.

Pero sé que me ha escuchado. No obstante, se queda callada y acaricia mis mejillas con mimo y delicadeza. Dándome cariño, ésta vez, verdadero. Pude sentirlo por cómo su corazón latía descocado y sus ojos brillaban mirándome con intensidad.

—No había ninguna cámara... -susurró dándome un pequeño beso en los labios.

—¿qué? —pregunté, porque realmente no me había enterado por estar tan ido y con mis pensamientos en otro lado, más especialmente en las sensaciones de tenerla pegada a mí.

—Ya me escuchaste... -se quejó dándome un manotazo en el pecho.

Yo reí un poco y agarré sus mejillas para atraerla hacia mi boca para otro corto beso.

—No, no te escuché... me has dejado en un estado lamentable aquí. Soy un hombre excitado, mujer. —beso de nuevo esos preciosos labios y ella sonrío.

Mi Teresa ha vuelto.

—Que no había ninguna cámara grabándonos o apuntándonos. Por lo menos que yo haya visto. Solo me apetecía besarte Víctor. Lo siento. —su mirada se desvía de mis ojos y mira un punto fijo en mi camiseta.

—¿me pides perdón por querer besarme? ¿significa eso que yo que estoy pensando cada día en besarte, te tengo que pedir perdón por ello? Ya sé que soy un gilipollas a veces y un bipolar...

—Oh sí... -rebate ella con una sonrisa mirándome de nuevo.

—Me lo haces verdaderamente difícil Teresa Müller.

—Pues anda que tú... -se mofó acariciando mis manos que aún seguían tomando su cara.

—¿me perdonas?

—¿qué cosa? —su ceño se frunce en confusión.

Me acerco a ella y le robo un beso haciéndola tropezar con sus propios pies y que caiga apoyada en mi cuerpo. Muerdo su labio inferior antes de soltarla y susurro: —Por besarte.

La hora del almuerzo fue anunciada por un megáfono sostenido por una pequeña niña rubia y fuimos hacia las grandes mesas donde toda clase de comida, se podía degustar. Filetes, frituras, patatas, fruta, guisos, pescado... yo era como amante de la pasta y me serví un buen plato

de tallarines a la carbonara. Teresa optó por coger patatas, salchichas y huevo, fritos.

—Como se nota que eres alemana... -me burlo pinchando su costilla para hacerle cosquillas.

—Soy solo medio alemana. Aunque sí, me encantan las salchichas. —gimió metiéndose un trozo haciendo de la comida, una actuación verdaderamente excitante.

—No juegues con fuego... -amenacé en su oído.

Pude ver como la piel de su cuello se erizó y me sentí orgulloso por lo que le hago a su cuerpo.

—Lo malo es que deseo quemarme... -susurra de vuelta caminando a mi alrededor para hablar con una de las mujeres.

Cojo aire y lo suelto lentamente. Hemos hablado de no fingir más delante de nadie. Decidimos ver qué pasa a partir de ahora y aunque me muero de miedo, lo intentaré. Intentaré no pensar en lo negativo y disfrutar del momento junto a ella.

Por lo pronto podré besarla cuando me venga en gana, tanto como ella a mí. Y

podré visitarla cuando me plazca. Al igual que podré tocar cada centímetro de ella, cada vez que la necesite. Y lo más seguro, es que la necesite siempre.

Alguien toca mi brazo llamando mi atención y me doy la vuelta viendo al niño de antes.

—El partido va a empezar. —anuncia emocionado.

—Vale, preparadlo todo. Voy a avisar a mi novia.

El niño se fue corriendo y sonreí al ver a sus amigos saltar de alegría mientras él le daba la noticia.

—Así que... novia.

Sonrí como un tonto sintiendo sus manos en mi espalda.

—¿algún problema?

—Ninguno... -susurró en mi oído.

Me dio un beso en la comisura de mi boca y me dio un azote juguetón antes de decir:

—A por ellos, tigre.

Me reí a la vez que caminaba hacia los niños donde la gente se concentraba para ver el partido. Una mujer me tendió un silbato, lo puse en mis labios y silbé fuerte.

—Que empiece el partido.

El equipo de Raúl, el niño castaño, iba ganando por dos goles. He de decir, que jugaban con uno menos, ya que el otro equipo le hizo falta y salió cojeando.

Jugaban tremendamente bien y deseé que mi equipo estuviera aquí, jugando con ellos. Edu, de seguro, sería el más concentrado y marcaría los goles con elegancia.

Teresa animaba desde la valla humana, con dos pompones hechos de tiras de bolsas de plástico y yo sonría como un tonto al verla tan emocionada.

El partido acabó y el equipo de Raúl resultó claro ganador con un tres a cero.

Celebraron la victoria como todo niño haría: comiendo golosinas y hartándose de correr correando “campeones” por todo el lugar.

—No sé si me pones más de árbitro o de entrenador... -ronronea Teresa en mi oído causándome piel de gallina.

—Soy tremendamente bueno en ambas... -contesto arrogante hinchando el pecho con exagerado orgullo.

—Mmm... quizás luego te deje darme órdenes.

Su labio queda atrapado entre sus dientes y cuando voy a besarla, alguien toca mi hombro, haciéndome bajar del cielo.

—Disculpa. Es Víctor Sanz ¿verdad?

Me doy la vuelta en cuanto veo el ceño fruncido de Teresa, mirando a la chica a mi espalda. Y puedo decir que era realmente guapa. Su pelo negro largo, brillaba con el sol y sus ojos de un color entre marrón-azulado haciéndolos ver grises, te hacen querer mirarlos fijamente. Su cuerpo es estilizado y su estatura relativamente alta, contrarresta la juventud de su rostro. Podría ser de diecisiete años como hacerse pasar por una de veinte, sin ningún problema.

—¿hola? —mueve su mano por delante de mis ojos. —ya sé que soy guapa y todo eso, pero resulta un poco molesto para tu novia. Ya que poco le falta para sacarme los ojos y hacer malabares con ellos. —bromea mirando de reojo a una Teresa ceñuda.

—Emmm... sí. Soy Víctor. ¿y tú? —extiendo la mano para saludarla y ella me la estrecha con un firme apretón.

—¡wao! O sea... ¡muero! Bueno... dejaré la adolescente a un lado y me comportaré como la redactora del periódico estudiantil, que soy. —

carraspea y se endereza haciendo resaltar su delantera.

Un golpe en la nuca me hace quejarme. Miro a Teresa y me recrimina mi comportamiento con la mirada.

—Solo serán unas pregunta, cuatro, a lo sumo. —levanta la mano derecha. —lo juro.

—Claro. —respondo con una sonrisa amigable. Temiendo la furia de mi querida “novia”

—Bien... vamos a sentarnos allá. Se estará más tranquilo. —habla la morena andando por delante de nosotros.

—¿Cómo no dejes de mirarla así, te corto las pelotas? —amenaza Teresa haciéndome tragar duro.

—No estoy haciendo nada... —me defiendo esquivando otro golpe que sin duda iba a mi nuca. —bueno, lo siento. Solo es una chica linda.

—¿una chica linda? —dice entre dientes. —podría ser tu hija, degenerado. — contesta enfadada entrecerrando sus ojos.

—Das miedo...

Teresa me contesta con un gruñido y vamos hacia donde la chica morena se sienta en el pasto. Ambos hacemos lo mismo y espero a que la chica empiece con la entrevista.

—Bien, antes que nada me llamo Lara. Lara Domínguez. Como ya dije trabajo en el periódico estudiantil del instituto Paulo Coelho y había venido a entrevistar a las familias desfavorecidas, ya que es un tema actual e importante.

Pero me dijeron que usted estaba por aquí con su novia y no me pude resistir.

Seguro que mi redacción dará de que hablar entre el alumnado.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto claramente confuso.

Ella sonrío y ladea la cabeza.

—¿Cuántos me hechas? —pregunta con cara pícara. —años, quiero decir. — suelta una risita graciosa.

—Eres muy suelta, tú ¿no? —le reprocha Teresa con claro malestar hacia ella.

—Lo siento —dice la chica sonriéndole avergonzada. —solo es que a veces se me olvida ponerme el filtro entre el cerebro y mi boca. Y contestando a tu pregunta tengo dieciséis.

—¡wao! Pareces mayor hablando así.

—Sí, me lo suelen decir mucho. Puede ser porque me encantan las

letras.

Escribir y leer son mis pasiones. Y eso culturiza, que te cagas.

Ríe a carcajadas y Teresa no consigue retener la risa tampoco.

—¿puedo hacerte unas preguntas?

—Claro, dispara.

—¡noooo! No quiero matarte... -abre los ojos desorbitadamente y empieza a reír a continuación.

Ahora si parecía una adolescente.

—Bueno, ya paro. -carraspea y se acomoda bien, abre su libretita roja y apoya el bolígrafo en la hoja en blanco. -¿echas de menos el jugar?

Suspiro antes de contestar con la verdad.

—Sí, amo el futbol. -contesto sintiendo la mano de Teresa entrelazarse con la mía en símbolo de apoyo.

—¿te gusta ser famoso?

—Pues... antes sí. -suspiro. -antes me encantaba eso de ser el centro de atención, cuando la gente me señalaba y decía: “mira ahí va Víctor increíble Sanz” ahora simplemente no quiero ser señalado.

—¿es verdad que caíste en... -frunce los labios y antes de que lanzara la pregunta ya sabía qué era lo que me iba a preguntar.

—Sí... es lo que me hacía perder la cabeza y por lo tanto, no pensar en que ya no seguiría jugando fútbol.

—¿y... estás recuperado?

—Sí. Completamente.

La sonrisa de Lara regresó a su rostro y le sonrío de vuelta.

—¿tienes hermanos o hermanas?

Niego con la cabeza y sonrío.

—Soy hijo único.

—¿nunca quisiste tenerlos? -pregunta al acabar de apuntar la anterior respuesta.

—Pues no. Tenía todos los mimos para mí. -reí haciéndoles reír a las dos.

—¿tienes alguna debilidad, punto débil?

Sonrío y miro de reajo a la rubia junto a mí.

—Sí, mi novia.

—Awww.... Sois tan sumamente monos... -miro a Teresa y ésta me da una gran sonrisa dejando ver sus perfectos dientes. -¿qué me dices de tu familia?

¿hablas mucho con ellos? -pregunta Lara haciéndome desviar la

mirada hacia ella.

—Bueno... -me rasco la nuca, nervioso. -menos de lo que quisiera.
Teresa besa mi cuello y me abraza.

—¿quieres tener hijos?

Me quedé con la voz atascada. No sabía que contestar en esa pregunta.

Sinceramente no había pensado mucho en eso de ser padre. Quitando la rápida visión de Teresa embarazada. Así que contesté lo primero que pensé.

—No lo sé.

Los ojos y la boca de la chica se abrieron en estupefacción.

—¿pero por qué? Tienes unos malditos buenos genes. Tus hijos serán bellos y preciosos.

—Bueno, lo pensaré. -digo ahogando una risa.

—¡genial! Me pido ser madrina de uno de ellos. -levanta la mano emocionada y reímos a carcajadas por sus ocurrencias.

Me cae bien ésta chica.

—Bueno, última pregunta. ¿qué haces actualmente?

El miedo me recorre de pies a cabeza y pienso antes de decirle cualquier cosa.

No quería que me atosigaran junto con mi equipo; eran niños y no quería meterlos en eso. Pero viendo a Lara con su sonrisa aniñada y sus ojos dándome confianza, contesté.

—Te lo diré si me juras no poner esa pregunta en el periódico. Sé que tarde o temprano lo sabrán pero... prefiero más tarde que temprano.

Ella parece sopesarlo y después de unos segundos agarra mi mano encima de mi pierna y con una sonrisa, asiente.

—Entreno a niños en el polideportivo.

—¡wau! ¿me dejas ir algún día?

—Claro. -contesto sonriéndole.

Después de la entrevista con Lara, Teresa y yo jugamos en los juegos, riendo y divirtiéndonos con los niños y los padres. Sin darnos siquiera cuenta, la noche cae y los farolillos y focos alumbran el lugar. El río se veía hermoso con la luna reflejada en él. Respiré hondo haciendo que el olor a salitre y carne asada se cruzasen.

Unos brazos me envolvieron por la espalda y acurruqué mi cara en su

cuello oliendo su olor ya demasiado familiar para mí.

—es bonito ¿verdad? —comenta ella besando mi mejilla.

—No tanto como tú.

Ella rió y me pellizcó el trasero.

—No seas cursi.

—¿no te gusta que lo sea?

—Mmm... bueno sí. Pero me gustabas más con tu pose seria e intimidante.

Me doy la vuelta para encararla y ella pasa su dedo índice acariciándome del cuello, hasta los abdominales, haciendo que mi cuerpo se tense a la espera de su próximo movimiento.

—Hacías que se me mojaran las bragas solo con una de esas miradas transparentes e intimidantes. —susurra acercándose a mí, peligrosamente.

—No sigas... me pondrás en evidencia delante de todos.

Ella sonrió y su mano bajó hasta la cinturilla de mi pantalón haciendo que mi respiración se atore en mi garganta.

—Perdón si interrumpo.

Teresa se dio la vuelta para ver quién era y yo miré sobre su hombro. Una mujer de pelo corto y rojizo, nos miraba con una sonrisa.

—Tenemos tiendas de campaña por si os quedabais a dormir. Hay una de sobra allí en el embarcadero.

—Gracias. —contestó Teresa.

Cuando la mujer se fue ella me encaró con su labio atrapado entre sus dientes y mirada brillante.

—Eso significa que dormiremos juntos, solos, en un espacio relativamente reducido... —ronroneó acercándose tanto que nuestros torsos se tocaban.

—Me estás volviendo loco aquí... —susurro oliendo su pelo y acariciando sus caderas por debajo de su camisa.

—Pues no sabes lo que te espera...

El silencio reinaba la arboleda, dando paso al sutil susurro del agua en movimiento, por la suave brisa. Teresa y yo estábamos sentados en el suelo del muelle, viendo la luna reflejarse en el agua. Mis brazos la rodeaban al completo y sus manos acariciaban mis piernas por encima del pantalón. Pronto nuestros labios se encontraron y empezamos a besarnos

suavemente disfrutando de la calidez del otro. El sabor de su boca me embriagó tanto, que tuve miedo de desmayarme. Sus manos acariciaron ésta vez, mi cara como intentando memorizarla. Mordí su labio inferior arrancándole un precioso gemido, que hizo que mi cuerpo reaccionara de la forma más primitiva. Gruñí cuando su mano derecha se adentró dentro de mi camisa y arañó mi piel. Se colocó de rodillas entre mis piernas y procedió a quitarme el polo, hasta dejarme con el torso desnudo. Sus ojos no dejaban de mirar mi cuerpo, brillantes y anhelantes. Yo procedí a hacer lo mismo con ella, necesitaba verla. Cuando quedó en un fino sujetador amarillo jadeé sin poder apartar la mirada de esos pechos, bien formados y preciosos. Su piel se puso de gallina cuando descendí mi boca a lamer el monte de sus senos con apreciación y gozo. Sus manos agarraban mi pelo fuertemente incitándome a seguir. Su sujetador corrió la misma suerte que su camisa, quedándose gloriosamente desnuda de cintura para arriba.

Sus manos temblorosas trabajaron con mi pantalón, mientras me besaba con fervor. Mediante nos deshacemos de nuestra ropa por completo, la miré a la luz plateada de la luna.

—Eres la criatura más hermosa que han visto mis ojos...

Agarrando mi mano me llevó con ella adentrándose en el río. Pude comprobar mediante mis pies se zambullían, que el agua estaba helada, pero me daba igual.

Si mi Teresa quería bañarse, nos bañaríamos.

El agua nos cubrió hasta la cintura y la atraje hacia mi calor, para besarla.

Estábamos temblando ya sea por el frío o por la necesidad del uno al otro. Sus piernas se enredaron en mis caderas haciendo que nuestros sexos encajaran superficialmente, arrancándonos gemidos de placer.

—Víctor... -gimió en mi boca moviéndose sobre mí.

—No me pidas que pare... -murmuré con voz enronquecida.

—Jamás te diría que parases... -gime dándome besos mariposa por los labios y mi cara. —solo no recordaba lo grande que eras...

Reí un poco e impulsé mi pelvis haciendo que nuestros sexos desnudos se frotaran entre sí.

—Me hiciste muy difícil el no tirarme encima de ti, al verte vestida con aquel conjunto.

—Ya vi como a tu amiguito... también le gustó la idea...

Su boca me calló cuando iba a decir algo más y seguí besándola hasta quedarme sin aire en los pulmones. Necesitaba estar en su interior lo más pronto posible.

—Necesito estar dentro de ti...

—Pues... hazlo...

Y de una sola estocada me adentré en su interior. Quedando rodeado por su calor. Gemí al mismo tiempo que Teresa ahogaba un chillido en mi hombro. Iba a preguntar si le hice daño pero al ver como adelantaba sus caderas haciéndome entrar y salir de ella, me convencí de que estaba perfectamente bien. Sus jadeos aumentaron de intensidad a medida que me iba moviendo en su interior provocando el placer mutuo. Mordí su cuello cuando un espasmo involuntario me hizo dar una investida, amenazándome con acabar. No quería que acabara nunca, pero puestos a que llevaba un año y medio sin tocar a una mujer, se me hacía terriblemente difícil.

—Teresa... voy a correrme y... no nos estamos protegiendo. —mi voz sonaba entrecortada mientras mis caderas iban y venían solas arremetiendo contra ella sin descanso.

—Sí lo estamos... tengo un Diu. Así que como te atrevas a...

No la dejé acabar y la llevé fuera del agua recostándola en la madera del muelle. La brisa fresca arreció nuestros cuerpos húmedos, pero no me importó.

Impulsándome cada vez más fuerte le hice el amor a Teresa como nunca antes a nadie. Sentía la conexión mágica entre nosotros. Miré su cuerpo debajo del mío, maravillado. Su piel brillante por las perlas de agua, sus ojos cerrados y sus gemidos cada vez más fuertes, hicieron que fuera mi fin. Con una fuerte embestida sentí como su cuerpo se tensaba y arqueaba recibiendo su orgasmo. Y

la seguí... un gruñido gutural es lo que salió de mi garganta en cuanto me vacié en su interior.

—¡por dios y la virgen santa! —exclamó Teresa con ojos cerrados y quedándose laxa y sin fuerzas ni para abrir los ojos.

Mi risa salió quejumbrosa ya que no podía ni soportar mi propio peso. Me hice a un lado, cayendo a su costado y ella se abrazó a mí enredando su pierna entre las mías.

—¿Cómo voy a soportar estar lejos de ti ahora?

Capítulo 21.

Teresa

Una sonrisa curvó mis labios a la vez que lo apretaba más entre mis brazos.

Mi piel estaba completamente erizada incluso temblaba por la brisa fría que soplaba. Sus manos acariciaban mis brazos intentándome dar el calor que necesitaba, pero aunque estuviera a punto de morir de pulmonía, no quería alejarme de él ni un centímetro. Su pregunta me hizo extremadamente feliz, porque significaba que no me dejaría. Sentí sus labios húmedos y cálidos en mi frente y cómo suspiraba cogiendo todo el aire que podía para luego soltarlo poco a poco. Como si quisiera retener mi olor lo más tiempo posible.

—Pues no te alejes. —le respondí luego de unos minutos de silencio.

No me paré a pensar que si alguien podría habernos oído mientras hacíamos el amor. Y ni si quiera pensé que había niños durmiendo con su familia en aquellas tiendas alejadas de nosotros.

—Me sería jodidamente difícil alejarme ahora habiendo experimentado que se siente estar dentro de ti. Sentirte tan cerca...

Me abrazó más apretadamente para luego soltarme un poco e intentar levantarse llevándome consigo. En cuanto me puse de pie, fui consciente de algo caliente deslizándose por mi pierna derecha.

—¿crees que soy un cerdo por gustarme ver mi orgasmo corriendo por tus piernas? —dijo mordiendo su labio inferior.

Reí un poco y le palmeé el pecho.

—Eres un perverso y un hombre de las cavernas... pero me gustas así.

—Mmm... -ronroneó atrayéndome hacia él por la cintura. -¿de qué más maneras te gusto? —besó mi cuello haciéndome cerrar los ojos y suspirar.

—D-de todas... -gemí cuando mordió mi cuello, donde mi pulso latía furioso.

—Cariño estoy pensando en que tenemos una preciosa tienda de campaña esperándonos. Y no paro de imaginarme en cuantas posiciones diferentes podría hacerte mía.

—¡oh dios...! —jadeé cuando su dedo se introdujo en mí para luego sacarlo por completo dejándome una sensación de vacío insoportable.

Agarró mi mano y cogió nuestra ropa del suelo para luego andar bosque a través.

—¡auch! —me quejé cuando las piedrecitas y ramas me hacían daño

en los pies.

Víctor se agachó y me cogió cual saco de patatas, haciéndome chillar de la sorpresa. Su mano impactó fuerte en mi nalga derecha.

—Despertarás a todo el mundo... -susurró.

Y para darle más énfasis a sus palabras volvió a palmearme el trasero, haciendo que me removiera en su hombro intentando bajar.

—Deja de golpearme Víctor... -susurré devolviéndole el golpe a su perfecto y firme trasero que se encontraba justo en mi cara.

Él se rió y sentí como su palma acariciaba mi nalga dolorida y descendía hasta tocar mi sexo desde atrás.

—Pues veo como a tu cuerpo le gusta que lo haga... ¿no me digas que eres una de esas que les va el rollo Cristian Grey y todo eso...? -dijo divertido mientras adentraba un dedo dentro de mi sexo y luego otro.

Gemí sin poder decir palabra alguna. Tanto por estar boca abajo, donde me hacía verdaderamente difícil incluso tragar y por lo que sus maravillosos dedos hacían. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando apartó su mano y me bajó.

Quise tanto golpearle, como gritarle de todo menos bonito, por parar en el momento justo. Pero sus labios me callaron y sus manos agarraron mis mejillas reteniéndome.

—Vamos... -murmuró abriendo la tienda y empujándome un poco para que entrara.

Menos mal, que antes de que fuéramos al río montamos la tienda e inflamamos un colchón que nos prestaron para no dormir en el duro suelo. Como también unas sábanas para taparnos por si la noche refrescaba.

Caí de rodillas en el colchón y miré sobre mi hombro, como el gran hombre a mi espalda cerraba la tienda. Su culo desnudo y perfectamente firme me hizo babear. Hasta incluso me entraron ganas de morderlo hasta cansarme.

—Tienes el mejor culo que he visto en mi vida... -susurré sin apartar la mirada de él.

Víctor rió bajo y se dio la vuelta habiendo asegurado la cremallera y se posicionó de rodillas detrás de mí. Gemí cuando sus manos apretaron mi trasero.

—También puedo decir lo mismo... -sus ojos brillaban al igual que su pelo aún húmedo y parte de su cuello y torso.

Me hizo poner en cuatro, dejando mi culo en pompa para gusto de él. Un jadeo entreabrió sus labios. Una sonrisa de suficiencia curvó mi boca y en un intento de hacer las cosas más calientes, me atreví a mover mi culo sensualmente y pude decir que quedó un poco hipnotizado. Ya que sus ojos seguían mis movimientos y su boca seguía soltando el aire irregularmente. Me incliné hacia delante haciendo que mi culo se quedara más arriba y abrí mis piernas dejándole ver mi sexo anhelante por él.

—¡mierda! —dijo entre dientes.

Se abalanzó sobre mí introduciéndose de una vez. Mi grito quedó amortiguado por la sábana y mordí la tela cuando empezó a moverse bruscamente dentro de mí volviéndome loca. Sus manos agarraron mis pechos, amasándolos y pellizcando mis pezones mientras susurraba cosas incoherentes y sin sentido. Los golpes de nuestros cuerpos golpeando al unísono me pusieron a mil, sin contar como su boca lamía, mordía y besaba mi espalda entre palabras obscenas.

—Me vuelves tan loco... no podré controlarme mucho tiempo solo de pensar cómo se siente al estar... -me embistió con fuerza haciéndome chillar de placer.

—así...

—Víctor... despertaremos... a...

Una nueva embestida brusca, me hizo callar y llegar al orgasmo sin esperármelo. Temblaba como nunca y mis brazos no aguantaron mi peso por mucho más. Víctor percatándose de ello, salió de mí y me dio la vuelta quedando cara a cara. Me volvió a penetrar en cuanto estuvo acomodado entre mis piernas y jadeamos a la vez, por las múltiples sensaciones de nuestros sexos unidos de nuevo. Sabía que iba a ser jodidamente bueno en esto. Sabía que el muy puñetero follaba como un actor porno... pero lo que creía, a lo que era, había un trecho grande. Era tan perfecto. Su boca entreabierta dejando escapar el aire a trompicones, su ceño fruncido, sus brazos fuertes y el doble de grandes sosteniendo su peso. Su torso perlado de su sudor... y ese abdomen con sus putos abdominales marcando el ritmo; tensándose y destensándose al compás de sus arremetidas. Sin hablar de tan magnífico aparato que estaba empalándome hasta el fondo. Si creí verlo enorme la vez que me confundí de habitación...

ahora que lo veía en todo su apogeo, grande y duro... puedo decir que era monstruosamente enorme. Lo que hacía que mi vientre se

contrajera deliciosamente cada vez que arremetía contra mí. Cada empujón era un mini orgasmo que me atravesaba y mis gemidos entrecortados lo corroboraban.

No podía pensar más que en el placer que me daba, y en la calidez sofocante de su cuerpo. Su boca se presionó en la mía mientras seguía y seguía embistiéndome con golpes secos y concisos. Su respiración brusca y su cuerpo tenso me hacían saber lo cerca que estaba de llegar a su orgasmo. Y cuando lo hizo en un último empujón, mordió mi labio inferior con la suficiente fuerza como para no perforarlo, pero sí causarme dolor placentero; por lo que incrementó mi placer y exploté en mil pedazos llegando a un segundo orgasmo devastador. Llevándose consigo todas mis fuerzas. Haciéndome quedar dormida con el encima de mí y aún en mi interior.

Exhalé profundamente empapándome de ese rico olor que me envolvía.

Sonreí aun casi en el quinto sueño y me acomodé buscando más de ese calor y de ese dulce olor. Algo se posó en mi mejilla. Suave. Una caricia deliciosa que hizo que los bellos se me pusieran de punta.

—Eres tan hermosa por las mañanas...

Su voz hizo que abriera los ojos y los pensamientos de la noche anterior vinieron a mi mente colapsándola por completo. Víctor. Caricias. Besos.

—Gracias dios mío... -pensé en voz alta poniéndome a horcajadas encima de él para abrazarlo.

—Buenos días para ti también. —ríe abrazándome de vuelta.

Quito mi cara de su cuello a regañadientes solo para ver su cara de recién dormido. ¿Por qué es tan malditamente guapo hasta con los ojos pegados por el sueño y su mejilla con la marca de las sábanas? Beso sus labios pasando por alto si me huele el aliento y me deleito con la suavidad de sus hombros y brazos, con mis manos.

—Júrame que esto no es un sueño... -susurro besando su mentón y luego mordiéndoselo.

—Créeme que sigo pensando que eres un sueño desde que te conozco... -dice acariciándome inconscientemente los muslos.

—No soy un sueño, soy real. Soy tuya. —digo entre beso y beso bajando por su torso desnudo y libre de bello.

—No hay nada que quiera más que demostrarte lo mía que eres pero... ya

hay gente despierta Teresa...

Paro de darle besos y un puchero exagerado enrolla mi labio inferior. Eso hace que Víctor gruña y me agarre de la nuca para atraerme hacia su boca. Besa mis labios con una fuerza sobrehumana haciéndome derretir.

—Eres tan malditamente adorable y caliente que me vas a volver loco cualquier día de estos.

Yo me río mientras me separo completamente de él y empiezo a vestirme.

Noto su mirada en todo momento y juraría que me estaba comiendo con la mirada. Así que como buena perra que soy. Exagero mis movimientos, moviendo más mi trasero a la vez que mis pantalones suben y tardo más de la cuenta en abrocharme la camisa. Sonrío en satisfacción antes de mirarlo. Jadeo en cuanto veo su mano puesta en su gran e hinchado sexo dándose placer así mismo, muy malditamente lento.

—¿Cómo puedes ser así de malo? —chillo sintiendo mi cara arder.

Él maldito sonrío con una maldita sonrisa de suficiencia y gime.

El maldito GIME. Gime cerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior.

¿En serio?

Y hasta noto como las paredes de mi sexo se contraen deseosos y aun dolorido por el sexo de anoche.

—¿quieres matarme? —jadeo tapándome los ojos para no seguir viendo.

Pero como puta masoquista que soy, entreabro mis dedos y miro a través como su boca se abre del gusto que su mano le da a esa increíble erección que parece llamarme.

—Víctor Sanz, como no te vistas inmediatamente juro que no sales vivo de aquí. —amenazo señalándolo con mi dedo tembloroso.

Y después de una sonrisa ladeada de su parte, agarra mi mano extendida y me arrastra haciéndome caer encima de él.

—Pues mátame...

Lo maté. Lo maté pero a lametones, besos, arañazos y con una maldiva buena follada. Así que decir que mis partes estaban maravillosamente doloridas, era una manera sutil de hablar. Había pasado un día y aun sentía mi sexo palpar y yo tenía una gran sonrisa en mi cara. Feliz de la vida.

Y para completar mi escena maravillosa, estaba conduciendo mi querido Peter. Circulaba por las calles como si nunca hubiera salido del armario, haciendo que los otros coches lo miraran con envidia.

Río para mis adentros por mis dementes e infantiles pensamientos y tuerzo a la derecha donde la agencia se ve de lejos.

Mi móvil suena en mi pequeño bolso amarillo a conjunto con mi vestido y lo saco para ver el mensaje. Si ya de por sí mi sonrisa era estúpidamente grande, ahora era el doble, al ver el remitente de dicho mensaje: Víctor Sanz.

Víctor: Uno...

Fruncí el ceño y volví a leer el escueto mensaje de Víctor. Sí, en efecto pone: uno.

—¿pero qué...?

Tecleo una respuesta.

Yo: ¿uno? ¿Qué significa?

Su respuesta no tarda en llegar.

Víctor: dos...

No sé por qué pero me río. Desvío la mirada del teléfono mientras entro en la agencia. Saludo con una sonrisa a todo aquel que se me cruza y dejo pasar sus caras de asombro. Mi móvil vuelve a sonar antes de llamar en el despacho de mi padre.

Víctor: tres...

Ruedo los ojos y llamo con mis nudillos a la puerta de madera acristalada. La voz de mi padre me dice que pase y lo hago dándole la mayor de mis sonrisas.

—Buenos días señorita... -saluda mi padre un poco confuso al ver la repentina felicidad radiando de mí.

—Buenos días jefe. Debo informarle de que hoy tengo tres reuniones de las cuales casi están terminados los casos. Y hoy me llamó Sandycalls para decirme cuanto agradece a nuestra compañía una vez más, nuestro buen trabajo.

—Tú trabajo. —contradijo ensanchando la sonrisa.

—Somos un equipo. —rebató entrecerrándole los ojos sin quitar la expresión divertida de mi cara.

—Estás extremadamente radiante hoy. —corrobora asintiendo con la cabeza.

—Sí lo estoy... pero nada demasiado importante. Solo tuve un buen día el

de ayer.

La cara de mi padre cambió y levantó un dedo como si se hubiera acordado de algo importante.

—Ayer vi el canal de deportes... salías con Víctor.

La sonrisa se me fue y tragué duro.

—Sí, bueno... fue parte del trabajo.

—Nunca me llegaste a contar que trabajabas con él. —me reprochó haciendo una mueca con sus labios. —pero lo que no entiendo a qué se debía esas muestras de afecto tan... -buscó la palabra en su cabeza y suspiró. -...el caso es que no sé por qué te comportaste así con él, cuando según tú, era solo parte del trabajo — hizo comillas con sus dedos resaltando sus últimas palabras.

—Papá...

—Teresa... -me advirtió con una mirada.

—Solo fue trabajo te lo juro. Simplemente necesitaba limpiar su imagen frente las cámaras. Y yo pues me hice pasar por su novia...

—Tenemos contactos para eso. Podrías haber contratado a una actriz o cualquier chica para hacer eso.

—¡pero yo no iba a permitir que ninguna cualquiera se le acercara! — exclamé destilando rabia tan solo de pensarlo.

Pero en cuando dije esa frase me arrepentí en el acto. El ceño fruncido de mi padre me daba escalofríos. Y ya cuando mordió su labio superior haciéndolo desaparecer por la espesura de su bigote, más miedo me dio.

—¿y por qué no?

—Tengo trabajo que hacer señor Müller.

—¡contéstame ahora mismo Teresa!

—¡porque me gusta! Y porque me pongo de los nervios solo de pensar que otra mujer... -me callé ipso-facto cuando la carcajada de mi padre inundó la oficina.

Me quedé estática en mi lugar. Sin saber qué hacer. Si reír a la vez que él o llorar hecha una bola en el suelo. Opté por permanecer quieta y expectante a su próximo movimiento.

—Tengo que llamar a tu madre, acabo de ganarme un merecidísimo masaje en los pies y estofado para cenar durante una semana. —da una palma al aire antes de alcanzar el teléfono inalámbrico y marcar lo que se supone es el teléfono de casa.

Pestañeo sintiéndome completamente imbécil. Mirando como mí padre

ríe de tanto en tanto, mientras espera a que mi madre se lo coja. Mi móvil ha sonado como cinco veces, y no tengo que ser adivina para saber que Víctor sigue haciendo una cuenta regresiva que no tengo ni pajolera idea para lo que es. Lo que se me venía a la mente era que estaba contando hasta que una bomba estallase en la agencia y voláramos todos por los aires.

—¿Margarita? —habla mi padre quitándome de mis pensamientos. — prepara la crema amor mío y todos los ingredientes para hacer estofado durante ésta semana próxima. —me miró y me alzó el pulgar victorioso. —sí querida... gané la apuesta. —mi boca y mis ojos se abrieron desorbitadamente. —ajá... aquí está, te la paso. —me tiende el teléfono y yo automáticamente lo agarro sin ser consciente en realidad de lo que coño estaba pasando.

—¿mamá?

—¿es verdad lo que dice tu padre? ¿estás con el futbolista?—abrí la boca para contestar pero ella siguió con su retahíla. -Oh Teresa... habría jurado que tardaríais un poco más, como una semana. Ahora tendré que masajearle los pies a tu querido padre y sabes la grima que me dan los pies... -escuché como hacia un sonido de estremecimiento. —y encima me llevaré cocinando el puñetero estofado de carne durante una semana completa... -gimió. —eso me pasa por querer llevarle la contraria a mi tonto hijo y a mi tonto marido.

—¿Cristian También? —pude hablar. -¿habéis hecho una maldita apuesta?

Pues sabes qué mamá... -me mordí la lengua para lo que iba a decir a continuación, suspiré para relajarme y recapacité una mejor respuesta. —ya hablaremos en casa todos juntos.

Colgué el teléfono y lo coloqué en su sitio. Y sin darle una última mirada a mi padre, me fui hacia mi despacho. Mi móvil sonó de nuevo en cuanto me senté y lo miré con ganas de estamparlo por la pared. Pero como ya era normal en mí, es ver, oír o decir el nombre de Víctor y el mal humor se esfumaba, dejándome sin cordura y con una sonrisa estúpida.

Víctor: cuatro...

Víctor: cinco...

Víctor: seis...

Víctor: siete...

Víctor: ocho...

Víctor: nueve, nueve malditos minutos desde que me he despertado y no

te he encontrado a mi lado. Llevo casi un día y diez putos minutos aguantando las ganas de besarte. Aunque eso solo ha sido hoy... ayer estuve todo el santo día pensando en ti y queriendo raptarte. No quise ser pesado ni acosador pero hoy no he aguantado más la tentación. Necesito verte. Os invito a cenar a Edu y a ti ésta noche. Por favor...

No pude aguantar más el sonido algodónoso en mí. Un ‘ohhhh...’ enamorado salió de mi boca y tuve que aguantar las ganas de llorar. ¿Cómo puede ser tan mono y bonito? ¿Es que me quiere matar de amor...? tecleo una respuesta.

Yo: nos encantaría. También echo de menos besarte... por todos lados.

Víctor: os busco a las siete y media.

Yo: a sus órdenes mi general...

Víctor: a tu general le encantaría tenerte ahora mismo abierta de piernas...

Jadeé y noté como mis ojos se nublaban. ¿Había dicho lo que yo creo que había dicho?

Yo: no sigas por ahí...

Víctor: ...y lamerte de abajo a arriba, saboreándote por completo y hacerte gemir mi nombre hasta que te corras en mi boca...

Sí, definitivamente ha dicho lo que creí haber leído. Mis partes bajas se apretaron y gemí al sentirme húmeda tan solo por sus palabras.

Víctor era mejor que un maldito libro erótico...

Yo: Víctor por favor... estoy en el trabajo y siento mis bragas a punto de arruinarse. Pórtate como un buen chico y deja algo para más tarde. Aunque te quedarás con las ganas, ya que mi querido sobrino te acapará toda la noche.

Víctor: siempre puedo sorprenderte cuando uses el baño... y follarte en el lavabo con nuestras miradas encontradas en el espejo.

Yo: o puedes también callarte, malvado. Ve a desayunar dormilón. Tengo cosas que hacer y una de ellas es... trabajar. Hasta ésta noche.

Víctor: no uses bragas.

Capítulo 22.

Muerdo mi labio inferior mientras releo su último mensaje. ¿Cómo que no use bragas? ¿Es que se ha vuelto loco? un cosquilleo ya familiar en mí me recorre de pies a cabeza solo de pensar en lo que Víctor

podría hacer conmigo...

o más bien con mi cuerpo. No le hizo falta más de un día para haberse familiarizado con cada parte de él. Ni Tomás se paró nunca a besarlo ni a idolatrarlo como Víctor lo hizo.

Sacudo mi cabeza y me dejo caer en mi silla.

Me sentía estúpida comparándolos. Es que no había comparación. Cuando Tomás es alegre, Víctor es serio; donde Tomás es...

—Aarrgg... cállate Teresa. —me reprendo a mí misma dejando de lado mi vida personal y enfocándome en mi trabajo.

Un toque en la puerta me hace sentar derecha y atender a mi primer cliente del día.

—tranquilízate... -susurro para mí. —bien... ¡adelante!

Respiro hondo y sonrío a mi reflejo. Como solo era una cena en su casa opté por algo casual: unos vaqueros claros ajustados, y una blusa blanca transparente, de tiranta ancha. Doy media vuelta y miro como la prenda se ajusta perfectamente a mi trasero (sin bragas); me atuso el pelo, hago morros. Y listo.

—Tita...-llama Edu a la puerta del baño.

Abro y veo que sostiene mi teléfono.

—Víctor llamó. —hace una mueca con los labios.

La sonrisa se me va, al pensar que haya cancelado la cena.

—¿y qué dijo?

—Que teníamos que dejar la cena para otro día...

Un suspiro tembloroso sale de mí y agarro el teléfono para volverlo a llamar.

Sin embargo al tercer tono me cuelga y mis nervios se crispan.

—¿y no te dijo nada más?

El niño niega y se encoge de hombros.

—¿qué hacemos ahora?

—Iremos a ver a tu tío. No tengo ganas de quedarme encerrada en casa.

Edu se vuelve a encoger de hombros y sale saltando de la habitación.

Miro la pantalla del móvil, tentada en volver a llamarlo pero la orgullosa que habita en mí, se niega. Lo guardo en el bolsillo trasero de mis vaqueros y salgo del baño recomponiéndome. Esto no me iba a afectar más de la cuenta.

En cuanto llegamos a la casa de Cristian unos gritos y voces me alertan y miro hacia donde provienen. Una chica morena de cuerpo

pequeño, grita a mi hermano sin saber muy bien lo que dice, lo que sé es que Cristian está crispado de los nervios gritándole de vuelta. De pronto la mujer lanza un gruñido de exasperación y se va corriendo al interior de la casa de al lado. Dejando a mi hermano gritando y hablando solo, haciendo aspavientos exagerados con las manos.

—¿Quién es la que gritó al tito? —pregunta mi niño mirando por la ventana viendo como Cristian entra en su casa y pega un fuerte portazo.

—No lo sé mi vida. Vamos.

Salimos del coche e inconscientemente miramos a la dirección donde la chica entró, con miedo a que nos ladre a nosotros también. Pero cuando llegamos a la puerta sin sobresaltos, soltamos la respiración, aliviados. Edu toca el timbre y esperamos a que Cristian abra.

—¡Ya te dije que no sé de qué puto gato me estás hablando renacuaja cuatro o...! —Cristian deja de gritar cuando abre y se da cuenta de que somos nosotros.

Suelta el aire lentamente intentando recomponerse. —Perdón... —se disculpa entrando en la casa frotándose la nuca.

Aún estaba vestido con la ropa del trabajo por lo que me parecía raro ya que hacía horas desde que salió de él, según tenía entendido.

—¿qué pasa Cristian? ¿Quién esa chica que te gritaba? —pregunto con cuidado para no alterarlo más.

Edu a mi lado lo mira fijamente esperando también una respuesta. Mi hermano nos mira de hito en hito y nos da una pequeña sonrisa.

—Nadie importante, solo una vecina repelente. ¿qué hacéis aquí? Me dijiste que ibais a cenar con Víctor ¿no?

Aguanto la respiración en cuanto me lo nombra. Aunque me quise mantener fuerte, no aguanté la tentación de llamarlo, finalmente. Y como pasó la primera vez, me colgó las siguientes cuatro llamadas. Por lo que ahora mismo escuchar su nombre y hablar de él es lo que menos quería hacer.

—Tenía cosas que hacer supongo. Me llamó para decirme que lo dejáramos para otro día. —forcé una sonrisa y Cristian no se la creyó, obviamente.

Me conocía bastante bien el maldito.

—¿podemos quedarnos a cenar? —pregunto ansiosa por cambiar de tema.

—Claro. Me ducho y bajo a preparar la comida.

Se da la vuelta y trota subiendo las escaleras.

—Bueno... -suspiro. —vamos a ver que dan en la tele.

Pero no acabamos de acomodarnos en el sofá cuando la voz de mi hermano hace eco en el piso de arriba.

—¡puto gato del demonio! ¡vete con la enana de tu dueña! ¡ahhh! ¡me cago en la mar salada! ¡fuera, fuera, fueraaaa!

Edu y yo nos miramos sin comprender qué le pasaba a mi loco hermano, hasta que una bola de pelo negra, bajó rápidamente las escaleras y se escapó por la ventana abierta hacia el exterior. Los pasos apresurados de Cristian se escucharon bajar y miró a ambos lados intentando localizar, supuse, al gato.

—¿Dónde está? —preguntó buscando debajo de los muebles.

—Salió por la ventana. —dice Edu con una sonrisa jugándole en los labios.

—Voy a matar a esa... niñata. —gruñe frotándose el antebrazo.

—Es de tu vecina, supongo —estaba aguantando con gran trabajo la risa, solo al verlo así de alterado por una chica.

—Supones bien... el maldito sacó las garras y me arañó el brazo cuando lo intenté sacar de mi cama. Solo espero que no se haya cagado o meado por mi casa, porque si no esa enana me las pagará. ¡juro por dios que me las va a pagar!

—sentencia subiendo las escaleras murmurando y refunfuñando por lo bajo.

Y en cuanto la puerta de su habitación se cerró, Edu y yo estallamos a carcajadas limpias sin poder aguantarnos más.

A los pocos minutos Cristian baja ya vestido completamente y entra en la cocina para preparar la cena, me levanto para ayudarlo y preparamos una rica y gigantesca lasaña con trozos de salchicha por encima. Ese niño y sus antojos.

Pero la verdad es que estaba riquísima con ese ingrediente de más.

—¿y cómo fue la fiesta benéfica? —suelta de repente.

Miro de soslayo a mi sobrino y él está comiendo con la vista puesta en el partido que proyectan en la televisión. Miro de nuevo a mi hermano y me encojo de hombros sintiendo como un calor se extiende por todo mi cuerpo al recordar ese día. La sonrisa y las cejas alzadas de Cristian me hacen saber que intuye lo que pasó.

—Así que... metió gol. —dice dejando escapar una risilla.

Resoplo y como otro bocado intentando ignorar su sonrisa petulante.

—Venga coco... quiero detalles.

Me atraganté con la lasaña y creí morirme por un momento por

atragantamiento, pero Edu golpeó mi espalda suavemente para luego seguir viendo el partido habiéndome salvado la vida.

—¿qué clase de hermano eres? —pregunté luego de besar la cabeza de mi héroe.

Ríe y se limpia la boca en cuanto traga la comida que tenía en la boca.

—Uno al que le encanta verte feliz... y sé que ese hombre lo hace, Teresa.

Una sonrisa de lo más gilipollas parte mi cara en dos y me entraron ganas de espachurrarlo. Hasta... que abrió la boca de nuevo.

—Y también porque soy un perverso y me encantan los detalles morbosos.

Pongo cara de espanto y él se carcajea disfrutándolo a más no poder.

—Eres una maldita mojigata...

—No lo soy. —frunzo el ceño. —pero como tú comprenderás no quiero hablar de eso con mi propio hermano.

Se lleva una mano a su pecho y abre la boca en un ademán de dolor fingido.

—¿es que acaso me estás diciendo que no confías en mí? No me esperaba esto de ti cabeza coco...

Su teatro me hizo reír y después de cerciorándome de que Edu seguía abducido por la tele, proseguí a susurrar una pincelada de lo que ocurrió.

—Metió gol... tres veces. —para qué tener amigas teniéndolo a él.

Los ojos y la boca de Cristian se abrieron de par en par y tapé su boca a tiempo antes de que soltara un chillido de lo más maricón. Lo conocía bastante bien.

—Hjoh be tupa... -murmuró debajo de mi mano.

—¿qué? —me apartó las manos de su boca y se acercó para susurrarme.

—Eh dicho: hijo de puta. Se notaba que te tenía ganas. —se rió por lo bajo.

—Ambos nos lo teníamos.

Él entrecerró los ojos hacia mí y siguió comiendo el resto su comida. Cuando la lasaña se acabó, Edu se fue a ver la televisión al salón mientras que Cristian me ayudaba a recoger. Me percaté de que no paraba de mirar por la ventana y de resoplar. Incluso se distraía en sus pensamientos mientras me ayudaba.

—¿sabes? Me voy a hacer monja... -dije solo para llamar su atención, pero lo que solo conseguí fue un asentimiento de su parte. —es que hay un

cura nuevo y está buenísimo, me hizo ojitos y todo.

—Ajá... perfecto. —murmuró colocando los platos en el platero.

—Sí, y siempre me dio morbo eso de hacerlo en un confesionario.

—Sí, eso es genial...

Hice una mueca de asco al solo imaginarme la escena de yo vestida de monja y retozando con un señor cura.

Dios perdóname...

—¿pero qué coño te pasa?

Eso pareció sacarlo de su trance y me miró a medio camino de meter el último vaso en el mueble. Su ceño se frunció como si no supiera la razón de mi grito.

—¿por qué estás tan ido? Te acabo de decir que me pone un cura y que me iba a hacer monja y respondes que es genial.

Su ceño se frunce más aún.

—¿Qué te vas a hacer monja? ¿por qué?

Ruedo los ojos y le golpeo en la nuca haciéndolo quejarse y fulminarme con la mirada.

—Eres tonto. Cuéntame lo que te pasa.

Desvía la mirada y se da la vuelta dispuesto a ignorarme.

—No me pasa nada.

—¿me ves cara de tonta?

Él se da la vuelta encarándome y hace una mueca.

—Solo un poco.

Le gruñí y me acerqué a él amenazante. Él se rió y levantó las manos en señal de rendición.

—Dime qué te pasa y por qué estás todo distraído y pensativo. ¿es por esa chica?

Su sonrisa se esfuma.

—Esa renacuaja no tiene nada que ver.

—¿de verdad? —indago entrecerrando los ojos.

Traga saliva y ahí sé que lo he pillado.

—Solo me pone de los nervios... -espeta frotándose la cara y el pelo con nerviosismo.

Y como si fuera una película interesante, me acomodo en el taburete de la barra de la cocina y lo escucho atenta. Lo que provoca que él ruede los ojos y se exaspere más. Yo sonrío divertida.

—Es insoportable, tengo su chillona voz metida en la cabeza, que ni

siquiera me deja dormir... ¿qué digo dormir? No me deja vivir. –bufa y se sienta en el otro taburete frente a mí. –es tan... repelente. Y no solo eso... cada cosa que le pasa, parece ser que es mi culpa. Que si mi coche está tocando un puto centímetro de su plaza. Que si le robo el gato y le hago cosas indecentes... –negó con la cabeza e hizo muecas como si estuviera imaginándose la escena. –¿Cómo puede pensar siquiera que yo puedo hacerle cosas indecentes a un puto gato?

Se me escapa una risita y él me fulmina con la mirada.

—Lo siento, lo siento...

—No quiero hablar de ella. –dice al cabo de unos segundos.

—Está bien... pues yo...

—pero es que es tan... arrgg... me pone de los nervios. ¿y sabes lo más ridículo de todo? –pregunta esperando una respuesta de mí.

—¿el qué? –aguanto la risa cómo puedo.

—Su nombre. –espeta pestañeando como si fuera estúpido. –Se llama Mabel.

¿Quién coño se llama Mabel? Es tan ridículo como ella, también podrían haberle puesto enana o pequeñaja. Le quedaría perfectamente. –asintió satisfecho.

—Mabel es bonito.

—¿Qué? Por dios... ¿Cómo puedes decir eso? Es horrible. Y ya por favor deja de hablar de ella. –resopla enfadado y se frota el pelo una y otra vez.

—A este paso te quedas calvo... –comento sonriendo sin que él me vea.

—Eso es otra... siempre tiene un mugroso lápiz religado en el pelo.

Siempre sale con unas pintas que da susto. De no hablar de la ropa sin forma que usa. No sabe conjuntar una maldita camiseta con unos vaqueros. Y de los zapatos ya ni hablar.

—Oh sí... vi que tenía unos zapatos horrendos.

—¡Teresa! Por dios no hables más de esa odiosa por favor.

No pude aguantarlo más y rompí a carcajadas. Casi me hice pis en los pantalones, mientras el otro murmuraba por lo bajo y me miraba de vez en cuando como queriendo matarme.

—No es gracioso. –gruñó.

—Lo sé, lo sé. Perdón. Bueno te contaré lo que hice hoy y así cambiamos de...

—El otro día ¿sabes qué pasó? Su puto novio me rayó el coche

con su estúpida moto. El muy cerdo ni siquiera se molestó en pedirme disculpas. Es un gilipollas que no le da lo que tiene que darle a esa tonta para quitarle la amargura.

—¿y tú sí? —pregunto sin poder retenerme.

—¿yo? —rió con fuerza. —más quisiera esa. Pero estoy seguro que si lo hiciera, le quitaría esa cara de mal follada que tiene. —sentenció sonriendo.

Mordí mis labios aguantándome las ganas de objetar algo, no quería que se cabreara conmigo y tampoco me hacía falta preguntar nada, ya que sabía de sobra lo que mi hermano estaba empezando a experimentar con esa chica. Le gustaba. Y mucho.

—Bueno... será mejor que...

—¿me vas a contar que te pasa con Víctor? —soltó de la nada cuando yo me disponía a saltar del taburete.

Mi estómago se revolvió tan solo de escuchar su nombre.

—no pasa nada.

—¿te hizo algo? —ahora si parecía un hermano sobreprotector, enfadado y con ganas de asesinar a todo aquel que le hiciera daño a su hermanita.

Eso me hizo sonreír y desear abrazarle. Por lo que lo rodeé con mis brazos y disfruté de su calor y aroma familiar. Tanto los abrazos de mi padre como los de mi hermano eran como calmantes para mí. Nada se comparaba con estar entre los brazos de los dos hombres de mi vida. Bueno, me corrijo. Nada se comparaba con estar en los brazos de mis tres hombres. Mi hijo, uno de ellos.

—No me hizo nada. Solo no me coge el teléfono y... bueno me vuelve un poco paranoica.

Se separa de mi abrazo y besa mi frente con cariño.

—Si algún día llegara a pasarte algo, mataré al causante. Ya sea un camión o una simple ardilla.

Eso me hizo reír y él sonrió habiendo cumplido su propósito. Hacerme olvidar lo ocurrido con Víctor sustituyéndolo por una sonrisa.

—Será mejor que nos vayamos. Estarás cansado del trabajo y de... pelear. —dije con picardía.

El rodó los ojos y con un último beso en mi mejilla se separó del todo, de mí.

—No te montes películas Teresa. Esto no es como tus películas ni novelas. Es la vida real. Y no porque discuta y me tire de los pelos con mi odiosa vecina, tiene que ser el amor de mi vida. Antes me tiro por

la ventana. Fíjate.

Y el brillo en sus ojos me hizo saber cuánto mentía.

Víctor

Mi teléfono suena y le doy un leve vistazo antes de volver la vista a la carretera. Era ella. Aprieto el volante con todas mis fuerzas conteniéndome para no descolgar y escuchar su preciosa voz. No obstante di gracias que fue Edu el que me atendió, porque si llegara haber sido Teresa, me hubiera sido muy difícil cancelar la cena. Pero tenía que hacerlo.

Son las nueve de la noche cuando aparco frente aquella casa. Contengo la respiración como si me doliera tan solo respirar. La vibración de mi móvil me alerta de una nueva llamada y cuelgo como las otras tres de antes. Después de tranquilizarme lo suficiente, agarro mis llaves, móvil y cartera y salgo del coche con el corazón corriendo a mil en mi pecho. Toco el timbre y los pasos apresurados resuenan al otro lado poniéndome aún más nervioso.

—¡Víctor! —exclamó ella antes de abalanzarse sobre mí y abrazarme.

Su delgado y delicado cuerpo, quedó atrapado por el mío y su olor familiar me envolvió haciéndome olvidar todo lo demás.

—Mi dulce chica...

Capítulo 23.

Víctor

—Te hemos echado tanto de menos Vic.

Sonreí y besé su cabeza antes de separarme de ella y entrar al interior de la casa. Vi la televisión encendida donde una película antigua se reproducía. La favorita de ella. El olor de aquella casa me hizo aguantar las ganas de llorar.

Hacía tanto tiempo que no estaba allí. Marcos con fotografías colgaban de las paredes y encima de la mesa. Era un sentimiento tan sobrecogedor que creí haber vuelto en el tiempo a cuando apenas tenía dieciséis años. Todo estaba igual.

Hasta las cortinas de la cocina con pequeños limones bordados por doquier; Incluso la fea mecedora que utilizaba ella para coser.

—¿y papá? —mi voz sonaba estrangulada.

—En su cuarto... no te hubiera llamado si no fuera importante Víctor.

La miré y tuve que sonreír por su inocencia. Mi dulce chica, como mi papá le llamaba siempre. La mujer de mi vida, mi madre. Tan buena y

preciosa. Tan frágil y fuerte a la vez. Sentí como algo cálido corrió por mi mejilla derecha y desviando la mirada de ella me aparté la lágrima silenciosa. La había echado tanto de menos. Pero algo andaba mal. Lo supe cuando sus ojos se aguaron de nuevo y su labio inferior tembló aguantándose las lágrimas.

Mi madre entrelazó sus dedos entre los míos y me hizo subir las escaleras hasta llegar a su habitación.

Mi padre había estado enfermo desde los cuarenta, me acostumbré a verlo sí.

Ni siquiera supe nunca lo que tenía. Pero aquello que vi me desgarró el alma.

Jamás en la vida pude imaginarme cómo, mi padre, el hombre que me enseñó en su día a jugar fútbol, a arreglar un coche, a montar muebles... ese hombre que era fortaleza. Ahora era un cuerpo pálido casi transparente, con ojos soñolientos y semblante moribundo. Sabía las intenciones de mi madre en llamarme para que viniese. Mi padre estaba a punto de dejar éste mundo y quería que me despidiera de él.

¿Pero cómo lo haría? ¿Cómo despedirte de una persona, que es tu vida?

¿Cómo dejar ir a alguien que ni en tus sueños habrías imaginado que te dejaría algún día?

Siempre pensé que mis padres eran eternos. Que no me dejarían y siempre estarían ahí para mí. Mi mamá me cuidaría como solo ella sabe hacer, cada vez que yo la necesitara. Y mi padre me sonreiría y palmearía mi espalda sintiéndose orgulloso de cualquier meta cruzada. ¿Por qué tenía que irse? ¿Por qué él y no otra persona? No llegaba a los sesenta y parecía un anciano de noventa.

Crucé la habitación sintiendo mis fuerzas desfallecer. Notaba su mirada en mí y pude reconocer un brillo en su mirada. También me echaba de menos. Caí de rodillas en el suelo y lo abracé.

—¡papá! —sollocé en su pecho. Sintiendo su débil aliento mover mi pelo.

Y como si de un milagro se tratase, su mano acarició mi espalda calmándome.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano por tal de que no me preocupase por él.

Diciéndome tan solo con esa débil caricia que todo estaría bien.

—No quiero que te vayas, viejo. No quiero que me abandones.

Perdóname por no venir a verte. Perdóname por todo el daño que te he causado. Por favor perdóname. —el llanto no remecía y el dolor me desgarraba por dentro como millones de cuchillos clavándose en mí.

—Víctor... -llamó mi madre agarrándome del brazo intentándome alejar de mi padre.

—¡no! Déjame... -no quería dejarlo ir.

Pensaba que si me deshacía de su abrazo lo perdería y no podría permitir que eso pasase. No quería que se fuera. No podía permitirlo.

—T-t... qui... ero.

Alcé la cabeza y vi cómo los labios de mi padre se movían intentando hablar.

Tenía el rostro surcado en lágrimas.

—¿qué dijiste papá?

—T-t... te... q-quiero...

—Yo a ti también... -susurré siendo consciente de que mi voz se había ido de la emoción.

Y supe que me había perdonado. Lo supe cuando un fantasma de sonrisa apareció en sus agrietados y finos labios. Y como un suspiro de alivio salió de él al mismo tiempo que cerraba los ojos dejándose ir.

Muchas veces me he preguntado que si no hubiera ido esa noche a verlo ¿podría seguir vivo? ¿Cómo fue posible que escogiese ese mismo momento en el que estaba con él, para dejarse ir? Es como si estuviera esperando justo ese momento, justo cuando hizo el último de sus esfuerzos en acariciarme, sentirme, antes de morir. Sus últimas palabras fueron te quiero. Un te quiero que valía una vida. Un te quiero que le costó su vida.

Esa noche me pasé dos horas llorando abrazado a él. Disfrutando por última vez de su cercanía, ahora rígida y sin vida. Sintiendo como una parte de mí se destruía, para nunca más volver. Y en la primera persona que pensé después de aquello, fue en ella. En mi preciosa Teresa.

Teresa

—Ya voy... ya voy...

Bajé las escaleras, atándome la bata de seda cubriendo mi camisón corto. No sabía qué hora era, ni si hacía bien en abrir la puerta a aquellas altas horas de la madrugada. Pero llovía a mares y aquel que llamaba en mi puerta insistentemente, debería querer algo importante.

En cuanto abrí, el cuerpo empapado y encorvado de Víctor, me dio

la bienvenida. Su pelo rubio ahora más oscuro por el agua estaba pegado a su frente, goteando hilos de agua. Sus ropas pegadas a su cuerpo empapadas por la fuerte lluvia. Estaba hecho un desastre.

—Víctor... -susurré con miedo.

Su cuerpo tembló en lo que pareció un sollozo.

—Mi padre ha muerto.

Mi corazón se paró en seco al escuchar sus palabras cargadas de dolor y rabia.

Y el recuerdo de cuando me dieron la noticia de la muerte de mi hermana se volvió vivido y latente delante de mis ojos.

Las manos de Víctor volaron a su cara tapando su rostro y dejándose ir en llanto. Y sin importarme si me mojaba por la fuerte lluvia, lo rodeé dándole el abrazo que sabía que él necesitaba. Sus brazos me rodearon metiendo su cara en mi cuello. Llorando como un niño pequeño en mis brazos. Llamando a su papá en sollozos. De alguna manera me recordó a Edu cuando perdió a sus padres. Yo perdí a mi hermana, pero él había perdido más que eso. No podía imaginarme lo que era sentir el dolor de perder a mis padres. Nunca en la vida me puse a pensar en el dolor de mi pequeño. Ese dolor que ahora estaba sufriendo Víctor. Me sentía la peor persona por haberme enfadado por cancelar la cena de esa noche.

Lo atraje hacia el interior de la casa para cerrar la puerta y así estar resguardados del aguacero del exterior. Y sin deshacer el abrazo por completo me lo llevé arriba intentando tranquilizarlo hasta llegar al baño. Me deshice de sus ropas al igual que de la mía con sumo cuidado y sutileza. Procurando no alarmarlo. Parecía un niño perdido viendo todos mis movimientos como si fuera una cosa extraña. Lo tranquilicé con palabras dulces haciéndolo ver que no era nada. Solo quería que se tranquilizase. Ambos entramos debajo de la cascada de agua artificial de mi ducha, calmándonos el frío. Calentando nuestros cuerpos aún pegados en un abrazo. Lo dejé llorar por horas o quizás fueron minutos.

Quería demostrarle cuanto lo quería y dándole mi silencioso apoyo de la única manera que sabía. Lavé su cuerpo maravillándome de lo perfecto que era. Pero no sentí nada sexual en ese momento, solo adoración. Disfruté de su piel como nunca antes hice con ningún hombre.

Dedicándome solo y exclusivamente a observar y acariciar plenamente consciente de que Víctor necesitaba mí cariño.

Lo sequé con una toalla como si de Edu se tratara y cuando me iba a secar

yo, él quiso hacerlo por mí. Disfruté de sus manos secándome con esmero y delicadeza cada centímetro de mi cuerpo. Ya no lloraba pero podía sentir el miedo y el dolor escrito en sus transparentes ojos. Desnudos nos dirigimos a mi cama y abrazados nos dormimos. Él diciéndome que me quería y yo cuanto lo amaba, sin palabras de por medio.

La luz de la mañana se filtraba por las rendijas de la persiana, haciéndome despertar poco a poco. Suspiré inhalando un rico olor, que se me hacía demasiado familiar. Entonces, las imágenes de anoche se reprodujeron en mi mente y me estremecí cuando la imagen de un Víctor vulnerable, apareció en mi cabeza. Abrí los ojos con miedo a lo que pudiera encontrarme. Pero jamás imaginé que lo que vería fuera el semblante sereno y calmado de Víctor. Su respiración pesada me hizo ver que aún dormía y no pude reprimir mis ganas de tocarlo. Acaricié sus perfectas cejas rubias, pasando por el tabique de su nariz, dándome cuenta de dos o tres lunares casi imperceptibles, que adornaban su perfecta cara. Rocé sus labios y sonreí al ver como mi gesto, le hizo cosquillas ya que metió su labio en su boca y se rascó con los dientes. Mordí el mío propio, por no hacérselo a él.

Se veía tan tranquilo así...

Me separé con cuidado para no despertarlo y vi que aún eran las siete y media de la mañana. Edu estaría dormido y quería prepararlo para cuando Víctor se despertara. Aparté las sábanas de mí, dándome cuenta de mi desnudez, por lo que cogí un vestido veraniego de color rosa y me lo coloqué sin ponerme ropa interior. Me aseo un poco en el baño haciéndome ver persona, ya que por las mañanas soy un desastre. Caminé de puntillas hacia la puerta, mirando a Víctor todo el trayecto, por si despertaba. Él dormía muy pesado y me alegré. Yo no pude pegar ojo durante meses, cuando ocurrió lo de mi hermana y por un lado me di la satisfacción de pensar que su calma era obra mía. Yo hice que su dolor fuera un poco más llevadero.

Bajé a la planta baja y me preparé leche con cacao, ya que si de por sí estaba nerviosa, no podía imaginar que me haría el café. Además la leche con cola cao me gustaba mucho más que el café. Cuando me dispuse a beber de mi taza, vi como mi móvil parpadeaba en verde, había recibido un mensaje. Lo abrí y leí que era Tomás el remitente.

Tomás: te echo mucho de menos coco.

Me lo envió anoche a las doce, a esa hora ya estaba dormida. Decidí no contestarle en ese momento, ya tendría tiempo de lidiar con él. Además tenía que dejarle claro de una vez, que no quería con él más que una amistad. Y después de lo que pasó en casa de mi madre... me debía una buena explicación.

Aprovecharía ese momento para aclarar las cosas entre nosotros.

Al cabo de un rato subí a hablar con mi pequeño, ya no tardaría en despertarse Víctor y tenía que hablar con Edu sobre eso.

Abrí la puerta y automáticamente una sonrisa se instaló en mis labios al verlo.

Estaba todo espatarrado en la cama, con la sábana toda echa un lío, por su cuerpo. Tenía la boca abierta roncando sutilmente.

—Edu... -susurré una vez me senté en un hueco de la cama.

Él cerró la boca, frunció el ceño pero volvió a dormir seguro creyéndose que me había escuchado en sueños. Volví a llamarlo ésta vez frotando su brazo.

Abrió los ojos un poco y cuando me vio, sonrió soñoliento.

—Buenos días pequeño, debo hablarte de algo...

Edu bostezó y se deshizo del lío de sábanas antes de poder sentarse y escucharme atentamente. No era muy hablador en las mañanas.

—Víctor está en casa. —su cara se iluminó y yo sonreí al ver lo feliz que le hacía. —llamaré a Cristian para que venga a recogerte y llevarte él al colegio. —su sonrisa se fue y su ceño se frunció.

—¿por qué?

—Víctor no... -tragué saliva pensándome concienzudamente si contarle o no.

—Víctor perdió a una persona muy importante para él. No está bien y... voy a ayudarlo.

Él asintió borrando todo rastro de alegría.

—Puedes decirle que estará con mis papás en el cielo. Allí todo es bonito. Aguanté la respiración.

—Todavía los echo de menos... -agachó su cabecita y miró sus manos entrelazadas. —pero sé que me cuidan desde donde están y que nunca me van a dejar solo.

—Cariño... -susurré sujetando mi corazón con una mano.

—¿Tita? —alzó su cara y vi cómo sus preciosos ojos estaban aguados.

—dime mi niño...

—si algún día... -mordió su labio. —si algún día te digo mamá... ¿crees que ella se enfadará? ¿Tú te enfadarías conmigo?

Pude ver el miedo en su cara. Pude ver cómo sufría al preguntar aquello.

—No mi amor... no nos enfadaremos, porque aunque tú no lo creas yo te quiero como si fueras mi hijo.

Me sonrió y quise comerme el mundo.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Capítulo 24.

—Buenos días.

Me doy la vuelta en cuanto escucho la voz de Víctor a mis espaldas y tengo que aguantar la respiración cuando lo veo. Aun estando afligido, con los ojos rojos del llanto, era el hombre más hermoso que había visto en mi vida.

Carraspeo al sentir mi garganta seca y le doy una pequeña sonrisa.

—Buenos días Víctor. ¿quieres café? —alzo mi taza para que él la vea.

—Solo quiero besarte. —dice con su mirada fija en mis ojos y andando poco a poco hacia mí.

Ahogo un jadeo cuando su mano se posa en mi cadera y la otra quita la taza de mi mano para posarla en la encimera. No puedo apartar mis ojos de los suyos, veo tristeza en ellos, pero también necesidad.

Acaricia mi mejilla con las yemas de los dedos, haciendo que cierre mis ojos para disfrutar más de su contacto.

—Te necesito tanto que me asusta. —susurra.

Abro los ojos al mismo tiempo que él acorta toda distancia entre nosotros y sus labios se posan en los míos en un simple roce al principio. Hasta que se intensifica hasta tal punto que nuestras respiraciones aumentan de velocidad.

Gimo en su boca sintiendo como aprieta más su agarre en mi cintura. Al cabo de unos segundos muerde mi labio inferior, dando por finalizado nuestro beso.

—Necesito que me quites el dolor que tengo aquí... —señala su pecho con la mano libre a la vez que su voz se rompe y una lágrima se desliza con delicadeza por su mejilla.

—Te lo quitaré como tú me quitaste el mío.

Su ceño se frunce en confusión y ahora es cuando me daba cuenta de que jamás le conté lo que le ocurrió a mi hermana.

—Mi hermana... -sus manos quitan mis lágrimas que ni siquiera sabía que habían salido de mis ojos y recarga su frente en la mía haciéndome inhalar con fuerza su olor. Dándome fuerzas —De alguna manera me has hecho llevar el dolor de perderla de otra manera más llevadera.

—¿Cómo pasó? Tú mamá simplemente me dijo que se fue —dice al cabo de unos segundos de silencio en los que solo nos dedicamos a acariciarnos sutilmente.

—Un accidente de coche. Edu fue el único que sobrevivió. Tanto Eliot como mi hermana, murieron en el acto dejándome a Edu a mí y a Cristian.

—¿y cómo fui yo el responsable de que...?

—Dejé de vivir. Dejé de darle sentido a las cosas. Fuiste capaz de captar mi atención desde que me dijiste que tenía buena retaguardia. —
sonreímos al unísono.

—Y ahora puedo dar fe de ello. —dijo a la vez que apretaba mi trasero haciéndome soltar una risa.

—Bobo...

Su sonrisa murió al cabo de unos segundos por algo que rondó sus pensamientos.

—Hoy entierran a mi padre... necesito que me acompañes.

—Víctor...

—Por favor. —acunó mi cara dándome un beso en los labios.

Él y su poder de convicción.

—Claro... -respondo ganándome uno de sus abrazos apretados.

Describir lo que pasé en el funeral, no me es posible. Era como volver en el tiempo de cuando Penélope se fue de mi vida. Aunque con la diferencia de tener a Víctor aferrando su mano en torno a mi cintura y temblando cada vez que miraba el ataúd de su padre. Solo me dejó sola, durante unos minutos, que tardó en consolar a su madre. Ambos decidimos no presentarme en ese momento. No hubiera sido procedente dada las circunstancias.

La primera vez que iba a Madrid y era para enterrar al padre de mi novio. No pude ver qué tan especial era el hombre que le dio la vida. Según Víctor por lo que me contó por el camino de tres horas hasta aquí, es que fue un hombre alegre y trabajador hasta que la enfermedad se lo iba

llevando poco a poco.

Hablar de él lo ayudaba, por lo menos sonreía recordándolo. Cosa que yo no hice. Me dolía tan solo pensarla, cómo iba a nombrarla sin romperme.

Luego de que terminara, Víctor después de cerciorarse de que su mamá se quedaba en casa de su tía, hermana de su madre, pusimos rumbo de vuelta a Jaén. Miré el paisaje y los edificios del bullicioso Madrid, era bonito aunque un poco estresante. Comentaba con él cada cosa que llamaba mi atención, cualquier cosa para entretenerlo y obligarlo a no pensar. Las tres horas de vuelta nos la pasamos escuchando música en el coche, cosa rara ya que desde hace dos años no escuchaba.

—¿te sabes ésta canción? —le pregunté al escucharlo tararear.

Me dio una mirada para luego con una pequeña sonrisa, asentir y mirar la carretera de nuevo.

—¿Podrías cantarme un poco?

—No soy buen cantante Teresa...

—Por favor... -hice un pequeño puchero provocándole un poco de risa.

—No vuelvas a hacer eso... haces que me entren ganas de besarte.

Hago un mohín con los labios y pienso si hacérselo de nuevo o no. Y antes de siquiera sacar una respuesta a la pregunta en mi cabeza, él sale de la calzada y para el coche en el arcén, encendiendo los cuatro intermitentes.

—Hazlo... -me pide acercándose a mí hasta quedar a centímetros de mi boca.

—hazlo... -volvió a pedir con voz ronca mirando mis labios.

Y lo hice, enrollé mi labio inferior y antes de que me diera tiempo a reaccionar, ya tenía sus labios presionando contra los míos. Su lengua perfiló mis labios haciéndome suspirar, cosa que aprovechó besándome más profundamente.

Provocando un excitante baile entre nuestras lenguas y aumentando mi necesidad de él.

—Víctor... para.

—Solo un poco... te necesito. —dijo aferrándose a mis caderas intentándome acercarme a él todo lo posible.

—Cariño, podrás besarme todo lo que quieras cuando lleguemos. —gemí cuando una de sus manos se metió por dentro de mi camisa negra.

—Bien... -suspiró alejándose de mí por completo y volviendo a la carretera.

—Ahora cántame la canción.

Río mientras negaba.

—Pero ya terminó. —señaló divertido.

—Da igual... quiero escucharte.

Y con un último suspiro empezó a entonar la bonita canción.

Eres todo lo que pedía, lo que mi alma vacía... quería sentir...

Eres lo que tanto esperaba, lo que en sueños buscaba... y que en ti, descubrí. Tú, has llegado a encender... cada parte de mi alma, cada espacio de mi ser... ya no tengo corazón, ni ojos para nadie... solo para ti.

Eres el amor de mi vida, el destino lo sabía... y hoy te puso ante mí... y cada vez que miro al pasado, es que entiendo que a tu lado... siempre pertenecí. Tú, has llegado a encender, cada parte de mi alma, cada espacio de mi ser... ya no tengo corazón, ni ojos para nadie... Solo para ti... solo para ti... solo para ti...

solo para ti...

Me quedo embobada mirándolo, tiene una voz preciosa o seré yo, que veo todo precioso en él. El caso es que escucharlo cantar me hizo enamorarme más y por ende desear tenerlo para toda la vida. Cerré los ojos disfrutando de la letra y sin darme cuenta el sueño me venció siendo un: Te amo. Lo último que creí escuchar.

Una semana después...

—Edu, ¿te queda mucho?

Golpeo el suelo con mi pie realmente desesperada. Víctor estaría aquí dentro de...

Ding dong...

—¡genial! —murmuro por lo bajo obligándome a forzar una sonrisa antes de abrir.

Trago saliva en cuanto veo al espécimen frente a mí y siento como todo mi cuerpo se acalora en dos segundos. —maldita sea Teresa, concéntrate.

—Yo... tú... hola... -digo al final con una voz ridícula.

Él se acerca y antes de registrar su intención, agarra mis mejillas con ambas manos y me besa dejándome echa un manojito de hormonas revolucionadas. Su sabor dulce me embriaga, al igual que la calidez que emana de su cuerpo calentándome aun estando febril. Abro mi

boca queriendo profundizar ese maravilloso beso y él adentra su lengua jugueteando con la mía.

—¡tita! ¿Dónde está mi gorra?

Nuestros labios se separan en seguida después de escuchar la demanda de mi sobrino.

—T-tengo... que... -tartamudeo sin dejar de mirar sus labios húmedos e hinchados.

—No te imaginas las ganas que tengo de hacerte mía... de saborearte. – susurra mordisqueándome el labio inferior.

Gimo a la vez que vuelvo a escuchar a Edu llamarme.

—Ve con él... -dice con voz autoritaria provocándome piel de gallina.

Asiento a regañadientes y mirándolo de hito en hito, voy subiendo las escaleras.

—Que no me entere yo, de que ese culo pasa hambre, preciosa...

Río ante tal declaración y me levanto el vestido dejando al descubierto mi ropa interior roja.

—Pero de eso te encargas tú ¿verdad?

Un gruñido es lo que consigo de su parte, antes de recolocarme el vestido y subir lo que me queda de escaleras sin volver a mirarlo.

Llego a la habitación de Edu, donde está todo patas arriba, y creo que me entró hasta urticaria al ver toda esa jungla. Odio el desorden.

—Edu... qué... -empiezo con mi ataque de nervios.

—Tranquila, no enloquezcas. –alza las manos. -Prometo recoger todo cuando volvamos. Solo estoy buscando la gorra con el autógrafo de Víctor. Quiero llevarla.

—Pero cariño...

—Por favor... -gimotea poniéndose de rodillas a mis pies encima de un montón de ropa.

Suspiro en rendición y le señalo arriba de su armario.

—Puff... es el único sitio en el que no miré. –se sube a la silla y la coge colocándosela en la cabeza feliz.

—Ahora vámonos, Víctor ya está aquí.

—¡way!

Y sale corriendo dejándome atrás. Miro de nuevo hacia el desastre de habitación y antes de recoger una sudadera del suelo, la voz de Edu llamándome para darme prisa, me para a mitad del camino.

—Bueno, más le vale recogerlo todo cuando lleguemos. Si no juro por lo

más sagrado, que le tiro todos los cromos y le pincho la pelota. – murmuro para mí misma antes de cerrar la puerta.

De camino al cine escucho con total atención la conversación de los dos. Edu le cuenta como de bien le salió el examen de matemáticas y Víctor alaba sus logros como un padre orgulloso. Mi niño no para de sonreír y yo tengo que reprimir las ganas de llorar ante tal acto. Sus ojos brillan como hace tiempo no hacían. Incluso las terapias han ido a menos desde que Víctor está en nuestras vidas.

Pero la Teresa pesimista, la que piensa que todo no es tan perfecto en ésta vida, sigue pensando que algo malo ocurrirá. Tarde o temprano ésta inmensa felicidad se irá a la mierda.

Una caricia en mi mejilla me hace volver a la realidad y miro a Víctor que a su vez me observa con el ceño fruncido.

—¿te pasa algo?

—No, solo... estoy pensando si realmente me gustará esa película.

Edu bufa desde atrás.

—Los minions son los mejores. –declara.

—Hazle caso al chico... me encantan los minions. –dice Víctor regalándome una de sus preciosas sonrisas de hoyuelos.

Miro embobada su perfil mientras conduce y me quedo maravillada nuevamente con él. Edu habla de cuan genial son los mininos esos, o como se llamen, y Víctor le sigue el juego enfatizando cada palabra, haciendo que se ponga más ansioso por verla.

Llevo mi mano a la suya que está apoyada en la palanca de cambios y la aprieto. Él sonríe sin mirarme.

—Llegamos. –anuncia antes de apagar el motor.

Edu chilla de emoción cuando ve por la ventanilla un gran cartel de unos pequeños seres amarillos vestidos de mineros, o eso creo, y donde globos amarillos flotan encima de éste. El niño sale del coche para conseguir su globo y antes de yo poder salir, Víctor me agarra del brazo atrayéndome hacia él. Sin saber cómo, hemos quedado demasiado cerca.

—Realmente espero que tu sobrino esté pendiente de la pantalla... -susurra acercándose a mis labios.

Regalándome un respiro de su aliento.

—¿por... qué?

Su mano se posa en mi rodilla subiendo poco a poco por el interior de mis muslos. Jadeo cuando sus dedos rozan mi sexo

superficialmente sobre la tela de encaje.

—Haré que me desees más de lo que yo... -agarra mi mano y la posa en su muy apretada bragueta. —...te deseo a ti. —jadea.

—Oh dios...

—También espero que el volumen de la película esté bastante alta... ¿y sabes por qué? —su voz hace rato se tornó ronca por lo que provocó que mi sexo se humedeciera hasta tal punto de ser incómodo. Niego con la cabeza deseando a que conteste. —porque vas a correrte como tres veces, mi niña.

Y antes de siquiera procesar lo que me dijo, lo veo fuera del coche para luego ayudarme a mí con una gran sonrisa. Como si segundos antes no hubiera tenido mi mano puesta en el bulto prominente que guarda sus vaqueros.

Agarro su mano con decisión ya que mis piernas decidieron temblar y andamos al cine agarrados de la mano, junto con un muy contento Edu agarrando tres globos amarillos con ojos. Por suerte o por desgracia no caímos con que era una maldita película infantil y que la mayoría de los espectadores eran niños, por lo que nuestra fantasía de una sesión erótica quedó solo en eso, en una fantasía. Al final le tuve que dar la razón a mi niño, ya que la película era bastante entretenida y reí como nunca cuando alguno de esos seres amarillos hacían de las suyas. Víctor río también incluso más que yo. Edu y él se llevaban maravillosamente, incluso me permití imaginar cómo sería estar con él para siempre y ser felices junto con Edu.

Andábamos dirección al coche cuando Víctor habló.

—¿qué os parece si os invito a comer a un alemán? Eh oído por ahí que sois amantes de las salchichas. —se mofa mirándonos a Edu y a mí con una sonrisilla.

—¡me pirran las salchichas! ¿sabes lo que soñé una vez? —Edu se paró frente a nosotros haciéndonos parar. —que comía una salchicha gigaaaante, más grande que yo.

Empezamos a reír ante tal imaginación.

—No creo que en el restaurante hagan una salchicha tan grande, pero si más que las habituales.

—¡genial!

El restaurante era digno de alabar, cada cosa, adorno y colores era como si estuvieras en la mismísima Alemania. Me acordé de mi padre y

prometí traerlo algún día junto con mi madre. Le encantaría volver a sus raíces aunque sea solo por unas horas.

Edu y yo nos pedimos salchicha alemana, la más grande que había, junto con doble de patatas. Víctor optó por una especie de filete con crema.

Y como si el destino hubiera estado en mi contra apareció el tercero en discordia. Tan presentable y bien peinado como siempre.

—¿coco?

Me quedé a medio camino de empinarme la copa de vino y miré a Tomás con claro signo de desconcierto y sorpresa. Solté la copa y le di una sonrisa por cortesía. Lo que menos me apetecía era tener que lidiar con él frente a Edu y Víctor.

—Hola Tomás... ¿qué tal?

Él me sonrió mientras se acercaba hacia mí y colocándose a mi espalda besó mi mejilla cogiéndome por sorpresa.

—Bueno, puede decirse que mi noche acaba de mejorar considerablemente. –susurró en mi oído aunque lo suficientemente alto para que mis acompañantes lo pudiesen oír. –en fin, vine a pedir algo para llevar, pero ya que os veo... podría quedarme y acompañaros. ¿no os importa verdad? –se sentó en la silla junto a Edu y Víctor justo entre los dos y frente a mí; sin esperar respuesta ni invitación.

No supe descifrar la reacción de Víctor pero lo que si supe es que no estaba demasiado feliz con el cambio de acontecimiento. Y Edu... miraba la mesa como si hubiera un bicho desagradable.

—Tomás lo...

—Oh, hola Víctor. Me alegro de haberte visto. –saluda a Víctor ganándose una mirada fría de éste. –hola a ti también pequeñajo. –frotó la cabeza de Edu consiguiendo que la gorra se callera al suelo.

Éste sin decir nada se levantó y después de coger la gorra, se fue dirección al baño. Me levanté saliendo detrás de él cometiendo el error de dejar a Víctor y él solos.

Víctor

—Bueno, llamaré al camarero y pediré mi orden. –suspira el mequetrefe junto a mí.

Aprieto mis puños encima de la mesa con ganas de partirle la cara en miles de cachos. Mi cabeza estaba dividida en dos en ese momento. Por un lado pensé en ir detrás de Edu pero no quería dejar a mi Teresa con

éste capullo que no se cortaba un pelo en mostrar sus armas para conquistarla. Lo que él no sabía era que Teresa era mía, sea cual sea lo que tramaba, no lo iba a conseguir. Antes tenía que pasar sobre mí y eso... no se lo iba a poner nada fácil, por no decir imposible.

Tomás pidió su orden, dejando ver un acento ridículo que más ganas de pegarle me dieron. Y cuando el camarero se fue, su atención se puso en mí.

Dejándose caer despreocupadamente en su asiento con cara de ganador.

—Tranquilo Hombre... solo soy su amigo. No es como si te la quisiera robar.

—rió palmeándome la espalda. —de todas maneras ya no.

—Aunque fuera así, no lo conseguirías.

Él asintió haciendo una mueca.

—Lo sé... la tienes loquita por tus huesos. —afirmó inclinándose hacia delante colocando los brazos en la mesa. —podemos ser amigos también. Me caes bien. Y

creo que Teresa será feliz teniéndote. —sonrió, más yo no sabía si creer si fue sincero o no. —solo quiero lo mejor para ella. Incluso puedo darte algunos truquitos. —me guiñó un ojo junto con un codazo juguetón.

—No me hace falta ningún truco. Sé lo que tengo que saber de ella.

—¿a, sí? ¿sabes que su color favorito es el rojo?

—Te equivocas. Es el blanco. —mi sonrisa se torna triunfal. No hay que ser demasiado listo para saber eso, ya que mi Teresa era demasiado transparente.

—No lo creo. —renegó él con una sonrisa concedora. —¿sabías que le gustan las caricias antes de dormir?

Una punzada atravesó mi estómago al escuchar decir eso. Tuve que repetirme una y otra vez en mi cabeza que Teresa tuvo un pasado, con él, pero pasado al fin y al cabo.

—Sí, lo sé. —mentí como un bellaco.

—Ya... —contestó. —también te gustaría saber que es muy coqueta y que el mejor regalo para ella sería algún maquillaje, vestido o zapatos.

Asentí y miré hacia la dirección del baño deseando verla salir ya. Pero una señora fue lo que salió de allí, haciéndome suspirar en cansancio.

Tomás siguió con su supuesta lista de consejos y por un momento pensé a crearme que lo hacía realmente para ayudarme con ella, porque

realmente ella le importaba como para dejarla ir por tal de que sea feliz. Por lo que acabé serenándome y hablando con él animadamente.

En cuanto trajeron la comida, Teresa apareció junto con Edu que decidió sentarse entre ella y yo, lejos de Tomás.

—Perdonen el retraso, Edu no se sentía bien. ¿de qué hablabais? —se interesó un tanto nerviosa.

—Cosas de hombres, preciosa... -le guiñó Tomás.

Ella me miró buscando una respuesta y le di una sonrisa tranquilizadora. Que causó que ella se relajara y pudiéramos comer a gusto los cuatro. La velada finalizó entre risas ya que Tomás terminó por contar chistes para hacer reír a Edu, cosa que no consiguió. Se despidió de nosotros en la puerta del restaurante y nos fuimos los tres para la casa de Teresa. Edu no habló en todo el trayecto, y eso me preocupó. Teresa me dijo que lo dejara pasar y que mañana estaría bien.

Estábamos despidiéndonos en la puerta de su casa y yo no dejé escapar la oportunidad de poner mis manos sobre ella. Provocando que se derritiera en mis brazos.

—¿es cierto que tu color favorito es el rojo? —pregunté mientras besaba su cuello.

Ella soltó una risotada.

—No, es el blanco.

—¡bien! —me sentí contento de haber acertado al menos eso.

—¿por qué? ¿Quién te dijo que era el rojo?

—Tomás. Quiso darme una especie de consejos para conquistarte. Pero ya ves que no me hace falta ninguna ayuda. —agarré sus muslos alzándola para hacerla enredar sus piernas en mis caderas.

—¿que hizo qué?

Besé sus labios para que dejara de hablar y se dedicara a lo que realmente importaba, que era besarme. Mordisqueé sus labios con fervor haciendo que gimiera en mi boca. Mis manos acariciaban su trasero por dentro de su vestido disfrutando de su suavidad.

—Víctor... vamos dentro. —pidió con voz afectada mientras se rozaba contra mí provocándome un gruñido.

—Edu estará despierto aún, Teresa...

Ella gimió en protesta y con un último beso se desenredó de mí y cayó de pie en el suelo. Besé su frente aspirando el olor maravilloso que emanaba de su pelo y metí mis dedos entre las hebras en una sutil caricia que la hizo

cerrar los ojos y sonreír.

—Nos veremos pronto. —susurro besando sus labios.

—Ya te echo de menos. —murmuró ella abrazándome.

—Pronto.

Ella rió e inclinó la cabeza hacia tras para mirarme.

—Pronto.

Capítulo 25.

Pareciera como si hubiera estado un año sin venir a trabajar. Tenía montón de trabajo atrasado y para colmo tengo un grandísimo dolor de cabeza. Ya eran las cinco de la tarde, pronto se asomaría mi padre a informarme su marcha. Y no me dio tiempo de pensarlo que ya estaban llamando a mi puerta.

—Coco me voy a casa... ¿te queda mucho?

Le doy una sonrisa dejando a un lado los informes.

—Un poco papá, tranquilo cerraré bien antes de salir.

—Bien. —se acerca y me besa la frente haciéndome cerrar los ojos disfrutando de su contacto.

—Ten cuidado en el camino ¿sí?

—Muy bien, mamá... -resopla mi alemán favorito.

—Te quiero.

—Y yo. —sonríe y cierra la puerta al salir.

Suelto otro suspiro hondo y me pongo de nuevo manos a la obra. Por lo menos para que mañana no me pase lo mismo. Me pongo a mirar en páginas de internet a donde salen mis clientes y sonrío como una gilipollas al ver la foto de Víctor y yo en la fiesta. Mi cara está ladeada observando el perfil de él y mi expresión denota claramente amor y devoción hacia él. Mis mejillas ruborizadas, incluso mis ojos brillan. El dolor de cabeza milagrosamente se me olvida solo por pensar en él y en lo bien que lo pasamos ese día.

Y ni hablar de mi bajo vientre, que se contrae deliciosamente cuando las imágenes se proyectan en mi mente en diapositiva. Sus manos recorriéndome entera, sus besos... que si cierro los ojos puedo sentirlos por todos lados.

Un toque en la puerta me hace volver a la tierra de golpe y mi dolor de cabeza vuelve haciéndome gemir frustrada.

—Adelan...

La puerta se abre antes de que acabe la frase.

—Hola Teresa. —saluda con su usual tono de voz serio.

Mi cuerpo se eriza y mis muslos se cierran inconscientemente.

—¿q-qué haces aquí? —tartamudeo como una retrasada a medida que veo cómo se acerca.

Sus andares son de todo un súper modelo y más, vestido con ese chándal gris, que me vuelve tan loca. Donde por cierto una media erección se hace notar haciéndome querer desnudarlo para verla mejor.

—Vengo a verte. —contesta quedando a mi lado en toda su altura. —¿no puedo venir a visitar a mi novia al trabajo? —dice ésta vez con tono dulce.

Su media erección crece por momentos quedando a la altura de mi boca y me hace tragar duro. Muerdo mi labio inferior aguantando las ganas de morderlo a él. Lo miro a los ojos y me derrito al ver su mirada penetrante e intimidante con esa pizca de picardía.

Extiende su mano pidiendo la mía y yo se la doy encantada. Cuando creo que va a ayudarme a levantarme hace algo que provoca que mi respiración sea errática e irregular. Coloca mi mano en donde tanto ansiaba tocar. Lo acaricio por encima de los pantalones dejándome guiar por su gran mano que casi traga la mía por completo. Está duro y grande. Su jadeo me hace jadear a mí y siento como mi sexo palpita dolorosamente deseando atención. Deseando tenerlo muy dentro de mí.

—¿tienes mucho trabajo? —dice alejando mi mano de él para colocarme de un rápido movimiento sentada en la mesa, encima de los papeles.

Se coloca entre mis piernas, adelantando sus caderas hasta quedar completamente pegado a mi entrepierna. Mi respiración se acelera y me deja sin un atisbo de cordura.

—Contéstame o no seguiré... —susurra en mi oído para después morder el lóbulo de mi oreja.

—¿qué? —jadeo.

Estoy en un mar de sensaciones que no me deja reaccionar. Su olor me envuelve y respiro hondo para retenerlo el mayor tiempo posible. No sería capaz de hilvanar una simple frase en éste momento.

Sus manos abarcan mis pechos apretándolos juntos y veo como deja salir la respiración silbante mientras observa mis pechos como si fueran una obra de arte.

—Si no te estuviera tocando, diría que no eres real.

Necesitaba tanto que me besara, que no aguanté la tentación por mucho tiempo. Lo agarré de los pelos de la nuca atrayéndolo hacia mi boca. Degustando sus gruesos labios y deleitándome con su sabor y suavidad.

Joder, era el mejor majar que había probado nunca.

Sus caderas se movían inconscientemente haciendo fricción allí en donde tanto lo necesitaba. Mi piel estaba ardiendo al igual que la suya que parecía que estaba en llamas. Palpé su torso con pericia, procurando tocar todo lo que pudiera a su paso. La camiseta me estorbaba por lo que agarrándola del dobladillo, se la saqué haciendo que nuestro beso solo se rompiera décimas de segundo.

Su piel caliente llamaba a mis manos por lo que me dediqué a disfrutar de cada músculo y de cada parte de aquel maravilloso cuerpo esculpido. Me aventuré a ir más allá sintiendo cosquillas en mis dedos por los suaves pelitos que sobresalían de sus pantalones. Gimió cuando mis dedos se adentraron más adentro empezando a tocar el principio de su dura polla.

—Joder... -siseó entre dientes mirando mi mano traviesa.

Sonreí bobaliconamente al ver como de fácil era tenerlo a mi merced. Saqué su sexo de los pantalones y empecé a acariciarlo sutilmente volviéndolo loco.

—Siempre quise follar en mi despacho... gracias por cumplir una de mis fantasías señor Sanz...

Soltó una media risa-jadeo que me hizo reír a mí. Mi mano lo desconcentraba la cual ahora bombeaba arriba y abajo sin ningún pudor.

—Haré... que todas tus... ahhh... fantasías se hagan realidad.

—Oh gracias... qué considerado. —me burlo de él.

Un gruñido hace vibrar su pecho y saca su sexo de mi mano para luego tumbarme en la mesa. Alza mi pierna derecha y desata mi zapato con demasiada lentitud. Besa mi empeine a la vez que el zapato cae al suelo y me mira con una sonrisa traviesa mientras besa mi pierna en descendiente.

Estoy jadeando y suplicando cuando llega al interior de mis muslos pero se aleja y hace lo mismo con mi otra pierna dándole la misma atención e igual de malditamente lento.

—No juegas limpio.

—Ahora me toca a mí jugar contigo mi amor. Y me encanta jugar sucio.
—su voz está enronquecida y mi piel se eriza por sus palabras.

En cuanto llega al interior de mi mulso izquierdo sus manos levantan mi

falda entubada, hasta hacerla un rollo en mi cintura. Coloca mis pies sobre la mesa teniéndome completamente abierta para él.

—No puedo creerme que todo esto sea mío. —murmura antes de enterrar su cara en mi sexo lamiendo sobre la tela de encaje.

Ronronea cuando chupa intensamente, dejándome saber que le gusta mi sabor. No hay que decir que mis gemidos de placer se escuchaban hasta en la calle. Y más aún cuando con su maravillosa y mágica lengua me hicieron llegar al orgasmo. Chillé cuando mordió mi clítoris prolongando mi placer al máximo.

—Coge aire mi niña...aún no terminé contigo.

Y con esa afirmación sentí como su polla entraba en mí poco a poco.

Abriéndome a su paso. Me arqueé buscando profundidad y con un último empujón se introdujo hasta el final de golpe.

—Eres la jodida cosa más perfecta...

Como me encantaba hacer el amor con Víctor. Era cariñoso a la vez que rudo.

En un momento te dice lo bonita que eres y luego dice cosas sucias haciendo que todo tu cuerpo vibre.

Tres gloriosos orgasmos después, todo su peso cae en mí y sus manos aprietan mis caderas por los últimos espasmos de su orgasmo. Una risita sale de mí al ver mi cuerpo a medio vestir.

—Ni tiempo me diste de quitarme la ropa. —dije riendo.

Le pegué la risa y acabamos riendo a carcajadas durante un rato.

Acabamos de asearnos en el baño de mi despacho y me ayudó a recoger el desastre de mi mesa. En cuanto acabo de meter el último informe en el cajón, sus brazos me rodean desde atrás y besa mi cuello quedándose un ratito oliéndome.

—¿quieres que te prepare canelones para cenar? —ronronea en mi oído.

No sé si lo que más me apetecía eran los canelones o volver a repetir lo de minutos antes. Sus besos se hacían cada vez más cadentes y eróticos.

—Me apetece mimarte... y cuidarte... —dice entre beso y beso.

—Mmm... me gusta ese plan...

—Entonces vámonos.

Y cogiéndome de la mano me lleva a rastras fuera de la agencia. Adiós a mi jornada intensiva de trabajo.

—No sabía que hacías tú mismo la pasta.

—Soy todo un profesional. —se regodea amasando y extendiendo la pasta para los canelones.

—¿puedo ayudarte? — coloco mis manos en sus estrechas caderas y noto como su cuerpo se tensa un poco.

—Si quieres que de verdad lo acabe no me distraigas... no me importará extenderte en la mesa llena de harina y comerte en su lugar.

—Mmm... -hago como la que pienso mientras toqueteo por debajo del delantal hasta que encuentro lo que buscaba.

—Teresa... -advierte parando el rodillo.

—Vale... pero déjame hacer algo. —resoplo y suelto mi juguete favorito a regañadientes.

Él suspira y niega con la cabeza mientras ríe y se da por vencido. Mi trabajo era salpimentar la carne picada y trocear cebolla. Víctor se movía por mi cocina como si fuera su casa y eso de algún modo hacia que mi corazón sintiera un calor extraño pero maravilloso. Cocinamos codo con codo hasta que los canelones estuvieron listos para hornear.

—Bueno... ahora toca limpiar. —dice Víctor haciendo una mueca y mirando mi cocina.

—Bueno, tampoco está mal que la ensuciemos un poco más ¿no?

Él se da la vuelta para mirarme pero le tiro harina en la cara antes de que pueda formular palabra.

—No hiciste eso... No. Lo. Hiciste. —gruñe pestañeando intentando ver. Me río como una posesa mientras señalo su cara.

Tenía toda la cara incluidas sus pestañas y cejas llenas de harina, estaba la mar de chistoso. Agarré mi tripa cuando empezó a dolerme de tanto reírme.

—Me alegro de que te cause tanta gracia... -dice con demasiada tranquilidad.

Me obligo a dejar de reír y cuando me quito las lágrimas de los ojos veo como sostiene un bol lleno de huevo Batido.

—¡no! —chillo alzando las manos en signo de rendición. —¡no lo hagas!

—Oh venga ya... el huevo es bueno para el pelo. —de mofa acercándose.

Mi espalda topa con el frigorífico haciendo que los botes de cristal entrechoquen y aprovecha mi despiste para verter el contenido en mi cabeza.

Chillo cuando siento la sustancia pringosa y pegajosa correrme por la cara, cuello y pecho y mi piel se estremece.

—Ya estamos en paz. —y estalla a carcajadas cuando no se aguanta más.

Y como si fuéramos niños pequeños, jugamos a tirarnos comida poniéndonos perdidos. Comimos entre risas sin importarnos que la cocina estuviera echa un desastre al igual que nuestra ropa.

Nada que una buena ducha juntos no lo pueda arreglar.

Capítulo 26.

Ando con sigilo por el pasillo hasta llegar a la habitación de mi niño. Nunca me consideré ninguna chismosa o cotilla pero eh de decir que en cuanto Edu salió corriendo a coger el teléfono para a continuación llevárselo a su habitación, me pareció un poco sospechoso. Pego mi oreja a la puerta y me pongo a escuchar con atención.

—B-bueno, sí... tengo terminado la actividad dos y... sí. ¿en serio? —dijo con entusiasmo. —s-sí, claro que quiero hacerlo contigo.

Pego más la oreja ya que no escuchaba nada más, pero así me da un infarto al notar la manija de la puerta moverse, más no se llegó a abrir. Gracias a dios.

—Bien... quedaremos cuando den las vacaciones. Así adelantamos trabajo...

Oye, hoy juego un partido me preguntaba si... bueno si te gusta el futbol y quieres ir... pues... ¿sí? Genial. Sí, bueno me tengo que ir. Hablamos.

Y salí corriendo a encerrarme a mi habitación antes de que Edu me pescara de fisgona. Me apoye en mi puerta sintiendo mi respiración ahogada por la carrera y el susto. Escuché sus pisadas hasta que se detuvo justo al otro lado.

—¿tita?

Respira teresa... respira...

—Mmm, sí cariño. Solo estoy retocándome antes de salir a ver a Greene.

—Vale.

—¿Quién era?

Silencio.

Me obligo a esperar su respuesta.

—Pues... bueno... nada importante solo. Te contaré luego ¿vale? —

titubea.

—Claro mi niño. ¿Estás listo para salir?

—Sí.

—Bien, espérame en el salón. Enseguida bajo.

Y sin darme respuesta se va haciéndome suspirar. Mi labio inferior tiembla y mis ojos pican, se avecinaban lágrimas por lo que me obligué a retenerlas.

—No confía en mi... -susurré realmente dolida.

Pero solo me quedaba en confiar en su palabra y creyendo que luego me diría quien era. Lo bueno es que al fin fraternizaba con alguien más. Es decir, puede ser un amiguito de clase o... una niña.

Ese último pensamiento me hace estremecer. ¿Me estaré convirtiendo en una mamá celosa que solo quiere a su niño para sí?

Niego con la cabeza y tras un suspiro recargándome así, de fuerzas salgo y planto una sonrisa en mi cara. Hoy tenía que estar feliz. Hoy era su última sesión, ya que según la señora Greene, Edu presenta gran mejoría y no necesitará de más ayuda que la de su familia para terminar de recuperarse. Solo espero que todo esto no se desborone y me caiga encima.

A parte de eso... hoy era el primer partido oficial, el cual, Edu jugaba contra otro equipo en el pueblo de al lado. Víctor confía tanto en él que lo dejará jugar todo el partido, convencido de que será un buen jugador. Estaba nerviosa por él a la vez que extasiada. Sabía que mi niño lo haría genial y que marcaría como mínimo treinta goles... bueno, también puedo decir que pecho de exagerada, en cuanto a temas de orgullo hacia Edu, se refiere. ¿Pero y qué pasa? Era mi hijo.

Cualquier madre estaría orgullosa de su hijo y fanfarronearía de ello a los cuatro vientos.

En el trayecto se reinaba el silencio. Edu permanecía quieto mirando hacia delante sin tener la intención de decir nada más. Suspiré dándome por vencida.

—¿te acuerdas de la niña rubia que vimos salir de la consulta de la señora Greene?

Frunzo el ceño ante su pregunta y cuando miro hacia él veo su mirada fija en mí. Esperando una respuesta. Hago memoria y pude decir que ninguna niña rubia se me vino a la cabeza y menos saliendo de allí.

—No... ¿por qué?

Él suspira.

—Luego de ése día la vi en el colegio. Es nueva y entró en mi clase.

—Ajá... —murmuré para instarlo a seguir hablando.

—Pues... ella quería hacer el trabajo conmigo de verano y yo... le dije que sí.

Abro la boca de par en par y lo miro durante unos segundos estupefacta.

—Bueno, no explotes. Ella... me gusta.

La respiración se me atasca y ahora sí que no me servirá de nada pestañear.

Lloraré como una niña pequeña solo por el hecho de que mi niño le gustaba una niña. Patético.

—Tranquila tita. —dice él acariciándome el brazo. —sigues siendo mi chica favorita.

Río mientras sorbo por la nariz. Las lágrimas corren por mis mejillas y me las aparto odiándome por llorar por éstas cosas tan nimias.

—Tú también eres mi chico favorito. —le sonrío y él me sonrío de vuelta.

—¿más que Víctor? —dice con un tono pícaro.

Freno en seco antes de saltarme un semáforo en rojo. Su pregunta ha hecho que mi cerebro sufra un leve cortocircuito.

—¿por qué dices eso...? Víctor es solo un amigo.

Él resopla y rueda los ojos. Mucoso insolente.

—Sí, vale. Digamos que me lo creo.

Su contestación me hace boquear como un pez fuera del agua y cuando voy a decirle algo, un claxon a mi espalda me hace darme cuenta de que estoy obstaculizando el tráfico. —bien, Teresa... mete primera, quita el pie del embrague y acelera.

—En todo caso... me gusta como amiga. —dice retorciéndose los dedos en su regazo. —le dije de venir a verme jugar pero... ahora me arrepiento un poco de haberla invitado.

—¿por? —frunzo el ceño sin apartar la vista del camino.

—¿y si lo hago mal? ¿y si se da cuenta de lo malo que soy y no quiere ser mi amiga? ¿y si...?

—Para, Edu. Deja los puñeteros y si... de una vez. No hacen nada bueno. A menos que sean por ejemplo: ¿y si aunque te salga mal alguna jugada, ella estuviera en la grada animándote a que lo hagas mejor? ¿y si no le importa qué tan mal juegues porque le gustas más que todo eso? ¿y si...?

—Sí, ya lo pillo. —ríe y veo como el nerviosismo lo abandona dejando lugar a una sonrisa confiada.

—Además eres el mejor jugador del mundo mundial. –susurro como si fuera un secreto entre él y yo. –mi niño sonrío y yo le devuelvo el gesto.

Dejamos la conversación a un lado y nos sumimos en un silencio cómodo, hasta que llegamos. Greene nos hace pasar de inmediato ya que la última paciente se tuvo que ir antes. Edu le cuenta su día a día, mientras yo no paro de pensar en nuestra conversación en el coche. Por un lado tenía miedo de que no aceptara lo mío con Víctor y como consecuencia se volviera a cerrar en su caparazón. Y por otro me moría de ganas por quitarme ese peso de encima y el estar escondiéndolo de él. No me sentía bien conmigo misma ocultándole una cosa así. También estaba el tema “niña”. Tenía una mezcla de emociones encontradas, dejándome echa un manojo de nervios.

—Así que has hecho amigos... -continúa la doctora con una gran sonrisa.

—Sí. Héctor y Raúl comen conmigo en los recesos. Mila en mi compañera y también me llevo bien con su amiga Paula.

—Eso es estupendo Edu. –lo felicita. – ¿y el equipo?

La sonrisa de mi niño se hace más grande aún.

—Genial, hoy tengo mi primer partido.

—¡oh, qué bien! ¿y tienes amigos allí?

Él titubea a un poco pero a diferencia de las otras veces que le preguntaba lo mismo, ésta vez no interpretaba rechazo ante ella.

—Me llevo bien, hablo con casi todos y con el que más con mi entrenador. – él me da una mirada con toda clase de significados y siento como un calor sube por mis cachetes.

—Me alegro mucho de eso Eduardo. –dice Greene mirándome de reojo.

Trago en seco. ¿Desde cuándo ésta conversación se vio redirigida hacia mí y Víctor?

La sonrisa de la doctora decae un poco y hace una mueca. Sé lo que venía.

Era hora de hablar de mi hermana y su marido. Los papás de Edu. Tema delicado con el cual daría por zanjado el tratamiento o por el contrario seguir con él. Todo dependía de su reacción ante el tema.

—Bueno Edu. Como es nuestra última sesión, quiero que me cuentes una última cosa ¿sí?

Él asintió un poco temeroso.

—¿Has pensado últimamente en tus padres?

Miro la reacción de Edu y me asusto al ver como de tenso se había

quedado.

Su mirada se pierde en algún lugar de la habitación. Empiezo a respirar cada vez más deprisa teniendo miedo a lo que pueda decir.

—Sí. —contesta al fin.

—Bien. —asiente ella. —¿y qué piensas?

—Que estarían felices de verme a mí feliz. —carraspea y pestañea rápidamente.

Se me partió el alma al ver como de fuerte se mantenía. Una sonrisa curvó sus labios.

—Muy bien Edu... me alegro enormemente de que pienses así. Estoy segura de ello.

La sesión se acaba y la doctora abraza a Edu realmente emocionada. Habían creado unos lazos muy fuertes durante estos años de terapia. Realmente fue una grandísima ayuda para él y a la vista estaba que Edu también se sentía agradecido por ella. Incluso la invitó a ella y a Roberto al partido de futbol.

Aprieto mi mandíbula fuertemente con rabia. Conteniéndome por no ir allí y decirle cuatro frescas a esa niñita. La cual no paraba de reír con Víctor y tocarlo.

¡TOCARLO!

Nadie podía tocarlo excepto yo. Ninguna mujer tenía derecho ni siquiera a rozar lo que es mío. Y lo que me hacía contenerme eran tres cosas: 1. Era amiga de él y no quería que se enfadara cuando le arrancara los pelos, de su hermosa cabellera castaña, uno a uno.

2. No quería llamar la atención de todas las personas que allí habían. Y

haciendo un cálculo rápido, había cómo ciento cincuenta personas. (incluyendo: padres, madres, ojeadores y niños.... Muchos niños.) 3. Tomás y Cristian me agarraban de los brazos cuando intentaba levantarme a hacer una locura.

Intento desviar la mirada hacia el campo, pero aun con el barullo y el ruido de la gente hablando y de la música, la risa de esos dos hacía eco en mis oídos.

—¿quieres tranquilizarte? —resopla Cristian agarrándome para volverme a sentar en mi sitio.

—Sí, coco... eres muy demasiado obvia. —suelta una risita ridícula

mi otro acompañante.

Miro a uno y a otro con claro signo de molestia y me cruzo de brazos, contemplando la escena en frente de mis narices.

—¿qué pretendéis que haga? ¿Qué me quede como si no me importara que esa muñequita intente seducirlo?

—No está haciendo eso Teresa... -dime mi hermano gimiendo en molestia.

—Sí, solo están... -empieza Tomás. -bueno... solo le está acariciando el brazo y... bueno también le está lanzando millones de señales con una mirada de gata en celo, pero...

—Suficiente. -gruñe Cristian haciendo reír al puñetero de Tomás.

—Voy a ir allí y dejarle claro que ese es mi hombre.

Me levanto pero vuelven a agarrarme. Vuelvo a sentarme a la fuerza y gruño demasiado fuerte, haciendo que varias personas se voltearan a verme.

—Contrólate un poco por dios... pareces una mujer de las cavernas. ¡mira! Ya se va. -señala.

Fijo mi mirada en donde Víctor estaba con la chica esa, Maddy, como él la llamó y me tenso al ver que me está mirando. Está solo ahora y me mira con una sonrisa preciosa dirigida a mi persona.

Solo yo soy dueña de esa sonrisa. Solo yo puedo ser dueña de él.

Alzo mi mano un poco y de lo más tonto sonrío y le saludo. Él me lanza un besito el cual hago como que yo lo cazo con la mano. Es tan adorable...

—Sois tan empalagosos... -murmura Cristian haciendo una mueca desagradable.

Tomás se ríe y yo feliz porque mi Víctor me haya lanzado un besito, me coloco bien en el asiento y espero a que el partido se reanude. Los celos quedaron a un segundo plano y olvidados por completo.

Pude ver durante todo lo que duró el partido, que mi niño estaba feliz, que se llevaba genial con su equipo y que sus sonrisas, saludos y goles no iban dedicados a mí. Una preciosa niña de pelo rubio, aplaudía desde la fila de debajo de la grada, junto con su madre. No pude reprimir la oleada de celos que me inundó pero me obligué a verlo todo desde el punto positivo. Mi niño se había enamorado por primera vez y eso es algo por lo que sentirme feliz.

El equipo de Edu ganó por un gol, que gracias a su pase magistral hizo que el compañero marcara. Grité y aplaudí con fuerza junto con mis dos acompañantes.

El equipo de Edu corrió feliz hacia su entrenador y Víctor celebró con ellos la victoria. Y sin esperar a mis acompañantes salí de las gradas, casi tirando a los eufóricos padres, anduve hacia donde estaba la bola de niños y llamé a Edu. Él en cuanto me escuchó y me vio, extendió más su sonrisa y corrió hacia mí para abrazarme.

—¡enhorabuena mi campeón! —se soltó de mi después de besarle toda la cara.

Estaba sonrojado y no era solo por hacer ejercicio físico. Su mirada estaba detrás de mí.

—Ella te ha estado animando todo el partido. —le confieso en un susurro.

Él se sonroja más y me sonrío avergonzado. Vuelve a mirar a mi espalda.

—Ve con ella y dale las gracias por venir.

Él asintió y se fue corriendo a ver a su chica rubia.

La bola de niños ya se había dispersado dejando solo a mi hombre. Con el pelo despeinado y ataviado con una camiseta blanca y pantalones negros de chándal.

Delicioso. Putamente delicioso, joder.

Muerdo mi labio y él capta mi movimiento observando con deseo mi boca.

Anda hacia mí como si fuera un león acechando a su presa.

Definitivamente me dejaría comer por él, solo por sentir esa deliciosa boca en mí y esos ojos fijos en los míos mientras lo hace.

Mi cuerpo se estremece al visualizar esa escena.

—¿te eh dicho ya lo afortunado que soy por tenerte? —susurra quedando a una distancia bastante peligrosa. Muerdo mi labio y aprieto mis puños aguantándome las ganas de tocarlo y besarle delante de todo el mundo.

—No más que yo de tenerte a ti. —contratoco respirando hondo. —
uhmmm su olor...

—Veo que Edu... tiene una nueva amiga. —carraspea intentando cambiar de tema.

Y lo consigue. Por ahora.

—Sí, me ha cambiado por una más bonita y joven. —hago un puchero de lo más infantil y me doy la vuelta para mirarlo hablar con la niña, que sonrío y habla animadamente con él.

—Tiene buen gusto. Es guapísima.

—¡joye...! —le palmeo el brazo y me enfurruño. Patético. —ya tengo bastante con que uno de mis hombres me deje por ella. —me cruzo de brazos

sin apartar la mirada de Edu y su amiga. –aunque tú ya tengas a “otra”. –contrataco escurriéndome fuera de sus caricias, las cuales ya estaban haciendo que me debilitara.

—¿otra? –pregunta él después de unos segundos.

—Sí, tu querida amiga Maddy. La vi muy feliz mientras te estaba metiendo mano. –le doy la bienvenida a los celos, una vez más.

—¿pero qué...? Teresa no estés celosa de Maddy... ella no...

—¿no, qué? –le interrumpo y me doy la vuelta. –¿es solo una amiga? –digo con mofa. –pues bien que te comía con los ojos y tú le sonreías feliz.

—Teresa escucha...

Alzo la mano interrumpiéndolo.

—Es tu amiga y lo respeto. Pero como vuelva a intentar seducirte, juro que le arranco los ojos y las manos.

—Pero si...

—Es una amenaza Víctor Sanz y no...

—¡es lesbiana!

Me callo de golpe ante su afirmación. ¿Qué es qué?

—¿Qué es qué? –digo desinflándome. —metí la pata ¿verdad?

Él resopla y se ve realmente molesto. No puedo arrepentirme más, por lo que me quedaba era arrastrarme. Me acerqué a él y acaricié sus brazos intentando quitarle el enfado con mis mimos. Él me miró con un poco de enfado.

—Lo siento yo solo...

—Teresa eres la única mujer a la que quiero. No tienes porqué ponerte celosa de nadie, ya que no tengo ojos más que para ti. Eres todo lo que necesito en mi vida.

Mi labio inferior tiembla y él suspira y viene hacia mí para abrazarme. Me aprieto contra él, enterrando mi cara en su pecho.

—¡eeii! Buen partido.

Me separo de él cuando la voz de Tomás se hace presente en nuestra estampa romántica. Cristian llega con él y los dos lo felicitan. Edu llega casi al mismo tiempo dejándose abrazar por Cristian. Sin embargo con Tomás no tiene la misma empatía.

—Enhorabuena, hombrecito. –Tomás le frota la cabeza y Edu se aparta después de darle una mirada envenenada.

—Edu, ¿qué se dice? –le recuerdo.

Él niño me mira y alzo una ceja esperando a que me haga caso. Él solo respira hondo y le dice “gracias” de lo más falso.

Después de ese momento no tuve cavidad en mi mente para pensar en otra cosa. No sé por qué se comporta de esa manera tan irascible con Tomás, ya que él solo le quiso felicitar. Creí que ya se comportaba como todos los niños y que no se sentía atacado por nadie que intentara acercársele. Sin embargo pude recordar que cada vez que Tomás estaba con nosotros, el niño cambiaba su expresión y se cerraba en sí mismo.

Tomás intentó acercarse en más de una ocasión, cuando estuvimos cenando todos juntos en el McDonald’s, pero el niño lo esquivó todo el rato haciendo que me preocupe verdaderamente por ello.

Cristian nos distrajo contando anécdotas de su trabajo, que por lo que cree la gente, no es nada aburrido. Tiene montones de historias de las cuales todas incluyen a tías desesperadas por un buen polvo. Más concretamente un polvo con mi hermano. Claro está que los dos hombres de la mesa estaban interesados en el tema. Es nombrar a mujeres y futbol y los tíos caían como moscas a la mierda. Más de una vez tuve que cortarles la conversación, cuando algún tema más que escandaloso de la cuenta, salía de su boca. Edu estaba pendiente a todo lo que decía su tío y no me hacía demasiada gracia que supiera tantas cosas de adultos siendo aún tan bebé.

¿Qué? es mi bebé, independientemente de la edad que tenga.

Edu

—Buenas noches mi campeón.

Le sonrío a mi tía y le beso la mejilla antes de que salga de mi cuarto y encaje la puerta tras ella. Suspiro y me relajo escuchando solo el sonido de los grillos del jardín. Estaba contento y feliz; pero también muy cansado. Los párpados se me cierran solos y me veo arrastrado en un sueño profundo.

Un ruido me despierta.

—¿mami?

Espero a que ella llegue a mi cama, pero mami no viene. Me levanto y agarro mi osito antes de salir a buscarla. La oigo hablar con alguien. No sé quién es.

Me siento en los escalones y miro entre los barrotes de la baranda. Mami está con un señor en la sala. Él la intenta agarrar pero ella se aleja. Él

se enfada y empieza a gritar. Mamá se asusta y mira hacia la escalera. Me escondo.

—¿¿por qué no lo dejas?! Penélope nosotros...

—Tú y yo no tenemos nada. Ahora lárgate de mi casa. Lo que ocurrió fue un error. Un error que me llevaré a la tumba y del que me arrepentiré toda mi vida.

—¿¿un error?! ¿¿un puto error?!

—Baja la voz. Despertarás a Edu.

—Me importa una mierda ese maldito niño.

—¿vete de mi casa!

—Tú lo has querido Penélope... tú misma te lo buscaste.

Me asusto cuando la puerta se cierra fuerte. Y me abrazo a mi osito con fuerza. Mami llora. No quiero que lllore. El hombre malo la hizo llorar y no quiero que vuelva.

...

Los pajaritos cantan y vuelan por el cielo. Las nubes parecen algodón de azúcar y levanto mi mano queriendo agarrarlas.

Mami canta. Ella canta muy bien. Está regando las rosas. Me gustan las rosas, y la que más las de color rojo. El rojo es bonito. Como mi mami.

Mamá deja de cantar y los pájaros también. Me siento apoyando mis manos en el césped y veo un coche aparcando frente a casa.

Mamá me mira. Está asustada. ¿Por qué? El señor del otro día anda hacia mi mami. ¡No!

—¿qué haces aquí?

—Vengo a informarte de que estoy a punto de pedirle que se venga conmigo a Madrid. Es impresionante esa mujer, incluso es mejor que tú.

—No voy a volver a repetirte que te alejes de nosotros. Y eso incluye a toda mi familia.

No quiero que haga llorar a mi mami. Me levanto y voy hacia él. Él me mira y sonrío. No me gusta que sonrío.

—Edu... aléjate...

Mi mami me agarra del brazo y me pone detrás de ella. El señor se ríe. Agarra a mami del brazo.

—Deja de meterte Penélope...

—Suéltame. O juro que contaré todo lo que haces, a la policía. Y yo no amenazo en balde.

El señor suelta a mami y se va enfadado. Mami me abraza y llora.

Yo lloro con ella. Ese hombre me da miedo.

—¡Edu! Por favor cariño despierta. ¡Edu por favor!

Me despierto de un salto y siento como respiro muy rápido. Me siento mojado como si me hubiera bañado en una piscina. Mi tía está allí.

—Oh dios... estás bien. Cariño fue solo una pesadilla. Todo está bien.

—Mamá me dijo que me alejara de él. No quiero que vuelva.

Mi tía se separa de mí y me mira sin saber de qué estoy hablando. Pero las palabras se me atascan y lo único que quiero hacer, es olvidar.

Le digo que quiero dormir con ella y ella accede. Me abraza toda la noche. Mi mamá está conmigo.

Capítulo 27

El fin de semana pasó volando, entre Víctor y Edu ocupaban mi mente casi por completo. Yo me sentía completa. Como si no me hiciera falta nada más que la compañía de ellos dos. Víctor llenaba ese vacío que hace tiempo llevaba conmigo.

Mañana era la graduación de Edu en primaria, ya entraría en el instituto por lo que mis nervios estaban a flor de piel. Tenía miedo, mucho miedo. Pero Edu estaba feliz por lo tanto tenía que estar feliz también. No podía creerme lo grande que se había hecho. Volví a ver a la niña rubia por la que Edu bebe los vientos. Había quedado con ella en casa para hacer un trabajo el cual se tenía que entregar después de verano. Era como una especie de resumen de todas las asignaturas para que los nuevos profesores lo vieran y calificaran su nivel. Yo no paré de asomarme a la sala y espiarlos para ver lo que hacían. — ¿Qué? Soy celosa. Pero me tranquilicé al ver que lo único que hacían era trabajar en el trabajo y regalarse sonrisas de vez en cuando.

En cuanto a Víctor... se quedó en mi casa hasta hoy miércoles. Está de más decir que fueron los días más felices de mi vida. Me entenderíais si cuando abrierais los ojos vieran a semejante semental, solo vestido con solo unos calzoncillos. Yo me iba a trabajar después de hacer el amor en la cama o la ducha (depende de la hora que nos despertáramos) y nos despedíamos con un beso, hasta la tarde que nos volvíamos a ver. Cuando volvía de un día agotador en la oficina, siempre

me esperaba un delicioso almuerzo y su compañía. Me mimaba como si fuera una reina. Y yo feliz de la vida. Y a la tarde se iba a entrenar a los niños llevándome con él. Luego por la noche volvíamos a casa, cenábamos y volvíamos a perdernos el uno en el otro antes de caer dormidos.

Era toda una delicia vivir convivir con él. Lástima que cuando estaba Edu, él se iba a su hotel, dejándome lejos de su compañía.

Estaba leyendo unos informes cuando mi móvil sonó con una llamada entrante. Era Víctor. Sonrisa idiota, hola de nuevo.

—Buenos días cariño. —saludé dejándome caer en el asiento, cerrando los ojos para imaginarme que estaba conmigo.

—Buenos días muñeca.

Mi sonrisa delató a la teresa enamorada y derretida.

—¿Cómo dormiste?

—Mal, no te tengo aquí conmigo. Eché de menos tener tu cuerpo pegado al mío.

—Y yo el tuyo... -hice un puchero aunque él no me viera.

—Te quiero. ¿lo sabes no?

Mi sonrisa se hizo más grande y el corazón me dio un salto gracioso.

—Sí. Yo también te quiero.

Sentí su sonrisa al otro lado. Como me gustaría estar ahí para verla y besarla hasta dejarlo sin respiración.

—Tengo una sorpresa para Edu y para ti. —comenta después de bostezar.

Mordí mi labio cuando lo visualicé enredado entre las sábanas, estirando su gran y delicioso cuerpo. Tensando cada uno de sus músculos y...

—¿hola?

—Hola... -susurré soñadoramente.

Sonó una carcajada al otro lado, provocándome un escalofrío.

—¿me estás escuchando? —quiso saber con voz risueña.

—Mmm... no. Lo siento. Mi mente te visualizó y pues...

—Si quieres te mando una foto.

—No lo hagas... no podré trabajar después de eso y tendré que ir allí y comerte.

—Mmm... tentador. —ronroneó. —pero tengo que preparar la sorpresa.

—¿sorpresa?

—Te lo dije antes, mente pervertida. Tengo una sorpresa para ti y

Edu ésta tarde. Iremos a celebrar el fin de curso los tres solos. ¿quieres?

—Pues claro que quiero. ¿y qué es?

—No, no. No te lo diré. Si te lo dijera ya no sería una sorpresa.

Resoplé y me enfurruñé como una niña pequeña. Él gruñó al otro lado.

—Como me pone cuando te enfurruñas y apiñas tu boca. Estás tan adorable que me entran ganas de follarte... fuerte.

Gemí sonoramente y me removí en el asiento, sintiendo como todo mi cuerpo reaccionaba de una muy buena manera.

—No me digas eso cuando te tengo tan lejos, por favor.

—Pronto.

Sonreí.

—Pronto.

—Ahora a trabajar, muñeca mía. Recojo a Edu y vamos a recogerte a casa ¿vale? Recuerda coger traje de baño para ti y Edu.

—Perfecto. —respondo sin indagar en el tema, como verdaderamente quería.

—Te quiero.

—Y yo... -sonreí como una estúpida al tiempo que escuchaba el pitido de final de llamada.

Y así es como mi día, mejoró notablemente, tan solo con una llamada.

—¡nos vamos al parque acuático!

Reí con ganas ante el grito entusiasta del niño. Víctor conducía sonriendo ante la alegría de Edu y quise comérmelo a besos. Pero me reprimí al recordarme que Edu estaba allí con nosotros.

—Víctor... -lo llama colocándose entre medio de los dos asientos.

—Dime campeón.

—¿qué música tienes?

Me tenso y siento como mi corazón empieza a latir a una velocidad vertiginosa. Miro a Víctor y él sonríe mientras enciende la radio y busca entre las pistas de un cd. Claro que él, no sabe que Edu no escucha música en el coche, desde que mi hermana murió.

Doy media vuelta para verlo en cuanto los primeros acordes de una guitarra resuenan por los altavoces, inundando el coche. El niño está sonriendo, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el asiento; como si estuviera en su mundo.

Un mundo feliz, dada su sonrisa.

Tapo mi boca con la mano y reprimo un jadeo. Mi pecho se oprime y pestañeo con rapidez intentando alejar las lágrimas.

—Eii... -susurra Víctor.

Carraspeo y me seco los ojos con el dorso de la mano.

—Luego. —le respondo dándole una trémula sonrisa.

Él asiente conforme pero sin dejar a un lado su expresión preocupada. Me dejo caer en el reposacabezas y disfruto de la canción lenta y de la voz de Alejandro Sanz.

Una risita burbujea en mi garganta y abro los ojos para observar a Víctor. Él me mira y sonrío al mismo tiempo que frunce el ceño.

—¿y ahora de qué te ríes?

—Alejandro Sanz. —señalo la radio.

—Sí. ¿y?

—¿tenéis algún parentesco o algo así?

Él hace una mueca y mi sonrisa se va. ¿En serio? Al cabo de unos segundos rompe a carcajadas dejándome ver que era una broma. Le pego en el brazo haciéndome la enfurruñada.

—No tiene gracia, listillo. Realmente pensé que podría ser un primo tuyo.

—No, Teresa. No es de mi familia, pero sí lo conozco. Es un buen hombre y me gusta su música. Te llevaré a un concierto suyo si quieres, solo tengo que llamarlo y decirle cuando hace alguno por aquí cerca.

La ilusión me recorre entera. Mi boca y mis ojos se abren desorbitadamente.

—¿en serio? Oh dios... te amo. —le suelto de la nada.

Víctor me lanza una sonrisa radiante y mira por el espejo retrovisor. Me asusto. Mi sobrino.

Miro hacia atrás y para alivio mío, está mirando por la ventana entretenido en sus propios pensamientos. Suspiro.

—Yo también te amo, muñequita.

La cara de gilipollas que se me pone debió hacerle gracia, cuando soltó una sonrisilla socarrona.

—Me encanta cuando pones esa cara de loca por mis huesos.

—¿y qué quieres que haga? Eres demasiado enamorarle. —susurro mordiéndome el labio inferior.

Me mira durante unos breves segundos y se lleva la mano a la entrepierna.

Mis ojos siguen sus movimientos, ávidos de querer ver más. Se recoloca el paquete y me vuelve a mirar por un corto periodo de tiempo.
—ahora entiendo a ese maldito Grey. —murmura negando con la cabeza.
Frunzo el ceño.

—¿has leído esa novela? —abro mi boca impactada. —¿y por qué lo dices?

—Yo no la leí, mi prima de dieciocho años la leyó, cuando se quedó en mi casa de Madrid. Tenemos una relación muy estrecha y me contó lo que decían en esa novela. Claro está, le prohibí tajantemente leer cosas así. Eso es peor que ver porno y es muy pequeña para eso.

Bufo. ¿Pequeña? ¿Con dieciocho años? ¿En serio?

—Y digo que lo entiendo porque... cuando te muerdes el labio... mi cuerpo reacciona como si me lo estuvieras haciendo a mí.

—Mmm... me lo apuntaré.

Sonríó ampliamente y me senté derecha en el asiento. Lo que quedó de trayecto la pasamos en silencio solo escuchando la suave música. Sintiendo como mi vida iba de bien a mejor.

Ya en el parque, Víctor quiso montar en cada atracción que veía. Parecía un niño pequeño, incluso estaba más emocionado que Edu; que ya es decir mucho.

Mi sobrino miraba maravillado cada atracción y cuando yo creí que le darían miedo las atracciones grandes, él saltaba y me pedía por favor subir. En cambio yo... solo quería quedarme en la piscina, tranquila y sin subidones de adrenalina.

Pero oye... lo disfruté mucho. A parte de estar fresquita, me la pasaba riendo viendo las caras de susto cada vez que aparecía alguno de ellos por el tobogán.

Nos hicieron fotos, en cada atracción que íbamos. Y eh de decir que me encantó ver como Víctor se ponía celoso, cuando el fotógrafo quiso fotografiarme a mí sola. ¿Quién no se moriría de amor por un hombre celoso?

Estábamos comiendo en el trozo de césped junto a la piscina de olas, cuando Edu quiso ir al lavabo. Por mucho que le dije de ir con él, se negaba y decía que ya era demasiado grande para hacer sus cosas solo. Lo dejé ir a regañadientes.

Bueno y también porque Víctor me obligó a dejarlo ir, con sus poderes de convencimiento.

Me dejé caer en la hamaca alquilada y no aparté los ojos de la dirección por donde se fue. No quería que se perdiera o mucho peor... que lo raptaran. En estos sitios nunca se sabe.

—Teresa déjalo ya... estará bien.

Lo miré como si le hubiera salido otra cabeza. ¿Es que no ve el peligro que corre un niño solo en un sitio tan grande y abarrotado de gente? De toda clase de gente.

—Venga, tranquilízate. —dijo con voz dulce colocándose a horcajadas en la hamaca, detrás de mí.

Sus manos se posaron en mis hombros y solo por ese contacto, la tensión abandonó mi cuerpo, dejándome la piel de gallina. Me dio un suave masaje, destensando cada músculo de mi espalda. Besó mi cuello al cabo de unos segundos y gemí por la maravillosa sensación de tener sus labios sobre mí. Sus manos abandonaron mis hombros para agarrarme de la cintura, subiendo hasta llegar a la curva de mis pechos. Jadeé y me dejé caer encima de su torso desnudo. Besó mi mejilla y ladeé mi cara para que siguiera dándome besos.

Cada vez más cerca de mi boca; Donde lo deseaba desesperadamente.

Gemimos al unísono cuando nuestros labios chocaron y pronto nuestras lenguas se encontraron, enredándose y degustándonos mutuamente.

—¡lo sabía!

Dejamos de besarnos en el momento en que escuchamos la exclamación de Edu. Me entró miedo y Víctor lo notó por lo que intentó tranquilizarme con otro masaje. Ahora no estaba para masajes. Me levanté de la hamaca y me acerqué al niño con miedo a lo que pudiera decir o hacer.

En cambio ensanchó tanto la sonrisa que pensé que no podría sonreír más.

—Víctor será mi tío... -dijo de lo más emocionado. -¡Víctor increíble Sanz va a ser mi tíooooo! —chilló llamando la atención de todo aquel que estaba cerca.

Escuché la carcajada de Víctor detrás de mí y yo no sabía qué pensar ni hacer.

¿Lloro? ¿Río como Víctor? ¿O me pongo a gritar como Edu?

—¿para cuándo es la boda? —suelta Edu, sin anestesia ni nada.

Siento una mano posarse en mi hombro.

—Cuando tu tía me diga que sí. —contesta Víctor dejándome más estática.

¿Cómo que cuando yo le diga que sí? ¿Casarnos? ¿En serio? Oh dios... creo que me voy a desmayar... creo que...

—¿cariño? —veo la cara de Víctor frente a mí y está frunciendo el ceño. — lo siento yo... no quise asustarte. Entenderé que tú no...

—Sí... claro que quiero. —contesté en un hilo de voz. —pero no me esperaba...

yo...

Me sonrió.

—Pronto.

Y le sonreí de vuelta, dejando salir el aire que no sabía que estaba reteniendo.

Por un momento tuve vértigo. Un terrible sentimiento de vértigo.

Llegamos a cada cual más cansado. Edu en cuanto cruzó la puerta se fue para ducharse y así acostarse lo más pronto posible.

Víctor y yo nos despedimos en la puerta.

—¿me llamarás ésta noche?

Me besa el cuello y sus brazos me rodean. — ¿Sería mucho pedir dormir así, aquí y ahora? Así tal como estoy en sus brazos. Da igual si estoy de pie. Seguro que podría vivir así el resto de mis días.

—No quiero que te vayas... -murmuro en un suave murmullo restregando mi nariz por su cuello.

—Es demasiado pronto para Edu, deja que lo asimile. Pronto estaremos juntos otra vez. Yo también me acostumbré a tenerte a cada rato, créeme.

Me separé de él haciendo un mohín disgustado.

—Está bien, te llamaré cuando esté en la cama.

—Mmm... cama...

—Sí, cama. Con solo un camisón de seda. Suave y transparentes... -digo de modo sugerente pasando mis uñas por su torso en descendente.

—Para, muñeca. Mañana será otro día.

Besa mi frente, nariz y labios durante unos pocos, poquísimos segundos y se va yendo de espaldas hacia su coche. Alzo la mano para despedirme de él y él me tira un beso volado.

Parecemos dos adolescentes enamorados, cosa que me da exactamente igual.

Entré en casa bostezando. Apagué las luces mediante iba hacia la planta alta.

Mi niño tenía una mala costumbre de dejar las luces encendidas a su paso.

Luego tenía que ir como una tonta apagando luces. Llegué a la puerta de su habitación, abrí y vi cómo se estaba poniendo el pijama. Con el pelo aún mojado de la Ducha.

—Voy a ducharme y a irme a dormir... ¿estás bien? —aún tenía miedo de que volviera a tener una pesadilla como la otra noche.

Él se da la vuelta y me sonrío colocándose la camiseta de pijama.

—Sí.

—Bien. Buenas noches cariño.

Voy a marcharme cuando su voz me para.

—Me alegro de tener a Víctor como tío.

Le sonrío y beso su frente antes de irme con una sonrisa gigante en mi cara.

La ducha me hace quedarme laxa y casi sin fuerzas. Ha sido un día de lo más agotador y eso que solo he estado metida en una piscina y tomando el sol. Me acurruco entre las suaves sábanas y cojo el móvil para llamar a mi Víctor. Él descuelga al segundo tono.

—Hola muñequita.

—Hola muñecote.

Reímos y me acomodo más entre las almohadas.

—¿Ya estás acostada?

—Sí, ya estoy a punto de quedar frita. —bostezo dando énfasis a mis palabras.

—Oh sí, se te ha notado... —ríe. Escucho unos golpes al otro lado. —espera, llaman a la puerta... ¡hombre, Tomás! — ¿Tomás? —espera un segundo. —dice.

—Bueno, te dejo si quieres. Solo acuérdate de que mañana temprano es la graduación ¿vale?

—Sí cariño. Tranquila, estaré listo para cuando llegues.

—Está bien... —me río ante su tono. —me voy a dormir. Te quiero.

—Está bien... yo también te quiero.

—¿Ya te vas a la cama? —pregunto sin ganas de colgar.

—Sí, ya mismo... voy a atender a Tomás, está esperándome en la puerta.

—Bueno, nada de noche de tíos. —le reprendo. —te quiero.

Se ríe al otro lado. — ¿He dicho ya que amo su risa?

—Y yo... adiós.

—Adiós.

Miro el reloj de pulsera y resoplo. Eran las nueve y no veo a Víctor por ningún lado en el vestíbulo. Edu está que se come las uñas del nerviosismo y no ayuda nada el que me dé prisas.

Nos dirigimos al bar y barro con la mirada toda la estancia, buscando una cabellera rubia familiar. Pero nada. No está allí.

Me doy la vuelta y poso mis manos en los hombros de Edu.

—Edu, voy a buscar a Víctor a su habitación. ¿te quedas aquí y me esperas?

—Ya me quedo yo con él, tranquila.

Miro detrás de mí donde un elegante Tomás, se deja caer en la marquesina de la puerta que da al bar. Está guapísimo como siempre. Sonrío y me acerco a él para saludarle.

—Buenos días. Pensé que nos esperabas en el colegio.

—Se me hizo tarde. Ve a buscarle. Yo me quedo con él.

—Gracias. —ignoro el resoplido de mi sobrino.

Beso la frente de Edu y me encamino hacia el ascensor que va a las habitaciones. Cuando llego a su puerta llamo con los nudillos, una, dos, tres veces; y nada. Rebusco en mi bolso en cuanto caigo a la cuenta, de que hace unos días Víctor dejó su tarjeta llave en casa. Tampoco recordé el devolvérsela.

Abrí la puerta con la leve ilusión de encontrarlo en la ducha gloriosamente desnudo. Mi mal humor se esfumaría en cuanto lo...

Tapo mi boca con la mano, en shock, en cuanto entro. Me empiezan a temblar las rodillas y un sentimiento desgarrador me oprime la garganta, dejándome sin resuello.

Víctor estaba dormido, boca abajo, solo tapado con una fina sábana blanca.

Pero eso no fue lo que me mató. Un sinuoso movimiento me alertó de una segunda persona. Una chica murena de pelo corto, alzó la cabeza y abrazó a mi Víctor mientras ronroneaba de placer. Restregándose contra él.

Un fuerte crack hizo eco en mis oídos. Sentir como se te rompe el corazón es doloroso. Te duele el cuerpo, te falta el aire y te duele el estómago. Duele...

demasiado. Te hace no ser consciente de lo que te rodea.

Los ojos de la chica se abren y me mira. Sonríe antes de lamer el brazo de Víctor con avidez. Como si estuviera disfrutando de verme así.

Estaba desnuda, lo pude corroborar al ver como uno de sus pechos, quedó al aire cuando la sábana se le deslizó.

Quiero irme. Quiero largarme de allí. Pero mis pies no se mueven. Estoy plantada en esa asquerosa habitación. Observando cada rincón. Dándome cuenta de lo peor. Allí en la mesilla de noche, había lo que creí era cocaína.

Perfectamente alineada, en cuatro rayas. Pastillas adornaban el suelo junto con la ropa interior de ambos.

Si pensé que no me iba a doler más, eso, acaba de matarme. Un grito ahogado me quebró la voz. Haciendo que Víctor se removiera y despertara. Miré sus ojos.

Rojos e hinchados. Su expresión era adusta.

—Teresa... -su voz sonaba ronca.

Se sobresaltó en cuanto la mujer se acurrucó más en su espalda y se cayó de la cama al suelo. Quedando desnudo a mi vista.

Asco es lo que sentí.

Tanteó el suelo gruñendo bajo, hasta que alcanzó sus calzoncillos y se los puso con pies inestables. Se agarraba de la cabeza con clara molestia. Cada vez estaba más cerca de mí. —aléjate... no te acerques más...

—¡no! ¡No te atrevas a tocarme con tus malditas y sucias manos! —me desgarré la garganta con ese grito, al ver cómo alzaba las manos para tocarme.

Sus ojos se abrieron en sorpresa, miedo. Sus preciosos ojos nublados aún bajo el efecto de la droga, que dios sabe se metió. La desilusión cortó mis lágrimas, dejando paso al enfado y a la rabia. Mi mano se estrelló en su mejilla en cuanto abrió la boca para decirme algo.

—No te vuelvas a acercar a mí ni a Edu. —le señalé con el dedo.

—Teresa... -le tembló la voz como si no pudiera hablar.

Me dolía verlo. Me dolía escucharlo tan siquiera.

Me fui de allí con el alma por los suelos, apartándome las lágrimas saladas y acidas que quemaban mis mejillas. Llegué a los ascensores al mismo tiempo que se abrían las puertas y veía a mi salvación.

—Coco...

—Tomás... -y me abalancé sobre él necesitando un abrazo de consuelo. Necesitando quitarme ese dolor del pecho.

—¿qué ha pasado? —quiso saber.

Negué con la cabeza y me separé un poco de sus brazos. Enjaguó

mis lágrimas con cariño. No era así como quería que fuera éste día. Debería ser feliz.

Debería ser el día de Edu.

Me recompuse como pude, haciendo lo que venía haciendo delante de la gente, durante los últimos dos años. Antes de él, antes de Víctor. Volviendo a construir una barrera. Cubriendo mi dolor ante la gente. Poniendo una sonrisa en mi cara por él, por mi niño.

Dándole el día que se merece. Luego... luego tendría tiempo de dejar salir lo que se me instaló en el pecho. Ese maldito dolor que no me dejaba respirar.

Capítulo 28

Tomás.

—Necesito algo fuerte, que el efecto dure hasta el día siguiente.

El gordo con barba me mira con una ceja alzada. Pero sin objetar nada, solo encogiéndose de hombros, abre un cajón, agarra una pequeña bolsita y me la entrega.

—No utilice demasiadas de una vez. Con solo una, vasta... -me advierte.

—Haré lo que me sala de los cojones. Coja su dinero y usted no me ha visto, ni sabe de mí.

Su rechoncha mano agarra los billetes y empieza a contarlos bajo mi escrutinio. Meto la bolsita en mi ropa interior y espero a que el gordo me dé el visto bueno y pueda largarme de éste podrido sitio.

—Perfecto. Si quiere algo más, ya sabe dónde encontrarme. —sonríe dejando ver sus amarillentos dientes provocándome una mueca de asco antes de darme la vuelta y marcharme.

Camino por la calle silenciosa, donde dos tipos con malas pintas, no dejan de seguirme con la mirada hasta que llego a mi coche. Era el peor barrio de Jaén y se podía ver nada más entrar, por el aspecto dejado y sucio de las casas y calles.

Sin ningún tipo de seguridad, donde lo mismo te encuentras a un niño con una pistola metida en los calzoncillos, como con una mujer borracha tirada inconsciente en la acera.

—¿pero qué hace un pingüino tan bien vestido por aquí?

Ignoro al hombre que dice eso, porque no me apetecía nada tener que enfrentarme con un grupo de borrachos y drogadictos. Llego a mi

coche escuchando las pisadas de los hombres y entro rápidamente poniendo en marcha el motor y saliendo de allí lo más rápido que puedo. Aparto el sudor de mi frente con la manga de mi camisa y saco la bolsita de pastillas de mi entrepierna. Abro la guantera y las tiro en el interior como si me quemaran en las manos.

—Todo lo hago por ti... solo por ti... -pienso en voz alta mientras salgo del barrio, para entrar en la carretera que va al centro de la ciudad.

Me voy relajando a medida que me alejo de allí. No podía creerme como fui capaz de ir a ese sitio solo, sin siquiera algo para defenderme.

Llego al hotel y lo primero que hago es ducharme para quitarme el maldito sudor y la sensación de suciedad de mi cuerpo. Recordé guardar las pastillas a buen recaudo en la caja fuerte de la habitación pero poco permanecerían allí.

Ésta misma noche me desharía de ellas y de ésta maldita sensación de ahogo.

Una vez hecho el trabajo se acabó. La tendría para mí. Y no pensaría en nada más que en eso.

Con el pelo húmedo y una toalla enredada en mis caderas, salgo del baño y me dispongo a vestirme. Una camisa color vino y unos pantalones de vestir de color negro, serán mi atuendo para ésta noche. Peino mi pelo con gomina pulcramente hacia atrás y me perfumo antes de coger las pastillas y salir de mi habitación con una misión en mi cabeza.

Deshacerme del maldito obstáculo.

Mi mano tiembla cuando pretendo llamar a su puerta y me obligo a serenarme antes de tocar. Al cabo de lo que parece una eternidad, la puerta se abre y pongo en marcha la cuenta atrás.

—¡hombre, Tomás! —saluda él con una sonrisa amigable. —espera un segundo.

—me dice dirigiéndose ahora a alguien por teléfono.

Gilipollas.

—Sí, cariño. —dice mirando un punto fijo de la pared y sonriendo como un tonto. —tranquila, estaré listo para cuando llegues. —me tenso al escuchar una risa femenina al otro lado.

Es ella...

—Está bien... yo también te quiero. Sí, ya mismo... voy a atender a Tomás, cariño, está esperándome en la puerta. —me mira y me sonrío en disculpa. —hasta mañana preciosa. —ríe. —y yo... adiós...

Cuelga y suspira mirando la pantalla del móvil como idiota. Tengo que apretar mis puños hasta clavarme mis cortas uñas en las palmas, por tal de no arrancarle la cabeza a puñetazos.

—Ya estoy, lo siento. Teresa puede ser muy perseverante. Ya la conoces. —ríe y no tengo más remedio que seguirle el rollo riéndome igual.

—Sí, ella es así. —asiento y palmeo su brazo. —iba al bar del hotel para tomarme una copa, necesito un amigo. ¿te apuntas?

—Bueno... —mira la hora y hace una mueca. —solo un rato, mañana tengo que madrugar para la graduación de Edu en el colegio.

Sonríó victorioso.

—Sí, el hombrecito se hace mayor.

Él ríe y cierra la puerta detrás de él.

—Así es. Tiene locas a las chicas. Es todo un Don Juan.

Reímos y entramos en el ascensor para bajar a recepción y de ahí al bar. Nos sentamos en la barra separados de la gente que aún hay allí y pido un gin tonic para mí. En cambio Víctor pide un refresco para él.

—Oh hombre... ¡venga ya! Ponle otro de éste. —señalo al camarero.

—No, Tomás... prefiero un refresco. —se pone un poco tenso y yo insisto hasta convencerlo. —bueno, solo uno. Gracias. —le dice al camarero.

—Bueno y... ¿Cómo te va? Es decir... eso de ser entrenador, de verdad es lo tuyo ¿eh?

—Sí, los niños me encantan y amo mi trabajo.

Agradecemos al camarero cuando deja nuestras copas y bebo un sorbo, a la vez que él, mira su copa con un poco de temor. Le incito a que beba y él lo hace pegando un pequeño sorbo. No soy un ignorante y se perfectamente cuál es su temor. Su adicción con las drogas y el alcohol lo tiene aún presente y tiene miedo de volver a caer. Sé perfectamente el efecto que causará en él tan solo un poco de esa copa. Sería el doble que para una persona normal.

Hablamos de cosas sin sentido mientras que su copa baja cada vez más rápido, al igual que la mía, que es ya la segunda. Le pido una segunda para él y aunque se niega igual que al principio, accede a regañadientes y bebe cada vez más rápido. Puedo ver sus ojos empezando a cristalizarse por el efecto del alcohol y sé que dentro de poco estará borracho como una cuba.

—Necesito ir al baño... —dice con una risilla saliendo de su banqueta y yéndose con paso inestable.

Sonrío de lado y agarro la bolsita sacando dos de esas pastillas, que mayormente utilizan para violar a chicas indefensas. Dando un vistazo al local evidentemente vacío y percatándome de que el barman está ocupado, echo las dos pastillitas en la copa de mi querido Víctor. En cuanto el fármaco toca el líquido, se disuelve y con la ayuda de una pajita, la hago desaparecer completamente, con la bebida.

Sonrío satisfecho sin apartar la vista de la copa. Ya estaba saboreando la victoria en mi boca.

Víctor regresa feliz y se sienta en la banqueta para a continuación pegar un gran trago a su copa casi vaciándola completamente. Mi sonrisa se extiende más aún.

—Me lo estás poniendo realmente fácil, hermano. —le digo palmeando su espalda.

Él sonrío con ojos medio cerrados y veo como el efecto de las pastillas ya está haciendo estragos en su cuerpo. Cuando su copa se acaba, veo cómo se levanta tambaleante y agarra su cabeza con molestia.

Hago mi papel y me posiciono frente a él con una mirada preocupada.

—¿qué te ocurre Víctor? ¿Estás bien?

Él niega y casi se cae de bruces al suelo si no lo hubiera agarrado a tiempo.

—Vamos amigo, ya va siendo hora de que vayas a la cama. ¡Carl! —llamo al camarero. —apuntalo en mi cuenta.

Me hace un gesto afirmativo y me llevo al casi inconsciente Víctor hacia el ascensor. Saco su tarjeta-llave de su bolsillo en cuanto estamos al lado de su habitación y abro procurando no dejarlo caer. No es por nada, sino porque no podía dejarlo tirado en medio del pasillo. Lo llevo al interior de su habitación y lo suelto en su cama como si fuera un muerto. Él se remueve y se queja agarrándose las sienes y yo me río de él.

—Esto no es todo imbécil... ahora viene lo mejor. —me regodeo, sacando mi móvil del bolsillo.

Marco el número de Natacha y me contesta al segundo tono.

—Hola Tom. —saluda con voz risueña.

—Tengo un trabajo para ti. Ven a mi hotel, te espero en recepción. No tardes.

—Okey...

Acomodo a Víctor, que puedo ver que está desmayado, apartando la

colcha y sábanas tirando todo al suelo. Saco la bolsa de mi bolsillo y machaco unas cuantas pastillas hasta convertirlas en polvo. Hago tres líneas en la mesa de noche, ayudándome de su tarjeta-llave y sonrío al comprobar mi trabajo.

—Parece coca de verdad. —río y continúo esparciendo pastillas por todos lados.

Cuando ya tengo toda la escena tal y como quiero, bajo a recepción donde no tarda más de diez minutos en aparecer Natacha. Una rubia de pelo corto, atractiva aunque demasiado delgada, anda hacia mí con una sonrisa juguetona.

—¡vamos! —la agarro de la mano y la hago subir a la habitación de Víctor.

Ella al ver todo aquello frunce el ceño y me mira pidiendo una explicación.

—¿quieres el dinero para ponerte más tetas?

—Sí. —contesta sin ninguna expresión.

—Bien, te explicaré lo que tienes que hacer...

Capítulo 29

Teresa.

Miro a un punto fijo, siendo consciente de mis lágrimas cayendo sin descanso por mis mejillas. Llevo una maldita semana llorando y amargando la vida a mi familia. Una semana que casi no eh visto a Edu. Una semana que el único que pisa mi hogar es Tomás para prepararme algo de comer o intentando animarme.

Se lo agradecía enormemente aunque no pudiera decírselo con palabras. Era tan bueno conmigo y con Edu... me hablaba de cualquier cosa solo para no hacerme pensar en... él.

Otro sollozo rasga mi garganta en cuanto la imagen de ese día, se vuelve a reproducir en mi cabeza. Es una maldita pesadilla.

—Oye... —Tomás entra en mi habitación portando una bandeja de desayuno.

—ven aquí. —dice en cuanto la coloca en la mesilla.

Me abalanzo contra sus brazos necesitando cercanía. Nada se podía comparar con los brazos de Víctor que al contrario se sentían reconfortantes y cálidos.

Pero los de Tomás me daban la seguridad que en este momento necesitaba.

Lidiar con un corazón roto es lo peor que hay. Tener que obligarte a seguir adelante sin poder recibir sus besos nunca más, sin poder acariciar su piel por las mañanas; sin oler su aroma impregnada en mí.

—No puedes seguir así cariño... —susurró Tomás apartando mi cara de su cuello acunándomela con sus manos. —dios... muero viéndote así. No soporto verte llorar y sufrir, coco.

Se fue acercando poco a poco dejándome ver sus claras intenciones. Era tal el dolor y la rabia e impotencia que sentía, que cerré los ojos y me dejé hacer. Sentí sus calientes labios presionando los míos. Más lágrimas cayeron de mis ojos cuando me obligué a seguirle el beso. Agarré el cuello de su camisa atrayéndolo hacia mí con fuerza. Necesitaba arrancar el dolor de mi organismo. Necesitaba sacarlo de mi sistema y todo lo que pensaba era que Tomás me ayudaría a hacerlo.

Que ilusa fui...

En cuando sus manos acariciaron mis muslos por debajo de mi camisón, me aparté de él como si me quemase. Como si sus dedos hubieran marcado mi piel de una muy dolorosa manera. Sollocé con fuerza tapando mi cara con ambas manos y subiendo mis rodillas al pecho.

Seguía sintiendo su presencia y a cada rato un suspiro profería. Yo solo quería dejar de sentir lo que ahora sentía.

—Coco... déjame ayudarte. Pretendo hacerte la mujer más dichosa en la faz de la tierra. Y no pararé hasta conseguirte. Permíteme hacerte feliz.

Su mano agarró las mías apartándomelas de la cara. Me sonrió con ternura antes de acercarse y quitarme las lágrimas con sus dedos.

—No pretendo echar mierdas sobre nadie, pero él no merece tus lágrimas y sufrimiento. Por un momento pensé que él podría hacerte más feliz que yo, pero... -suspiró y quitó la mano de mi cara.

Un sentimiento extraño me recorrió de pies a cabeza haciéndome agarrar su mano antes de que se levantara y se marchara.

—Dame tiempo... -susurré entrecortadamente.

Una bonita sonrisa curvó sus labios al mismo tiempo que asentía.

—El día que estés lista... te convertiré en mi esposa y no podrás escaparte. —murmuró acariciándome la mejilla con ternura.

Sonreí ante su comentario creyéndome que era solo una broma para animarme. En cambio su siguiente comentario echó por tierra ese pensamiento.

Haciéndome aguantar la respiración.

—No veo el día en que te vea vestida de blanco caminando sobre pétalos de rosa. Estoy enamorado de ti y no pararé hasta enamorarte.

Pasaron los días y el dolor fue amainando. Ya no lloraba todo el rato; solo por las noches cuando las pesadillas invadían algún bonito sueño donde todo era feliz y maravilloso. Todos acababan igual... con la misma escena donde Víctor dormía con esa puta barata.

Hoy me tocaba ir a recoger a Edu de la casa de Cristian, no estaba de ánimos para nada, ni para hablar con mi propio hermano. Solo quería estar en casa recostada en mi cama, mirando la puerta con la esperanza de que él entrara y me sonriera. Edu no estaba mejor que yo. Ayer le dieron la noticia de que su querido entrenador ya no estaba y que vendría otro a suplantarlo. Y cuando pensé que no podría rompérseme el corazón más de lo que ya estaba, ver a mi hijo llorar lo hizo todavía peor.

Posé mi frente en el volante e intenté respirar con normalidad, notaba mis ojos hinchados y mi garganta rasposa. Aunque las lágrimas no salieran como hace unos días, el dolor desgarrador no se iba.

Mi móvil suena con un mensaje entrante y niego con la cabeza negándome a cogerlo y averiguar que fuera él. Ayer por la mañana fue su último intento de llamarme. Me mandó montones de mensajes que yo me cercioraba de borrar sin siquiera leer. Pero era tal mi sufrimiento y la necesidad de él, que mis dedos empezaron a buscar el dichoso aparato. Cerré los ojos fuertemente cuando lo agarré con fuerza. No quería. Juro por dios que no quería mirar el maldito mensaje, pero como me encanta infringirme dolor como una completa masoquista, abrí los ojos y abrí el mensaje.

Víctor: te dejaré ir... por más que me duela lo haré. No tenía por qué haberme enamorado de ti. Pero como me dijiste una vez: fue inevitable... te amo, por siempre.

Cierro los ojos cuando siento otro nuevo torrente de lágrimas pugnar por salir, pero no salen. Se quedan en mis ojos, sin fuerza... quedándose ese puto dolor dentro.

La puerta se abre sobresaltándome. Cristian mete la mochila de Edu en la parte de atrás y me mira desde la puerta.

—Haz un esfuerzo coco... Edu ya ha tenido bastante por hoy...

Me trago las lágrimas y me obligo a serenarme.

—Lo siento.

Él suspira y asiente al mismo tiempo que me da una pequeña sonrisa. Veo a mi niño caminar por el camino de piedra blanca, cruzando el pequeño jardín de mi hermano. Arrastra los pies y lleva su cabeza gacha, la viva imagen de la tristeza. Aguanto la respiración sintiendo como la rabia vuelve y me arrepiento de haberle dado solo un bofetón. No tenía ningún derecho de hacer sufrir a mi hijo.

Es culpa tuya...

Una voz en mi interior no para de repetírmelo constantemente. Hay veces que no le hago el más mínimo caso... pero otras... sé que sí lo es. Si no me hubiera involucrado con nadie, esto no habría pasado.

—Hola cariño. —lo saludo cuando se monta en el asiento junto a mí.

—Hola. —contesta sin mirarme.

Desvío la mirada hacia Cristian y éste suspira derrotado y cierra la puerta del coche antes de irse dirección a su casa. Pongo en marcha a Peter y salgo a la calzada sintiéndome más miserable aún. Por mucho que intente hacerme la dura, no funcionaba para Edu. Él notaba cuando estaba mal o bien. Y ninguna estúpida y falsa sonrisa lo engañaba. Era inútil hacer el esfuerzo de parecer inmune al dolor.

Llegamos a casa, sumidos en completo silencio. Las vacaciones de verano recién empiezan y no quiero más que se acaben de una maldita vez. Me encantaba el verano. Pero mi cuerpo se sentía como si fuera frío invierno.

—Edu...

Se da la vuelta en mitad del salón y me mira, me parte el alma ver en sus ojos el reflejo de mi tristeza.

—Tomás vendrá a recogernos para ir a comer. —anuncio queriendo que se anime un poco.

Él niega con la cabeza suspirando a la vez y se da la vuelta para ir hacia el sofá.

—Haz lo que quieras, no voy a hablarle bien porque me lo digas. No me cae bien. No lo quiero cerca de ti. —dice sentándose en el sofá y encendiendo la televisión.

—Eduardo, no vuelvas a hablarme así. —le reprendo realmente impresionada ante su falta de respeto.

—Lo siento. Pero no quiero tenerlo cerca.

—Tomás me ha ayudado mucho Edu. —me acerco a él con la intención de hacerlo entrar en razón.

—¿en qué? —dice ahora mirándome fijamente. —lo único que ha hecho es aprovecharse de que estás mal y de que ahora Víctor se fue.

—¡no es mala persona! —exclamé señalándolo con el dedo.

No podía permitir que se convierta en un mocoso insolente porque no tuviera lo que quería.

—Tampoco es buena. —susurró.

—¿qué? —mi ceño se frunció y su expresión hosca no me ayudaba demasiado a entender. — ¿qué tienes en contra de él Edu? Dime, que te ha hecho Tomás para que lo trates así de mal.

—Él...

El timbre sonó haciéndome desviar la atención del niño hacia la puerta. Lo miré de nuevo señalándolo con el dedo, en advertencia.

—No hemos acabado de hablar de esto. Ahora haz lo que te digo, ve a cambiarte y como no trates bien a Tomás te castigaré de por vida en tu habitación.

Sus ojos se aguaron pero antes de que le dijera nada, él desvió la mirada de mí y asintió mientras se levantaba e iba escaleras arriba.

Abrí la puerta colocando una pequeña sonrisa en mi cara. Tomás estaba allí parado, tan guapo como siempre. Con sus manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros claros y una bonita camiseta blanca de mangas cortas, delineando sus músculos. — ¿Por qué nunca pude enamorarme de él?

—¿estás lista?

—Estamos listos...

Tomás pestañea un par de veces y pude ver durante una milésima de segundo, un brillo de molestia en sus ojos. Que pronto reemplazó por otra expresión totalmente distinta. —son imaginaciones mías. Me dije a mi misma mientras le dejaba pasar a la casa.

Edu bajaba por las escaleras y vi cómo reaccionaba ante la presencia de Tomás. Esperé a que lo saludara, pero él simplemente asintió hacia él y esperó a que nos fuéramos.

Tomás nos llevó a una pizzería, sabiendo de ante mano que era la comida favorita de Edu. Aunque el niño no agradeciera el gesto, Tomás lo dejó pasar como buenamente pudo. Comimos escuchando como Tomás hablaba y hablaba de su vida en Madrid. Decía que dentro de unos días posiblemente tenga que ir para arreglar unas gestiones. Pero volvería la semana que viene. Edu casi ni comió y menos habló. Se dedicó solo y exclusivamente a mirar su plato y a jugar con la salsa de

tomate. El día iba de mal en peor mientras pasaba.

Víctor me llamó por dos veces yendo directo a mi buzón de voz. Tomás no objetó nada, cosa que le agradecí enormemente. Él estaba súper cariñoso conmigo, haciéndome poner nerviosa. Y no solo a mí, sino a Edu también. Cada vez que la mano de Tomás agarraba la mía, Edu se ocupaba de separarlas como sea. O si no simplemente lo fulminaba con la mirada y Tomás tras una mueca, se alejaba. No veía la hora de hablar con él y preguntarle que estaba mal con Tomás para que se pusiera así. No lo entiendo. No entiendo cómo puede odiarlo tanto, si ni siquiera lo conoce, es absurdo.

No es como si Tomás fuera un monstruo... y si lo era lo camuflaba malditamente bien, entonces.

Cuando llegamos a casa, Edu salió como el viento, azotando la puerta del coche al salir. Iba a ir detrás de él para regañarlo, pero Tomás agarró mi mano y me paró.

—No se lo tomes en cuenta... solo está triste por lo de... —hizo una mueca y acarició mi mano con sus dedos. —solo déjalo estar.

Le sonreí y me acerqué para darle un beso en la mejilla, pero desvió el trayecto de mi beso aterrizando en sus labios.

Me separé de él largando un hondo suspiro.

—Lo siento... solo me moría por sentir tus labios en los míos Teresa. —llevó sus dedos a mi barbilla obligándome a mirarlo. —dime que lo intentarás al menos.

—Lo intentaré...

Y selló nuestro pacto con un beso.

Lo intentaré... lo intentaré... lo intentaré...

Y que me maten si no lo hice. Pasaron los meses en los que cada día veía a Tomás. En los que cada vez se me hacía un poco más soportable los recuerdos.

Ya no eran sus manos las que me tocaban, ni sus labios o sus ojos los que me miraban con amor y deseo. Un amor falso, al fin y al cabo. Tomás me demostró que me quería de verdad. Que haría cualquier cosa por mí, incluso dejaría su vida atrás, por un nosotros. Edu aprendió a acostumbrarse a su presencia. Ya no hacía aquellos desplantes frente a Tomás y me alegré por ello.

Por lo tanto fue mi decisión. Tenía que poner fin al capítulo y

pasar al siguiente. Donde Tomás era mi protagonista principal.

Capítulo 30. Final 1º parte *Tiempo después.*

El reflejo que me da el espejo no me gusta en absoluto. Mi pelo recatadamente recogido, con bucles perfectamente hechos enmarcando mi cara.

Mis ojos sin vida miran mi aspecto como si no me reconociera. — ésta no soy yo... alzo mi mano izquierda donde en mi dedo anular descansa un brillante anillo de plata con un singular y solitario diamante.

Vuelvo la mirada al espejo de pie y veo como una lágrima corre por mi mejilla arruinando mi maquillaje. Éste debería ser el día más feliz de mi vida y mi expresión derrotada y triste jamás revelaría que estaba a punto de casarme.

Sí, casarme... con el hombre a cual no amo pero sí necesito.

Miro los reflejos del anillo en las paredes y recuerdo la noche en que Tomás me pidió matrimonio. Esa noche lloré más que nunca. Pero lo que él creyó que era de alegría... era totalmente lo contrario.

Aquel día estaba sentada en el sofá viendo las últimas noticias. La ruptura del noviazgo de la supuesta novia de Víctor Sanz y él estaba en todos los canales deportivos. La última imagen que tuve de él fue saliendo de la casa de sus padres, con gafas de sol oscuras y porte desaliñado. Apagué el televisor en cuanto sus ojos se hicieron visibles ante la cámara. Su mirada me hizo darme cuenta de que aun estando a distancia podía hacer que mi cuerpo se volviera inestable y que mi corazón latiera vivo de nuevo.

No era mucho pedir un puto descanso...

Me acurruqué en el sofá con la idea de quedarme dormida allí, pero mi móvil empezó a sonar por una llamada. Lo miré fijamente desde mi posición, viendo cómo se movía por la mesa por la vibración. Alcé la cabeza para lograr ver el identificador y desilusión fue lo que me atravesó en cuanto vi el nombre de Tomás titilar en la pantalla.

Alcé mi mano y coloqué el teléfono en la oreja después de haber descolgado.

—¿Cómo está el amor de mi vida?

Cerré los ojos fuertemente en cuanto sus palabras hicieron eco en mi cabeza.

—Bien... en el sofá a punto de quedarme dormida. —contesto sin ningún ánimo.

—¿Sería mucho pedir que me abrieras? Deseo llevarte a un lugar. Es una sorpresa. —su voz denotaba alegría y emoción por todos lados.

—¿estás allí afuera? Tomás hace un frío de mil demonios. —lo regañé realmente preocupada porque no pillara una pulmonía.

Me levanté del sofá al mismo tiempo que escuchaba su respuesta.

—El día lo merece, créeme. Ábreme, no puedo esperar a besarte.

Sonreí y agarré mi grueso abrigo del perchero, envolviendo mi cuerpo solo cubierto por un fino pijama de seda. Abro la puerta encontrándome a un Tomás cubierto de nieve y portando una gran sonrisa al verme.

—Estás helado... —chasqueo la lengua y le dejo pasar al interior donde se está cálido gracias a la calefacción.

Él entra y se quita el pesado abrigo dejándolo en el perchero. Sus brazos rodearon mi cuerpo y me besó con ganas y ansias. Me obligué a seguirle como cada vez y mi abrigo salió de mi cuerpo cayendo en el suelo, a mis pies.

—Te he echado de menos preciosa... —murmura besando mi cuello con avidez.

Sus manos tocaron mi cuerpo con destreza haciéndome estremecer.

—Tomás... —logré articular intentando poner distancia. — ¿qué es esa sorpresa?

Eso captó su atención y se separó de mí lo suficiente para poder ver su cara y su sonrisa.

—Tan impaciente como siempre... —besó mi frente por última vez y se separó completamente solo tomando mi mano. —quiero llevarte a un lugar, ¿por qué no te cambias y vienes conmigo?

—¿ahora? —frunzo el ceño y miro la hora en el reloj de pared que hay en el recibidor. —es media noche Tomás y...

—Por favor... —hizo un puchero con sus labios y me suplicó con la mirada.

No pude decirle que no.

Por lo que después de ponerme algo más de ropa y abrigo salí con él. Mis pisadas hacían el ruido característico cuando atravesabas la nieve y si no hubiera sido por la ayuda de Tomás me hubiera tragado por tal cantidad que en mi jardín se concentraba. En el trayecto no quiso darme ninguna

pista hacia donde nos dirigíamos pero pronto paró junto al puente de las promesas.

Un raro escalofrío atravesó mi columna.

Tomas agarró mi mano enguatada y me llevó a rastras hacia aquel puente donde había alguna que otra persona mirando el río, maravillados. Tirité en cuanto una brisa helada sopló revolviendo mi pelo. Hacía un frío del demonio y estaba por ordenarle a Tomás que me llevara de vuelta. Pero en cuanto me di la vuelta para encararlo, él estaba agachado sobre su rodilla alzando hacia mí una pequeña cajita custodiada por un precioso y singular anillo de plata.

—Teresa Müller... ¿quieres casarte conmigo?

Y me agarré a ese clavo ardiendo.

Dos toques en la puerta me hicieron volver a la realidad. Cristian atravesó el umbral de la puerta de mi habitación y agarró mis manos al tiempo que besaba mi mejilla.

—No sé por qué mierdas haces esto si no te hace feliz coco... pero como siempre me respondes igual, dejaré de insistir. —suspiró y quitó mis lágrimas con cuidado. —tenemos que irnos. Tu futuro esposo te espera ya en el altar.

Asentí y lo abracé.

—Te quiero... —mi voz se rompió y sus brazos me apretaron durante unos segundos más como si quisiera recargar mi energía. La cual estaba más que agotada. —vámonos.

—¿estás segura? —dijo con cuidado.

No...

—Sí. Estoy segura.

Me besó por última vez y me llevó con él escaleras abajo. Donde mi padre me esperaba en la puerta, vestido de esmoquin. Su cara se iluminó al verme bajar y sus ojos se humedecieron al mismo tiempo que los míos. Pero pude ver que por razones distintas.

—Estás preciosa mi niña.

—Gracias papá.

—Bueno, dejad el drama. No quiero ponerme a llorar en éste momento. Así que haced el favor y vámonos. Edu estará de los nervios.

Los tres nos encaminamos hacia el coche y mi hermano me ayudó a subir. Mi Peter estaba reluciente y bien vestido con moños blancos en las

puertas. Y

cuando mi padre intentó arrancarlo mi coche se hizo de rogar. Una pizca de esperanza me invadió e incluso pensé que mi Peter tampoco quería que me casara. Pero a la tercera su motor volvió a la vida y mi padre exclamó emocionado. Puede que él sea el único feliz éste día.

—Tienes que cambiar de coche coco... —me aconseja mi padre mirando hacia mí por el espejo.

—No cambiaré a mi Peter papá. No hay discusión en eso.

Él resopló y rió al mismo tiempo. Cuando llegamos a la capilla mis nervios estaban a flor de piel y mi mente trabajaba por sí sola. Los recuerdos se arremolinaban más vividos que nunca. Su risa, su sonrisa, su mirada seria e intimidante, su voz, sus palabras de amor hacia mí...

«Tranquila cariño... tú eres la única mujer de mi vida» « ¿por qué me lo pones tan difícil? ¿Por qué te empeñas en perseguirme hasta en mis sueños? ¿Por qué eres tan irresistible? Me seduces, me embrujas ¿por qué es tan difícil resistirse a tus labios?» «No hagas que me enamore de ti...» « Eres tan preciosa...» «

¿Cómo puede ser que la única mujer a la que quiera tocar así, sea a ti? ¿Por qué es solo tu olor el que me hace enloquecer? ¿Dime por qué me estás haciendo esto? » « ¿Cómo voy a soportar estar lejos de ti ahora?»

—Teresa...

Pestañeo para aclarar mi visión la cual se vio empañada por las repentinas lágrimas. Mi hermano tenía la puerta del coche abierta, listo para ayudarme a salir. Alcancé su mano y tras una exhalación me vi envuelta por un montón de gente, alegre y feliz por el enlace. Los padres de Tomás estaban allí también, su madre lloraba mientras su padre la consolaba con sus brazos. Sonreí a todos ellos agradeciéndoles en silencio, por venir. Y entonces empezó todo.

La gente se fue sentando en sus asientos y mi padre enlazó su brazo con el mío, preparado para andar hacia el altar, donde Tomás me esperaba. Anduve junto con mi padre, despacio, tan despacio que creí que íbamos hacia atrás en vez de hacia delante. Me quise hacer invisible tras mi velo, quise desaparecer. La marcha nupcial más bien me parecía una fúnebre dado mis sentimientos. En cuanto llegamos al lado de mi futuro marido, mi padre le entregó mi mano después de besarme la mejilla sobre el velo.

—Estás preciosa... —susurró Tomás con emoción en la voz.

—Gracias.

El cura empezó la misa, pregonando la palabra de dios. Escuché murmullo en mi espalda algo no iba bien. Giré mi cabeza solo para ver a mi padre salir a toda prisa de la iglesia. Mi hermano se acercó a nosotros después de disculparse con el sacerdote.

—Papá fue a buscar a Edu, posiblemente se haya quedado jugando por los alrededores sin darse cuenta de que empezó la boda. —susurró en mi oído.

Quise levantarme e ir a buscarlo pero la mano de Tomás me paró en el sitio.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Tu papá lo encontrará. Sigamos con la boda por favor. No es como si se haya fugado Teresa. —y se rió un poco antes de mirar al cura y decirle que siguiera con el sermón.

Los siguientes minutos, fueron agónicos. Mi padre no volvía y ni rastro de Edu tampoco. Estaba empezando a desesperarme y Cristian denotaba la misma tensión e incertidumbre que yo.

—Tomás Gelarti Fernández ¿quieres a Teresa Müller Alberola como legítima esposa, para amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe?

—Sí quiero. —contestó con total seguridad. Agarrándome la mano y colocándome el anillo que Cristian le entregó.

Aguanté la respiración en cuanto el cura me miró y se preparó para hacerme la misma pregunta. Después de mi respuesta enterraría a Víctor por siempre.

—Teresa Müller Alberola ¿quieres a Tomás Gelarti Fernández como legítimo esposo, para amarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte os separe?

Capítulo 31. Final 2º parte.

Me quedé mirando al cura sin saber aún la respuesta a esa pregunta.

¿Realmente quería casarme con Tomás? ¿Pasar el resto de mi vida al lado del hombre que no amo? ¿Teniendo aún el recuerdo vívido de Víctor marcado a fuego en mí?

Empecé a respirar costosamente y mis manos empezaron temblaron.

Me estaba entrando ansiedad de tanto pensar y no era un buen momento para ponerse histérica. No el día de mi maldita boda, delante de decenas de invitados.

La incertidumbre y desasosiego se mezclaron con la preocupación, aún no llegó mi padre con Edu y todos esperaban una respuesta de mí. Incliné mi cabeza hacia arriba. Con determinación. Tomás me miraba con cara reocupada y terror destilaban sus ojos.

Adiós Víctor...

Abrí la boca para contestar pero un fuerte ruido me acalló, haciéndome voltear hacia la puerta de la iglesia. El fuerte golpe fue provocado al chocar la madera de la gruesa puerta contra la pared. La luz del día me cegó por unos instantes pero pronto vislumbré a cuatro figuras que delineaban la luz del sol.

Suspiré en alivio al ver que una de ellas era pequeña. Mi Edu.

Empezaron a andar hacia el altar, la gente murmuraba entre ella, matando el silencio de anteriormente. En cuanto se fueron acercando logré ver a Daniel, junto con mi padre, Edu y...

Apreté mi mandíbula al tiempo que me preparaba para correr y arrancarle los putos pelos de su maldita cabeza. Pero Daniel alzó la mano y paró todo pensamiento asesino.

Tomás agarró mi brazo intentando acercarme a él pero no podía apartar mi vista de ella. De la perra que retozó con Víctor la última vez que lo vi.

—Hija escucha lo que tienen que decir. —dijo mi padre, su mirada no estaba puesta en mí si no en Tomás.

No sabía que mierda estaba pasando aquí y mis nervios no estaban muy por la labor de colaborar conmigo para intentar calmarme.

La chica se adelantó unos pasos decidida hacia mí. —no... no te acerques más... si no quieres que te arranque un brazo y te lo meta por el culo. —le advertí con la mirada. Pero ella lejos de amilanarse, se acercó un poco más si cabe, quedando a una corta distancia de Tomás y mí.

—Él me dijo que lo hiciera. —dijo señalando a Tomás. Fruncí el ceño en confusión ¿qué? —me dijo que si me tumbaba desnuda al lado de ese hombre, pagaría mi operación de pechos. El cual... aún estoy esperando. —se dirigió a él enfadada.

—Cariño, no escuches a ésta zorra. No la conozco de nada, te lo juro. No

la he visto en mi vida. Cariño...

—¡Cállate de una jodida vez!

Realmente los nervios me hacían parecer una loca. Pero conseguí que Tomás cerrara la jodida boca. Me dirigí a la chica.

—¿qué quieres decir exactamente? —mi voz tembló el entendimiento poco a poco me estaba inundando.

—Rubia, él chantajeó a la chica de que hiciera todo el montaje para sacar al futbolista de tu vida. Él mismo lo drogó en el bar del hotel y le tendió la trampa.

El barman lo vio todo. Es muy buen amigo mío y me lo contó cuando volví al hotel a recoger la chaqueta que había olvidado, luego me encontré a la señorita en el vestíbulo solicitando la presencia de Tomás, a voces. Ella me contó y até cabos. —sentenció el chofer de mi padre con voz grave.

Mi estómago se me revolvió. Y las voces de la gente murmurando no ponía fácil mi estado. Sería la comidilla durante un largo tiempo. Pero eso me importó una puta mierda en este momento. Víctor... mi Víctor...

—Tita... —me llamó Edu sacándome de mi estupor. —Víctor es inocente.

Mis lágrimas estaban a punto de desbordarse por mis ojos, pero conseguí la suficiente fuerza para girarme, mirando fijamente al malnacido que me había estado engañando durante tanto tiempo. Su boca se abrió pero antes de que una sílaba saliera de sus labios mi palma conectó con su mejilla plantándole un fuerte bofetón. La rabia me consumió y vi rojo. Quería matarlo. Alcé de nuevo la mano, pero ésta vez me paró por la muñeca y me atrajo hacia él con un fuerte y brusco movimiento. Su agarre me hizo daño y gruñí de dolor.

—¿Cómo puedes preferir a un puto cojo antes que a mí? —su cara quedó a centímetros de la mía amenazante. —primero la perra de tu hermana se metió por medio, suerte que se mató junto con el imbécil que llamaba marido. Y

ahora...

—¿qué? —mis ojos se abrieron en shock, recapitulando sus palabras en mi mente.

Soltó una risa de lo más escalofriante, haciendo cada vez más fuerte su agarre en mi muñeca. Me quejé de dolor. Cristian actuó junto con Daniel y lo alejaron de mí para llevárselo.

Los paré queriendo una explicación a sus palabras.

—¿por qué hablas así de mi hermana? —las lágrimas caían por mis mejillas y quité el velo de mi cara arrancándolo del recogido.

Se rió de nuevo removiéndose en los brazos de mi hermano y Daniel, pero ellos lejos de soltarlo lo inmovilizaron más fuerte.

—¿en verdad tú hermanita del alma nunca te contó cierto? Cuando empecé contigo ya la conocía, y el motivo de mi acercamiento hacia ti, fue para ponerla celosa. Para que de una maldita vez dejara al mamarracho que tenía por marido y se viniera conmigo. Pero qué fue lo que descubrí... que eras toda una maldita delicia, te convertiste en mi obsesión desde la primera vez que me sonreíste. Me di cuenta de que eras mucho mejor que esa perra descarada, que lo que hacía era calentarme para luego irse de rositas como si nada. Eras la cosa más excitante que había conocido, hasta que la muy zorra se metió por el medio y me amenazó... —hizo una pausa como si un recuerdo cruzara su mente. La iglesia se sumía en un completo silencio, atentos a sus próximas palabras. —tuve que dejarte... cuando me enteré de su muerte, habían pasado dos puñeteros años...

volví para recuperarte, creyendo que nadie se interpondría entre nosotros. Hasta que el cojo de mierda se me cruzó en el camino.

»Ésta vez dios no me lo puso tan fácil como con tu hermana. —sonrió con ojos desenfocados. Escuché el chillido de mi madre en el fondo y a mi padre luchando por liberarse del agarre de mis tíos. —tuve que hacer el trabajo sucio yo mismo. Ahora me arrepiento de no haberlo matado cuando tuve la oportunidad. —su mirada era como la de un loco y realmente estaba muerta de miedo, pensar que un maniaco estuvo cerca de mí por tanto tiempo y cerca de mi hijo. Y cuando ya pensé que no diría nada más descabellado, empezó a hablar otra vez. —vente conmigo coco... te juro por dios que si no eres mía no serás de nadie.

Y su voz quedó atascada cuando Edu alzó su rodilla derecha y le dio en los huevos un fuerte rodillazo. Digno de todo un futbolista.

—no vuelvas a hablar así de mi madre, y no te atrevas a amenazar a mi tía o lo próximo que te haga, no será solo una patada en los huevos. —lo señaló amenazante.

Tomás se rió ahogadamente aguantando el dolor de su entrepierna.

—Eres un mocoso de mierda, no podrías conmigo puto enano...

Mi sobrino sonrió.

—ahora no, pero cuando salgas de la cárcel te estaré esperando. Entonces tendré edad suficiente para dejarte inservible.

La cara de Tomás se contrajo de rabia y empezó a patalear y a removerse desesperado, Daniel y Cristian se lo llevaron a rastras al exterior de la iglesia, y escuché como Tomás me llamaba a voz en grito lanzando maldiciones y amenazas.

Caí de rodillas sobre la suave tela de mi vestido blanco. Me estaba ahogando con mi propia respiración acelerada y con las lágrimas. La gente me rodeó, escuchaba a mi madre llorar y a mi padre maldecir queriendo ir a matar a Tomás.

Alguien me alzó de pie. Era Daniel.

—Sácame de aquí... —le pedí en un hilo de voz.

Lo que menos necesitaba era lidiar con tanta gente. Empecé a andar hacia fuera cada vez más rápido. Los pasos de Daniel me seguían y cuando llegamos al exterior. Solo vi cómo Cristian noqueaba a Tomás de un puñetazo en la cara.

Daniel agarró mi mano y me llevó hacia el coche y me ayudó a entrar para luego arrancar y salir de allí.

—Tú mandas rubia.

Le indiqué hacia donde quería ir y él feliz, hizo lo que le dije. Nos tragamos tres horas de trayecto, solo parando para repostar. Cuando llegamos, me esforcé por recordar la última vez que vine a su casa. Daniel callejeó por el centro de Madrid hasta que la casa de Víctor se hizo visible a lo lejos. Nunca llegué a entrar en esa casa, ya que cuando Víctor me trajo me quedé esperando a que él cogiera unas cosas. Solo el simple recuerdo de estar con él, hizo que mi cuerpo se calentara y volviera a sentirme viva otra vez.

Daniel aparcó justo en frente, dejándome a mí la decisión de salir o no. Las ganas de verlo me hacían volver loca, pero tenía el miedo en mi contra. Miedo de que no me perdone. Miedo a que no me quiera de vuelta. Incluso me atreví a pensar que estaba con otra mujer. El dolor fue tan insoportable al imaginarlo que me negué a dejarlo recorrerme completamente. Respiré hondo un par de veces, convenciéndome de que él estaría esperado por mí. Amándome todavía.

Miré a Daniel después de unos segundos de reflexión.

—Una vez te prometí que serías en primero en saberlo...

—¿Qué quieres decir? —me miró extrañado frunciendo ligeramente el

ceño.

—Él es el amor de mi vida y por el único que me atrevería a romper las reglas.

Daniel profirió una carcajada cuando cayó en la cuenta.

—Pues ve y espero que te diga que sí... ¿pero qué estoy diciendo? seguro que te dice que sí.

Le sonreí antes de abrazarlo y besar su mejilla. Amaba a este hombre.

—Suerte, mi Teresa.

Le sonrió y me despido antes de salir a la calle bajo un sol maravilloso. Los tacones repiquetean en el concreto y cuando llego a la puerta alzo la mano para llamar. Mi corazón late con furia y mi cuerpo tiembla como una hoja. El miedo porque no quiera estar más conmigo, me traspasa haciendo que las ganas de llorar vuelvan. Pero entonces la puerta se abre y la mamá de Víctor sale pegando un respingo al verme allí plantada frente a ella. Su cara refleja claro signo de desconcierto. Yo no sabía si reír o llorar. No era precisamente en estas circunstancias como quería conocer a mi suegra. No vestida de novia y con la cara echa un asco por haber llorado.

—Hola... ¿Víctor?

Ella sonríe y veo como sus ojos igual de transparentes como los de su hijo, se humedecen emocionada.

—Sabía que éste día llegaría... —dice quitándose las lágrimas apresuradamente. —desde que recibió la invitación de boda está insoportable y por mucho que le obligué a ir a buscarte no me hizo ningún caso. Suerte que has sido tú la que has venido a por él.

Pestañeo sintiéndome por un momento, descolocada por sus palabras.

—¿invitación?

Mi vista se opaca y un flash se crea en mi mente.

—¿éstas son las invitaciones?

Asiento y un suspiro tembloroso sale de mis labios. Suerte que él casi ni se percató de ello. Agarra una de las invitaciones y la guarda en el bolsillo de su chaqueta. Lo miro con el ceño fruncido sin saber cuál era su intención.

—Hay una persona a la cual quiero invitar personalmente coco... - acarició mi cara y le di una leve sonrisa. —te amo.

Y besó mis labios sabiendo que no recibiría respuesta a esa afirmación.

—¿estás bien?

Salgo de mis pensamientos sintiendo como la rabia fluye de mí de nuevo.

Qué tonta e imbécil fui... el maldito debió haber mandado la invitación a Víctor.

—sí... necesito verlo.

Su sonrisa cálida provoca una sonrisa en mí. Ella me deja pasar a su hogar y tan solo el olor de aquella casa provoca unos sentimientos en mí. Huele a él.

Todo es Víctor en este lugar.

—Os dejaré solos... —susurra en mi oído antes de desaparecer.

Yo ando por un corto pasillo hasta donde un televisor se escucha encendido.

De lo primero que me percató, es de la presencia de mi Víctor. Sentado en un sillón con su cara enterrada en sus manos, apoyando los codos en sus piernas. Se me parte el alma cuando escucho un sollozo salir de él. Lo había echado tanto de menos, que pensé por un momento, que nada era real.

Víctor

Miro la invitación por enésima vez y siento como se me estrujan las entrañas.

Ya estará casándose... mi mujer se estaba casando con otro y no veo una muerte peor que ésta. Hace tres meses que no se de ella, hace tres meses que no huelo su sutil perfume; hace tres malditos meses que mis manos ansían tocarla y mi cuerpo late por el suyo. Hace tres meses que lo último que recibí de ella fue una mirada desilusionada y herida.

—Vic.

Me doy la vuelta hacia mi madre, ella está parada en medio del salón con el bolso colgado en su hombro. Suspira y me da una sonrisa triste. Viene hacia mí, acaricia mi cara y me besa la mejilla.

—Pronto pasará todo, mi amor...

La sujeto de las manos y se las beso antes de ir a la sala y sentarme en el sillón de papá. En cuanto escucho sus pasos irse dejo escapar las lágrimas. — pronto pasará todo mi amor... entierro mi cara en mis manos y me rompo como hace días no lo hago. Es difícil arrancarte del

corazón a alguien que significa tu propia vida. Es difícil pensar que pronto pasará el dolor que aprieta mi pecho hasta dejarme sin resuello.

—¿por qué...? —sollozo. — ¿por qué me la quitas también?

Siento algo posarse en mi hombro y no me atrevo a quitar las manos de mi cara. Creí que mi madre ya se habría ido y ahora me daba vergüenza mirarla a la cara. No me había visto así de roto desde lo de mi padre y no sabía cómo explicarle todo lo que sentía en éste momento.

—Mi hermana me dijo una vez... que cuando encontrara al amor de mi vida no lo dejase escapar jamás. Porque solo esa persona podrá grabar su nombre en mi corazón. El mío lleva tu nombre desde el día en el que escuché tu voz por primera vez.

Empecé a temblar cuando fui consciente de quien me hablaba desde muy cerca. Si esto era un sueño, mi subconsciente me estaba haciendo una puta mala broma. Quito las manos de mi cara y la veo. Veo a mi Teresa. De rodillas frente a mí como un ángel blanco. Mirándome con lágrimas surcando su cara y una sonrisa plantada en sus rojos y preciosos labios.

—¿Estás aquí... de verdad? —mi voz se ahoga por la emoción y acabo arrodillado frente a ella con miedo a tocarla.

—Sí... y he venido a pedirte algo... —su mano se alza y cierro los ojos cuando siento su caricia en mi cara apartándome las lágrimas.

— ¿quieres casarte conmigo?

Epílogo.

—Mamá ya estoy en casa.

—A lo que por fin llegas. —pongo mis brazos en jarra y le reprocho con la mirada.

Él me hace un puchero con sus labios y viene hacia mí abarcando mi cara con sus manos. Ya es casi más alto que yo y eso que llevaba tacones. Que grande estaba mi niño.

—Tienes que darle de comer a tu hermana, Víctor y yo nos vamos ya.

—Vale, no lleguéis muy tarde, más tarde quedé con... bueno. Con unos amigos. —desvía la mirada y se frota la nuca con nerviosismo.

—Sí, ya, unos amigos.

El llanto de mi pequeña resuena en toda la casa y escucho los pasos de Víctor, mi marido, bajando por las escaleras con ella en brazos. Sonríe como una idiota viéndolo como él besa su carita una y otra vez. Pero mi pequeña de tres años no deja de sollozar con la mano metida en la boca.

—¿Cómo está mi mocosa favorita?

La niña llora más fuerte y alza los bracitos a la dirección de Edu cual la coge en brazos y la espachurra en un abrazo de oso. Cosa que hace que ella ría dejando atrás el llanto.

—Edu procura no darle chucherías después de comer, asegúrate de cerrar todo cuando nos vayamos y...

—Que sí, viejo... ya sé todo eso. Ésta monada y yo, vamos a jugar a las muñecas y luego le contaré el cuento de las princesitas. ¿a que sí?

Ella asiente feliz aun teniendo la cara mojada por las lágrimas. Sus ojos azules casi transparentes caen en mí. Un puchero aparece en su boquita y me entran ganas de llorar también por tener que separarme de ella durante unas horas.

—¿mami? —su dulce e infantil voz me derrite.

Me acerco a ella y beso su frente oliendo su rico olor de entre sus rizos rubios.

—Mami viene pronto, princesa, voy a...

—Vamos a ir a comprar comida y una caja de peppa bolas. —contesta Víctor por mí, al yo no ser capaz de mentirle a mi niña.

—¿bolas? —ella da palmaditas y todos hacemos lo mismo intentando hacer de una caja de cereales lo más emocionante del mundo.

Nos despedimos de Edu y Olivia y salimos al frío exterior. Me estremezco en cuanto el viento helado golpea mi cara y siento como los brazos de mi hombre me rodean apartando todo el molesto frío de mí.

—Tenías que haber cogido más abrigo... —me reprende acto seguido de abrirme la puerta del coche.

Pongo los ojos en blanco y en cuanto él entra, enciendo la calefacción al tope, consiguiendo que el monovolumen se caliente casi en el acto.

—Estás preciosa... —dice haciéndome mirarlo con una sonrisa.

—Tú tampoco estás mal. —ronroneo acercándome a su adictiva boca.

Lo agarro de las solapas del abrigo y lo acerco más a mí, necesitando más de su cuerpo. Hace tanto tiempo que no estamos completamente solos, que ya lo necesitaba como el respirar. Su lengua bordeó mi labio superior para a continuación morder el inferior. Solté un gemido lastimero y él aprovechó introduciendo su lengua en mi boca. —oh dios...

Sus manos se posaron, una en mi muslo derecho y otra en mi nuca atrayéndome hacia él, haciendo del beso más desesperado y febril.

—Tenemos... que parar... —susurra sobre mis labios.

Gimo. Gruñe y vuelve a arremeter contra mis labios, con fuerza y pasión.

Siento como mi bajo vientre se aprieta por la excitación y si no fuera porque aún estamos en frente de casa, me lo comía vivo y luego me lo follaba como dios manda.

—¿Dónde vamos? —pregunté con voz ahogada, temiendo realmente por morir de excitación.

—Es una sorpresa... pero ahora solo estoy pensando en una sola cosa. Y esa cosa es, comerte completa y enterrar mi polla en ese precioso coño que tienes para mí.

Muerdo mi labio con fuerza. Me encantaba su lengua vulgar.

—Víctor... no digas esas cosas cuando aún estamos frente a casa. —jadeo cuando sus labios muerden mi barbilla y va regando besos hasta mi cuello.

—Dios, como me pone tu olor...

—Por favor... —muerde el lóbulo de mi oreja cortándome la frase a la mitad.

Creo que estuve a punto de tener un orgasmo solo con eso.

Víctor se separa con la respiración entrecortada y pesada y se sienta derecho en el asiento.

—Vámonos, cuanto antes te lleve, antes te follaré como tanto deseo hacerlo.

—su semblante serio e intimidante hace que mi sexo se vuelva líquido y mis entrañas se aprieten a la espera.

El trayecto es tenso, la tensión sexual es tan palpable que se podría tocar, incluso. Mi corazón lleva el mismo ritmo acelerado desde que salimos y Víctor no veo que vaya diferente. Lo pude verificar al ver cómo su excitación aún estaba presionando contra sus pantalones de vestir.

De un momento a otro paró el coche y miré por la ventanilla para saber dónde exactamente estábamos. Tuve que mirar hacia arriba para ver la magnitud de aquel gran edificio, parecido a un rascacielos como los que hay en nueva York.

—¿qué hacemos aquí?

—Ya lo verás...

Él sale del coche y me abre la puerta antes de que yo pueda hacerlo por mí misma. Le sonrío cuando veo su felicidad en todo su rostro.

También estaba nervioso por cómo sus manos temblaban al coger las mías. Siempre se ponía así cada vez que me regalaba algo. Se supone que era miedo a que algo no me gustara, pero eh de decir que hasta ahora, cada cosa o detalle que me había dado, me había hecho la mujer más feliz del mundo. Una de las cosas que me dio, y la que amo más, es a Olivia. No pude pedir un regalo mejor que ese.

Andamos hacia el edificio, después de cerrar el coche y entramos gracias a un hombre que nos esperaba en el interior. Él nos saludó con una sonrisa y una reverencia como si fuéramos estrellas de cine. Bueno mi marido era una cosa parecida. No deja de ser Víctor increíble Sanz, una leyenda del fútbol.

Cruzamos un glamuroso recibidor, donde solo había una señorita sentada en una gran mesa. Entramos en el ascensor y yo no podía más con ésta intriga. Me estaba matando tanto secreto.

El ascensor subió y subió hasta el último piso, el cual solo se accedía con una clave, que tecleó Vítor en un teclado numérico justo al lado de los botones. Él me miró con una gran sonrisa y me recorrió de pies a cabeza sintiendo como me acariciaba con esos ojos transparentes que tanto amaba.

—¿lista?

Bufo.

—Claro que sí, me estoy muriendo aquí... —doy un pisotón en el suelo dando a entender que estoy desesperada por saber.

Pero no dijo una palabra, en cambio me arrinconó contra la pared espejada de aquel ascensor y me besó con fuerza. Gemí en cuanto su mano se introdujo entre mis muslos, acariciando y tocando mi piel, sin llegar a donde quería que tocara en realidad.

Encima de no decirme la sorpresa me quería más frustrada aún.

Gruño en cuanto hace un nuevo ademán de acercarse a mi sexo, pero se aleja para tocar lejos de allí. Él tiene la desfachatez de echarse a reír.

Muerdo su labio en reprimenda, pero lejos de hacerle daño, él gruñe y empuja su pelvis clavando su dura excitación contra mi barriga.

—¡joder! Tengo que parar o no seré capaz de hacer lo que tengo en mente como regalo de aniversario, mi vida.

—Me mejor regalo ahora mismo sería tenerte... —jadeo atreviéndome a tocar por encima de sus pantalones.

—¡dios...!

Aparta mi mano y me aleja de la pared para luego pulsar un botón que

hacía que las puertas se abrieran.

Mi boca y ojos se abrieron en conmoción ante lo que vi. Víctor tiraba de mi mano siendo capaz de andar unos pocos pasos lejos del ascensor.

Quedé petrificada, con ganas de gritar y de quedarme muda al mismo tiempo. Aquello era...

—No te quedes callada nena... me estás matando. ¿no te gusta?

¿Gustarme?

Aquello era una especie de habitación de cristal, donde podía decir que no he estado más cerca del cielo en mi vida. Y no solo eso, todo, absolutamente todo el suelo estaba lleno de pétalos de rosa rojos rodeando una gran cama baja donde, gracias a los pétalos se leía: Feliz cuarto aniversario. La única luz que iluminaba la estancia era la gran Luna frente a mí, y las miles de estrellas creando un maravilloso dibujo en el firmamento.

Boqueé como un pez fuera del agua, aun asimilando todo aquello. Sin saber que decir, sin saber cómo reaccionar. Tenía la sensación de que si alzaba la mano podía tocar alguna de esas brillantes estrellas con la punta de mis dedos. Era impresionante.

—¡mierda! No te gusta... lo siento, juro que buscaré otra...

No lo dejé acabar me abalancé sobre él, encontrando sus labios, en cuanto mis piernas rodearon sus caderas. Sus manos me sujetaron por el trasero acercándome a él lo suficiente como para que nuestras intimidades chocaran.

Lo besé diciéndole con ese beso todo lo que me encantaba. Todo era tan romántico, tan perfecto...

—¿Eso quiere decir que te gusta? —preguntó jadeando y con los ojos cerrados por la intensidad de mi beso.

—¿gustarme? Es la maldita cosa más preciosa del mundo. Te amo. Te amo tanto que me duele. —mi voz se rompe como siempre cuando intento decirle mis sentimientos.

—Yo también, pero ahora siéntate, tengo que decirte una cosa. —besa mis labios por última vez antes de dejarme en mis pies.

Lo veo frotarse el pelo, antes de sacar un papel doblado del interior de su gabardina. Lo coloca en una mesa de cristal justo al lado de nosotros, se quita el abrigo y desabrocha la corbata haciendo una mueca incómoda.

Me asusto ante la seriedad del asunto.

Se acerca a mí y quita mi fino abrigo negro dejando mi vestido azul

marino al descubierto. Sus ojos brillantes, descienden por mi cuerpo adorándome con su intensa mirada.

—Eres preciosa.

Le sonrío y alzándome de puntillas le doy un leve beso haciéndolo suspirar.

—Siéntate. —me ordena con voz dulce.

Yo le hago caso y me siento en la cama esperando a lo que él tenga que decirme.

Víctor agarra el papel y lo desdobra con manos temblorosas, carraspea y me mira antes de empezar a leer.

—Feliz aniversario... —comienza y veo cómo sus ojos se cristalizan un poco.

Llevo la mano a mi pecho cuando siento que un torrente de lágrimas se avecina.

—mi querida Teresa... como cada año tengo el deseo de agradecerte todo lo que eres para mí. No hay día que no me quede mirándote, adorándote, no hay día en el que no me enamore de ti como un loco. Cada segundo es un milagro y cada minuto sin ti es un suplicio. —carraspea de nuevo y suspira. —no se aún cómo puedo tener tanta suerte de tenerte, pero eres mía y nada en el mundo te arrebatará de mi lado. ¿sabes lo que es despertar con tu cuerpo cerca del mío y oler tu perfume? ¿sabes lo que es verte sonreír cada vez que hago o digo una tontería? Por ti me haría payaso solo para hacerte reír toda la vida. Eres hermosa cuando lo haces.

»Aun cuando peleamos lo eres, sin embargo... en ocasiones me hago el serio solo para respetar ese momento tenso entre nosotros. Pero lo que no sabes, son las malditas ganas de besarte y de hacerte el amor que tengo en ese momento cuando te pones furiosa por alguna cosa que hice y que no te gustó. Te pones tan malditamente hermosa, que tengo que esforzarme sobremanera, para no lanzarme contra ti.

Río un poco ante esas palabras y pestañeo para alejar las lágrimas.

—Cuando me creí muerto, me salvaste. Cuando me creí solo, me acompañaste... fuiste mi luz, al igual que mi maldita perdición. Y te doy gracias por ello. Tengo que agradecerte tanto que no sé cómo empezar... — otro suspiro rompe el silencio después de sus palabras y me mira con ojos rojos y llorosos antes de seguir leyendo. —hay una cosa que siempre te estaré infinitamente agradecido. Y es el haberme dado al

segundo amor... —un sollozo parte su voz y me romper junto a él. Muerde su labio inferior, se limpia los ojos con la mano libre y carraspea para aclararse la voz. —por haberme dado al segundo amor de mi vida, nuestra hija Olivia. Solo hizo falta un segundo para enamorarme de ella.

Como lo hice de ti.

» Ella junto a Edu son los mejores hijos que nadie puede desear. Y todo gracias a ti... mi vida. Te amo... y quiero estar toda la eternidad junto a ti.

Me levanto de la cama y me hundo en sus brazos sintiendo como se estremece por el llanto.

Nunca en la vida pude imaginarme siendo tan feliz. Nunca pensé que de la noche a la mañana, estaría muriéndome de amor por un famoso futbolista y menos que él me correspondiera.

Al contrario de lo que me dice, él fue el que me sedujo y embrujó. Solo hizo falta una de sus miradas penetrantes para hacerme caer en sus garras.

Convirtiendo mi juego en algo puro y excitante; en algo realmente emocionante.

La seducción es un arte, y él se convirtió en mi artista.

Fin.

EXTRAS:

Los nervios hacían estragos en mi sistema y mi cabeza pasaba por miles de pensamientos sin sentido. Miré mi mano, donde en mi dedo brillaba un bonito anillo dorado, en el cual aparecía el nombre de mi esposa. Mi esposa...

La miré haciendo caso omiso a las últimas palabras del cura y ella notando mi mirada me miró y sonrió de aquella manera que amo y amaré siempre. En el momento que el párroco acabó, acuné su rostro y la besé con la simple finalidad de sentirla. De hacer todo aquello real. De creer en cierto modo que todo lo que me estaba pasando no era un sueño del que a la mañana siguiente iba a despertar.

La ceremonia acabó y no solté la mano de mi Teresa por nada del mundo.

Había pasado solo dos semanas desde que me pidió ser su marido. El mismo día en el que estuvo a punto de casarse con otro hombre.

Pero por mucho que quisiera estar furioso con ella, no lo estaba. El muy hijo de puta la engañó hasta conseguir sus propósitos, que fue engañarla y absorberla.

Me alegro de que ahora esté pagando por todo lo que hizo, en el sitio que se merece. Entre rejas y con un montón de hombres con deseos de romperle el culo.

La recepción y el convite pasaron y la felicidad estaba grabada en nuestros rostros.

Suspiro en alivio en cuanto subimos al coche y me acerco a sus labios por un poco más de eso, que llaman paraíso.

Ella suelta una risilla y posa su mano en la mía sosteniéndome en el lugar. Por mucho que quisiera no me iba a ir muy lejos de todos modos. Me tenía, literalmente, atado por los huevos.

—¿dime que esto no es una locura? —posó su frente en la mía y cerró los ojos en cuanto exhaló la pregunta.

—Si esto es una locura, que me encierren. Porque estoy loco por ti nena. Sonrió y me besó por última vez antes de dejar caer su cabeza en mi hombro.

Nos íbamos de luna de miel.

El viaje fue toda una maravillosa locura. Mi esposa no paraba de hacerme cariñitos y mimos sospechosos debajo de la manta, que tan amablemente nos dio una azafata con el fin de que no pasáramos frío. Cosa que mi preciosa Teresa, no entendió muy bien. Pero claro... quien era yo para parar sus intentos de seducirme hasta tenerme jadeando y deseando poder hacerla mía desesperadamente. Pues eso... no paró hasta que un hombre de la edad de su padre, nos miró desde su asiento de delante del nuestro, con cara de querer asesinarnos si no parábamos con nuestro ritual de apareamiento en público.

Ella, por supuesto, se indignó tanto que se vengó luego del pobre hombre.

¿Cómo? Os preguntaréis.

El pobre hombre tuvo que aguantar los empujones que Teresa le daba a su asiento, cuando cada dos por tres, se levantaba para una u otra excusa. Incluso hubo una ocasión en que por uno de esos empujones, hizo que el caballero derramara un muy ardiente café encima

de él. Poco hay que decir, de que se fue echando chispas y pidió a la azafata que le cambiara de sitio, ya que una loca hiperactiva le estaba haciendo un viaje insoportable.

Luego de ese incidente di gracias a dios, cuando mi bella hiperactiva, por fin se quedó dormida. El viaje fue rápido y largué un suspiro en cuanto pisamos tierra.

El frío y la nieve nos dio la bienvenida en cuanto bajamos del avión, pero eso no era impedimento para que Teresa chillara como una niña y se pusiera a hacer bolas de nieve estando a nada menos que a -13° bajo cero.

Una cabaña de lo más espectacular nos esperaba, con grandes montañas nevadas de fondo. Era toda una estampa navideña, la cual mi Teresa no desaprovechó la oportunidad de fotografiarnos juntos en todas las poses posibles.

Y aunque me gustaba su entusiasmo, no quería que cogiera una pulmonía estando tan poco abrigada. Por lo que a regañadientes la pude meter en la casita de madera.

—Esto es tan perfecto... —suspiró en tono soñador mirándolo todo a su alrededor.

Yo estaba más pendiente en mi tarea de avivar el fuego de la chimenea y así no morir congelados.

—¿por qué no las islas Caimán? —murmuré — ¿o las maldivas? Que va... la señorita quería que por la noche nos atacara el yeti. — refunfuñé al mismo tiempo que dejaba caer otro trozo de lecha.

Cuando acabé y me paré a admirar el fuego, un par de brazos con sus respectivas manos, rodaron mi cintura.

—Sé que no lo dices en serio...

Sonreí. Claro que no. Sea donde sea que hubiéramos ido, estaría feliz solo por estar con ella.

Me di la vuelta para quedar frente a ella y me pegué a sus labios buscando su calor. Y lo necesitaba como el infierno.

—¿No te da miedo de que aparezca el yeti?

Su mano palpó mi pecho sobre el grueso abrigo y juro por dios que se sentía como si no tuviera nada. Sus dedos juguetones bajaron hasta la pretina de mi pantalón y con un suave jalón quitó el primer botón.

—Tengo a mi héroe aquí mismo para que me proteja... —ronronea quitándome uno a uno los botones de mi chaqueta.

—Desde luego... —conseguí decir.

Ya que sus manos no paraban de hacer ese hermoso baile de desnudarme. —¿tienes frío? —besé su hombro en cuanto quedó al descubierto, después de apartar su pesado abrigo. Debajo aún llevaba su bonito vestido de novia.

Teresa gimió y besé toda aquella carne de gallina que se abría a mi paso. Su piel era tan suave y delicada. Tan perfecta.

—Estaría besándote durante toda la noche pero creo que no aguantaré mucho más la atención de tenerte debajo de mí, Teresa.

—Oh dios... —susurró en cuanto la alcé para que enrollara sus piernas entorno a mi cintura.

La llevé en vilo hasta el sofá cubierto por gruesas mantas de pelo de oso falso (o eso esperaba) y empecé a desabotonar cada botoncito de aquel vestido que me tuvo toda la maldita noche observándolo. Sabía que debajo habría una cosa mejor, la cual esperaba por mí. Y solo de pensar que había estado con él todo el día, hacía que mis ansias de poseerla se incrementaran al mil.

Mediante iba bajando por su espalda hasta llegar al principio de su trasero, un hilo de seda blanca se dibujó sobre su piel. Respiré hondo y dejé caer el vestido haciendo un charco a sus pies. Dio la vuelta y me quedé sin habla. Un corpiño de espalda descubierta, hecho de encaje y seda blanca envolvía cada curva sinuosa de su cuerpo de pecado. Era pecado verla. Era pecado desearla, incluso. Pero morir quemado en el infierno era el mejor regalo después de tener aquello.

Mis dedos rodearon el borde, por sobre sus pechos y vi como jadeaba y cerraba los ojos disfrutando de aquella simple caricia.

—Eres tan hermosa...

Me acerqué sintiéndome atraído cada vez más por ella, como hierro contra un potente imán.

Abrí cada corchete de aquella frágil prenda hasta que se deshizo en mis dedos, dejando al descubierto aquellas dos frutas prohibidas frente a mí. Puntas rosadas y erguidas deseosas de mi boca. Mordisqueé y lamí con total calma y desesperación a la vez. Intentando no dejarme llevar por el macho hombre de las cavernas que en realidad quería salir. Ella gemía mi nombre con jadeos entrecortados haciéndome perder la paciencia.

«Es tu noche de bodas... necesita que le hagas el amor, no que la folles como un desquiciado.» —me recordó duramente mi voz interior.

—Fóllame Víctor... necesito tenerte dentro de mí, ya.

A la mierda el autocontrol.

Document Outline

- [Sinopsis.](#)
- [Introducción.](#)
- [Capítulo 1.](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3.](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5.](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11.](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14.](#)
- [Capítulo 15.](#)
- [Capítulo 16.](#)
- [Capítulo 17.](#)
- [Capítulo 18.](#)
- [Capítulo 19.](#)
- [Capítulo 20.](#)
- [Capítulo 21.](#)
- [Capítulo 22.](#)
- [Capítulo 23.](#)
- [Capítulo 24.](#)
- [Capítulo 25.](#)
- [Capítulo 26.](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30. Final 1º parte](#)
- [Capítulo 31. Final 2º parte.](#)